«Imposible parar e imposible olvidarlo».
BAL KHABRA, autora de *Collide*



UNSTEADY

UNIDOS POR EL HIELO



PEYTON CORINNE

Lit
RBA

UNSTEADY

PEYTON CORINNE

Traducción de Mariona Gastó

RBA

Índice

Glosario
Playlist
Prólogo. Rhys
1. Rhys
2. Sadie
3. Rhys
4. Sadie
5. Rhys
6. Rhys
7. Sadie
8. Rhys
9. Sadie
10. Sadie
11. Rhys
12. Sadie
13. Rhys
14. Sadie
15. Rhys
16. Sadie
17. Rhys
18. Sadie
19. Rhys
20. Sadie
21. Rhys
22. Rhys

23. Sadie
24. Rhys
25. Sadie
26. Sadie
27. Rhys
28. Rhys
29. Rhys
30. Sadie
31. Rhys
32. Rhys
33. Sadie
34. Sadie
35. Sadie
36. Sadie
37. Rhys
38. Rhys
39. Rhys
40. Sadie
41. Sadie
42. Rhys
43. Rhys
44. Rhys
45. Sadie
46. Rhys
47. Sadie
48. Sadie
49. Sadie
Epílogo. Rhys

Agradecimientos
Notas



AVISO DE CONTENIDO

Este libro trata temas como alcoholismo, negligencia infantil, maltrato psicológico, gaslighting, salud mental, episodios de estrés postraumático y ataques de pánico, body shaming, violencia, lenguaje inapropiado, contenido sexual explícito y aspectos que pueden herir la sensibilidad de algunos lectores. Por favor, ten esto en consideración antes de leer.

Título original inglés: *Unsteady*.

© del texto: Peyton Corinne, 2023.
© de la traducción: Mariona Gastó, 2025.
© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S. L. U., 2025.
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
www.rbalibros.com

Primera edición en libro electrónico: marzo de 2025

REF.: OBDO481
ISBN: 978-84-1098-326-7

Composición digital: www.acatia.es

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

A mi padre, que se pasó la vida
con un libro en una mano y la mía en la otra.
El tema del libro siempre dio igual:
iba a dedicártelo a ti.

GLOSARIO

Axel: tipo de salto de filo en patinaje artístico.
Blocker: guante de portero.
Draft: proceso de selección de jugadores para entrar en la NHL.
Frozen Four: sistema de final de hockey a cuatro en la NCAA.
Lutz: tipo de salto en patinaje artístico.
MVP: mejor jugador, por sus siglas en inglés, *most valuable player*.
NCAA: asociación nacional de atletas colegiados de Estados Unidos. Responde a sus siglas en inglés, National Collegiate Athletic Association.
NHL: Liga nacional de hockey hielo americana. Responde a las siglas en inglés, National Hockey League.
Playoffs: fase eliminatoria.
Puck: disco o pastilla que se utiliza en *hockey* hielo.
Slap shot: tipo de tiro a portería en *hockey* hielo.
Stick: palo de *hockey*.
Zamboni: marca de las máquinas que se utilizan para alisar las pistas de hielo (por extensión, se dice directamente «pase de Zamboni»).

PLAYLIST

«It's Called: Freefall», Rainbow Kitten Surprise
«Little Dark Age», MGMT
«American Teenager», Ethel Cain
«Cherry Waves», Deftones
«this is me trying», Taylor Swift
«Heartbeats», José González
«Sleep Alone», Two Door Cinema Club
«Juliet», Cavetown
«No Sleep Till Brooklyn», Beastie Boys
«Waterloo», ABBA
«Fast Car», Tracy Chapman
«The Difference», Flume *feat*. Toro y Moi
«Make This Go On Forever», Snow Patrol
«Uncomfortably Numb», American Football *feat*. Hayley Williams
«The Hills», The Weeknd
«Getaway Car», Taylor Swift
«Losing My Religion», R.E.M.
«Barely Breathing», Duncan Sheik
«Let's Get Lost», Beck and Bat for Lashes
«Gilded Lily», Cults
«Meddle About», Chase Atlantic
«Asphalt Meadows», Death Cab for Cutie
«The Kids Aren't Alright», The Offspring *Sex* ~ The 1975
«A Little Death», The Neighbourhood
«Cupid's Chokehold», Gym Class Heroes *feat*. Patrick Stump
«Cherry Flavoured», The Neighbourhood

«peace», Taylor Swift
«Yippie Ki Yay», Hippo Campus
«Killer», Phoebe Bridgers
«Revolution 0», boygenius
«Don’t Look Back in Anger», Oasis
«Savior Complex», Phoebe Bridgers
«Sparks», Coldplay
«California», Lana Del Rey
«Your Best American Girl», Mitski
«R U Mine?», Arctic Monkeys
«When I Get My Hands On You», The New Basement Tapes
«Matilda», Harry Styles
«Family Line», Conan Gray
«Boy With The Blues», Delacey
«Heaven», Brandi Carlile
«Love Song», Lana Del Rey
«Bite the Hand», boygenius
«Delicate», Damien Rice
«Enter Sandman», Metallica
«Repeat Until Death», Novo Amor
«Wish You Were Here», Pink Floyd
«Jackie and Wilson», Hozier
«Space Song», Beach House

PRÓLOGO

Rhys

Hace tres meses

No puedo respirar.

Un frío glacial se me cuela a través del jersey. Lo noto en el estómago… Mierda. Estoy bocabajo sobre el puto hielo. ¿Acabo de desmayarme?

—Todo bien, chaval. ¿Puedes levantar la cabeza?

No veo. Cierro los ojos y vuelvo a abrirlos. Nada. Sigo pestañeando; al menos, eso creo… Joder. ¿Cuánto tiempo llevo desmayado?

—Koteskiy, necesito que respires —repite la voz antes de que alguien me coja por el brazo—. No lo muevas, Reiner; todavía no.

Oigo el sonido de una cuchilla deslizándose por el hielo y, a continuación, a Bennett, mi mejor amigo, que pregunta:

—¿Qué pasa? ¿Qué ha pasado?

Quiero llamarlo. Intento desesperadamente pronunciar su nombre en voz alta, pero es como si tuviese los labios sellados con pegamento instantáneo.

—Apartaos todos. ¡Fuera!

—No veo —consigo decir—. No veo —repito en una especie de sollozo entrecortado.

—Tranquilo —dice Ben con voz reconfortante para calmar el miedo y la adrenalina que me corren por las venas—. Calma, Rhys. Tú respira.

—¿Y mi padre? No veo nada.

Casi no reconozco mi voz; es como si fuera el eco de algo que retumba en una cueva. ¿Estoy hablando o son solo imaginaciones mías? ¡¿Por qué no veo?!

Todo empieza a desdibujarse de nuevo, cada vez me duele más la cabeza. Quiero abrir los ojos. Quiero hacer presión con la lengua contra los dientes para asegurarme de que siguen ahí y jurar que la próxima vez me pondré el protector bucal. Quiero volver atrás en el tiempo y prestar atención; mantenerme firme ante esa carga. No quiero estar aquí.

No quiero estar aquí.

No quiero estar aquí.

Las voces que oigo a mi alrededor empiezan a confundirse hasta que desaparecen, y yo me hundo en la densa oscuridad que me envuelve.

1

Rhys

Presente

—Inténtalo hoy y, si te sientes como el culo, no volveré a pedirte que lo hagas, ¿de acuerdo?

A pesar de que tengo el volumen del teléfono tan bajo que no debería oír nada, la voz de mi padre resuena como un eco atronador a través del altavoz. Sigo envuelto por la oscuridad de mi cuarto; dibujo una sutil mueca y me subo los pantalones de chándal negros a base de memoria muscular. Luego me paso una sudadera por la cabeza, sacudo los hombros para colocármela bien y pillo el móvil de la cómoda, donde lo tengo apoyado.

—Estoy bien —contesto.

En realidad no es una respuesta, pero ya sé cuál es la pregunta que esconden sus palabras.

Mi padre y yo estamos cortados por el mismo patrón: los dos nos mostramos tranquilos bajo presión, los dos «rebosamos tanta confianza como el mismísimo Aquiles», como suele decir mi madre. La gente lleva toda la vida comparándome con él: por mi físico, por cómo patino, por cómo juego… Y, a diferencia de muchas de las otras leyendas de la NHL con las que he jugado, no me importa.

Mi padre siempre ha sido mi héroe.

Y por eso sé que hoy me ha pedido que vaya a echar un cable a la Fundación Primera Línea (una organización benéfica que creó cuando dejó de jugar en la NHL) para ver cómo estoy. Antes solíamos pasarnos horas hablando de hockey hielo; ahora, en cambio, apenas mantenemos conversaciones superficiales, y soy consciente de que sabe que he empezado a evitar hablar con él en general.

La fundación financia programas de becas para niños que quieren jugar al hockey pero no tienen los medios necesarios para hacerlo. Ya he trabajado antes con ellos y, en su día, incluso me lo pasaba bien haciéndolo. Ahora, sin embargo…

Me resulta abrumador, como si antes de ir ya supiera que las sonrisas de los niños no harán que desaparezca ese miedo que se adueña constantemente del vacío que siento en mi interior.

—Rhys —vuelve a llamarme. Su voz sigue sonando demasiado alta. Suspiro, me pongo los zapatos y cojo la bolsa antes de salir a la calle, donde me recibe el cálido aire del mes de junio—. Hoy, solo… inténtalo. Y mañana por la mañana, si te apetece, coge las llaves y ve a entrenar un poco antes de que abran la pista.

Asiento y tiro la bolsa en el asiento trasero de mi BMW. Hará más o menos un mes que me dijeron que ya podía volver a conducir, pero apenas he salido de casa en todo este tiempo.

—Vale —contesto al fin, agarrándome con fuerza al volante mientras se hace el silencio. El sonido sibilante que oigo a través del ruidoso altavoz de mi padre me indica que va conduciendo su vieja camioneta (a la que mi madre llama «esa cosa») con las ventanas bajadas.

—Y si este año sientes que aún no estás preparado, no te presiones. Puede que te venga bien tomarte un descanso; así causarás mejor impresión a los seleccionadores antes del próximo *draft*…

«El próximo *draft*…». Aunque no puedo evitar que la idea me resulte sutilmente atractiva, encojo los hombros a la defensiva en un acto reflejo; me muero de ganas de dejar de sentirme así con el hockey y de que este deporte vuelva a encantarme como siempre.

«Esto es ridículo. Ni que fuera yo un soldado… Juego al hockey en la NCAA… Ya debería haberlo superado».

Le corto antes de rayarme por esta conversación y acabar encerrándome otra vez en mi cuarto con las cortinas echadas.

—Quiero jugar. Ya estoy listo para volver —miento. Como he estado practicando esta mentira, me sale natural—. Estoy bien.

Mi padre suspira al otro lado de la línea antes de despedirnos con rapidez y por fin arranco el coche.

La pista está petada de gente; sobre todo, teniendo en cuenta que es un jueves por la noche y que es hora de cenar. Hay niños de entre cinco y trece años patinando de un lado a otro, esquivándose con la ayuda de algunos voluntarios a los que conozco de ocasiones anteriores: unos son jugadores retirados; otros, padres con bastante experiencia. Incluso veo a Lukas Bezek (uno de los nuevos jugadores estrella de los Bruins), que está con el equipo de redes sociales y les enseña a tirar *slap shots* a algunos de los niños mayores.

Nada más pisar el hielo, una pequeña masa borrosa se estrella contra mis piernas y, a pesar de que ya es demasiado tarde, oigo que gritan:

—¡Cuidado!

Cojo a la criatura antes de que rebote en mi muslo y acabe en el hielo.

Se ríe mientras lo levanto por las pequeñas hombreras y la camiseta que lleva puesta, y espero a que recupere el equilibrio antes de soltarlo. No me quita los ojos de encima en ningún momento. Es pecoso, y me regala una sonrisa mellada; parece un minijugador de hockey en toda regla. Vuelve a resbalar (patinar no es su fuerte), pero no frunce el ceño ni parece preocupado.

—Lo siento —se disculpa y se le escapa un silbidito por el hueco en el que falta una pala—. Aún estoy aprendiendo a frenar.

El antiguo Rhys se habría reído y le habría contestado algo amable o gracioso, como «Tranquilo, compi. Yo también». Sin embargo, en este instante, la idea de reírme me resulta imposible, así que me limito a ofrecerle la mejor sonrisa que puedo dibujar.

—Menos mal que hoy vamos a practicar las paradas —anuncia una voz alegre mientras se acerca una chica alta y mona y se detiene a nuestro lado, seguida por algunos renacuajos más—. ¡Buen trabajo, Liam! ¡Has encontrado a nuestro entrenador e invitado especial del día!

Liam, el pequeño que sigue aferrado a mi pierna con una de sus manitas protegida por el guante, ríe y se echa hacia atrás.

—¡Es superalto!

El grupo de niños que nos rodea estalla en carcajadas y me sonríe a la espera de que haga o diga algo. Al ver todas esas caras llenas

de esperanza, mirándome y confiando en mí, el sudor me empapa la nuca.

Tal vez esto ha sido un error.

—Os presento a Rhys —dice la chica—. Es centro de los Waterfell Wolves, ¡así que juega en la liga universitaria de hockey, a las afueras de Boston! Lleva en esto desde que tenía vuestra edad y hoy os enseñará a patinar.

—¿Y jugaremos? —pregunta una niña pequeña con el casco en la mano.

Sus compañeros desvían la atención hacia ella y la criatura se sonroja enseguida.

—Hoy seguramente no. Nos centraremos sobre todo en aprender a patinar, ¿de acuerdo? —La chica sonríe con discreción al grupo mientras los niños gritan contentos—. Nuestro capitán nos enseñará a controlar el *stick*. —Me mira y asiente—. Y luego, para terminar, jugaremos a algo muy chulo. ¿Qué os parece?

Los críos gritan ilusionados antes de que ella les pida que den unas vueltas a la pista para calentar.

—Espero que no te importe que haya intervenido —me dice, tendiéndome la mano para darme un apretón—. Me llamo Chelsea. Uno de los organizadores me ha dicho que hoy vendrías a echarnos una mano con los peques.

—Ajá —respondo. Me pongo a patinar a su lado y la sigo hasta la otra punta de la pista, donde hay un montón de conos en los laterales, e intento ubicarme—. Gracias por lo de antes. No estaba muy fino esta mañana.

—Te entiendo. —Ríe—. Todos tenemos noches de esas.

Debería reírme o asentir y darle la razón, como si mi falta de entusiasmo se debiera a la resaca posterior a una noche de farra. Aun así, no consigo hacer más que dibujar una media sonrisa mientras nos preparamos para empezar a practicar algunos ejercicios de técnica individual.

—Bueno, lo principal es que los peques aprendan a patinar. El grupo de niños de diez años o más estará hoy con los Bruins por temas de redes. —Hace un gesto con la cabeza para señalar al grupito que se nos acerca a trompicones—. Y el niño que ha intentado derribarte se llama Liam: necesita más dedicación que los demás, por si quieres centrarte en él y ayudarle.

Y eso hago.

Trabajar con Liam es fácil. Es un niño con muchas ganas de aprender (aunque algo torpe, también) y siempre tiene una sonrisa en la cara. Se pega a mí, y de vez en cuando mira a los otros niños frunciendo el ceño, decidido.

Para terminar la sesión, Chelsea reagrupa a los chicos para comentarles cómo ha ido. Solo la mitad de los críos consiguen arrodillarse; los demás se quedan despatarrados en el hielo, sonriendo de oreja a oreja.

Sigo esperando a que me vengan recuerdos de cuando yo tenía esa edad, cuando me aferraba al *stick* de mi padre y dejaba que me deslizase por el hielo, tal vez demasiado rápido. De cuando veía sus partidos por la tele, orgulloso y con su camiseta puesta, y gritaba igual que mamá. Del primer gol que marqué, aunque fuera casi accidental. Espero…, pero sigue sin venirme nada.

—Mi hermano también es muy bueno —dice Liam, al que le falta un poco el aliento, mientras vuelve a agarrarse al bolsillo de mis

pantalones.

El niño patina fatal, pero es feliz.

—¿Ah, sí?

Vuelve la cabeza para mirar hacia atrás, hacia el grupo de chicos mayores que está acabando la clase al otro lado de la pista.

—Sip. Oliver. Creo que se pondrá celoso de que hoy hayas patinado conmigo.

—¿Celoso? —Miro a Liam y arqueo una ceja.

Asiente y se le escapa otra risita.

—Uy, sí. Juegas al hockey con los Wolves, y Oliver se muere mucho de ganas por jugar con ellos.

Miro a mi alrededor y me pregunto por qué nadie ha llamado a Liam para que vaya con los padres y críos que están atiborrándose de comida en la mesa de los tentempiés. Los mayores se dispersan; todos van hacia la salida menos uno: un chico alto, con el pelo lo bastante largo como para que le salgan los mechones por debajo del casco, que patina hacia nosotros.

No veo a Chelsea por ninguna parte; de hecho, la pista está vacía. Padres y niños llenan las gradas o se arremolinan alrededor de la mesa de aperitivos, y sus risas y conversaciones resuenan y rebotan en las vallas de la pista al aire libre. Espero a que alguien se acerque al cristal y vea que aún quedan dos niños aquí, pero nadie les presta atención.

—¿No ha venido? —pregunta el mayor, Oliver, al tiempo que se quita el casco y deja que le cuelgue de la mano.

Tiene el pelo más oscuro que su hermano, pero sus ojos grisáceos son idénticos a los de Liam. Está claro que son familia.

Liam niega con la cabeza y guarda silencio por primera vez en toda la tarde.

Oliver gruñe, frustrado. Después de mirarme receloso un segundo, desvía los ojos hacia Liam, pone los brazos en jarras y le dice:

—Te he dicho que, si no está aquí, me esperes al lado de la mesa de comida con la señorita Chelsea.

Liam hace un mohín y me suelta para patinar, trastabillando, hacia su hermano.

—¡Pero es un Wolf![*] —le dice casi susurrando y soltando un discreto aullido—. Juega al hockey con los Waterfell.

El niño espera a que su hermano reaccione, pero Oliver tiene pinta de estar avergonzado, casi enfadado incluso. Liam aúlla de nuevo, se vuelve hacia mí y me pregunta:

—¿Verdad, Rhys?

—Verdad, Liam.

—Me va a enseñar tanto de hockey que al final seré mejor que tú.

Aunque a regañadientes, Oliver sonríe ante las payasadas de su hermano y Liam se pone a patinar en círculos a su alrededor. Quizá le dé la impresión de estar volando, pero no para de tropezarse con un pie.

Es fácil ver el compañerismo que comparten los hermanos, y eso me recuerda a cuando yo tenía seis años y perseguía a Bennett por todas partes como si fuera un loco. Él siempre fue más corpulento, pero yo era más rápido. Es mi hermano, aunque no de sangre. Al pensar en él, y en la de cientos de llamadas perdidas y mensajes suyos que tengo por escuchar o responder, noto una punzada de dolor en el pecho.

No lo he vuelto a ver desde que estuve en el hospital. Sé que ha venido a casa en varias ocasiones, pero mis padres siempre le han dado largas.

Me vibra el móvil en el bolsillo y lo cojo:

BENNETT REINER 152 mensajes sin leer
Sé que estás vivo, cabrón. Contesta al maldito…

No me molesto en leer más de lo que aparece en la pantalla bloqueada. Vuelvo a guardarme el teléfono en el bolsillo y hago caso omiso a la amenazante sensación de culpabilidad que me invade. Me centro de nuevo en los chicos, que me están mirando fijamente sin saber qué pasa.

De repente, Chelsea aparece a nuestro lado. Sonríe a los críos con amabilidad, me mira, se encoge de hombros y se inclina para susurrarme al oído:

—Siempre vienen a recogerlos los últimos. —Mientras me lo cuenta, desvío la mirada y me fijo en que ya no queda nadie en la mesa y que somos los únicos en toda la pista—. Alguien tiene que quedarse con ellos hasta que…

Se oye un portazo y una chica corre rampa abajo hacia la valla.

Es delgada. Lleva unos leggins negros y una sudadera azul *oversize* que le queda enorme. Una coleta algo suelta le cae encima de la capucha que le envuelve los hombros. Tiene la cara chupada y ojerosa; me pregunto cuándo durmió por última vez.

A Liam se le ilumina la cara y flexiona sus pequeñas rodillas como si fuera a saltar de la ilusión si no fuese porque tiene miedo de

caerse. A mi lado, Chelsea resopla, pone los ojos en blanco y me mira como queriendo decir que no es, ni de lejos, la primera vez que la chica llega tarde.

—¡Ya estoy aquí! —grita ella.

La bolsa que lleva colgando del hombro le rebota en la espalda. Se apresura a entrar en la pista con unas zapatillas sin cordones y resbala un poco antes de recuperar el equilibrio y caminar decidida hacia nosotros.

—Llegas tarde —la regaña Chelsea—. Para variar. —Apoya las manos en los hombros de Oliver en un gesto protector, y la otra se sonroja. Más de lo que ya lo estaba.

—Lo sé —responde, y se arrodilla en el hielo para quedar a la altura de Liam y mirarlo a los ojos.

El crío sigue emocionado, y no tiene pinta de estar molesto con su… ¿madre? Demasiado joven para serlo, sobre todo porque Oliver debe de tener unos once años.

La chica mira a su alrededor un segundo y entonces la reconozco. La he visto antes, pero no sé dónde.

No se molesta en decirle nada a Chelsea. Se limita a dedicarle una amplia sonrisa a Liam, que la mira como si fuese su mundo entero, y luego se pone a hablar con Oliver, que está sonrojado y con la cabeza gacha, claramente decepcionado.

—Lo siento, colega —le dice la chica, que se muerde el labio con fuerza y lo mira suplicante con sus grandes ojos grises—. Lo he intentado, de verdad.

—Hoy he aprendido a patinar más rápido —le dice Liam, contento y sin tener ni idea de la evidente frustración que siente su hermano.

Ella le guiña un ojo y le acaricia la cabeza con dulzura, alborotándole el pelo mientras se levanta.

—Apuesto a que un día serás más rápido que Crosby —le dice.

Casi se me escapa la risa. En parte porque me estoy imaginando un póster de Sidney Crosby en su cuarto infantil. Sin embargo, a pesar de que los labios no se me arquean lo más mínimo (nadie diría que he tenido que contenerme), me sorprende lo rápido que esta chica ha conseguido provocar una reacción, la que sea, a mi cuerpo vacío.

—Crosby no es el más rápido. Y prometiste que hoy vendrías a vernos —la acusa Oliver, que sigue frunciendo el ceño y tiene las mejillas ardiendo.

—Oliver, campeón, lo siento. Te prometo que vendré…

—Siempre dices lo mismo, pero nunca vienes. Y la culpa la tiene él. —El niño escupe la última palabra como si fuese veneno y a ella le cambia la expresión.

Es evidente que, sea quien sea «él», supone un problema constante para los niños. ¿Su novio, tal vez? Me cruzo de brazos y me encuentro dándole un poco la razón a Chelsea.

—¿Y si me lo enseñáis ahora? —sugiere la chica, esperanzada, intentando darle la vuelta a la situación—. Dadme un minuto para que me ponga los patines y os echo una carre…

—El caso —la corta Chelsea— es que debemos salir del hielo ya. Tienen que alisar la pista antes de que empiece el partido de la liga *amateur* de esta noche. Venga, Oliver, vamos a por una galleta de las de la mesa. Te he guardado unas cuantas.

Oliver patina hacia la salida detrás de Chelsea, y entonces me doy cuenta de que la chica me está mirando con el ceño fruncido.

Me quedo cohibido de una forma en la que jamás me habría quedado antes del accidente. Me tenso y enderezo la columna. Por un instante, dejo los brazos colgando a los lados, pero, por algún motivo, me parece peor aún. Los cruzo y me siento todavía más ridículo, así que vuelvo a bajarlos y me meto una mano en el bolsillo.

—¿Y este grandullón quién es? —le pregunta a Liam, arqueando una ceja, y él sonríe.

—Ah, sí, ya sé que no tengo que hablar con desconocidos, pero este es Rhys.

—Yo no conozco a Rhys, bichito.

—Nos va a ayudar para que seamos superbuenos en hockey —le dice al tiempo que le resbala el patín y se cae al suelo, bocabajo.

Me inclino de inmediato, lo levanto con facilidad y lo agarro de los brazos hasta que vuelve a recuperar el equilibrio. No le cuesta mucho, teniendo en cuenta que esta situación se ha repetido unas veinte veces en la última hora.

—¿Todo bien? —le pregunto agachándome para quedar a su altura mientras le dedico una sonrisa rápida, aunque contenida, a la chica, que nos está mirando desde arriba.

Espero un segundo para ver alguna reacción: una sonrisa, una señal de aprobación, un «Qué tierno» o un «Tienes madera para los niños», todas ellas respuestas habituales para mi antiguo encanto. Sin embargo, ella no hace más que quedárseme mirando como si nada.

Lo odio. Odio que lo mire todo con sus ojos grises de gata. Es como si mi cuerpo tuviese algún desajuste físico que le indicara que, bajo la superficie, mi interior es un puñetero desastre.

—Estoy bien —responde Liam, que echa a patinar hacia delante con las piernas temblorosas—. Rhys es… El mejor jugador de hockey.

—Ahhh. —La chica asiente sin quitarme su exasperante mirada de encima—. Ya, bueno, dile adiós al fiera del hockey, bichito. Tenemos que irnos a casa.

—¡Adiós, Rhys! La semana que viene traeré el casco. Tiene pegatinas —dice Liam casi gritando mientras se levanta con rapidez después de volver a caerse y antes de intentar otro aullido.

Sé que debería seguirle la corriente y hacer como si fuera su amigo, pero la presión que siento en el pecho me impide respirar. Y no hablemos ya de aullar con él.

Vuelve a caerse dos veces más de camino a la valla y a los asientos de las gradas, donde su hermano se ha sentado para desatarse los patines. Oliver mira a la chica con cautela, como si, a pesar del enfado, estuviese preocupado por ella.

Esta le saca la lengua. El flequillo y varios mechones sueltos de su sedosa melena castaña se arremolinan alrededor de su rostro. Espero un segundo, dispuesto a presentarme, y entonces veo la etiqueta que cuelga de su bolsa.

—¿Vas a Waterfell?

No solo va a Waterfell. En la parte inferior del logo hay un patín bordado. Uno de los de patinaje artístico.

Se vuelve hacia mí tan deprisa que pierde el equilibrio. La sujeto y vuelvo a dejarla en el suelo antes de que parpadee; es tan pequeña que no me sorprende que no pese nada.

No recuerdo cómo se llama (si es que alguna vez he sabido su nombre), pero me acuerdo de ella. La he visto entrando y saliendo

del complejo en varias ocasiones, siempre con prisas, corriendo de un lado a otro.

Sin embargo, de lo que más me acuerdo es de que un día irrumpió en nuestro entrenamiento de hockey. Aquella tarde nos habíamos alargado, y ella se puso a gritar a nuestro entrenador, un tipo muy calmado, antes de que un hombre alto y malhumorado la cogiera por la cintura y la sacara de allí.

Cuando acabamos de entrenar, me quedé deambulando por los túneles mientras ella ponía una música animada a todo volumen y echaba a patinar por la pista sin alisar, deslizándose por el hielo como si quisiera matar a alguien e impidiendo que pasaran la Zamboni para pulir la pista.

Pura pasión.

Ahora que la tengo cerca, y a pesar de sus pintas descuidadas, me doy cuenta de que es guapa. Melena oscura y brillante, piel pálida pero un tanto sonrosada, y varias pecas debajo del ojo derecho.

—Suerte que te he pillado. —Intento sonreír, y mi antiguo encanto me envuelve como si fuera una gruesa capa, como un escudo protector.

La chica pestañea una, dos veces, y luego arquea una ceja, frustrada, y me empuja para alejarse de mí.

—Seguro que tú pillas de todo.

A pesar de su fría respuesta y del vacío que siento en el estómago, sigo sonriendo y le respondo:

—Juego al hockey en Waterfell.

—Venga, chicos —les dice a los niños, pasando de mis palabras y de mi presencia mientras se aleja del hielo con la barbilla bien alta. Algo se retuerce en mi interior, no sé si por su desinterés ante algo

que antes solía hacerme atractivo o porque no me haya reconocido —. Nos vamos.

Los críos cogen sus bolsas y la siguen. Liam parece tan alegre como antes y Oliver, igual de abatido. Al verlo desanimado, siento una punzada en el pecho y salgo del hielo a toda prisa detrás de ellos.

—Hey —la llamo, aguardo un momento y los tres se dan la vuelta —. ¿Puedo hablar un momento contigo, eh…? Perdona, no me has dicho cómo te llamas.

Liam suelta una risita y señala a la chica que se supone que está a cargo de él.

—Se llama Sadie.

—Gracias, peque —le responde y pone los ojos en blanco, dándole un golpe en el hombro con la cadera mientras me mira—. ¿De qué quieres hablar?

—De… los chicos. Solo… —Dejo la frase a medias mientras echa a andar decidida hacia mí.

Cuanto más se acerca, más se me acelera el corazón con solo pensar en discutir con ella.

—¿Qué? —pregunta con un tono tan agresivo como su postura: brazos cruzados y cabeza alta para fulminarme con la mirada, como si el jugador de hockey de más de metro noventa y unos cuantos centímetros más gracias a los patines fuese ella y no yo.

—Sé que soy nuevo en el programa de becas, pero Liam y Oliver son muy buenos. Aunque todavía sean jóvenes.

—Ya lo sé.

Consigo contener la sonrisa que amenaza con escapárseme, en parte porque siento que se me cuela algo cálido en el estómago.

—Y, bueno, creo que es muy importante que los niños cuenten con el apoyo de sus padres, sobre todo para reforzar sus intere…

—Ve al grano, fiera.

Vale, muy bien. Hasta aquí mi encanto. La miro serio y me cruzo de brazos.

—Deberías esforzarte por venir a los entrenos. Y por cumplir tus promesas.

Se le enciende la mirada. Es como si escondiese una llamarada de fuego bajo ese color gris pizarra. Por un momento, creo que es capaz de derribarme, de empujarme contra la valla.

Igual me vendría bien y me obligaría a sentir algo aparte de este abismo de absolutamente nada que me carcome por dentro. A lo mejor, si resulta que la chica es más fuerte de lo que parece, me da una buena bofetada y acabo en el suelo.

La verdad es que espero que lo haga.

—Tomo nota. ¿Hay algo más que queráis decirme tú y tus humos? —Sadie no espera ni un segundo antes de seguir—: ¡Genial! —Da una palmada con fuerza—. Buena charla.

—Espera.

Intento llamar su atención de nuevo. La frustración se apodera de mí mientras alargo el brazo para sujetarla por la muñeca y detenerla.

Se irrita. Cuando la cojo, estalla y se aparta de mí como si hubiese intentado prenderle fuego. La suelto en el acto y me fijo en que ahora es ella la que me está agarrando por la muñeca como puede con su diminuta mano para retorcerme el brazo como si fuese un matón defendiéndose en el patio del colegio. Un escalofrío me recorre la columna.

—No vuelvas a agarrarme así en tu vida. —Me retuerce la muñeca un poco más.

Quiero pedirle que no me la suelte, porque es la primera vez en meses que siento algo, aparte de dolor.

Pero no puedo. Cuando consigo tragar saliva y despegar la lengua del paladar, ya se han ido.

2

Sadie

Para mí, los martes son el peor día de la semana.

—Sade, por favor.

Es el día que cobro, y eso significa que mi padre está más dispuesto a pedirme dinero descaradamente en lugar de ir soltando pullitas o coger pasta del presupuesto que tenemos destinados a la comida.

—No puedo.

Intento no mirar; me centro en atarme los cordones de las zapatillas y comprobar que haya metido en la bolsa todo lo que necesito para entrenar, además de la ropa para ir luego a la cafetería. Meto un par de calcetines más en el bolsillo lateral con cremallera y, al bajar por las escaleras poco estables, me veo forzada a mirarle.

—Solo un poquito. Solo necesito algo para pasar toda la semana.

Hago un esfuerzo por recordar que, en su día, no era así. Cuando mi padre nos quería con toda su alma; cuando su prioridad era yo, e incluso Oliver, que era un bebé.

—Ya te he dicho que no puedo —repito, y me cruzo de brazos muriéndome de ganas de pasar por su lado y darle un empujón. Tiene la cabeza un poco agachada y lleva el pelo más desaliñado que de costumbre, pero sus ojos continúan siendo iguales a los

míos, por más enrojecidos y oscuros que los tenga—. Oliver necesita unos patines nuevos. Ayer le sangraba el pie de lo mucho que le aprietan los viejos.

Mi hermano intentó ocultarlo, pero anoche lo pillé en la cocina poniéndose tiritas en los tobillos.

Mi padre aprieta los labios, y casi puedo oír la discusión que está manteniendo mentalmente conmigo; un límite que, con sumo cuidado, intenta no cruzar. Nunca nos ha pegado ni nos ha hecho daño físico a ninguno de nosotros. Sin embargo, me basta con notar su presencia para que me invada una fuerte sensación de responsabilidad. Quiere decir que esta es su casa y su dinero, aunque, en el fondo, no es el caso. Ya no. No desde que empecé a trabajar con catorce años y ahorré hasta el último centavo que me pagaron para conseguir dinero y seguir patinando. No desde que me dieron la beca que me aseguró que no tendría que aceptar sus limosnas recurrir nunca más a él para que me ayudase, por decirlo de alguna forma.

Mi madre accedió demasiado pronto al dinero del fideicomiso de su acomodada familia antes de que sus costumbres se convirtiesen en algo difícil de cambiar. Y le paga a mi padre la manutención que nos corresponde, cheques que me apresuro a coger del buzón antes de que él se los gaste en un buen whisky.

En su día, pensé que su historia de amor era superbonita: una chica rica que se enamora perdidamente de un chico que no tiene nada de nada. Pero ahora veo las cosas como son.

Mi madre no quiere a nadie. Solo a sí misma.

Y puede que, en el fondo, mi padre nos quiera, pero sus vicios siempre van primero.

Tal vez por eso me resulta imposible no llevarme la mano al bolsillo de los vaqueros y coger los cincuenta dólares en propinas de ayer para dárselos.

—No podré darte nada más en toda la semana —le advierto y, al ver cómo se le ilumina la mirada, la ansiedad se me cuela, amenazante, en el estómago—. Va en serio. Tengo que pagarle unos patines nuevos a Oliver.

—No hace falta —oigo que se queja mi hermano con la voz áspera mientras se cuela por debajo de mi brazo y entra en la cocina—. Puedo seguir patinando con los viejos un mes más.

—No, no puedes, campeón. Además, el torneo está a la vuelta de la esquina.

Antes de que pueda hacerlo yo, Oliver coge el filtro y empieza a prepararme un café. Está de espaldas a papá, el verdadero adulto de la casa, que sigue de pie al lado de la puerta como si estuviese preparándose para salir pitando en el momento menos pensado.

—¿Cuándo es el campeonato? —pregunta nuestro padre con la voz temblorosa y los ojos algo enrojecidos mientras se aleja cada vez más de la cocina. Cada movimiento que hace hacia Oliver está lleno de aprensión. Cuando va borracho no teme nada ni a nadie; sin embargo, cuando está sobrio, es casi como si nos tuviese miedo—. Igual podría ir a…

—Ni te molestes —le corta Oliver en voz baja.

Le doy un golpecito con la cadera mientras saco la leche de la nevera y, con una sonrisa, cojo la taza de café para llevar que mi hermano de once años ya me está ofreciendo.

—Si quieres venir al mío, es el próximo finde —dice un Liam adormilado desde la puerta de la cocina antes de entrar arrastrando

su manta de *Star Wars* por el suelo y plantarse en una de las sillas de la mesa—. ¿Estás haciendo tortitas otra vez, tata?

Cojo mi bolsa de la mesa y me la cuelgo al hombro antes de despeinarle los rizos a Liam por detrás.

—Hoy no, bichito. Tenéis gofres en el congelador para los dos, y os he dejado los táperes de la comida preparados en el segundo estante.

Liam se hunde con dramatismo en la silla.

—Tata, si no hay tortitas será un mal día.

Oliver gruñe y, de malas maneras, empuja hacia su hermano el plato que ya había preparado con gofres de canela.

—Come y deja de hablar de tortitas.

Le tiro de la oreja al pasar por su lado.

—Pórtate bien —lo riño antes de suavizar el tono y hacerle una carantoña—. Y gracias.

—Sí, bueno…

Noto una punzada en el pecho, se me hunden los hombros y casi grito por el revuelo que siento en el esternón. Es como si, por dentro, tuviese el cuerpo a mil, y cada pizca de enfado, resentimiento y miedo fuese bullendo como si de un volcán activo se tratase. Y sé que, como no salga de aquí ahora mismo, explotaré con él.

«¿¡Es que no ves lo que les haces!? —quiero gritar—. Ya sé lo que vendrá luego porque ya he pasado por esto. Y no puedo hacer nada para evitarlo. ¡Abre los ojos!».

—¿Tienes que irte antes de que llegue el bus? —me pregunta Liam con una voz exageradamente alta para ser tan temprano; esconde una evidente incomodidad.

«¿Tienes que dejarnos con él?». Esa es la verdadera pregunta. Puede que Oliver se acuerde de cómo era papá antes de todo esto, pero Liam no. Liam solo conoce esta versión de nuestro padre: la de uno que nunca está ahí para nosotros, que cada día parece más débil, más cerca de la muerte.

Puede que el enfado haga estallar a Oliver, pero Liam está librando una batalla con el miedo.

Detesto tener que dejarlos. Detesto tener que enviarlos a campamentos de verano y apuntarlos a miles de actividades que los distraigan y que se ajusten a nuestro presupuesto. Sin embargo, si dejo de patinar, nadie me pagará la matrícula de la universidad. Con los dos trabajos que tengo ahora apenas gano lo suficiente para complementar los cheques que envía mamá.

Lo hago por ellos. Igual algún día lo entenderán.

—Te quiero, peque —le susurro y le doy un sonoro beso en la mejilla.

Me abraza con fuerza hasta que le hago cosquillas en los costados para conseguir que me suelte. Oliver está apoyado en la encimera de la cocina con su delgado cuerpo, ese que no para de crecer, totalmente rígido y con los brazos cruzados con firmeza por encima de su camiseta de segunda mano de los Campeonatos Nacionales de Estados Unidos. Lo miro, le hago un gesto con la cabeza porque sé que no le gusta que lo toquen, y luego paso junto a mi padre, que está apoyado en el marco de la puerta.

Abre la boca como si fuera a decir algo, y espero un segundo porque una parte de mí se aferra a la posibilidad de que vuelva en sí.

Pero se queda callado.

Y yo lo único que quiero es gritar.

Poner «Cherry Waves» de los Deftones a todo volumen tampoco me ayuda a calmar el enfado que me corre por las venas. Sin embargo, lo que veo al llegar hace que se me despeje la mente en el acto.

En el aparcamiento, por lo general vacío, hay un coche caro aparcado, y las luces de dentro del complejo deportivo están encendidas.

Debería ser la única aquí. Utilizo la llave del entrenador Kelley antes de empezar a trabajar en el puesto de comida para entrenar más tiempo en el hielo. La pista no abre las puertas al público hasta las ocho en punto, o sea, que no debería haber nadie aquí dentro antes de (vuelvo a mirar el móvil) las seis de la mañana.

Aun así, miro rápidamente a través de los paneles de cristal que rodean la pista y veo una figura azul, un maldito jugador de hockey, sentado en una esquina.

Dejo caer la bolsa al suelo, me quito las zapatillas con los pies, me calzo los patines y me los ato en un santiamén. Sigo con los cascos puestos y la música a todo volumen, y eso me ofrece un chute de energía adicional. Estoy lista para pelear.

Cruzo las puertas con brío.

—¡Hey! ¡No puedes estar aquí! —grito de inmediato.

Voy decidida hacia la pista, ya iluminada, dispuesta a pegarle el broncón del siglo al idiota que está acaparando mi hora de hielo.

Pero algo no va bien.

El chico no está sentado en el suelo. Está desplomado, como si se hubiese hecho daño.

Respira con pesadez y le resplandece la piel en las zonas del cuerpo que tiene al descubierto. Lleva la camiseta de hockey medio subida justo por encima de uno de los hombros, como si hubiese intentado quitársela y no hubiera podido.

Está empapado en sudor, y su larga y oscura melena se le pega a la frente y al cuello. No paran de tensársele los abdominales, como si estuviese hiperventilando. La piel tensa y dorada del chico en cuestión me distrae tanto que incluso tengo que sacudir la cabeza para pensar con claridad.

Me apresuro a quitarme los cascos, y el sonido de su jadeante respiración enseguida inunda el silencio de la pista. Retiro los protectores de las cuchillas, entro en la pista y patino hasta él antes de frenar en seco con un derrape.

—Hey —lo llamo con la voz más temblorosa de lo que me gustaría —. ¿Estás bien?

Pregunta absurda, dadas las circunstancias.

Lo cojo por los brazos con las manos desnudas porque aún no me he puesto los guantes, e intento que el chaval deje de temblar. Tiene las pupilas dilatadas y me estudia muy despacio, como si estuviese intentando descifrar si soy real o un espejismo.

Ahora que lo tengo tan cerca, lo reconozco: es Rhys, el fiera de hockey del otro día. Pelo castaño oscuro, unos bonitos ojos marrones y una mandíbula afilada y dura como el acero, con ese hoyuelo en la mejilla derecha que hace que me pregunte si, al sonreír, le aparecerá otro igual en el lado izquierdo.

Se desploma de nuevo, pero le empiezan a castañear los dientes con más fuerza, y enseguida se lleva las rodillas el pecho. Al hacerlo, rasga el hielo con la cuchilla de los patines.

—N-n-no puedo respirar —dice con dificultad.

Sí que puede. Lo está haciendo ahora mismo. Pero sé por experiencia cómo son los ataques de pánico. Me tranquilizo un poco. Centrarme en alguien siempre es una agradable distracción para dejar de lado los incesantes gritos que oigo en mi cabeza.

—Hey —lo llamo con un poco más de dureza a pesar de sonreír, intentando parecer dulce y calmada, con la esperanza de que esto le ayude a alejarse del peligroso precipicio de pánico del que cuelga ahora mismo—. Mírame.

Me hace caso, pero tiene la frente sutilmente arrugada y le centellean los ojos.

—Sí que puedes respirar.

Algo se le cruza en la mirada justo antes de que lo azote un escalofrío y se agarre a la camiseta de entrenamiento medio puesta con toda la fuerza del mundo, como si quisiera quitársela. Apoyo la mano encima de la suya y hago que suelte la tela para evitar que, con la desesperación, se ahogue con el cuello de la prenda.

—Lo s-s-siento.

Tengo que sacarlo del hielo, pero sé que yo sola no podré levantarlo y aún queda una hora para que llegue alguien más, como mínimo.

—Venga, fiera. —Busco palabras que queden a medio camino entre la desesperación y el tirarle la caña en un intento por tranquilizarlo, a pesar de que me vaya el corazón a mil—. Estás bien —le aseguro como quien le dice a un bebé que no pasa nada cuando se ha caído—. Vamos a sacarte del hielo. ¿Puedes levantarte?

—S-sí —responde respirando con dificultad y demasiado rápido al mismo tiempo—. Lo siento.

—No te disculpes. Solo ayúdame, ¿vale? —Le paso un brazo por la cintura y lo agarro por la protección de los pantalones de hockey que le queda justo en la lumbar para que recupere el equilibrio sin caerse.

—No sé si puedo patinar —balbucea entre jadeos, cerrando los ojos con fuerza— No…

—Estás bien —repito—. Lo utilizaré como excusa para no quitarte las manos de encima —le digo hecha un manojo de nervios y soltando cualquier bobada con tal de distraerlo—. Tú ponte recto. Yo te aguanto.

Vuelve la cabeza hacia mí con sus ojos marrones aún dilatados y mira fijamente a los míos. Asiente con discreción y me lo tomo como una señal que me indica que está tan erguido como puede. Me impulso con la cuchilla y echo a patinar poco a poco, cargando también con su peso.

Dios, qué alto y musculado. Aunque es más esbelto que la mayoría de los jugadores de hockey de su talla.

Tardamos casi un minuto entero en llegar a la puerta patinando con cuidado y cargando, yo, con el doble de mi peso. No me quita los ojos de encima en ningún momento, y casi noto que me abrasa el perfil de la cara. Al final, consigo sentarlo despacio en la primera fila de las gradas que hay cerca.

Alarga los brazos para desatarse los cordones, pero le tiemblan tanto los dedos que no consigue agarrar los lazos hasta que, con una amarga expresión de impotencia, suelta un taco por lo bajo. Sin embargo, como me he pasado la vida cuidando de los demás, no hay irritación posible que consiga evitar que me arrodille frente a él y le coja las manos.

—Tú céntrate en respirar más despacio —le digo antes de que pueda volver a abrir la boca y soltar otra lastimosa disculpa.

Tengo los dedos dormidos, pero consigo desatarle los cordones y tirar de las lengüetas para que pueda quitarse los patines sin dificultad.

Me niego a quitarle las botas de hockey a un desconocido; segurísimo que le apestan los pies.

—¿Puedes seguir solo? —le pregunto balanceándome hacia atrás, sentada en mis patines y mirándolo a los ojos, que él sigue teniendo fijos en mí.

—Eres la madre de Liam.

Me río por la nariz. «Lo que más se le parece».

—La hermana, pero sí. Nos conocimos el otro día. Sadie. —Le sonrío ampliamente y rezo para que no recuerde el día en que me conoció.

—Rhys. —Exhala varias veces, como si fuese a reírse si no estuviese ocupado intentando estabilizar la respiración—. Querías darme una bofetada y que me cayera de culo al suelo —dice con una sonrisa, y veo que le sale un hoyuelo en la otra mejilla.

«Lo sabía».

—Ya, bueno… Hoy ya lo has hecho tú solito.

Tiene la boca abierta y se le escapa otra ligera y jadeante risa. Todavía le tiemblan los brazos y las manos. La pista vuelve a quedarse en silencio, y lo único que se oye de fondo mientras lo estudio por segunda vez son los zumbidos que provienen de las luces y las instalaciones. Quiero hablar, llenar este espacio con palabras reconfortantes, pero no se me ocurre nada.

—Eres la patinadora que parece que esté en llamas.

Frunzo el ceño.

—¿Qué?

Jadea y sonríe perezoso. Tiene más bien pinta de borracho adormilado.

—Da igual —responde.

«¿Qué hace aquí? ¿Qué le ha pasado en el hielo?». Las preguntas se me apelotonan en la mente y me presionan los labios para que las deje salir. Sin embargo, me fijo una única vez en su vulnerable y decaída posición corporal y salto para volver a ponerme de pie enseguida.

«No es asunto mío. Dejemos el tema».

Aparto la mirada de la profundidad de sus ojos y compruebo la hora en el reloj de muñeca que llevo puesto.

«Maldita sea…».

Las seis y media.

Me recojo el pelo en un moño alto, me quito los pantalones de chándal anchos, los tiro de cualquier manera a unos centímetros de donde descansa Rhys y me quedo en mis apretadas mallas. Una parte de mí se siente fatal por dejarlo solo, pero la otra, la que sabe que podría perder absolutamente todo aquello por lo que he trabajado en un pispás si no me centro en lo que toca, estimula mi determinación. Con un poco de suerte, el fiera conseguirá recomponerse y salir de aquí.

Me detengo en la puerta, me muerdo el labio y me vuelvo para mirarlo.

—¿Puedes salir tú solo? ¿Ya estás bien?

Asiente despacio, casi sin abrir los ojos, y levanta los pulgares. Coge los patines con una mano y, con la otra, se agarra a la

barandilla y se apoya, pesado, antes de sujetarse en la pared mientras camina por la rampa que da a las puertas exteriores.

Cuando oigo que se cierran, vuelvo a centrarme en lo mío y conecto el móvil al altavoz portátil que me dio el entrenador para que pudiera practicar la coreografía de mi programa corto antes de empezar a trabajar.

Al menos, lo intento.

Sin embargo, por más fuerte que ponga la música o por más veces que me caiga intentando hacer un triple *axel*, nada consigue alejar de mi pensamiento al chico de hockey con los ojos tristes.

Empujo la puerta al salir; el cálido aire del interior del complejo deportivo me azota la cara, sonrojada. Acto seguido, freno en seco al ver al jugador de hockey que había dado por hecho que se habría ido hacía rato.

Es como si casi no hubiese podido seguir andando más allá de las puertas de la pista. Está sentado, apoyado contra un murete que hay justo debajo de la ventana, con los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás. Traga saliva con fuerza y se le contrae el largo cuello por completo antes de abrir los ojos y mirarme.

Debería preguntarle si está bien, pero lo único que sale de mis labios es un comentario mordaz:

—¿Estabas mirando cómo patino? —Es más una acusación que una pregunta.

Ya no le brillan tanto esos ojos marrones, aunque todavía tiene la tez pálida, como si el pánico no tuviese prisa por abandonar su

cuerpo. Sacude la cabeza y se le dibuja una minúscula sonrisa de satisfacción en los labios.

—No, pero a lo mejor me gustaría —ríe disimuladamente. Parece un poco aturdido y un tanto desaliñado—. Teniendo en cuenta que no tengo más referencias, te imagino patinando como Liam.

Me resulta imposible reprimir una ancha sonrisa. Por más que a Liam le encante «jugar al hockey», cuando va con los patines puestos, a duras penas puede mantenerse en pie.

—Bueno, considerando que, en lugar de calentar, he estado ayudando a cierto jugador de hockey, supongo que tampoco vas tan desencaminado.

Lo he dicho en plan coña pero, al soltarlo en voz alta, me doy cuenta de que suena a reprimenda. Y lo que me sienta peor aún es ver que Rhys hace una mueca de dolor mientras asimila mis palabras.

Dios, ¿tanto se han torcido las cosas? Nunca he sido un as en mantenerlo todo bajo control, y tampoco es que tenga superdesarrollado el instinto de supervivencia. Soy mucho más de acumular un sinfín de sensaciones a la vez hasta que estallo.

Me siento para desatarme los patines y me acerco la bolsa.

—No sé qué me pasa —confiesa, y luego ríe.

—Yo diría que estás abriendo los ojos tras lo que me ha parecido un ataque de pánico de los gordos —sugiero—. ¿Te había pasado antes?

—Estoy bien —responde esquivando la pregunta.

Entro en tensión. Ya vuelvo a estar preparada para pelearme con él, si es necesario.

—Si te ha pasado antes, ha sido muy estúpido por tu parte salir a la pista completamente solo.

Espero un momento, pero no dice nada.

Al final, le pregunto:

—¿Por qué sigues aquí?

—Estaba intentando reunir el valor necesario para volver a casa conduciendo. —Ríe y dibuja una mueca al mismo tiempo—. Si no te importa pasarme las llaves… —Se tambalea al intentar levantarse y, al final, vuelve a caerse contra la puerta de cristal.

—Ya… Ni de coña vas a volver conduciendo, fiera.

—¿Y tú qué haces aquí? —Muestra un interés genuino, curioso, con un tono de voz para nada mordaz—. Mi… Me dijeron que no habría nadie tan temprano.

«Técnicamente, nadie tiene permiso para venir a estas horas».

—No sé de qué me estás hablando, porque yo no he estado aquí esta mañana. Al igual que a ti, fiera, tampoco te ha dado un ataque de pánico y casi te desmayas ahí solo, en medio de la pista.

Hace una mueca, pero asiente y echa a andar con cuidado con la bolsa colgándole del lado izquierdo mientras, con la mano derecha, me agarra por el hombro con tanta fuerza que casi me duele.

—A estas horas, aquí no había nadie —reitero con una discreta sonrisa en los labios—. Y esa es la única razón por la cual voy a hacer que sientes el culo en mi coche y voy a llevarte adonde tengas que ir.

—Puedo conducir, en serio. Solo necesito sentarme un par de minutos detrás del volante antes de arrancar.

No quiero que conduzca, pero sé que el entrenador Kelley y el resto del personal de verano empezarán a llegar en cualquier

momento y no puedo… Dios, como tenga una falta más este año…

«Para».

Sacudo la cabeza y me enderezo. Adentrarme por ese sendero solo hará que sea yo la que acabe llorando en el coche o patinando a toda velocidad y haciendo saltos de pacotilla durante el rato que tengo para entrenar en la pista.

Este año no será como el pasado. Este año será mejor.

—Vale. Pero júramelo.

Rhys vuelve a asentir; parece que esté intentando dibujar una especie de sonrisa pueril y encantadora.

Empujamos juntos las puertas del complejo y salimos fuera, donde nos recibe el aire frío de primera hora de la mañana. Mi destartalado Jeep Cherokee tiene unas pintas casi ridículas al lado de su elegante BMW negro, pero consigo reprimir el sarcástico comentario que tengo en la punta de la lengua y que amenaza con escapárseme.

Rhys se agarra a la puerta del conductor y lo suelto. Doy una palmada y me balanceo sobre los talones.

—Gracias —dice mirándome con la misma intensidad abrasadora y molesta de antes. Ahora parece menos vulnerable, incluso cansado, pero se obliga a mantener una especie de máscara carismática—. De verdad que te agradez…

—Ahórratelo. —Levanto las manos para evitar que me irrite más aún—. Yo no he estado aquí esta mañana y tú tampoco. Tranquilo, fiera.

Frunce el seño. Los ojos vuelven a llenársele de la misma tristeza de antes y, por un segundo, detesto verlo así. Todas las palabras que me salen de la boca y que van dirigidas a él están repletas de provocación; soy consciente de ello, pero no puedo parar.

Espero a que me suelte un moco o me la devuelva, pero tiene pinta de estar cansado y punto.

—Ya. Bueno… Estoy seguro de que te veré por aquí.

Suspira, y la vulnerabilidad vuelve a colársele en el rostro mientras abre el BMW y se sube al coche. Cuanto más le miro la cara, más se me remueven las tripas. Me da la sensación de que me van a entrar náuseas, así que pego media vuelta con tal de deshacerme de esta neblina mental, y echo a andar decidida hacia las puertas.

Y por más que quiera comprobar cómo está una última vez antes de entrar de nuevo en la pista, mantengo la cabeza alta y no dejo de mirar al frente. Siento una imperiosa e inmensa necesidad de provocarlo y besarlo hasta que deje de sentirse tan desolado, pero eso solo puede acabar mal para mí.

—No si te veo yo antes —respondo con un hilo de voz.

Y es una promesa que me hago a mí misma para mantenerme alejada del chico de ojos tristes antes de que intente curarle las heridas.

3

Rhys

Desde el accidente, mi nueva normalidad se basa en despertarme empapado en sudor, así que tampoco es nada extraño que me encuentre dando vueltas entre unas sábanas empapadas y frías como el hielo. Lo que sí es extraño es oír la dulce voz de mi madre despertándome de otra pesadilla más en vez de que lo haga la alarma.

—Mierda —murmuro, y pestañeo para deshacerme de la legañosa capa de humedad que me nubla la vista.

Mi madre está inclinada justo encima de mí y me está acariciando la cara por el lado en que me he dado la vuelta, siguiéndole la voz.

—Dormías bocabajo otra vez —me explica con un tono dulce, tal y como lleva haciendo los últimos meses. Cuando se lo oigo, se me encoge el pecho, porque mi madre no es así; es escandalosa e invasiva, pero este verano de pacotilla la ha convertido en… esto—. Me has asustado muchísimo esta mañana.

«Mierda».

Cierro los ojos un poco más fuerte; me da miedo ver su expresión, porque ya sé cuál será. Mi padre es más como yo, pero mi madre es todo emociones y cero coraza exterior.

De pequeño, ella era mi lugar seguro, aquel al que acudía para buscar apoyo; joder, si hasta Bennett dejaba que le curase los

rasguños y le diera un beso en el pelo, con una orgullosa sonrisa en la cara y nuestros números pintados en sus mejillas para animarnos cuando perdíamos un partido. Ahora, sobre todo en los últimos tres meses, mi madre me ha estado cuidando tanto que ha sido casi agobiante.

Hasta podría jurar que mi padre se ha planteado volver a jugar en la NHL para que lo empotren contra las vallas, y así mi madre le preste mimos y atenciones otra vez.

—¿Te he despertado?

Sonríe con dulzura, vestida con unos pantalones de chándal que le llegan hasta el suelo, y una de las gastadas camisetas del equipo de Winnipeg de mi padre. Me impulso con el codo y me vuelvo del todo antes de coger el vaso de agua que me ofrece.

—No, tu padre se está resfriando y ronca como un condenado. —Sonrío y veo que se le dibuja una sonrisa de las suyas, de las de verdad—. Rhys, ¿estás bien?

Si me lo preguntase mi padre, no dudaría en mentir, pero mi madre siempre consigue sonsacarme la verdad, por más que intente enterrarla en lo más profundo de mi ser.

—Intento estarlo.

Asiente y se sienta en el borde de la cama.

—Pronto empezarán las clases. ¿Te quedarás aquí este semestre?

—No —contesto agradecido de que me dé el espacio que necesito para distraerme—. Volveré allí el mes que viene. —Me da más miedo mantener esa conversación con Bennett que entrenar de nuevo—. Tengo que recuperar mi rutina.

No es una mentira, pero como si lo fuera. Porque volver a la rutina no me ayudará. Nada lo hará.

«Excepto un par de ojos grises y una sonrisa coqueta».

Ese pensamiento me pilla tan desprevenido que tengo que agarrarme con fuerza a la colcha para controlar mi repentina reacción.

Dios, Bennett tendrá que atarme a la maldita cama para evitar que vaya a por ese vicio en concreto. Noto cómo se me aviva la sangre al pensar en ella; su voz, su aroma y su cara me brindan calidez al instante.

El control que tenía justo antes de ese partido, tres meses atrás, ha desaparecido. Tal vez esa parte de mí murió aquella noche. Me da la impresión de que nada de lo que me queda sigue mereciendo la pena… Continúo caminando por la cuerda floja, planteándome si tiro o no la toalla.

Unos pensamientos acelerados, oscuros y llenos de odio hacen que la culpabilidad amenace con adueñarse de mí al ver a mi madre aquí sentada, intentando, desesperadamente, bañarme de todo el resplandor que desprende. Y yo soy incapaz de decirle que no siento nada.

«Con Sade, algo sentiste».

A mi madre se le dibuja una engañosa sonrisa en los labios y se frota las manos antes de preguntarme:

—¿Quieres que preparemos galletas y sirope de chocolate?

—¿Qué hora es?

—Las cuatro, pero ¿qué más da?

—Papá se despertará a la mínima que oiga un ruido, y lo sabes —le advierto a pesar de que aparto las sábanas y voy a por algo de ropa limpia que no esté empapada en sudor para cambiarme.

—Le vendrá bien, al muy *mudak*.*

Arqueo las cejas de golpe y espero a que su broma me haga reír, como siempre. Pero no es el caso.

Intento deshacerme de esta sensación de autodesprecio. Me encojo de hombros y me doy la vuelta para ir hacia el baño; aun así, primero le digo:

—Tu ruso está mejorando, pero dudo que papá quisiera que lo aprendieras para esto.

—¿Para meterse conmigo? —pregunta él con voz rasposa y soñolienta mientras entra en mi cuarto vestido con los pantalones del pijama y nada más—. Qué va. Es justo para lo que quería que lo aprendiese, mi querida *rybochka*.*

Me tenso tanto que creo que los hombros me llegan a las orejas. Aprieto los puños con fuerza e inhalo profundamente.

A saber qué tratamiento me recomendaría mi carísima psicóloga deportiva si le dijera que la voz de mi padre se está convirtiendo en un detonante emocional para mí.

—¿Qué hacéis los dos despiertos? —Camina hasta donde está mamá sentada, se queda de pie detrás de ella y le apoya las manos en los hombros para darle un apretón antes de tirarle con sutileza de la coleta medio suelta en la que lleva recogida su melena de color rubio rojizo.

—¿Estás molestando a mi hijo?

«Mi hijo».

Intento respirar de nuevo, despacio y de forma controlada. Y relajo los puños.

Porque, mamá, cuando algo tiene que ver con mi padre, mucho habla y poco actúa. Solo lo mira y le sonríe satisfecha.

—Sip. Tenemos antojo de galletas y sirope de chocolate.

No dice ni una palabra de lo que tanto ella como yo sabemos. Que mi padre no ronca. Que ella tiene el sueño más ligero desde que, hace meses, me encontró casi asfixiado porque me dio un ataque de pánico mientras dormía. Que hoy se ha despertado porque ha oído unos gritos ahogados y seguramente casi le da un infarto al ver que volvía a estar durmiendo bocabajo.

Mi padre arruga la nariz porque, por más que le encante todo lo que prepara mi madre y se comería con gusto un trozo de carne cruda si ella se lo sirviera, odia el sirope de chocolate con toda su alma.

—Bueno, ¿qué hacemos aquí todavía? El horno tarda una hora en precalentarse.

Se levantan los dos y echan a andar hacia la puerta; una vez allí, se detienen para esperarme. A pesar de que mi madre intente disimularlo con una sonrisa y se apoye perezosamente en los brazos de mi padre como si fueran un par de enamorados, sigue preocupada.

Sin embargo, él me mira implacable y se fija hasta en el más mínimo movimiento de mis músculos, porque ve demasiado y nada a la vez. ¿Y si en este instante ve a un desconocido en el cuerpo de alguien a quien antes solía considerar un igual?

—Tengo que ducharme. Ahora bajo —les digo.

Cierro los ojos y la puerta antes de oír nada más. Necesito un momento para sentirme vacío sin la presión de tener que fingir lo contrario.

Resulta evidente que uno de mis pasatiempos actuales es buscar alguna sensación, aunque sea de dolor. Porque dos días más tarde acabo en la pista a las cinco de la mañana. Incluso más temprano que la última vez que fui.

Vuelvo a hacerle caso a papá: enciendo las luces y saludo al encargado del turno de noche. Suerte que el hecho de que Max Koteskiy sea famoso me permite patinar en una pista vacía, con el hielo liso y en buen estado.

Caliento sin dificultad antes de entrar y estiro despacio para liberarme de la tensión que se me ha acumulado con la horrenda noche que he pasado.

Sin embargo, cuando me siento en el vestuario vacío, basta con que me maree un poco para perder la concentración por completo. Empiezo a ver borroso y aprieto los puños mientras pierdo los cordones que ya casi tenía entre los dedos. Intento frenar la ola de pánico que va creciendo, me inclino hacia delante para dejar caer la cabeza entre las rodillas y apoyo los antebrazos en los muslos para mantener una posición mínimamente recta. Un escalofrío me recorre la columna vertebral. Trato de ganarle el pulso a la presión que se me va acumulando en el pecho y al miedo que me invade cada vez más mientras se me nubla la vista de nuevo.

Cierro los ojos.

—Es patético. Para ya.

Aunque pronunciar esas palabras en voz alta tampoco sirve de mucho. No consigo ahogar el sonido de mis propios gritos —«¡No veo!»—. Es como si tuviera un puto disco rayado en la cabeza. Levanto las manos y me sujeto la cabeza. Los martillazos que siento en la sien son cada vez más y más fuertes; tanto, que marean. Y no

puedo abrir los ojos porque me acojona la posibilidad de hacerlo y no ver.

—Contrólate, joder. —Me agarro el pelo con las manos y resisto la tentación de pegarme una bofetada.

—Tenemos que dejar de vernos de esta forma, fiera.

«Mierda».

Si es que me basta con oír su voz para volver en mí.

Despacio, levanto la cabeza e intento recomponerme lo suficiente como para dibujar una sonrisa en mi pálido rostro.

No lo pienso. Abro los ojos y pestañeo deprisa para deshacerme de esa neblina. Y la veo a la perfección. Tiene una expresión tranquila, la frente relajada y una delicada sonrisa en los labios: la imagen perfecta de una persona absolutamente calmada. Menos por la sutileza de la arruga que se le forma entre las cejas y el vasto desasosiego de su mirada, tan profundo que podría nadar en él.

—Lo siento —me disculpo con la voz áspera.

Ahora que me ha distraído la forma en que se pavonea Sadie por el vestuario, como si estuviese en casa, dejando la bolsa en la esquina, al lado de una de las bancadas, se me empieza a ralentizar la respiración.

—¿Necesitas que te haga el boca a boca?

Su repentina provocación me pilla tan desprevenido que es como si le hubiesen tirado un cubo de agua fría a mi sistema nervioso. Todo vuelve a su sitio, y dejo de prestar atención al patín que tengo a medio poner para centrarme en ella.

Lleva sus musculadas piernas envueltas en una suave tela negra y una camiseta de manga larga remangada con el logo deportivo de la universidad. Hoy se ha dejado el pelo suelto; lo tiene grueso y liso.

Se ha colocado un mechón del flequillo detrás de la oreja, y tengo que apretar los puños para no alargar el brazo y quitárselo de ahí.

En lugar de eso, trato de centrarme en las pecas que tiene debajo del ojo.

—¿E-Estás ligando conmigo?

Las palabras se me escapan deprisa de la boca y la voz me sale débil y llena de aire, y no se parece en nada a la mía. Casi me entran ganas de retractarme: yo soy como un caparazón vacío y ella rebosa energía por todos los poros de la piel, joder.

—¿Yo? ¿Ligando con el buenorro del jugador de hockey que aparece en mi pista cada dos por tres? —Sadie me sonríe, se quita uno de los auriculares de la oreja y el cable le queda colgando en la mano—. Sería una estupidez no hacerlo.

Es directa, tanto si se cabrea como si provoca al personal. Es tan brutalmente honesta en comparación con lo débil que me siento yo que despierta algo en mí.

O quizá lo que pasa es que todas las células cerebrales que me quedan entran en un frenesí descomunal, lo cual explicaría por qué, de repente, suelto:

—¿Quieres que le pongamos remedio?

Más que ligar, le estoy vacilando; además, mi antiguo yo jamás diría algo tan atrevido. Mi antiguo yo era más controlado; mantenía una actitud de capitán tanto dentro como fuera de la pista y se ceñía a la norma de las tres citas antes de enrollarse con alguien, lo cual ya era poco habitual en mi círculo. No quería distracciones. Solo jugar al hockey.

Hasta que el hockey decidió que no me quería como jugador.

Quizá es que ahora quiero que algo me distraiga de lo mucho que odio en lo que se ha convertido este deporte en mi cabeza.

—Mmmm —musita Sadie un poco inclinada encima de mí, sonando sarcástica y dulce a la vez.

—Póntelo.

Cojo el auricular que me pasa y, al hacerlo, le rozo sutilmente la piel con los nudillos. Dejo que la sensación de tenerla tan cerca me acaricie mis tensos y estirados músculos. Sadie tiene unos auriculares antiguos; el cable que conecta el suyo con el mío cuelga entre los dos mientras ella se sienta en el banco, a mi lado.

Desesperado, separo las piernas hasta que, con los pantalones de deporte, rozo sus mallas. Sadie no se aparta; solo me mira, paciente, mientras me pongo el auricular en el oído izquierdo.

Hay una quietud silenciosa en la música; algo relajante y lo bastante repetitivo como para ahogar el pánico que hace nada se estaba apoderando de mi mente. Es como si el sonido que me entra por el oído izquierdo consiguiera imponerse sobre todo lo demás.

Menos sobre la calidez que noto al tenerla a mi lado. En cierto modo, eso es aún mayor.

4

Sadie

Me duele verlo así.

Ya he sufrido ataques de pánico en el pasado, pero lo peor no eran los míos, sino los de Oliver. A duras penas podía ayudarle a gestionarlos; al final, tuvimos que recurrir a medicamentos. Ahora son menos frecuentes y más espaciados que antes. Sin embargo, ver a Rhys hecho un ovillo y respirando con pesadez, como si apenas pudiese inhalar, me recuerda a aquella bolsa de guisantes congelados que le ponía a mi hermano en el pecho para calmarle el sistema nervioso.

Solo que en este momento no tengo a mano una bolsa de guisantes congelados.

—¿Te está ayudando? —le pregunto mientras seguimos escuchando el eco de los delicados rasgueos de José González.

Rhys asiente y me estudia con la mirada siguiendo una especie de patrón: ojos, boca y mi mano agarrando la suya.

Ojos. Boca. Manos.

—Me estás ayudando —me dice sonrojado, a saber si por vergüenza o por el esfuerzo.

Asiento.

—Bien.

—Bien.

Nos apoyamos en la pared. Es como si nos moviésemos en sincronía, conectados por el cable de los auriculares que nos une.

La música sigue sonando mientras a él se le calma la respiración y, a mí, el corazón. Pierdo la noción del tiempo; no sé cuánto rato pasamos así.

—La música me ayuda —le cuento.

A Oliver también, pero eso no se lo digo, a pesar de que me acuerdo de la vez que obligué a mi hermano a ponerse los cascos mientras yo discutía a voces con el director de su colegio por el comportamiento «inapropiado» de Oliver en la escuela y su «falta de educación» fuera de esta.

Siento un cosquilleo en la piel y, al bajar la mirada, veo que Rhys está distraído, jugueteando con mis dedos de una forma que me resulta demasiado familiar.

Me levanto y doy un paso hacia atrás.

—¿Has patinado? —le pregunto.

De pronto, siento la urgente necesidad de llenar el silencio que nos envuelve.

Él sonríe de esa forma tristona y adormilada mientras sigue relajándose.

—Ni siquiera he llegado a pisar el hielo.

—¿Quieres que patinemos juntos?

Esta vez muestra una sonrisa arrogante.

—Vaya movida de ficha. Ya me ha quedado claro que estás ligando conmigo.

—Para nada.

—Lo que tú digas, Sadie —me espeta.

—Te estoy ofreciendo… —¿Qué le estoy ofreciendo? Él sonríe, me provoca y la cabeza me da vueltas—. Que compartamos el hielo.

—Vale. —Asiente y se levanta con los patines puestos y ya atados. Ha dejado de ser un manojo de ansiedad y se ha convertido en una torre altísima—. Y tu música.

—¿Qué?

—Que quiero tu música. —Se encoge de hombros—. Es agradable. Supongo que me ayuda a concentrarme.

Sus palabras van acompañadas de algo que hace que me entren ganas de abrazarlo, y noto cierto escozor detrás de los ojos.

—Vale —acepto.

Al ver a Rhys dirigiéndose hacia mí, me doy cuenta de que a lo mejor no he sido tan astuta como pensaba al intentar escabullirme de la pista mientras él estaba de espaldas a mí.

Por un segundo me planteo cerrar la ventana del puesto de venta para que, cuando llegue aquí, yo pueda gritar: «¡Estamos cerrados!».

Por desgracia, si lo hiciera le aplastaría los dedos a la inocente madre que parece que está a punto de quedarse dormida encima de la barra mientras le paso el café.

—Gracias —me responde.

Coge un segundo vaso de chocolate caliente y se lleva a un par de niños de hockey hiperactivos.

—No sabía que también trabajabas aquí —comenta Rhys.

Sonríe y se pasa una mano por el pelo, que aún tiene mojado, como si hubiese metido la cabeza bajo el grifo al terminar su sesión

matutina de patinaje. No paran de caerle unos mechones en la cara porque los tiene demasiado cortos como para colocárselos detrás de las orejas.

Por alguna estúpida razón, una parte de mi cerebro me pide que sea yo la que le aparte esos mechones de ahí, así que aprieto los puños.

—Por eso tengo la llave. —Me encojo de hombros.

No la tengo por eso ni de broma. Dudo que trabajar en el puesto de comida al que solo suelen venir los niños del instituto justifique que tenga la llave de la pista de hielo. Si la tengo es porque he hecho un trato con el entrenador Kelley para el verano: no vendrá y me arrastrará a la otra punta del país mientras mis hermanos no tienen clase siempre y cuando yo siga entrenando aquí, en la pista pública, y le envíe vídeos de mi rutina cada semana.

—¿Puedes ponerme un café?

Sonrío, pero noto una ola de calor que me recorre la espalda.

—Se nos ha acabado.

—¿Os habéis quedado sin café a las siete y media de la mañana?

—Por desgracia, sí —le digo mientras remuevo la jarrita de leche que tengo delante.

—¿No te queda ni un poco para tu cliente favorito?

Me sonríe y, al ver ese gesto, me detengo. En sus mejillas, de por sí cinceladas, aparecen un par de hoyuelos idénticos, lo cual aporta algo de luz a sus ojos marrones, esos que suelen darle una mirada triste. Quiero deleitarme con esa sonrisa como una flor quiere disfrutar de los rayos del sol.

—Rhys, tú no estás ni en mi top diez. Además, dudo muchísimo que tú, un niño de coles privados, haya consumido alguna vez nada

del bar de una pista de hielo pública.

Se lleva la mano al pecho, como si mi comentario le hubiera herido profundamente.

—Pues ahora ya puedes considerarme un fiel miembro del club del puesto.

—Bueno, visto así… —Cojo un vaso de poliestireno medio lleno y se lo paso.

—¿Qué te debo? —me pregunta con la mirada centelleante.

—Un respiro de tu constante presencia en mi puesto de trabajo.

—Eso es mucho pedir.

—Es que yo valgo mucho.

Le da un sorbo al café y suelta una maldición.

—Maxwell House —le informo de la marca antes de darle un sorbo al mío.

Rhys sacude la cabeza.

—Pero si está asqueroso.

—Mucho —le doy la razón.

—Me da a mí que me has timado.

No puedo evitar sonreír.

—¿Yo? ¿Timar a mi cliente favorito? Eso jamás.

Se le escapa una risa preciosa, acompañada por la vulnerabilidad infantil que muestra un niño al hablar con su *crush* del cole. Me entran ganas de ponerme a pestañear y presumir y, acto seguido, al darme cuenta de que su presencia me está convirtiendo en una cursi, me entran ganas de vomitar.

—Conque favorito, ¿eh?

Me encojo de hombros.

—Eres el que mejores propinas deja.

Rhys vuelve a reírse, saca un billete y me lo pasa antes de inclinarse hacia mí con los codos apoyados en la barra.

—Supongo que sí.

Sería tan fácil besarlo… Este chico es un peligro tanto para mi salud como para mis límites.

—Lo que decía: valgo mucho.

Rhys abre la boca un segundo y luego la cierra en el acto. Se yergue enseguida y se aparta de la ventanilla con un impulso.

—Lo siento. Ya, eh… Ya nos veremos.

Se va tan deprisa que incluso me da un latigazo cervical.

Miro a mi alrededor un segundo con las mejillas acaloradas por lo mucho que me he inclinado hacia él. Veo a un hombre de mediana edad, alto y atractivo, que va con un grupo de jugadores vestidos con las camisetas y las gorras del equipo de hockey de Waterfell. Lo pillo mirándome y me sonrojo.

Soy lo suficientemente buena como para tontear un poco por la mañana, pero le haría caer la cara de vergüenza delante de sus amigos.

Al traste con Rhys.

En la barra de mi buscador aparecen las palabras Rhys Waterfell hockey. El cursor parpadea, esperando a que me decida. Echo un vistazo por el interior vacío de Brew Haven antes de colocar el puntero justo encima de su nombre.

—¿Qué es? —Ro aparece a mi lado.

—Por el amor de Dios, Ro —respondo agitada; se me ha acelerado el corazón de golpe y me llevo una mano al pecho—. Tenemos que

comprarte una campanita.

Ríe, saca una piruleta de cereza (mi favorita) del delantal que lleva en la cintura, y me la da.

—No me haría falta si no estuvieras tan distraída con… —Alarga la ene y se inclina por encima de mí con su alargada figura antes de darle al intro en el buscador—. Rhys Maximillian Koteskiy. Uf, qué nombre tan largo.

No puedo sino asentir. Al ver su imagen en la pantalla noto la lengua pegada al paladar.

«Rhys Maximillian Koteskiy. Altura: 192. Peso: 95. Centro *Stick*: derecho».

—Se te ha quedado cara de querer comértelo.

—Se me ha quedado cara de repulsión, porque ¿quién escribe Reece así? Dios, ¿no había más clichés? —Le doy unos golpecitos a la pantalla con el dedo, justo debajo de sus estadísticas, donde habla del historial del niño de cole privado del que me he reído antes —. ¿Berkshire School? Es una academia privada de hockey, Ro. Y mira: su padre es uno de los miembros del Salón de la fama de la NHL. Lo han criado cual perfecto miniprodigio.

Noto las palabras pesadas, pero las escupo de todos modos e ignoro el recuerdo que tengo de Rhys jadeando aterrado, tirado en el hielo. La imagen mental de haberlo visto ruborizado, sintiendo pánico ante la posibilidad de ahogarse contrasta con el primer plano que aparece en mi pantalla.

Se le ve más joven, vestido con la camiseta de hockey azul marino con el lobo de la universidad de Waterfell aullando a la altura del pecho, y parece importantísimo, mostrándose ante el mundo con

una sonrisa de oreja a oreja. Con sus hoyuelos. Con el pelo más corto, bien peinado y los ojos claros.

—¿Sadie?

Sacudo la cabeza y cierro la pantalla tan rápido como puedo antes de volver a mirar a Ro.

La chica es preciosa, y no solo por su esbelta y atlética figura o por su melena rizada que hacen que parezca que vaya siempre perfectamente peinada de mil formas nuevas y distintas. Es por algo más profundo, como si su brillante y tostada piel emanara una reluciente luz hacia el exterior que iluminara todo aquello en lo que reposa la mirada.

—¿Sí?

—¿Me vas a contar por qué lo has buscado?

—Porque no sabía quién era, y de un tiempo a esta parte ha estado… molestándome.

—Ya hablaremos de lo segundo luego, pero empecemos por esto: ¿cómo narices estudias en Waterfell y no conoces a este tío? Hasta yo sé quién es, y eso que nunca he ido a un partido.

Trato de no poner los ojos en blanco porque, a pesar de que lo que ha dicho es cierto, Ro está mucho más al día de todo que yo. Esta timidilla de aquí se entera de un montón de cosas porque está siempre con los oídos atentos y los ojos bien abiertos.

—Te pasas el día allí. A juzgar por los pósteres gigantescos que hay de su cara por el campus, estoy segura de que también hay figuras suyas a tamaño real en los corredores y pasillos del complejo.

Dios, ¿tan despistada he estado todo el trimestre?

«Sí». Oigo la voz del entrenador Kelley que invade mis pensamientos y me dice lo muy ausente que he estado y lo muy decepcionantes que fueron mis dos programas en las finales.

—Supongo que no me he dado cuenta —respondo con desgana porque no pienso seguir hablando del tema.

Este año será mejor. Para mi equipo, para Oliver y para Liam. Pero ya no quiero volver a hablar del año pasado.

Ro me está mirando con sus centelleantes ojos verdes, con las cejas perfectamente perfiladas y los labios apretados. Su cara es siempre un libro abierto, y ahora parece preocupada.

—Vale, bueno, has dicho que te ha estado molestando —me recuerda, dejando de lado lo que fuese que iba a decir justo antes de coger una de las tazas multicolor que tenemos en remojo en el fregadero. Cojo el trapo para secar la que me pasa—. ¿Me vas a contar algo al respecto?

—Es solo que últimamente me lo he encontrado varias veces a primera hora, cuando voy a entrenar. Suele llegar antes de que me ponga a calentar.

Me encojo de hombros de nuevo. Al volverme hacia ella, me siento ridícula.

Ro grita de inmediato y siento la necesidad de taparle la boca a pesar de que la cafetería esté vacía y cerrada. Debo de fulminarla con la mirada, porque se tranquiliza enseguida.

—Qué tierno —comenta, asintiendo con la cabeza de forma exagerada mientras sigue secando una taza en forma de girasol hecha a mano que ya ha empezado a descolorirse—. Jugador de hockey conoce a patinado…

—Nope —la corto, y alargo el brazo para vaciar el fregadero de agua—. Frena. No puedes ir por ahí montándote una peli romántica. ¿Cuántas veces tenemos que hablar de lo mismo?

Me mira como si acabase de pegarle una patada a un perrito, pero es que Ro es una romántica empedernida. Hace tres años que somos amigas. En realidad, es la única que tengo. Aunque da igual la de veces que me vea meter a un chico en el baño o sacar a otro a escondidas de nuestro cuarto por la mañana: ella sigue convencida de que ahí fuera me espera una historia de amor.

—¿Entendido? —le pregunto mientras me lavo las manos.

Asiente casi con agresividad y se echa a un lado para quitarse el delantal y dejarme espacio.

Espera un solo minuto, el tiempo que tardo en guardar el mandil en la taquilla que hay al lado de la suya y pillar la bolsa, y suelta:

—Eh… ¿Podemos ir a ver un partido de hockey?

Esta vez no puedo evitar sonreír y poner los ojos en blanco con disimulo. Sin embargo, entre la risita que se me escapa y que ella me coge por el hombro mientras nos dirigimos juntas hacia la salida, riéndonos de una broma nuestra, hace que me sienta normal. Bien. Como cualquier universitaria de veintiún años. Aunque solo sea durante un instante.

5

Rhys

—No.

—Rhys —me llama mi padre. Al oír su voz, me agarro a la encimera con tanta fuerza que los nudillos se me quedan blancos—. Por favor. Iré contigo. No patinamos juntos desde… —Se le va apagando la voz y se pasa una mano por el pelo canoso.

—Lo sé —le espeto, y me arrepiento en el acto—. Y sé que quieres asegurarte de que esté bien y ver cómo patino, pero necesito hacerlo solo, ¿vale?

La pizca de vulnerabilidad que noto en mi padre desaparece en cuanto asiente y se da la vuelta para preparar un café con la carísima cafetera exprés, en silencio y casi enfadado.

—¿Ya estás preparándote otro café? —pregunto en un intento por aliviar un poco la tensión que no me deja mover los pies del suelo de la cocina.

—Es para tu madre.

Sonríe y se pone a prepararle ese *latte* extremadamente complicado y le dibuja algo en la espuma; lo termina justo cuando ella entra despacio en la cocina. Mamá lleva una bata mullida con frutas y verduras dibujadas, y se ha puesto sus gruesas gafas en la cabeza como si fueran una diadema.

—Buenos días —la saludo.

Ella me sonríe, alegre, mientras se sienta en el taburete que tengo al lado.

—¿Qué tal has dormido? —me pregunta bostezando, intentando hacer como si nada a pesar del evidente interés que esconde su pregunta.

—Bien.

Y es cierto. He dormido del tirón, y eso no suele ocurrirme. Trato de convencerme de que no tiene nada que ver con el hecho de que no pare de distraerme pensando en cierta patinadora.

—Bien. —Mamá sonríe.

Mi padre se le acerca por detrás. Le deja la taza delante y le da un beso en el pelo antes de masajearle los hombros.

—¿Qué te ha tocado hoy? —quiero saber, y me inclino para ver qué hay dibujado en la espuma del *latte*.

—Creo que… ¿Una flor?

Mi padre frunce el ceño.

—Tenía que ser un corazón.

—Tiene forma de sombrero de seta gigante —señala mi madre con tono cariñoso.

Me río, y esta vez lo hago de verdad. Mis padres, sorprendidos, levantan la cabeza y me observan. Un sentimiento de culpa se lleva por delante esa sensación casi de inmediato. ¿Tan vacío he estado hasta con ellos?

—Llego tarde —digo saltando del taburete y recogiendo la bolsa de deporte que tengo al lado de la puerta.

—¿A una pista vacía? —pregunta mi madre con una sonrisita.

—Eh… Sí.

No me molesto en darles explicaciones. Pillo las llaves y voy hacia el garaje.

En parte, espero llegar y encontrarme la pista vacía. Que Sadie sea solo producto de mi imaginación; algo que se ha inventado mi cerebro para que no me sienta tan jodidamente solo con mi ansiedad y toda esta sensación de vacío.

Lo que veo en el hielo no hace sino corroborar lo dicho.

Patina con la energía que recordaba: llena de pasión. Es como ver una llama de fuego ardiendo en medio del hielo. Sus movimientos no son tan fluidos, todo energía entre delicados movimientos de danza, como si fuese una mezcla entre una poderosa gimnasta y una elegante bailarina, pero le pega.

La música que suena a través del pequeño altavoz *bluetooth* que hay en la esquina adopta un ritmo fuerte y pesado; no la habría imaginado escuchando este género. Tiene el móvil en el banco, bocarriba, y lo toco por el lateral para que se ilumine y ver de qué canción se trata. En la pantalla aparece «Run Boy Run». Intento no leer nada más, pero entonces veo el mensaje de un contacto guardado con el nombre «no responder» y no puedo contenerme.

Por favor, Sadie, necesito tu…

Es todo cuanto se ve. Se me remueve algo en el estómago y me entran náuseas ante las infinitas implicaciones del mensaje. Vuelvo a observarla mientras se desliza por el hielo y no consigo deshacerme de la abrumadora necesidad que siento de encerrarnos ambos en esta pista descubierta para siempre y no tener que hacerle frente al exterior nunca más.

Estoy pirado. Supongo que el hecho de que casi muriera en el hielo no me arrebató mi mentalidad controladora.

Sadie patina rápido. Se vuelve para mirar hacia atrás y se inclina como si se preparase para saltar. Se impulsa y da tres vueltas en el aire antes de volver a caer con tanta fuerza que acaba con el culo en el suelo, resbalando hacia la curvatura de las vallas de la esquina.

Salto la valla en un acto reflejo y echo a patinar hacia ella. Me detengo a unos centímetros de Sadie, como si fuese una especie de repetición invertida del primer día, cuando ella me salvó a mí. Solo que ahora también he sido yo el que ha entrado en pánico.

—¿Sadie?

Me oigo la voz vacía y me noto las manos entumecidas.

Pestañea, me mira y se impulsa para erguirse un poco.

—Hey, fiera.

El alivio se apodera de mí tan deprisa que casi me caigo al suelo, a su lado.

—Una caída un poco dura… ¿Estás bien?

—Es la que menos me ha dolido esta mañana —me cuenta arqueando ligeramente los labios hasta formar una sonrisa.

Me da un vuelco el estómago y noto cierta calidez.

Y no puedo no tocarla. La agarro por los bíceps y la levanto con delicadeza hasta que recupera el equilibrio sobre los patines.

Su rostro es una mezcla de preocupación y algo de humor, como si, a pesar de haberse caído, le preocupase más yo. Vuelve a aparecerle esa arruga entre las cejas que tanto contrasta con su preciosa sonrisa.

—¿Estabas mirándome?

—Puede.

—Siempre me pillas en los peores momentos —se queja mientras echa a patinar despacio.

La sigo e intento no jadear como si fuese un puto perro detrás de ella.

—Es para compensar —añado—. Teniendo en cuenta que puede que hoy sea el único día en que no tengas que levantar mi enorme culo del hielo…

—Los he visto más grandes.

Se me aviva el cuerpo entero al oír sus palabras, con un toque ligón. Mi entumecimiento habitual empieza a desvanecerse con la promesa de tenerla a ella.

—¿Ah, sí? ¿Te van los culos?

Frena y sonríe.

—No te creas. Aunque he oído a mucha gente decir que, si algo tienen enorme los jugadores de hockey, es…

Le tapo la boca con la mano de inmediato, empotrándome contra ella, y acabamos chocando suavemente con las vallas. Es pequeña; ni siquiera es que sea más alta con los patines porque yo también llevo los míos puestos. Es pequeña, que no delicada, y el ajustado material negro que le cubre su musculado y curvilíneo cuerpo me permite verle la figura con facilidad.

Ríe con mi mano aún en la boca, y sus ojos grises centellean con humor al ver el efecto que ha causado su provocación.

—¿Estás ya?

Asiente, pero yo sigo sin quitarle la mano de la boca. Necesito desesperadamente sentirla contra mí. Quiero agarrarla, acariciarla y tocarle el cuerpo entero.

No debería hacerlo. Sadie es mi amiga; tal vez ni eso. Aun así, ahora estoy en su órbita y ella se está convirtiendo en mi maldito centro de gravedad. Sea ella consciente o no.

—Y tú, ¿qué? —me pregunta.

—¿Qué de qué?

—¿Me vas a contar por qué sigo teniendo que levantar tu enorme y precioso culo del hielo?

Sonrío con satisfacción.

—O sea, que me has estado mirando el culo.

Se queda callada con una media sonrisa en los labios, pero también resulta evidente que me está estudiando. Ya está preocupándose otra vez por mí, y noto que se me forma un nudo en la garganta.

De repente, Sadie me empuja, cambiamos de posición y el que acaba contra la valla y el cristal de una forma mucho más delicada y sensual a la que estoy acostumbrado soy yo. Sadie me llega por los hombros.

—Muy bien, fiera. Hagamos un trato.

No necesitamos un trato. Como me siga mirando así, haré lo que me pida.

—Yo no te pregunto sobre tu vida y tú no me preguntas sobre la mía. Compartimos el hielo…

—Y la música —añado.

—Y la música. —Se ríe y siento cierta ligereza en el pecho—. Pero ya está. Nada más. Somos solo… compañeros.

Se separa de mí y da un pequeño giro sin quitarme los ojos de encima.

—No me busques—le digo desesperado mientras ella empieza a patinar por su lado habitual de la pista.

Sadie frunce el ceño y abre la boca como si fuera a soltar alguna broma o a preguntarme algo, pero no lo hace. Mi expresión, sea la que sea, debe de ser indicio suficiente.

—Vale.

—¡Creo que lo he pillado! —grita Liam cayéndose de nuevo mientras se le aleja el *stick* dando vueltas con el *puck*.

Sonrío y patino hacia él para levantarlo del suelo. Lo agarro por los brazos mientras intenta mantener el equilibrio con las cuchillas bajo su cuerpecito.

Lo de hacer de voluntario fue idea de mamá después de pasarse días oyendo que mi padre me atosigaba cada mañana para que fuéramos a patinar juntos. Y de tener que distraerlo cada día para que no me siguiera.

Y yo les pedí categóricamente que no entraran en detalles de esas distracciones. Mis padres siempre han sido lo suficientemente cariñosos como para que me entren náuseas ya de por sí.

Así que ahora patino algo nervioso con Liam mientras trato de ignorar a mi padre, que me observa desde el otro lado de la pista. Está ayudando a los demás niños, lo cual significa que está con Oliver, de manera que no puedo evitar mirarlos a los dos.

Oliver es alto para su edad y, por lo que he visto en la última hora en la que he ido enseñando a los niños de forma más bien distraída, tiene talento. Suficiente como para que el grupo de entrenadores que están hablando al otro lado de la pista se fijen en él.

Mi padre, alto y fuerte, sigue siendo el jugador estrella de la NHL que era antes de retirarse. Solo que ahora su oscuro pelo empieza a llenársele de canas y le han aparecido arrugas alrededor de los ojos. Y, como siempre que salíamos al hielo juntos, lo veo sonreír mientras enseña algunas técnicas de patinaje a los niños alrededor de dos conos de color naranja chillón.

Muevo a Liam para que se agarre al bolsillo lateral que tengo en la parte baja de los pantalones de chándal antes de quitarme el guante y darle la mano.

Uno de los niños que está con mi padre se ríe con ganas, y me fijo en el grupo de preadolescentes que rodean a Oliver.

—Ay, no —musita Liam, suspirando como una madre que está harta de que su hijo no le haga caso.

—¿Qué? ¿Oliver?

Liam asiente, me mira y me suelta la mano.

—Sí. A veces se pelea con esos niños… Con los de las camisetas rojas.

—¿No le caen bien?

—Es que no siempre vienen aquí. Solo cuando están con su padre, creo. A Oliver no le cae bien nadie, pero estos niños le caen supersupermal.

Es un crío observador. Tengo que contenerme para no pedirle que me cuente todo lo que sepa de su hermana mayor.

—¿Y sabes por qué?

—No… —Liam vuelve a suspirar y se cruza de brazos, imitándome —. Pero una vez, mientras estábamos todos jugando a polis y cacos, oí que hablaban de Sadie.

Al ver que Oliver se quita los guantes y los tira al suelo para enfrentarse a uno de los niños, me da un vuelco el estómago. Quiero ponerme a silbar y animarlo como si estuviese presenciando su primera pelea en la NHL, pero consigo controlarme.

Lo que sí hago, en cambio, es decirle a Liam que se agarre a la valla mientras patino hacia Oliver y me meto entre el grupo de críos.

—Ya basta —suelto apartándolos sin dificultad—. Haya paz.

Mi padre intenta agarrar a Oliver por el hombro, pero él se aparta de un golpe, como si lo hubiesen quemado, y le espeta:

—No me toques, cabrón.

Resoplo. «Joder con el crío…».

—Tranquilízate, Oliver —intento decirle con la voz algo más calmada mientras sigo sujetando al niño de la camiseta roja por el cuello de la prenda.

Oliver desvía su acalorada mirada hacia mí, como si fuese un animal enjaulado listo para atacar. Se parece a Sadie: a la defensiva y dispuesto a pelearse.

—Han empezado ellos —me suelta hecho una fiera.

Veo la vulnerabilidad en sus ojos, suplicándome que lo crea.

—Ya lo sé —respondo calmado; suelto al otro niño y lo empujo hacia mi padre—. Tú deja que el entrenador Max se ocupe de ellos. Vamos a relajarnos.

A Oliver le resplandece algo en la mirada. A continuación, suspira y agacha la cabeza.

—Vale —me dice, y me sigue hasta donde está Liam ahora, tumbado en el hielo.

Ya casi ha terminado la sesión, pero pido que nos dejen una esquina de la pista para nosotros tres solos y voy arrastrando a Liam

mientras corrijo a Oliver, que está practicando filos.

No me doy cuenta de que ya no hay nadie en la pista hasta que se acerca mi padre.

—¿Y Chelsea?

—La he enviado a casa. Le he dicho que ya esperaríamos nosotros a que llegasen sus padres.

Asiento con la mirada puesta en Liam, que persigue a Oliver siguiendo el círculo que está dibujando con los cantos. Si miro a mi padre, veré la pregunta que sé que quiere hacerme acerca de estos niños y de la relación que tengo con ellos.

Pero no insiste. En lugar de eso, sigue patinando hacia delante con el *stick*, apartando a Oliver de su recorrido y haciendo que se centre en pillar un rápido tiro del revés. Tarda unos minutos, pero Oliver nos obedece y va siguiendo todas las correcciones que le damos. Cuando mi padre reconoce el talento del crío, su gran potencial, se le ilumina la mirada.

Veo a Sadie en el acto, como si fuese un localizador que tira constantemente de mí hacia sus penetrantes ojos grisáceos. Se detiene a medio camino y le resbala la bolsa del hombro mientras mira a Oliver con desconfianza en los ojos y la guardia muy alta.

Liam la llama a gritos mientras me lo subo encima para patinar hacia ella. Oliver se detiene, pero mi padre le pide que repita el ejercicio otra vez.

Sadie lo mira ilusionada. Como si no viese esa escena a menudo.

—Es muy bueno —le digo mientras me bajo a Liam de encima.

El más pequeño de los hermanos grita:

—¡Mira, mira!

Intenta patinar hacia su hermano, que está al otro lado de la pista. Por más determinación que le ponga y por más rápido que se recupere de las caídas, no llegará nunca.

Es evidente que Oliver está chuleando un poco y Sadie observa cada uno de sus movimientos. Eso despierta algo en mi interior, como si tuviese que disculparme por lo que le dije a modo de riña el primer día. A lo mejor lo entendí todo mal y me equivoqué.

Pero entonces me acuerdo del mensaje en su móvil.

—¿Tus padres no vienen? —le pregunto.

Me da la sensación de que estoy a punto de pisar un posible campo de minas.

—Tenemos un acuerdo, fiera —responde negándose a mirarme—. Están ocupados. Puedo ocuparme de los niños. ¿Alguna otra pregunta?

«Miles». Como, por ejemplo: «¿Por qué estás tan enfadada?», «¿Por qué patinas como si estuvieras en llamas?», «¿Quién es tan malo como para que guardaras su contacto como No responder?», «¿Estás en peligro?», «¿Estás bien?».

Pero niego con la cabeza.

Migajas.

Me las comeré todas.

6

Rhys

Llevo tres semanas con esta rutina: ir volviendo en mí sin que me dé un ataque de pánico mientras me ato los patines. Dos semanas de despertarme con la promesa de ver a Sadie tranquilizándome, patinando al son de su música variada, que va de Steely Dan a Harry Styles pasando por Ethen Cain en una misma hora.

A estas alturas, es como si supiera de qué humor está según la primera canción que suena. Si es Phoebe Bridges, sé que necesita calmarse, o danzar desesperadamente sobre el hielo y a toda velocidad cuando pone Two Door Cinema Club y MGMT seguidos, y por lo general lo hace con una sonrisa en los labios, gentileza de las endorfinas que le genera cruzar su lado de la pista con movimientos improvisados.

Sin embargo, a veces pone «Fast Car», de Tracy Champan. Y, cuando esto sucede, tiende a no hablarme. Solo se me queda mirando con lágrimas en los ojos al entrar.

En esas ocasiones presto más atención, como si la letra que está escuchando pudiese ser una especie de idioma para ella. Quiero pillar la más mínima pista, desesperado por retener tanto de Sadie como sea posible.

Pero hoy llega tarde.

Casi siempre que se retrasa es porque está enfadada, así que me preparo para que salte a la pista y se ponga a patinar a toda velocidad con la música a todo volumen. Aunque hoy no parece que sea uno de esos días.

La ansiedad que me provoca el estar en el hielo sin ella se va apoderando de mí, pero entonces oigo el eco de sus pasos al cruzar el túnel, retumbando por la pista vacía.

Tengo que echar mano de toda mi fuerza de voluntad para no darme la vuelta y quedarme mirándola mientras entra. Espero hasta que oigo los patines deslizándose por el hielo y, acto seguido, desvío la mirada.

Sadie lleva su atuendo habitual: una camiseta gris y gastada de la universidad de Waterfell y unos leggins acampanados a la altura de sus patines blancos. Se ha recogido el pelo y casi no le cae ni un mechón en la cara.

Patina hacia mí con su característico estilo: algo airado y elegante, pero con un toque de venganza.

—Tengo algo para ti —me dice con esa arruga entre las cejas, como si casi siempre estuviese frustrada o se lo cuestionase todo.

A pesar de no llevar nada en las manos, me las tiende como si fuese yo el que estuviese dándole un regalo.

—¿Qué?

—Tu móvil.

Lo desbloqueo, se lo paso, se sitúa a mi lado y miro por encima de su hombro. Abre la app de música, entra en su perfil y le da al *play* para que suene la primera *playlist* que aparece.

Hay una foto de un *beagle* tumbado en el suelo con pinta de estar muy tristón que lleva un sombrero de fiesta en la cabeza. Encima de

la imagen se lee con claridad el nombre de la *playlist* en unas letras con purpurina:

—«Canciones de Sadie para el endemoniado y triste cerebro de Reece» —leo en voz alta, y añado—: Has escrito mal Rhys.

—Tus padres escribieron mal el nombre en la partida de nacimiento. Y tú parece que lo escribas igual que el verbo *rise* en inglés. Así que, en realidad, lo he arreglado. —Pone los ojos en blanco, pero se muerde el labio como si estuviese algo cohibida—. La hice anoche. El… Bueno, el diseño gráfico no es lo mío.

Siento una punzada en el pecho, una permanente, al imaginármela en su cuarto toda la noche buscando canciones y esmerándose en diseñar una portada como la de la *playlist*. Para mí.

—Pensé que igual podías ponértela mientras patinas y… No sé. Es una estupidez…

—Para nada —la corto con ímpetu—. Me has hecho una *playlist*.

—Sí… —Asiente mientras se balancea hacia delante y hacia atrás en medio de un círculo de los grandes, impulsándose con mi pecho sin parar. Cuando vuelve a acercarse a mí, la agarro de las muñecas para seguir sintiendo su tacto. Se las cojo las dos con una mano, codiciando no solo su piel, sino también su tiempo. Saco un segundo par de AirPods del bolsillo: un regalo que tengo desde hace una semana y que aún no había tenido el valor de darle, y se los pongo antes de soltarla con cuidado.

—¿Quieres elegir tú primero?

—Creo que deberías ponerla en aleatorio. Es lo que hago yo. Así te puedes centrar en eso en vez de dejarte llevar por el pánico.

Paseo el dedo por encima del botón mientras ella va hacia la otra punta de la pista. Una vez allí, se detiene y empieza a patinar de

espaldas hacia mí, dibujando limones con los patines.

—Igual no te sirve; además, no sé qué te pasa, pero a mí la música me ayuda.

Deja la frase ahí, pero sigo oyendo alto y claro las palabras que se calla. Su mirada dice: «Quería ayudarte y solo puedo hacerlo con esto» y «Te entiendo».

—Gracias —le digo, aunque suena a poco.

Le doy al modo aleatorio y se me escapa la risa cuando empieza a sonar «No Sleep Till Brooklyn» a todo volumen.

Sadie patina rápido, zigzagueando y calentando tan centrada como siempre. Sin embargo, cuando vuelve a pasar por mi lado, me mira a los ojos y mueve los labios al cantar la letra de la canción sin llegar a hacerlo en voz alta.

Me tiembla el pecho al reír. Quiero quedarme justo aquí, con ella, para siempre.

—Tu padre ha dicho algo interesante… ¡Mierda!

Levanto la mirada de la encimera y observo a mamá, que se apresura a poner un dedo bajo el grifo mientras la salsa hierve burbujeante en la olla que tiene detrás.

—¿Estás bien? —le pregunto sonriente mientras ella se seca las manos en el mono y va hacia el horno.

Puede que mi padre fuese un jugador de hockey maravilloso, pero mi madre también gozaba de buena reputación en su campo. Según muchos artículos y revisas, era «la preferida del sector de la arquitectura». A Anna Koteskiy se la conoce por diseñar imponentes glorietas y jardines extravagantes. Ahora se pasa casi todo el tiempo

dirigiendo algunas organizaciones benéficas para proyectos de viviendas sostenibles.

Anna Koteskiy destaca en muchas áreas, pero la cocina no es una de ellas.

Aun así, a mi madre le encanta cocinar, por más arriesgado que sea tanto para ella como para cualquiera que esté cerca.

No sé muy bien por qué, pero se sobresalta lo suficiente con la llegada de mi padre como para darle a la sartén con el antebrazo, soltar un taco y, a pesar de todo, conseguir que no se le caiga. Mi padre y yo echamos a correr hacia ella. Cojo una manopla de la encimera antes de agarrar la sartén, mientras papá la consuela como si acabase de sufrir un accidente casi mortal.

Mientras él le susurra algo en una mezcla de ruso e inglés, mi madre y yo nos miramos y ponemos los ojos en blanco.

—¿Qué tal si me ocupo yo de la cena? —sugiere papá. Suspira, la suelta y vuelve a darle un beso en la zona que se ha quemado—. Fuera hace buen día. Llévate al niño a la terraza y poned la mesa.

Mamá coge la pila de platos de cerámica verde oscuro y pone encima los cubiertos, las servilletas y otras cosas que hay que llevar a la mesa. Cojo la jarra de agua fría y los vasos apilados. Salimos de la amplia cocina, atravesamos la terraza acristalada y nos dirigimos al jardín trasero. Las guirnaldas de luces ya están encendidas, su cálida luz se suma al brillo ámbar del sol de las seis de la tarde.

Tenemos que pasarle un trapo a la mesa de roble hecha a medida, algo habitual a estas alturas del año debido a la cantidad de flores y árboles que pueblan el perímetro exterior de este patio inglés.

—Bueno, ¿cómo se llama la chica?

Me atraganto con el agua y toso sin parar mientras mi madre, la muy traidora, se ríe y espera a que recupere la compostura.

—¿De qué hablas?

—Una chica hay. Claramente.

Recorro la condensación del vaso con los dedos.

—¿Te ha dicho algo papá?

Le centellea la mirada, como si acabase de confesarle mi amor por la supuesta persona que tiene en mente.

—¿Debería?

—No.

—Rhys, si tu padre sabe que has conocido a una chica antes que yo, no te lo perdonaré nunca. —Me fulmina un segundo con la mirada antes de relajar la expresión y ofrecerme una sonrisa cómplice—. Además, pensaba que seguías sin contarle nada sobre tu vida amorosa desde el incidente del baile de graduación.

Un escalofrío me recorre de arriba abajo con la simple mención de aquella noche y me apresuro a volver a encerrar los recuerdos tras una pared de ladrillos en el fondo de mi mente.

—No me lo recuerdes. —Niego con la cabeza de nuevo—. Pero ¿por qué crees que he conocido a alguien?

Espero a que me haga alguna broma más, pero mi madre baja tanto la voz que me recuerda a cuando hablaba conmigo después de que algo me saliera mal, me hiciera un rasguño o me saliera un moratón de pequeño.

—Porque eres mi hijo; eres una parte de mí, cariño, y has estado ahogándote. Puede que aún lo estés.

Todo me da vueltas. Después de haberme salvado tan a menudo de pesadillas, ¿cómo no iba a saber esto mi madre?

—Es probable. —Suspiro y empiezo a mover la rodilla, nervioso.

—Y últimamente pareces distinto.

Está esperando a que rellene esos espacios en blanco, pero no sé qué decir. ¿Que sí, que hay una chica, al menos por mi parte, a pesar de que ella se mantiene superalejada de mí? No pasa nada: me quedaré todo lo alejado que haga falta con tal de seguir teniéndola cerca, persiguiendo las sombras que inundan mi cuerpo vacío.

Sé que no es sano, pero me da igual.

—Sadie y yo solo somos amigos.

—¿Sadie? Qué nombre tan bonito.

«Qué chica tan bonita». Me muerdo la lengua para no decirlo en voz alta y me froto la rodilla con la mano en un intento por ralentizar mis temblores.

—Hemos estado compartiendo el hielo por las mañanas. Es patinadora. De Waterfell, de hecho.

—¿Ah, sí?

—Pero creo que no le gusto demasiado. —Me río por la nariz, incapaz de dejar de hablar de ella ahora que he empezado—. Aunque es graciosa. Y tiene muy buen gusto para la música.

—Parece interesante.

—Me encanta patinar con ella. —Las palabras salen de mi boca sin que pueda evitarlo.

—¿Con la cabreada? —pregunta mi padre, que se sitúa a mi lado para colocar las berenjenas a la parmesana en el centro de la mesa y le ayudo con una bandeja grande llena de guarnición que intenta sujetar con la mano y el antebrazo—. Sus hermanos son adorables.

—¿Tiene hermanos? —se interesa mamá al tiempo que le da un beso en la mejilla antes de que nos sentemos y empecemos a pasarnos las verduras asadas, la ensalada César y la pasta.

—Oliver y Liam —le cuento—. Oliver es bastante bueno.

—Más que bueno. El chaval es un as. Y el pequeño Liam es el niño más mono que he visto en mi vida, *rybochka*; tiene un montón de pecas y está un poco desdentado.

Mamá traga y pregunta:

—¿O sea que están en el programa? Qué bien.

—No sabía que patinases con alguien cuando vas a la pista a primera hora. —En el fondo, las palabras de mi padre no son una acusación, pero de todas formas me pongo en guardia.

La mentira se me escapa sin poder evitarlo:

—La invité yo. Íbamos, eh…, juntos a clase el año pasado.

—El premio al Mejor Mentiroso del Año va para ti, Rhys —dice mi madre y suspira.

Mamá suspira y alarga el brazo para coger la botella de vino que hay al otro lado de la mesa, pero papá se le adelanta y le rellena la copa.

Me gusta hablar de Sadie, aunque solo sea un poco, pero he aquí otro recuerdo de que, por más que piense en ella a todas horas —en cómo me miran sus ojos grises, en la música escogida por ella que escucho por los cascos cuando me despierto de una pesadilla o en la fantasía de envolverle las caderas con las manos—, en el fondo, Sadie y yo no somos nada. Y dudo que ella se refiera a nosotros como «amigos» alguna vez.

Y mientras tanto aquí estoy yo: desesperado por tenerla cerca.

7

Sadie

Hace una noche bonita. Muy bonita, en realidad.

El cálido aire de finales de julio se cuela por las ventanillas bajadas mientras suena «Waterloo» en la ruidosa radio del coche. Liam la canta entera a pleno pulmón desde su elevador y, a pesar de que no sé de dónde le ha salido su obsesión por ABBA, está claro que yo la he avivado. Hasta Oliver sonríe y canturrea desde su asiento.

Entro en el autoservicio favorito de comida rápida de Oliver donde, según él, hacen los «mejores batidos para mojar patatas fritas». Se le ilumina la cara con otra amplia sonrisa y me guardo ese recuerdo porque, últimamente, sonríe con cuentagotas.

Aunque esta noche no deja de hacerlo.

Con casi doce años, hoy ha jugado el mejor partido de su vida hasta la fecha; su equipo ha ganado y él ha anotado dos de los tres puntos. Oliver brilla incluso en este equipo tan variado, y sé que, cuando llegue el otoño y juegue con el de su colegio, brillará aún más.

A Oliver le gusta todo esto: que el calor del verano le seque el pelo mojado, tener los labios manchados de chocolate al terminarse el batido y sonreír con la boca demasiado llena de patatas fritas en forma de gofre. Ese es el hermano que recuerdo. El que se quedó hundido bajo tanto dolor.

Juega al abecedario con Liam sin rechistar, y la risa de ambos me llena más que el sándwich de pollo asado picante que estoy devorando.

Cuando acabamos de comer, detengo un rato el coche y me quedo mirando la puesta de sol sobre la cima de la colina que desciende hasta un pequeño parque y el famoso lago en el que tantas veces hemos ido a patinar cuando se convierte en hielo. En momentos como este me permito imaginarme una vida distinta para todos nosotros, y casi me dejo llevar por la apremiante necesidad de arrancar y conducir en dirección a esa puesta de sol, siguiendo la luz hasta que lleguemos a un lugar nuevo. Dejaría de patinar si con eso pudiera ofrecer a mis hermanos un sinfín de noches así.

Me suena el móvil e interrumpe la suave música que se oye de fondo.

Mitchel Hanburgh

El abogado.

Me excuso, salto del vehículo y me refugio bajo la copa de un árbol que queda lo bastante lejos como para que sus pequeños oídos no puedan oírme, pero lo bastante cerca para vigilarlos desde aquí.

—Sí, dígame.

—Sadie. —Mitchel suspira. Casi puedo imaginármelo tal y como estaba en la videollamada de antes—. Oiga, aún tiene que mandarme la partida de nacimiento de Oliv…

—Ya la he encontrado —lo corto—. Puedo hacérsela llegar mañana, si me paso por la escuela.

—Genial —responde, a pesar de que lo oigo tan dubitativo que ya sé lo que vendrá a continuación—. ¿Y su padre? ¿Ha hablado con él?

—No…, no he tenido tiempo.

—Señorita Brown, necesitaré que su padre firme el consentimiento. Y todavía no he abordado el tema de Liam…

—Entendido —suelto al tiempo que me paso una mano por el pelo. Se me enredan los dedos con los mechones y tiro para soltármelos—. Lo siento. Es que… Veré qué puedo hacer.

—Muy bien —suspira resignado—. La dejo, entonces. Mándeme lo que tenga y veré qué puedo hacer yo también con el tema de la custodia.

—Gracias —contesto antes de colgar.

Es como si la burbuja de felicidad que me envolvía hace un momento hubiese explotado. La sonrisa que le dedico a mis hermanos no es tan alegre como antes.

No me gusta nada que Oliver se dé cuenta y menos aún que no pregunte. Se me llenan los ojos de lágrimas al ver cómo se le va achicando la sonrisa hasta desaparecer por completo y al apreciar la tensión en su cuerpo mientras conduzco hacia casa.

Es una sensación abrumadora. Sé que no podré dormir sin algo. Algo que haga detonar todo lo que guardo en mi interior para que pueda expulsarlo.

Me tiemblan las manos al escribirle un mensaje a un follamigo de costumbre:

Haces algo esta noche?

No espero a que me responda. Salgo del coche y veo que Oliver ya está desabrochándole el cinturón a Liam.

Parece que hay tranquilidad en casa, lo cual no es ni buena ni mala señal. Y eso lo sabemos bien tanto Oliver como yo.

No me gusta que la puerta principal no esté cerrada con llave porque eso significa que Liam, que sigue parloteando y cantando en voz baja, es el primero en cruzar el umbral. Por más que le grite para que se detenga y me espere, él echa a andar, y Oliver y yo lo perseguimos a toda prisa hasta que chocamos unos contra los otros en una especie de efecto dominó.

—¿Está dormi…?

Oliver le tapa la boca a Liam de un manotazo, dejándole la pregunta a medias.

Nuestro padre no está dormido. En todo caso, se habrá quedado inconsciente sentado en una de las sillas de la cocina con los brazos alrededor de la cabeza, que tiene apoyada en la mesa. Hay una caja de cerveza hecha jirones y vacía en el suelo del salón y una botella de whisky también vacía y rota en la esquina de la cocina, justo donde empiezan las escaleras.

«No. —Me da un vuelco el corazón y noto un nudo en la garganta —. Está llorando».

—Lleva a Liam a mi cuarto.

Oliver no necesita que le diga nada más. Sube por las escaleras que no dejan de rugir y se apresura a llevar a Liam al piso de arriba.

—¿Papá? —pregunto acercándome lentamente a él porque soy incapaz de descifrar de qué humor está—. He…

—Dios mío —dice llorando mientras levanta la cabeza de la cuna que ha formado con los brazos. Tiene los ojos hundidos y rojos, y las mejillas sonrojadas por el alcohol y húmedas por las lágrimas—. Sadie, lo siento muchísimo. Yo solo…

—Ya lo sé. —En realidad, no lo sé, pero quiero que pare enseguida, antes de que todo lo que me mantiene a flote se venga abajo—. Pensaba que no tenías dinero. ¿De dónde has sacado todo esto?

—Por favor… Lo siento —balbucea, pasando de mi pregunta, si es que la ha oído, mientras me agarra la muñeca con fuerza.

—No toques a mi hermana —le suelta Oliver con desprecio, entrando malhumorado en la cocina y quitándome la mano de papá de encima.

—Que soy tu padre —le espeta papá, que pasa de estar lastimosamente triste a furiosamente cabreado en un abrir y cerrar de ojos.

—Nadie lo diría —escupe Oliver.

Sin embargo, tira de mí para alejarnos de la cocina. Cuando se encara con papá, le habla con valentía a pesar de que su mirada refleja el miedo que siente. Aún está asustado. Todos lo estamos.

—¿Está bien Liam? —le pregunto mientras vamos hacia la esquina de las escaleras.

Oliver niega con la cabeza.

—Hay una puta mujer ahí arriba que dice que es la madre de Liam y ahora él está escondiéndose.

Me da un vuelco enorme el estómago.

Liam no lo sabe y Oliver seguramente ni se acuerde. Hace cinco años, un día me desperté temprano para entrenar antes de ir a clase con la esperanza de poder llevarme a Oliver y evitar cualquier encuentro con mi padre. Sin embargo, al bajar las escaleras, me encontré a papá inconsciente en el sofá, abrazado a un biberón y

con un bebé en el suelo que me miraba con sus grandes ojos grisáceos.

Me sentí aterrada. Una adolescente de dieciséis años que iba al instituto y con demasiadas responsabilidades al tener que cuidar de Oliver como para que, de repente, le sumáramos otro bebé al festival que era ya mi vida.

Mi entrenador intervino. Sabía que tenía que mantenerlo en secreto hasta que tuviese, como mínimo, dieciocho años, si no quería que nos sacaran a todos de allí y nos separaran. Así que me ayudó a encontrar niñeras y a lidiar con mi padre para que pudiese patinar y seguir ganando competiciones.

Se lo debo todo.

El cabreo me carcome por dentro y subo las escaleras iracunda hasta llegar al cuarto de mi hermano. Oliver me pisa los talones; por más que sea mi hermano pequeño, bajo todo ese enfado es superprotector.

Está claro que la mujer va borracha. Se balancea a cuatro patas mientras intenta sacar a Liam de su escondite bajo la cama.

La cojo por el cuello de la camisa y la arrastro hacia atrás. Estoy segura de que, si estuviese de pie, la ventaja sería suya, porque me saca bastantes centímetros. Aun así, yo soy fuerte y ella va colocada.

—¡Lárgate, psicópata! —le grita Oliver.

Consigo sacar a la mujer de la habitación y le ordeno a Oliver que vaya a ver cómo está Liam antes de empujarla hacia las escaleras como si fuese a tirarla.

—¿En serio eres su madre? —le pregunto; odio tener que pronunciar esa palabra—. ¿Lo pariste tú?

—Sí, teng…

—Demuéstralo.

—C-cr-creo que tengo la partida de nacimiento. No puedo…

—Me da igual. Tienes dos opciones: o te quedas aquí sentada mientras llamo a la policía y a mi abogado para asegurarme de que vas a pagar lo que nos debes de los años de manutención que te has ahorrado, o te vas a tu puta casa y me mandas ese documento. Y me firmas la puta custodia.

No tarda ni un minuto en responder:

—Vale. Pero suéltame.

En cuanto la mujer sale de casa y oigo que se cierra la puerta, entro en acción. Me tiemblan las manos mientras empiezo a meter la ropa de Liam en una mochila. Oliver me ve y deja al pequeño sentado en la cama para irse a su cuarto de inmediato.

—¿Fiesta de pijamas?

—Sí —suspiro mientras le aparto el pelo de su pecosa carita—. ¿Estás bien, bichito?

—Sí… ¿Ya se ha ido esa señora rara?

—Sí. Y no va a volver.

—Ha dicho que era mi madre.

—No es verdad —le respondo con firmeza.

—Ah… —Asiente pensativo—. ¿Crees que tendré una mami algún día?

Se me encoge el corazón de dolor.

—Quizá algún día, bichito.

Sus palabras me persiguen durante todo el trayecto. Y debe de notárseme en la cara porque, en cuanto aparcamos en la residencia, enseguida veo la reacción de Ro, que está fuera, esperándonos.

Arropamos a los chicos y Ro me dice que me duche en su cuarto mientras ella les pone una peli. Suena Tracy Champan no muy alto desde los altavoces que tiene al lado de la cama.

Lloro hasta que me falta el aliento.

Por un segundo, tumbada en la cama de mi amiga mientras espero a que venga, me planteo escribir a Rhys. Como si, de algún modo, él pudiese mejorar la situación. Ridículo, teniendo en cuenta quién es y con lo que está lidiando. Pero no puedo apartar ese pensamiento de la cabeza.

Ro me acaricia la espalda y me abraza hasta que me quedo dormida.

8

Rhys

No sé cómo, pero Sadie ha llegado a la pista antes que yo. Entro en el hielo rapidísimo, como si fuera un crío ilusionado como el que más, justo antes de jugar su primer partido.

Ni siquiera me molesto en intentar borrar la cursi sonrisa que se me dibuja en los labios casi siempre que la tengo cerca. Sadie transforma lo inseguro en emocionante y lo angustiante en casi tan maravilloso como antes era todo en esta pista para mí.

Me pregunto si podría convencerla de que se marcara un *Ella es el chico* con el equipo de hockey y así no tener que salir al hielo sin ella nunca más.

Dios, tengo que centrarme de una vez si quiero volver a ser el capitán Rhys el mes que viene.

Intento no interrumpir a Sadie en mitad de su rutina, que sé que ha empezado hace rato por la intensidad de sus movimientos, entretejidos con tanta destreza que se me encoge el corazón. Aprieto los puños para apresar al inquieto monstruo de mi cabeza que se muere por tener más de ella; me preocupa que, si me la quedo mirando demasiado rato, sea incapaz de contener las ganas de hacer una tontería. Como volver a empotrarla contra la valla. O comprobar lo ligera que es con mis propias manos. Podría levantarla con una mientras con la otra le presiono…

Un fuerte golpe y un crujido me sacan de mis cavilaciones e impiden que siga pensando en cosas inapropiadas. El calor corporal se me evapora en el acto y lo reemplaza una gélida ola de terror cuando veo que Sadie se desliza hacia la valla bocabajo y choca con fuerza.

No se mueve.

Está bocabajo sobre el hielo y no se mueve, joder.

¡Mierda!

Creo que me va a dar algo.

La llamo aterrado, salto la valla con las zapatillas puestas y echo a correr hacia su despatarrada figura. Por un segundo, me pregunto cómo diablos consiguió mantener la calma el día en que me encontró tirado en el hielo porque, ahora que la veo aquí así, estoy a punto de perder la cabeza.

Cuando llego a su lado, veo que tiembla.

—¿Sadie? —le pregunto en voz baja mientras me arrodillo para levantarla.

Es como si estuviese cogiendo agua con las manos: ligera y escurridiza. Intento apoyarla en la valla.

Le paso las manos por el cuerpo sin llegar a tocárselo, desesperado por asegurarme de que no se ha hecho daño, pero con miedo de asustarla o agobiarla más todavía.

Está llorando, casi sollozando, como si no pudiera respirar. Sigo presa del pánico, pero trato de centrarme en ella.

—Hey, respira, ¿recuerdas? —Con la mano le echo hacia atrás los mechones de pelo que se le han caído de la coleta—. Sé que crees que no puedes y que tienes la sensación de que te estás muriendo, pero concéntrate en mis manos.

Me agacho y le cojo las suyas. A pesar de que tiene las mejillas y el cuello sonrojados, sus manos están tan frías como el hielo sobre el que estamos sentados.

—Prueba con la regla de las tres cosas —le digo casi susurrando en medio de la enorme pista—. Mi psicóloga me dice que hay que pensar en tres cosas que oímos, tres cosas que vemos y tres cosas que notamos.

—Vale —jadea, y se le entrecorta la voz con un sollozo.

—Empieza por lo que oyes.

—Mi música. —Guarda silencio y cierra los ojos con fuerza—. Tu respiración. El aire acondicionado.

—Tres cosas que ves.

Al volver a abrirlos, sigue con los ojos rojos, pero se le escapan pocas lágrimas.

—A ti.

Sin evitarlo, sonrío.

—Intenta ser más concreta.

—Los hoyuelos que te salen cuando sonríes. Los herretes rosas de los cordones de mis patines. Una etiqueta vieja con el logo de los Bruins.

—Bien. La última. ¿Qué notas?

—El hielo bajo las piernas. La valla que tengo detrás. —Me aguanta la mirada—. Tú, cogiéndome la mano.

—Buena chica. —Le aprieto las manos—. ¿Estás mejor, Grisi?

Mi pregunta la hace sonreír mientras se calma un poco más y, cuando asiente, las lágrimas le resbalan despacio por las mejillas. Detesto verla así. No puedo evitar tirar de la manga de mi jersey y secarle la cara por debajo de los ojos.

—¿Grisi? —me pregunta.

—Por tus ojos. —Sonrío.

Se ríe un poco, pero el sonido se convierte en un sollozo.

—Lo siento —se disculpa.

—Nope. No vamos a entrar en disculpas. —Hago una mueca y vuelvo a abrir la boca para decirle—: Ya sé que quedamos que nada de preguntas…

—Rhys…

—Pero tengo que hacerlo, porque esto es nuevo.

Sadie empieza a levantarse agarrándose a mí como si mi cuerpo estuviese ahí única y exclusivamente para que pueda sujetarse; un pensamiento que me intriga más de lo que debería. La ayudo hasta que por fin recupera el equilibrio sobre las cuchillas. A pesar de no llevar los patines puestos, sigo siendo más alto que ella.

Cuando deja de morderse el labio, Sadie suspira y deja que las palabras le salgan de la boca como si se tratara de una cascada:

—Van a recortar las horas del bar lo que queda del verano, lo cual significa que perderé el trabajo. Y no puedo hacer de entrenadora en las horas que me han ofrecido, así que no puedo contar con ese puesto para compensarlo. Por no hablar de que no estaría así si pudiese echar un polvo, pero, por lo visto, últimamente tampoco tengo suerte en este campo. Así que intento pasar el tiempo pensando, pero el curro que tengo cerca del campus tiene las horas contadas hasta que empiece el semestre. Y Oliver necesita unos patines nuevos…

Empieza a agitársele la respiración. Le ejerzo presión con la mano encima del esternón para intentar que vuelva en sí.

—Frena un segundo. —Me mira y asiente agradecida—. Hoy iremos a otro sitio.

Empieza a negar con la cabeza de inmediato.

—Tengo que entrenar. Y tú necesitas estar en el hielo…

—No nos moriremos por saltárnoslo un día.

Si Bennett o cualquiera del equipo me oyera, pensarían que se han adentrado en un universo paralelo.

En vez de esperar a que Sadie acepte, le paso un brazo por debajo de las piernas y la llevo en brazos. Emite un gritito, pero no se queja mientras echo a andar despacio hacia la puerta y sigo avanzando hasta llegar al vestuario.

—Haz lo que tengas que hacer y luego sal. Te estaré esperando en el coche.

Y, sin pensarlo dos veces, le doy un beso en la frente, recojo mi bolsa del entrenamiento y me doy la vuelta para salir del vestuario antes de que me dé tiempo a cuestionarme lo ridículo que puede que haya sido ese gesto.

—¿Con extra de queso crema? —le pregunto fingiendo arcadas.

Enseguida me la devuelve empujándome con delicadeza pero molesta.

—¿Sin queso crema? —Sadie finge arcadas y mira mi sándwich de desayuno—. Dulce mejor que salado. Siempre.

Estamos en mi coche, aparcados cerca de un lago que no queda lejos de la ciudad; sugerencia de Sadie, aunque a regañadientes. Es precioso y está muy concurrido; sin embargo, a pesar del matutino brillo dorado que centellea sobre el agua cual aureola y que le

aporta un aire pintoresco al paisaje, es ella la que sigue distrayéndome.

Es tan guapa… Los oscuros labios y las gruesas pestañas que le envuelven esos inquietos ojos de mirada intensa. Ese pequeño conjunto de pecas que tantas ganas tengo de tocarle. La melena castaña que supongo que, si se la acariciara, comprobaría que es suave como la seda.

—Tienes pinta de estar mejor. Me alegro.

—Gracias por la comida. Creo que solo tenía hambre.

Me da a mí que la cosa no es tan sencilla. Aun así, comprarle el desayuno me ha llenado de cierta calidez.

—No hay de qué. —Asiento—. Aunque también se me da bien escuchar. Por si quieres hablar de algo.

«Sobre todo, de eso de echar un polvo».

Me muerdo la lengua.

—Supongo que, ahora, lo principal es encontrar otro curro.

Asiento. Con eso puedo echarle una mano.

—Necesito otro profesor para las clases de Aprende a patinar, de la Fundación Primera Línea. Iba a pedírselo a alguno de los chicos, pero nos vendría genial tener a una patinadora. Siempre vienen niños que quieren acabar haciendo patinaje artístico algún día.

Abre los ojos como platos y me mira fijamente.

—¿En serio? Y… ¿pagáis?

—Sí. —Me encojo de hombros—. No es mucho, pero… Es probable que sea más o menos lo que cobrabas en la cafet…—¡Mío! —suelta, cortándome el final de la frase. Sadie se sonroja, pero aparta la mirada y enseguida recupera su color habitual—. Siento lo de antes.

Por lo general no… No soy tan… sensiblera. Suelo gestionar mejor las cosas cuando no me siento tan… emocionada.

—¿Emocionada? —Pone los ojos en blanco y le da otro sorbo a su café helado.

—Es solo que tengo que apañármelas… Echar un polvo, ya sabes. El pan nuestro de cada día para los atletas.

—El mío no —suelto, a pesar de que al instante deseo volver atrás y callarme ese comentario.

Me muerdo la lengua con un poco más de fuerza para evitar preguntarle si quiere que la ayude con eso. Yo.

«Si quisiera, te lo habría preguntado. Joder, mírala: no le tiene miedo a nada».

Sin embargo, su imagen vulnerable en el hielo, mirándome, se me cuela en la mente. No quiero que nadie más la vea así.

—¿Ligón en serie? —Se ríe por la nariz.

—Más bien monógamo en serie. Pero ya no. No… —Me encojo de hombros y dejo la frase a medias porque no tengo muy claro qué decir.

—Igual tú también necesitas echar un polvo.

Me arde la cara, y busco el aire acondicionado de mi lado del coche a tientas para bajarlo unos grados antes de frotarme la nuca.

—Eh… ¿Qué…?

—No estaba ofreciéndome, fiera. —Sonríe, pero vuelve la cara en el acto—. Créeme. No… No sería buena idea.

—Ya.

Intento reírme, pero no puedo evitar que me ardan las mejillas por la vergüenza.

«Claro que no. Si es que mírala y mírate».

«Patético».

—Para que conste —le digo observando el lago mientras estudio la vida que nos rodea—: yo sí que me ofrezco.

Sadie se queda callada. Sonríe, sacude la cabeza y evita toda probabilidad de contacto visual mientras yo desvío la mirada hacia ella.

Pero no me arrepiento.

9

Sadie

—Maravilloso espiral —aplaude la entrenadora Moreau con un marcado acento y la calidad etérea de su voz.

Céline Moreau, medallista de bronce canadiense e integrante de una pareja de hermanos muy famosa, es la actual entrenadora de parejas en la universidad. Actualmente solo hay dos en el equipo de Waterfell; los otros ocho patinamos en la categoría individual. Hoy, durante el primer entrenamiento de la temporada, solo está ella como entrenadora; en realidad, más que entrenar, estamos haciendo ejercicios de calentamiento sobre el hielo y conociendo al equipo.

Por extraño que parezca, mi entrenador está ausente. Aun así, intento no pensar en ello, impedir que la ansiedad se adueñe de mí.

En lugar de eso, por desgracia, me encuentro pensando en Rhys.

En sus enormes manos, en esos malditos ojos azules tan bonitos y en los hoyuelos que le salen al sonreír. En todo. Estoy distraída y torpe, y sé que al entrenador Kelley no le haría ni pizca de gracia; me echaría la bronca y me diría que repitiera el mismo paso una y otra vez hasta que me saliera perfecto. Y lo prefiero, porque es lo que necesito. Así que hago caso omiso de los elogios de Moreau, como si no fueran más que ruido de fondo.

Al terminar el entrenamiento, el equipo forma un círculo para comentar la sesión con rapidez. Gracias al extravagante regalo que

me hizo Rhys la última vez que patinamos juntos y que le rogué que devolviera, aún oigo la música que suena a través de los lujosos auriculares que llevo puestos; además, estoy concentrada en lo mío. Y por eso no me entero de que Luc se me acerca.

Me quita un auricular del oído.

—Esto es música para follar —me susurra.

Le pego un discreto codazo y finjo estar escuchando los alentadores comentarios de su entrenadora.

Luc Laroux es un patinador artístico muy atractivo y, por desgracia, muy bueno. Si parase de ligar y dejar a sus parejas de patinaje, a estas alturas igual ya estaría en las Olimpiadas. Pero aquí sigue: con una reputación de rompecorazones y unas habilidades de patinaje envidadas por las demás parejas.

En este momento, vuelve a estar sin pareja.

—El otro día vi a Rose en la portada de una revista —le cuento—. ¿Sigues sin rebajarte por orgullo?

Al oír el nombre de su compañera de toda la vida aprieta la mandíbula y la alegría le desaparece por completo del rostro. Rose se ha hecho famosa y se ha convertido en una posible patinadora olímpica que, a día de hoy, aparece en todos los medios del mundo del patinaje junto con su nueva y entrañable pareja.

El mismísimo rey del hielo casi parece celoso.

—Oh… —suelto con sorna—. ¿La echas de menos?

Durante un segundo le centellea algo en la mirada, justo antes de que lo disimule con una de sus malvadas sonrisas socarronas; esas con las que consigue colarse bajo las faldas de muchas mujeres.

—¿Por qué? ¿Te estás ofreciendo para ser mi nueva pareja?

Finjo una arcada.

—Por encima de mi cadáver.

Luc suelta una risita casi inaudible porque Moreau da un par de fuertes palmadas, lo cual nos indica que el entrenamiento ha terminado.

—¿Estás segura? Tengo que practicar las elevaciones y estaba buscando con quién hacerlo.

Pongo los ojos en blanco mientras echamos a patinar lentamente detrás del resto del equipo. Por desgracia, ya estoy familiarizada con esa insinuación. Tiendo a aferrarme a mi lema de no mezclar el trabajo con el placer, pero en este caso ya lo he mezclado. Por eso es probable que acepte.

Aun así, dudo.

Y un par de ojos marrones me inundan la mente.

De modo que sacudo la cabeza y le doy un empujón a Luc en el hombro.

—Tengo que irme a casa.

Hoy tocan tortitas para desayunar, lo cual, en el mundo de Liam, garantiza que será un buen día.

La señora B., la vecina que nos ayuda a menudo, se ha ofrecido para cuidar hoy de los chicos. Normalmente, los fines de semana no suelo necesitarla antes de las doce del mediodía, pero anoche el entrenador Kelley me mandó un e-mail para convocar un entrenamiento de última hora.

Y eso significa que tengo que estar ahí unas horas antes para asegurarme de que mi espiral y la combinación de saltos me salgan

lo mejor posible. Espero que este año la cosa sea distinta, empezando por no decepcionar al entrenador Kelley.

Pero entonces veo el coche de Rhys.

Las emociones empiezan a inundarme a una velocidad vertiginosa hasta centrarse en una sola: enfado, frustración, miedo, preocupación…, e ilusión y nervios.

Me doy cuenta de que, por más que quiera gritarle que salga tanto de la pista como de mi cabeza, quiero verle.

«No puedes tocarlo. Para».

Me voy repitiendo ese mantra mientras entro decidida en la pista y camino hacia el vestuario, lista para ponerme firme. Lista para decirle que no podemos seguir patinando juntos. Por mi salud mental.

«Mierda».

Rhys está sentado en el banco, con la espalda apoyada en unas taquillas, agachado y sudando. Tiene los patines puestos y las piernas despatarradas, y respira con pesadez, como si se estuviese ahogando.

Se me cae la bolsa del hombro y mi enfado se desvanece.

El ruido que emite la bolsa al tocar el suelo lo alerta, y Rhys levanta sus ojos marrones, llenos de pánico, hacia mí. Al darse cuenta de que soy solo yo, se le entrecierran los párpados.

—Tenemos que dejar de encontrarnos así —murmura, y arquea sus carnosos labios en lo que imagino que espera que sea una especie de sonrisa a pesar de que, con tanto cansancio, casi no puede ni dibujarla.

Se me cierra el estómago. Verlo así otra vez… A solo una semana de retomar los entrenamientos…

Siento que se me encoge el corazón y se me instala un nudo en la garganta.

—Rhys. —Casi no me sale la voz.

Alargo la mano para tocarle la cara. Hasta que él no me agarra por la muñeca, no me doy cuenta de que estoy temblando.

—¿Estás preocupada por mí, Grisi?

—Aterrada —reconozco—. Pensaba que ya estabas mejor.

—Yo t-también. —Gruñe y deja caer la cabeza contra la palma de mi mano, como si solo pudiese mantener el cuello recto gracias a eso—. Hoy es un mal día, eso es todo.

—Debería haberte traído tortitas —le digo sin darme cuenta de lo absurda que suena la frase sin contexto.

Rhys se ríe, jadeante pero alegre.

—Explícame a qué viene esto, por favor.

—Liam cree que, cuando hago tortitas, tendrá buen día.

Me sonríe. Le centellean sus apenados ojos y aparecen los hoyuelos.

—La próxima vez lo intentaré. Aunque estoy seguro de que tus tortitas son las mejores.

—Ya te las prepararé algún día —le susurro mientras me siento a su lado; él se pasa una mano por la frente antes de volver a apoyar la espalda en las taquillas—. ¿Estás bien?

Rhys asiente. Se sienta y le da unos traguitos a la botella de agua.

—Sí, pero te advierto de que te tomo la palabra con esto. Me encanta el desayuno.

—Pensaba que te gustaba más lo salado que lo dulce.

—Cuando algo tiene que ver contigo, me gusta todo —confiesa, y se me encoge el corazón.

Se hunde la mano en el bolsillo y me pasa un casco. Y entonces me doy cuenta de que lleva mis antiguos auriculares en los oídos. Está escuchando música.

—Estaba tardando mucho en encontrar los míos —suspira.

Cojo el auricular que me ofrece y dejo que el cable nos una mientras me pasa el móvil para que elija una canción.

10

Sadie

Es como si Rhys llevase un letrero pegado a la frente en el que se leyera Bésame. Y yo debería haber llevado otro que pusiera Es una pésima idea.

Nada ha salido como lo tenía planeado.

Verlo hecho un ovillo, vestido con los pantalones de chándal y la camiseta de deporte tensada a lo ancho de los hombros, hace que sienta una punzada en el pecho. Apoya la cabeza en las manos, con los dedos hundidos entre sus gruesos y rebeldes mechones de pelo. El aire se le escapa entrecortado a través de la fina línea de sus labios.

Suena «Make This Go On Forever» en el auricular que me he puesto en el oído derecho. La canción de Snow Patrol va subiendo de intensidad cada pocos segundos y alimenta la energía que nos envuelve.

Mis experiencias sexuales en el pasado siempre fueron algo rápido, manoseos a oscuras, y solían terminar antes de que empezaran. Es una distracción que me viene de perlas cuando las emociones de mi vida familiar me desbordan y acaban afectando a otra área de mi vida.

Pero, por la forma en que me mira Rhys, no solo se trata de lujuria. Es una desesperación que conozco perfectamente, que se

esconde en las profundidades más oscuras de mi mente y me aísla de todo.

Necesito sentir algo para mantenerme cuerda.

Tengo que recordarme de qué va todo esto antes de atreverme a tocarlo. Antes de permitirme hacer esto por él. Rhys es un jugador de hockey popular, y la máscara que lleva es impoluta. Aun así, ya lo he visto vulnerable varias veces, y sé que no me lo pedirá abiertamente, por mucho que se acerque un poquito más.

De modo que lo imito (respiración a respiración, movimiento a movimiento) hasta que acabo con la frente apoyada en su fruncido ceño y noto el sudor que le envuelve el rostro, en este momento frío por la temperatura del vestuario.

Tiene el aliento fresco y mentolado, y me roza los labios con él al exhalar. Sé que todo esto es una pésima idea y que tendría que apartarme sí o sí; debería quitarme los cascos, centrarme y echar a patinar hasta liberarme de mis efervescentes emociones, como suelo hacer. Pero algo me impide moverme de aquí y me va arrastrando hasta las profundidades de su pozo de desesperación como si fuésemos dos polillas hacia la luz.

Aunque quisiera, no podría salvarlo. Si hay alguien que necesite ser salvado, esos son Oliver y Liam, y no me toca a mí intentar mantener a flote al jugador de hockey que se está ahogando delante de mí en este instante.

Pero me necesita.

«Sí, claro. Para eso, a lo mejor».

No pasa a cámara lenta. Se me corta un segundo la respiración antes de lanzarme hacia él y empotrar mis labios contra los suyos sin dudarlo; solo por pura necesidad.

Se le escapa un grave gemido que suena a alivio absoluto y, cuando responde, me devuelve el beso con la misma pasión con la que lo estoy besando yo; parece que hayamos entrado en un bucle infinito. Me busca la cintura con las manos y tira de mí con fuerza, le paso las piernas sobre las caderas y me siento a horcajadas encima de él, que sigue acomodado en ese banco bajo. Su espalda choca con las taquillas que le quedan detrás y sus patines a medio atar se clavan en la alfombra de goma que cubre el suelo.

Me aparto para mirarlo y me fijo en cada detalle: en el grueso mechón de pelo oscuro que le cae por la frente, en el rubor de sus mejillas y en la oscuridad de sus labios, hinchados y ligeramente abiertos mientras respira agitado. Sigue agarrándome las caderas con las manos y me hace sentir delicada a medida que las sube por mi cuerpo, cubriéndome la cintura por completo.

—¿Es esto lo que quieres? —me pregunta exhalando con voz rasposa mientras me mira con los ojos entrecerrados. Alargo el brazo para tocarlo, pero él me sujeta por la muñeca y frena el movimiento —. Dímelo.

No encuentro la voz. Tengo la boca tan seca que parece que lleve meses sin probar ni una gota de agua. Lo único que puedo hacer es asentir con la cabeza.

Una sonrisa espectacular que no le he visto nunca se abre paso entre sus labios, y en sus mejillas aparecen los dos hoyuelos al tiempo que se ríe y cierra los ojos antes de darme un beso en la muñeca y murmurar contra mi pulso:

—Genial. Yo también.

Soy incapaz de decidir qué quiero hacer con él primero.

Le paso las manos por los hombros y el cuello, y las subo hasta llegar al pelo. Se lo agarro con delicadeza y bajo los labios hasta la firme línea de su garganta, besándosela y lamiéndosela con avidez. Él vuelve a gemir, esta vez con sonidos más largos y fuertes, con los labios pegados a mi oreja. Se me pone la piel de gallina. Nos movemos con la fuerza suficiente como para que se nos caigan los auriculares; su móvil resbala hasta el suelo y nos envuelve el silencio.

Con los dedos, me dibuja cierto patrón en la lumbar y, por un segundo, las baja un poco. Sin embargo, tras dudar un instante, vuelve a subirlas y me recorre la espalda hasta llegar al pelo que me queda en la nuca para cogerme la cara entre las manos y besarme de nuevo.

Cojo sus inmensas palmas con las manos, con fuerza e insistencia, y se las voy bajando más y más y más para que me agarre el culo.

Rhys gime y me aprieta las nalgas. Sonrío y me hundo en su boca para tragarme aquel sonido.

Estar sentada encima de él y tener el control de la situación es embriagador. Solo estamos besándonos, pero me parece más de lo que he hecho con mis ligues anteriores.

Minutos, horas… Aquí, sentada sobre sus muslos, pierdo la noción del tiempo. Si logro mantenerme cuerda es solo gracias al espacio que dejo entre los dos, apoyando las rodillas a cada lado de Rhys para no rozar la prominente distracción que me queda justo debajo. No quiero ni mirar.

Y seguramente por eso oigo el fuerte golpe de la puerta giratoria trasera, cuyo eco resuena hasta aquí y nos advierte de que ha llegado alguien.

Salto del regazo de Rhys y me caigo al suelo.

—Dios… —murmura él.

Pero mi móvil se ilumina y no puedo ni mirarlo. Casi no son ni las seis, a estas horas no debería haber nadie paseando por los pasillos. De todos modos, esto me recuerda que nuestras mañanas de verano juntos han quedado atrás. Esto es la vida real.

Y significa que, antes de deje de tener las mejillas sonrojadas, una persona en concreto aparecerá por aquí.

Me levanto, me recojo el pelo en un moño algo despeinado y me doy la vuelta para andar hacia el chico de hockey que, por desgracia, de ahora en adelante protagonizará mis fantasías.

Me siento en el banco que tiene delante como si no hubiese pasado nada, e ignoro su intensa mirada, que ya vuelve a tener puesta en mí.

—Sadie…

Y se rompe el hechizo. Al mirarlo, toda la calidez que notaba en el estómago empieza a pudrirse y un sentimiento de culpa se adueña poco a poco de mí.

«No puedes ayudar a nadie. Solo le arruinarás la vida para siempre».

—Tengo que entrenar. —Me pongo los patines y me los ato rápidamente con manos temblorosas, como si hubiese absorbido su nerviosismo y ahora me inundase el cuerpo. Rhys hace ademán de hablar, pero levanto la mano para detenerlo—. En serio, Rhys, déjalo. Ha estado bien.

—Entonces ¿por qué te vas?

Detesto la vulnerabilidad que transmite su voz casi tanto como me detesto a mí misma.

«Porque esto cambia todo lo que hemos construido con nuestros tranquilos entrenamientos matutinos. No puedo salvarte si te arrastro conmigo».

Tengo que centrarme. Oliver, Liam, Ro, el patinaje, el curro, la uni… Eso es lo importante.

«No decepciones al entrenador Kelley. No puede repetirse lo del año pasado».

«No te distraigas».

«Oliver, Liam, Ro. Patinaje, curro, uni».

Quiero decir algo amable, disculparme incluso. Sin embargo, con la voz rota a través de mis labios, solo consigo repetir:

—Tengo que entrenar. —Me levanto sin quitar las protecciones a las cuchillas y, al final, miro a Rhys de nuevo—. Y tengo que concentrarme. Esto no se repetirá.

Frunce el ceño y me mira mientras tiro la sudadera en la bolsa y salgo casi corriendo del vestuario en dirección a la pista.

Patino media hora antes de volver dentro con la esperanza de que Rhys siga donde lo he dejado. Practico una disculpa para mis adentros una o dos veces; no estoy acostumbrada a pedir perdón. No obstante, antes de acabar de cruzar el túnel y entrar en el vestuario, oigo dos voces.

Una es masculina. A estas alturas, ya me resulta familiar.

La otra, por desgracia, también la reconozco.

Al doblar la esquina veo a Rhys de pie, sin patines, completamente erguido y sacándole algunos centímetros al ágil cuerpo de Victoria, envuelto en licra. Es una chica preciosa, no me cuesta apreciar sus esbeltos músculos con esas medias color piel y la falda ondulada, atuendo que ha combinado con unos calentadores

azul cielo que se ha puesto con gracia encima de sus impecables patines blancos. Es como las chicas que salían en los pósteres que tenía en mi cuarto de pequeña o como los recortes de patinadoras olímpicas que sacaba de las revistas y pegaba en las carpetas del colegio. Es como pensaba que sería yo en este momento de mi vida.

Elegante y fuerte, pero preciosa.

No se parece en nada a la patinadora cansada y demasiado sensiblera, detestable incluso, en la que me he convertido.

Victoria y Rhys harían buena pareja. Los dos son altos. Ella lleva un moño rubio paja bien hecho y apretado, tiene los labios carnosos y la tez aún morena después de pasar el verano en la costa italiana, viaje que fui siguiendo por las redes sociales con envidia, acurrucada bajo la colcha de mi habitación mientras me zampaba una cantidad ingente de bombones de cereza.

Y Rhys, que vuelve a llevar su máscara de perfección; no queda ni rastro del miedo y de la vulnerabilidad de antes. En su lugar, me encuentro con la atractiva estrella de hockey universitario que suele ser: pelo enmarañado como si acabase de salir de un intenso entrenamiento, piel sonrojada y una sonrisa que parece astral, luminosa y centelleante. Incluso se le refleja en el iris y, cuando se le arrugan los ojos y le salen los hoyuelos, las pequeñas motas de color avellana resplandecen un poco más.

Es justo el chico popular del campus que me había imaginado. Una versión algo más ruda que la de la foto del equipo que me ofreció mi ilícita búsqueda por internet.

Y algo de todo eso hace que se me encoja el estómago.

Victoria le coloca una mano en el brazo con delicadeza y sigue hablando con él.

Una irracional llamarada de celos hace que me yerga antes de sentarme en el banco, muy lejos de ellos dos, y tirar la bolsa al suelo con más fuerza de la necesaria.

—¡Anda! —Victoria se anima al verme. Se vuelve para mirarnos a los dos mientras agarra la tira de su bolsa con fuerza y se pone a abrir y cerrar una pinza rosa que emite un sonido chirriante, aunque no más que el de su risita nerviosa—. Buenos días, Sadie. No te había visto. ¿Conoces a Rhys? —Lo señala y le da un golpe en el bíceps con el hombro, como si fueran viejos amigos.

Aún noto su sabor.

Me relamo los labios.

Desvío la mirada hacia los curiosos ojos de Rhys, que están clavados en mi cara, como ya ha ocurrido en varias ocasiones.

—Pues no. No sabía que era el día de traer al novio al trabajo; de lo contrario, no habría venido con las manos vacías.

Mis palabras van dirigidas a Victoria, pero quiero que Rhys las oiga. Al instante, aprieta la mandíbula y se le hinchan las fosas nasales: objetivo conseguido.

Me vuelve a vibrar el móvil. Al final, lo cojo y respondo sin mirar.

—¿Qué?

—Sadie. —La voz de mi hermano pequeño, lloriqueando al otro lado de la línea, hace que me dé un vuelco el corazón—. Tie-tienes que volver.

No dudo ni un segundo antes de susurrar al aparato:

—Enseguida voy, bichito. —Y cuelgo.

Sigo dando la espalda a Rhys y Victoria, lejos de donde están y arrinconada en una esquina como si fuese a desaparecer. Y oigo que ella suspira con pesadez.

—Lo siento —musita con la intención de que solo la oiga Rhys, aunque en este cuarto todo hace eco—. Sadie es… bastante solitaria. No se lleva demasiado bien con los demás.

«Pues durante el mes que he estado con él no he tenido ningún problema».

Que hable de mí como si fuera una niña problemática solo aumenta mi ya creciente cabreo incitado por su cara de estar la mar de descansada y la belleza que le otorgan esos brillantes ojos. Hasta que al final exploto: —Bueno, en el podio solo hay sitio para un primer puesto, Vicky —suelto con una sonrisa de superioridad detestable en mi chupada y pálida clara—. Pero igual lo consigues algún día.

—Sadie.

Me da otro vuelco el estómago y empieza a sudarme la frente.

De pie en la puerta del pasillo, con mirada enfadada y el ceño fruncido, está el entrenador Kelley. Como es la única figura masculina a la que admiro casi desde que nací, mi mayor temor siempre ha sido decepcionarlo.

Empezó a entrenarme cuando yo tenía once años, justo después de montar una pataleta porque había roto mi racha y no había quedado en el primer puesto, y de no tener una figura paterna que evitara que le arrancase la corona de plástico del engominado pelo a la otra niña. Por aquel entonces, él solo llevaba cinco años como entrenador; empezó después de desgarrarse el ligamiento cruzado anterior y no poder recuperar el estatus que le había otorgado un cuádruple *lutz* en su último programa olímpico.

Tras perder en las eliminatorias de las Olimpiadas, me llevó de la mano desde los primeros años de la secundaria hasta la universidad.

Sin embargo, la decepción que sintió al descubrir que su mejor alumna nunca patinaría para el equipo de Estados Unidos me atormentaba. En parte, por eso entré en bucle.

Y, en parte, por eso estoy en período de prueba y no puedo competir hasta que asista, como mínimo, al setenta por ciento de mis entrenamientos.

—Entrenador. —Hago una mueca y, por el pánico, casi me olvido de tragar saliva.

«Dios. ¿Por qué hoy llega todo el mundo tan temprano?»

Alargo el brazo para desatarme los patines y evitar cualquier tipo de contacto visual con toda persona que me esté mirando en este instante.

—¿Volveremos a tener problemas este año?

Me mantengo con la cabeza alta, pero me siento avergonzada y sonrojada ante esta evidente reprimenda. Y lo que es peor: lo han presenciado Victoria y Rhys.

—Ya hemos hablado de… —empieza a decir. Cuando se da cuenta de que me estoy desatando los patines, arquea las cejas y me pregunta—: ¿Qué haces?

Niego con la cabeza. Frustración, enfado y miedo se arremolinan en mi interior hasta el punto de que me escuecen los ojos.

«Es culpa tuya. Por haber besado a Rhys. Por haberte distraído».

«Has dejado a Oliver y a Liam solos».

—No puedo. —Vuelvo a negar con la cabeza y aprieto los dientes con tanta fuerza que estoy convencida de que me partiré la mandíbula—. Tengo que irme.

—Sadie —me espeta el entrenador Kelley agarrándome por el brazo mientras intento escabullirme por su lado—. Ya conoces las

normas. Sigues en período de prueba. No puedes saltarte…

—Ya lo sé. —Sacudo el hombro para zafarme de su mano y echo a correr a toda prisa hasta llegar al coche, sin molestarme en mirar atrás.

—Sadie —dice alguien justo cuando cojo la manilla de la puerta del conductor—. Espera. ¿Adónde vas?

Cierro los ojos con fuerza y me apresuro a soltar:

—Déjame, Rhys.

—Deberíamos habl…

—No tenemos nada de lo que hablar. —Tiro la bolsa en el asiento de copiloto—. Yo tengo que irme y tú tienes que relajarte. Te estás poniendo pesado, fiera.

Odio esta versión de mí, la chica desesperada, temerosa y detestable que quiere alejarse de todo y de todos porque tantas emociones la abruman. Pero Rhys tiene que ver esto para darse cuenta de que lo que ha ocurrido en el vestuario ha sido un error garrafal.

Oigo la vocecita de Liam sonando en mi cabeza sin parar, en bucle.

Cierro la puerta con fuerza y pongo el seguro. Intento arrancar, pero enseguida oigo el chirriante sonido del motor que se niega a funcionar.

—No —resoplo con lágrimas en los ojos—. ¡No, no, no!

Le doy al contacto una y otra vez.

Nada.

Oigo unos golpecitos en la ventana y, de repente, me encuentro con el chico popular de hockey de ojos tristes empotrado en el lateral de mi coche, haciéndome señas para que baje la ventanilla.

Quiero ignorarlo, pero un miedo aterrador se adueña de mí y me agarro a la manivela para bajarla a mano.

—¿Qué?

Rhys suspira y se pasa una mano por su precioso y largo pelo de una forma fastidiosamente distractora.

—Ya sé que has dicho que no somos amigos.

Sé que sueno absurda, pero no puedo evitar soltar:

—Bien visto.

Se le escapa una extraña risita que casi suena como si le doliese y todo.

—Ya, bueno, la que me ha metido la lengua hasta la campanilla has sido tú, gatita, así que si eso es lo que significa para ti no ser amigos, puedo vivir con ello. Creo.

—¿Gatita? —le suelto antes de dejar que el bochorno de su vulgar comentario se apodere de mí por completo—. Cuidado. Bastante malo era ya lo de «Grisi».

—Es por tus ojos. —Sonríe y, por un segundo, veo al Rhys de antes.

Puede que nuestros caminos se cruzaran en el pasado, porque ahora mismo tiene toda la pinta de héroe de la universidad, el adorado jugador de hockey y el ligue de una noche con el que me enrollaría.

—No. —Lo fulmino con la mirada.

Levanta las manos, como rindiéndose en silencio, y dice:

—Entonces te buscaré otro apodo.

—Nada de apodos —le digo.

Lo de los apodos es demasiado amistoso.

Se ríe por la nariz.

—Dice la chica que no deja de reírse de mí y llamarme «fiera del hockey». ¿Intentas acomplejarme?

—Dudo que te viniera de nuevo.

En realidad, no le conozco. De hecho, todo lo que he visto de Rhys hasta ahora solo demostraría que no es el «fiera de hockey» que tanto le digo. Durante el mes que he patinado a su lado, ha sido desgarradoramente dulce o se ha mostrado devastadoramente triste y aterrado.

Ninguna de las facetas que ha compartido conmigo han sido dignas del capitán del equipo de hockey Rhys Koteskiy. Hasta hoy.

—Cierto —responde.

Aun así, se le queda una expresión triste en la cara, y me gustaría retractarme de lo dicho. Odio estar así. Me muerdo el labio y espero no soltar cualquier otra frase horrible por la boca.

Vuelve a sonarme el móvil. Las caras sonrientes de Oliver y Liam iluminan la pantalla. Una nueva y avivada ola de ansiedad se apodera de mí. Me apresuro a responder y cierro los ojos con fuerza a la espera de oír los discretos sollozos de Liam; sin embargo, esta vez es Oliver.

—¿Sadie?

—Hey, campeón —me obligo a decir—. ¿Estáis bien? Voy de camino.

—Hemos perdido el bus para llegar a la primera clase. Y Liam se ha vuelto a hacer pis encima. ¿Nos hemos metido en un lío? Como es el primer día de cole…

Se me escapa un suspiro de alivio y niego con la cabeza a pesar de que mi hermano no puede verme.

—Vale, no pasa nada. Y no: no os habéis metido en un lío. No te preocupes. Enseguida llego a casa y lo solucionamos.

Cuando cuelgo, vuelvo todo el cuerpo hacia la ventana que tengo bajada, me agarro con las manos al borde y pregunto:

—¿Ibas a ofrecerte a llevarme? Porque acepto la propuesta.

—Sí.

La expresión de Rhys es una mezcla de alivio y confusión, probablemente provocada por mi humor cambiante.

—¡Genial!

Abro la puerta tan de repente que casi lo tiro al suelo. Rhys trastabilla un segundo antes de sujetarla por la manilla mientras salgo.

Me coge la bolsa del hombro, la lleva hasta el reluciente y elegante coche que ya he admirado esta mañana y la tira en el asiento trasero.

Al sentarme, noto la frescura del cuero en la piel. Me recuesto en el asiento como si me hubiese montado en ese coche con él un millón de veces.

La burbuja que se forma a mi alrededor, en la privacidad de su presencia, me envuelve más aún cuando él se acomoda a mi lado y me pide que le dé la dirección. Mira primero a la pantalla de la cámara de marcha atrás, y luego clava los ojos en la carretera, como si acabara de sacarse el carnet.

—Odio conducir —confiesa al cabo de unos minutos en silencio.

Se sonroja y abre los ojos a más no poder, como si no hubiese querido decirlo en voz alta.

—¿Y por qué has decidido llevarme?

Vuelve a fruncir el ceño, se agarra con fuerza al volante y exhala con tanta fuerza que hasta le vuelan los mechones de pelo que le caen por la frente. Y entonces muestra su espectacular sonrisa y sus hoyuelos, y me doy cuenta de que… Es real. Rhys es así de jodidamente atractivo y punto.

—Necesitabas mi ayuda.

No confío lo suficiente en mí como para añadir nada.

Guardamos silencio, pero mis oídos prestan atención a la música que tiene puesta, como siempre. Es la cadena de pop local, en la que suena un temazo tras otro. Rhys no canta, ni siquiera repiquetea con los dedos en el volante; es como si estuviese demasiado concentrado en la conducción como para fijarse en cualquier otra cosa. Mientras tanto, se me tensa el cuerpo entero al reprimirme y no cantar a pleno pulmón o no ponerme a bailar en el asiento. Para mí, la música, como el sexo, es una válvula de escape. Cuando parece que todo me sobrepasa, me permite canalizar la energía de forma segura, mucho más que mi tendencia a acabar enrollándome con un tío a altas horas de la madrugada en el baño de una fiesta o con otro con el que ni siquiera pasaré toda la noche.

La música, del estilo que sea, me hace sentir bien.

Me siento tan rígida a causa de la turbulenta tensión que inunda el coche que, en cuanto Rhys se acerca a la entrada de mi callejón sin salida, abro la puerta de golpe y casi salgo disparada como si fuera un yoyó chino.

—¡Joder! —grita, y pega tal frenazo que la puerta, abierta, empieza a agitarse. Casi me da, a pesar de lo fuerte que me sujeto a la manilla—. Dios, Sadie… No vuelvas a hacerlo, por favor.

Quiero soltarle algo sarcástico, pero el miedo que le aprecio en la mirada es auténtico. Está asustado, como si acabase de ver a un fantasma.

Es la mirada que se le quedó cuando me caí contra la valla.

Así que me muerdo el labio, musito una disculpa y le añado un «gracias» mientras señalo, por encima del hombro, el cutre dúplex de ladrillo rojo que me queda detrás, cuya hierba está demasiado alta y llena de maleza. No me avergüenzo —lo he hecho tanto hasta ahora que he cubierto el cupo para toda la vida—, pero es que el reluciente BMW negro de Rhys huele a riqueza y dinero de papá, por más que él albergue un pozo muy hondo de secretos y traumas emocionales bajo esa bonita melena y su encantadora sonrisa. Enseñarle dónde vivo, dónde viven todos mis secretos, no forma parte de las primeras cosas que me gustaría hacer con el chico de hockey.

—Tengo que irme. Gracias, Rhys. En serio.

Alarga el brazo por encima del salpicadero y lo estira del todo para impedirme que cierre la puerta. Me resulta sorprendentemente atractivo y hace que me sonroje a más no poder.

—¿Seguro que estás bien? —me pregunta.

Al verle esa mirada de preocupación en el rostro, me quedo inmóvil.

No dice nada más, pero puedo ver el resto de sus palabras en sus ojos. Yo lo ayudé cuando él no podía y está ofreciéndome lo mismo.

Pero sé que invitarlo a adentrarse en mi prisión para que me eche una mano no hará sino poner en peligro a la gente que depende de mí y dejar a la luz todo lo que durante años he mantenido entre las sombras. Por no hablar de que todavía lo noto, y sé que seguir cerca

de Rhys lo empeorará todo. Porque, incluso ahora, lo único que quiero es dejar que me envuelva las caderas con las manos, me levante por encima del salpicadero y me siente en su regazo con la fuerza que sé que tiene, que me empotre contra el volante y…

«No. Con él no. Para».

—Tengo que irme. Gracias —repito, y cierro la puerta.

A la mañana siguiente, antes de que pueda plantearme qué hacer para recuperar mi coche, salgo y veo el Jeep en la entrada, recién reparado. Y arranca sin problema.

11

Rhys

—Acuérdate de lo que te dijo el médico del ruido y de beber, Rhys —va diciendo mi madre a través del altavoz del coche, que me permite oír su voz a la perfección. Sigo con la cabeza apoyada en el mullido asiento e intento que no se me agite la respiración en el fresco interior del vehículo, a pesar de los calurosos rayos de sol que se cuelan por la ventana—. De hecho, ¿por qué no se lo mando todo al majo de Ben? Estará encantado de echarnos una ma…

—Mamá —la corto en el que resulta mi quinto intento por poner fin a esta conversación inducida por la ansiedad desde que he aparcado delante de la casa de ladrillos rojos—. No me pasará nada. No hace falta que le des nada a Ben, ¿vale?

—Rhys —me dice casi en un sollozo desde el otro lado de la línea, y se me encoge el pecho—, si quieres volver, puedes hacerlo. Podemos buscar una alternativa…

—*Uspokoit'sya*,* mi amor.

Cierro los ojos con fuerza y me agarro al volante mientras la voz de mi padre resuena por el coche; de repente, todo parece más pequeño. Me siento más pequeño.

—Deja que mi hijo haga su vida, ¿de acuerdo? Llevas hablando con él desde que se ha ido hace media hora. Dale tiempo.

—Estoy bien, mamá —le aseguro, y trago saliva para deshacer el nudo que noto en la garganta—. Te lo prometo. Mañana hablamos.

Con esa promesa, ella por fin accede a colgar, y oigo el eco de las palabras que musita mi padre en ruso mientras le da al botón para finalizar la llamada.

Un golpe atrae mi atención, y desvío la mirada hacia la ventana, a través de la cual veo a Freddy con la boca abierta y una expresión de shock absoluto en la cara. Se sube las gafas de aviador y abre la puerta de mi coche.

Matthew Fredderic, ala izquierdo y un tocapelotas constante. Cuando llevamos el casco y estamos en la pista, podríamos pasar por mellizos: medimos lo mismo y tenemos la misma constitución, lo que funciona a las mil maravillas en la primera línea de ataque, pues somos ala y centro. Fuera del hielo, en cambio, somos como la noche y el día. Freddy es rubio, tiene unos inocentes ojos verdes y una increíble sonrisa seductora que casa a la perfección con su personalidad de ligarse a alguien y, al día siguiente, marcarse un «si te he visto, no me acuerdo», esa con la que va dejando a su paso un rastro de corazones rotos. La reputación le precede desde primero de carrera y, según se rumorea, era igual de promiscuo en el instituto.

Es el típico tío al que te da miedo presentarle a tu madre y, aún más, a tu hermana.

—Ya sabía yo que me iba a morir. —Freddy suspira dramático y apoya todo su peso en la puerta abierta de mi coche mientras salgo —. Está claro que los tacos de pescado del *food truck* me han sentado mal, Reiner. Tengo alucinaciones.

Sonrío y me fijo en la persona que hay detrás de él, con los brazos cruzados, de pie, junto a su camioneta.

Bennett Reiner es mi mejor amigo desde que teníamos cinco años. Nuestros padres jugaban juntos en los juveniles y luego coincidieron un año en la NHL antes de que el suyo se desgarrara el ligamento cruzado anterior y tuviera que poner fin a su carrera en su primera temporada como debutante. Nos conocimos en el primer entrenamiento de Aprende a patinar antes de que empezáramos a jugar al hockey, incluso antes de ir a clase. Éramos inseparables; tanto, que nos convertimos en una especie de *pack* para los entrenadores de alto nivel de las academias de hockey de la zona. Mientras yo desarrollaba mi velocidad y mis habilidades, y cada vez encajaba más en posiciones ofensivas hasta terminar jugando de centro, Ben se convirtió en un tipo alto, cuadrado y sin agresividad en el juego, de modo que los entrenadores acabaron situándolo en la portería.

Es el mejor portero con el que he jugado en la vida; además, sabe mantener la calma y no pierde los estribos, sin importar el resultado. Meticuloso en todo, en especial con su rutina, Bennett es alguien en quien siempre se puede confiar.

Alguien en quien no me apoyaría porque pensaba que, de hacerlo, lo arrastraría conmigo.

—Hey —saludo con un gesto de cabeza y dejo que Freddy cierre la puerta del coche tras de mí.

Podría decir un montón de cosas. Las palabras se me agolpan en la mente.

«Lo siento, Ben. Casi no podía ni abrir los malditos ojos y menos aún mirar a mi padre a la cara».

«Hablar y sincerarme contigo era como escalar el Everest porque, de repente, pensar que no volvería a pisar el hielo se convirtió en un pensamiento igual de aterrador que el hecho de volver a pisarlo».

«Me odiaba casi tanto como me odia el hockey, y no quería que nada me resultase agradable. Y tú salvas a los demás, los proteges… Pero no podías protegerme de esto».

«Eres mi mejor amigo, y nunca he querido hacerte daño, pero mi interior se volvió un lugar oscuro a más no poder, se pudrió y sigue sin haber nada bueno aquí dentro. Ya no soy nada. Y será egoísta, pero no quería que lo vieras».

En lugar de decir algo de lo que pienso, vuelvo a tocarme el pelo y me meto las manos en los bolsillos de las bermudas. Asiento y pregunto:

—¿Qué tal todo?

Ben guarda silencio y se me queda mirando sin moverse. Es una quietud que solo yo le he visto.

—Voy a dejar las birras en la nevera —dice Freddy mientras se le desdibuja la sonrisa y me da una palmada en el hombro—. Bienvenido otra vez, Rhysie.

Freddy se detiene al lado de Bennett mientras va hacia la camioneta; le da un sutil apretón en el hombro y pasa de que el otro, más alto que él, eche la espalda hacia atrás con disimulo para evitar el contacto. Freddy coge la compra del coche de Bennett, que sigue abierto, pasa por nuestro lado y entra en casa con los brazos cargados de bolsas de papel.

El silencio se abre paso entre nosotros y nos separa, al igual que el inmaculado jardín cuya hierba verde sé que Bennett ha cortado esta mañana. La rutina y la monotonía lo mantienen con vida.

—Bennett, oye…

Levanta su gigantesca mano para detenerme y evitar que le suelte la perorata que está a punto de salirme por la boca.

—No cuesta tanto coger el móvil, Rhys. Ni que sea para enviar un mensaje. —Suena sereno, pero sus ojos azules son como dos profundos charcos de dolor y traición—. Pensé que te ibas a morir.

Es como si me acabase de dar una patada en el estómago.

—Ben…

—No. —Niega con la cabeza, aprieta los labios y se pasa la mano por el pelo. Se quita las gafas que lleva colgando de la camisa y se las pone como si, al evitar que le vea los ojos enrojecidos, pudiese impedir también que percibiera el dolor en su voz—. La última vez que te vi estabas en la cama de un puto hospital. ¿Eres consciente de eso? Me ignoraste, y tuve que suplicarle a tu madre que me contara lo que te habían dicho. Tuve que ir al intensivo de verano sin ti, mantener el espíritu del equipo y decirles que estabas en un puto centro de recuperación. Me sentí como un idiota de mierda rechazado por su mejor amigo.

Cada palabra que le sale de la boca me sienta como un latigazo, pero las acepto encantado. Si para algo sirve es para alimentar la putrefacción que se me carcome por dentro.

«Esto se lo has hecho tú. Y ni siquiera consigues sentirte mal porque estás vacío por dentro. Ya no te queda nada, ni a ti ni a tu mejor amigo. Egoísta».

Así que, en lugar de hacer cualquier otra cosa, asiento con la cabeza. A Bennett no le gusta que lo toquen; de lo contrario, ya lo habría abrazado. Por más que se esconda tras esa barba bien

cortada y sus Ray-Ban oscuras, su expresión me permite ver todo lo que siente.

—No voy a disculparme porque parecerá que lo diga por decir. —Me encojo de hombros y asiento resolutivo—. Pero he vuelto. Hoy me mudaré de nuevo, por la noche saldré o haré algo, y el lunes iré al entreno. No pienso marcharme.

Me callo un «No pienso volver a dejarte tirado», pero veo que Bennett acepta mi ofrenda de paz mientras se recoloca las gafas y cierra la puerta de su camioneta negra lacada. Cojo las bolsas que tengo en el asiento trasero de mi coche y me vuelvo hacia él, dándole cuerda para que me suelte algo. Se me acerca, pero me mantengo a unos metros de distancia y lo sigo mientras caminamos hacia casa.

—Bienvenido de nuevo, capitán —dice en voz baja mientras alarga el brazo delante de mí para abrir la puerta principal—. Aún sigo cabreado contigo.

El perro guía de Bennett, sentado justo en la entrada, me resopla como si estuviese igual de mosqueado que su dueño. De repente, me siento en casa.

—Me alegro de estar de vuelta, Reiner.

A pesar de que dure solo unos segundos, la fugaz y sutil calidez que siento en el pecho es suficiente.

Tiene que serlo. De momento.

No terminamos la noche de fiesta, sino en una mesa de nuestra hamburguesería favorita. Tengo a Bennett sentado delante de mí y a Freddy a la derecha, y estamos acabándonos lo que ha sobrado

porque hemos pedido un montón de comida: tres platos de alitas, gajos de patatas y verduras esparcidos por toda la mesa y, justo en el centro, un *pretzel* gigante hecho casi trizas; lo último, apenas se aguanta del gancho del que colgaba cuando lo han traído.

Ahora Bennett sonríe de forma tan sincera que se le ve toda la dentadura mientras Freddy vuelve a contar la historia de cómo le tiró la caña a la coordinadora deportiva de los Bruins durante el intensivo de verano y que, justo después, el novio de esta, un jugador de la NHL, casi le pega una paliza en el hielo.

—Ni de coña va ese tío a «ponerse en contacto contigo» para echarte un cable con las fintas para el gol ese —señala Bennett, y le da otro sorbo a su IPA local casi anaranjada. Es un esnob de la cerveza, y se niega a compartir esa jarra medio vacía con Freddy y conmigo.

—Se llama Michigan.

A Bennett se le ensancha la sonrisa.

—Debería llamarse el «Misión imposible». No lo pillarás lo bastante rápido como para hacerlo en un partido ni de broma.

Verlos así me hace sonreír de forma natural. El año pasado, Bennett estaba a punto de hacerle tragar el *blocker* al chaval porque estaba harto de la arrogancia y la obsesión del otro por los tiros hábiles con regate. Tampoco es que fueran jugadas que pudiese hacer en un partido, pero a Freddy le encantaba cabrear a nuestro portero, una persona muy tranquila, por lo general, y hacer que los calentamientos y entrenos pareciesen unos malditos penaltis.

—¿Te han dicho algo de Tampa?

Me lo pregunta Bennett, y tengo que tragar saliva con fuerza antes de negar con la cabeza.

Antes de llegar a Waterfell me seleccionaron los Tampa Bay Lightning. Sabía que, cuando me graduase, tendría un puesto en su equipo. Sin embargo, después de lesionarme, rescindieron el contrato y no me han vuelto a decir nada, así que ahora estoy desesperado por demostrar a otros equipos profesionales que sigo siendo igual de bueno, incluso mejor.

Noto que mi mejor amigo me observa constantemente y controla tanto lo que bebo que me planteo si no le habrá enviado un mensaje mi madre, pero intento hacer como si nada. Aun así, empiezo a notar cierto sudor en la frente y la repentina ola de calor que me invade me lleva a tirarme del cuello del jersey.

Si alguien puede darse cuenta de que no me encuentro bien, esa persona es Bennett Reiner.

—Será coña —se queja Freddy con la boca llena de *pretzel* antes de gruñir, despatarrarse en el asiento y dejar el móvil encima de la mesa pegajosa.

—¿Qué?

—Las pucktillas esas de los cojones, que me están desgraciando la vida —se lamenta arrancando el otro pedazo de *pretzel* cual cavernícola y metiéndoselo en la boca, donde aún le queda comida —. La historia de Paloma hace que me arrepienta de escucharos, par de idiotas.

A Bennett se le ensanchan las fosas nasales y aprieta la mandíbula para no contestarle. Por lo general, en estas situaciones yo cambiaría de tema para que hubiera paz, pero me distrae el vídeo que se reproduce sin parar en la pantalla del móvil de Freddy.

Me da igual la rubia que aparece delante de la cámara mientras la gira en un minicírculo y enseña la fiesta universitaria que se está

celebrando en esa casa. Pero la luz del flash ilumina de pasada a cierta morena que me resulta familiar.

Solo se la ve un segundo antes de que la imagen capte varios vasos de chupito y gente brindando. Y, antes de que pueda pensármelo dos veces, pillo el móvil de Freddy de la mesa, hago clic para volver atrás y pauso el vídeo presionando la pantalla con el pulgar.

Es ella.

Sadie, sentada en el reposabrazos de un sofá rojo de aspecto cuestionable, con una malísima postura, encorvada para apoyar la barbilla en la palma de la mano. Repiquetea con las uñas en su mejilla, y tiene la mirada vacía, puesta en el chico que está sentado en el sofá y le acaricia los muslos.

Se la ve terriblemente aburrida. Está preciosa, con los labios pintados y arrugados en una mueca, como de costumbre. A pesar de que queda detrás de Paloma, está lo suficientemente cerca de ella como para que le vea la cara: se ha maquillado los ojos con una sombra ahumada, lleva el pelo recogido en una coleta con trenza y se ha puesto un ajustado vestido gris que tiene más pinta de ser para salir de fiesta a un lugar sofisticado que para quedarse en una casa llena de universitarios a las afueras del campus.

Siento una punzada en el pecho y una extraña ola de pánico me recorre la espalda.

«Déjalo. Ha estado bien».

Me lo dijo ella. Pero tampoco debió de estar tan bien, porque no ha vuelto a buscarme. Y no se presentó a nuestra sesión matutina de patinaje ni vino a la segunda noche de «Aprende a patinar».

Aunque no la culpo. Sé que, cuando algo tiene que ver con deseo o pasión, me encierro en mí mismo. Si ya me da miedo probar algo conmigo, mucho menos con otra persona.

Lo he pensado, pero el incesante vacío y abatimiento que siento en mi interior siempre superan cualquier deseo. Cuando lo intenté una o dos veces en la ducha, de repente empezó a dolerme la cabeza y, como no tenía nada en lo que pensar que me ayudara a estar mejor, me sentí más roto aún.

«Patético».

Aunque con ella sí que sentí algo, algo real y cálido que ahuyentó todas y cada una de las sombras que habitan en mí mientras estuve centrado en ella. Única y exclusivamente en ella.

—Por el amor de Dios, Rhys —me espeta Freddy, agitándome el hombro y quitándome el móvil de la mano con la que lo agarro con fuerza—. ¿Estás bien?

Exhalo algo más fuerte de lo que me gustaría y, a juzgar por sus caras, mis amigos se preocupan más de lo que ya lo están. Bennett frunce el ceño en señal de frustración, enfado y algo de angustia.

—¿Has vuelto con ella? —me pregunta en voz baja.

Tardo un minuto en darme cuenta de que no está hablando de Sadie. Claro que no. No la conocen y, por supuesto, no saben nada de lo que ha pasado entre nosotros.

No, Bennett está hablando de Paloma: una extraordinaria pucktilla y antigua *situationship*. La cosa solo duró unas semanas y, en realidad, me basta con una mano para contar las veces que nos acostamos, aunque la gente siguió hablando del tema durante meses, como si Paloma Blake hubiese logrado su mayor hito al tirarse al capitán del equipo.

—No. —Niego con la cabeza y me agarro los muslos por debajo de la mesa para frenar los temblores que los sacuden—. Para nada.

—¿La conoces? ¿A Sadie?

Al instante me vuelvo hacia Freddy de golpe, y la brusquedad del movimiento me provoca dolor de cabeza. Hace un pantallazo y amplía la imagen con los ojos centelleantes antes de pasarle el móvil a un curioso aunque callado Bennett.

—¿De qué la conoces? —La pregunta se me escapa antes de poder contenerme, y siento que se me tensan los músculos a más no poder mientras espero que Freddy responda.

—Apenas la conozco. Solo la he visto en algunas fiestas y ya. —Hace un gesto con la mano como para restar importancia al asunto y luego se le dibuja una enorme sonrisa socarrona en los labios—. Bueno, y tú, ¿de qué la conoces?

«Me sacó del hielo después de que me diera un maldito ataque de pánico mientras intentaba patinar, cosa que me cuesta hacer sin que me dé algo, y luego tonteó conmigo y me sonrió hasta que recuperé el aliento».

«Me besó tanto que casi llegué a sentir que ya no estaba roto».

—Eso —añade Bennett devolviéndole el teléfono a Freddy por encima de la mesa, aún llena de comida, tras estudiar a Sadie—. Sobre todo, teniendo en cuenta que te has pasado el verano encerrado.

Hago una mueca, pero apechugo con el golpe al igual que hace Bennett cada vez que para un *puck*. Me lo merezco.

—Es patinadora…

Freddy chasquea los dedos y me señala.

—¡Ya sabía yo que me sonaba de algo, joder!

—Pero si acabas de decir que la viste en una fiesta.

—O sea, a ver, quiero decir que me sonaba de algo más. Bueno, sigue.

—He echado unas cuantas horas de hielo en la pista pública, y por lo visto ella tuvo la misma idea.

—¿Y estáis…?

—Ni de coña.

Freddy levanta las manos, como rindiéndose en silencio.

—Solo era una pregunta. A ver, que el que se ha quedado embobado mirando mi móvil como si fuera la puta Copa Stanley has sido tú.

No se lo niego. En vez de eso, opto por ser sutilmente honesto:

—Parece maja. Casi no la conozco pero… En fin.

—Bueno, entonces ¿vamos a la fiesta?

Empiezo a fantasear: yo llegando a esa casa, entrando y adueñándome de su atención y de su tiempo, colocándole las manos sobre la piel desnuda, muchísima más de la que le he visto en la pista, viendo cómo me mancha con su pintalabios para que, cuando me despierten mis pesadillas, tenga un recuerdo de algo bueno…

«Déjalo».

Su rechazo sería lo más eficaz para dejarlo, pero no estoy listo. Así que contengo las ganas de decir que sí y niego con la cabeza.

—Tengo que dormir un poco antes de la reunión de pretemporada de mañana.

—Venga, Rhys —me suplica Freddy—. Pasamos a saludar y ya. No nos tomaremos ni una copa. Te lo prometo.

Las promesas de Freddy son tan fiables que las de un político. Sin embargo, por el mero hecho de pensar que veré a la chica que se ha

adueñado de mi psique, una ola de adrenalina me corre, ávida, por las venas.

12

Sadie

Llevar a Ro a una fiesta no es tarea fácil; sin embargo, sacarla de una es aún más complicado. Sobre todo hoy porque, a pesar de mis esfuerzos, le puede la borrachera.

Aporreo la puerta del baño otra vez, preocupada y con el ceño fruncido.

—¿Ro? —la llamo de nuevo—. ¿Estás bien?

Se hace un largo silencio y, por un segundo, me planteo echar la puerta abajo. En lugar de eso, apoyo la oreja de nuevo en la puerta y jugueteo con un mechón de pelo de la coleta, cuyas trenzas ya se me han deshecho, enroscándolo varias veces y pasándomelo por los dedos siguiendo un patrón.

Al final, oigo un fuerte estruendo dentro y, con más fuerza de la necesaria, mi amiga grita:

—¡Estoy bien!

Oigo el agua del grifo y me apoyo contra la pared. Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás.

En un principio, lo de la fiesta había sido idea mía, pero Ro accedió cuando cogí un permanente y añadí el asistir conmigo a esta fiesta a su «Lista de cosas por hacer en la universidad». En parte, hemos venido por mí, pero también para que ella hiciese algo divertido en lugar de quedarse en casa comiéndose la cabeza. La oí

quejarse con la excusa de «Ahora tengo novio» y la ignoré flagrantemente porque no pienso tolerar, ni de coña, que este tío la trate como lo he visto hacerlo en las pocas ocasiones que hemos coincidido este verano.

Tyler sigue en su curso intensivo de ingeniería biomédica. Ro no quiere contarme qué ha pasado, pero he echado una ojeada por encima de su hombro a los mensajes mientras se arreglaba el pelo en el baño de la residencia. Ella le ha contado que vendría a la fiesta conmigo, él le ha pedido que le enviara fotos suyas y luego la ha ghosteado en plena conversación después de un frívolo «OK».

Tras ahogar sus sentimientos en los chupitos de tequila que nos hemos tomado antes de ponernos a bailar hasta que mi amiga solo pudiera pensar en subirse sus shorts lilas estampados de tiro alto, ahora Ro ya no parece tan triste. Y yo solo puedo pensar en rajarle el cuello a Tyler con la cuchilla del patín la próxima vez que lo vea.

—¿Tan mal está la fiesta?

Esa voz familiar me sienta como el frío tacto de la seda contra mi acalorada y sonrojada piel.

Abro los ojos y me encuentro con Rhys, que parece sereno y muy poco vulnerable. Es la primera vez que me muestra ese aspecto desde que nos conocemos.

Como hace una semana que no nos vemos, siento la apremiante necesidad de preguntarle si está bien, si ha vuelto a tener un ataque de pánico o si ya está listo para su primer entrenamiento, ese que anoté con permanente en mi calendario. Es abrumador.

Me lo como con la mirada. Su largo y esbelto cuerpo luce unos vaqueros oscuros y una camiseta negra impoluta que se le ajusta a los bíceps a la perfección mientras se queda apoyado en la pared

que tengo delante. Me fijo en lo claros que tiene los ojos y en el ligero rubor de sus mejillas; no está borracho, pero algo ha bebido. Lo cual me confunde aún más porque no lo he visto por aquí en ningún momento.

—¿Por qué lo dices? —le pregunto mientas me aliso el vestido con fuerza y tiro sutilmente del dobladillo.

No me gusta lo nerviosa que me pongo cuando me mira para estudiar con rapidez el corto vestido de seda gris que llevo puesto y las Converse blancas de plataforma con doble plantilla para que no me duelan los pies.

Puede que me haya arreglado demasiado para venir a una fiesta en la que todo el mundo viste ropa vaquera y de cuero, pero con este *outfit* parezco mil veces más sexy de como me siento en realidad. Por no hablar de que, con este vestido, me resulta muchísimo más fácil llegar a una fiesta y marcharme con lo que venía buscando: una distracción pasajera.

Una que, en este instante, la traidora de mi mente piensa que debería ser el fiera que ha aparecido a mi lado, como si un genio me hubiese concedido un deseo.

—Porque es casi la una de la madrugada y no tienes pinta de haber bebido.

—¿Y de qué tengo pinta, fiera? —le pregunto sonriendo, a pesar de haberme prometido que me olvidaría del chico melancólico.

—De estar pasándolo mal —suelta con más brío del que le he notado en las conversaciones que hemos mantenido hasta este momento.

Entre la brusquedad de sus frases y el brillo que le centellea en la mirada, me da la impresión de que me envuelve una ola de calor y

mi palidez adopta un tono más rojizo.

«De estar pasándolo mal».

Dios mío.

O sea, ¿así va la cosa? La profunda verdad que le he visto en la mirada y su evidente pánico se reflejan en mí. Esos ojos que me permitieron calarlo con facilidad son ahora los que le permiten calarme, como si fuese una especie de espejo roto y retorcido.

—Menuda forma de quitarle a una las ganas de fiesta —consigo soltar entre dientes.

Siento unas repentinas y sofocantes náuseas, y vuelvo a dar unos golpecitos en la puerta, rezando por escapar del tormento que me provocan sus cálidos iris color chocolate.

—Tampoco es que estuvieras en modo fiesta.

—¿Ah, no? —le espeto volviéndome para mirarlo por encima del hombro. Al hacerlo, se me mece la coleta—. ¿Por qué crees que…?

La puerta se abre de un tirón y una Ro bebida sale trastabillando, riendo y con hipo, como si fuera una hada borracha. Nos ve y abre unos ojos como platos mientras acaba de recolocarse su top de rayas sin tiras a conjunto con los shorts que lleva antes de subirse las botas de color crema que le suman unos centímetros de más, aunque en el fondo no los necesite.

Me agarra por los hombros, se inclina y le tiende una mano a Rhys, que acepta el gesto con amabilidad.

—Ro —se presenta ella sonriente, mirándome de reojo mientras arquea las cejas.

—Rhys —responde él con una sonrisa cegadora.

La borrachita y excesivamente romántica de Ro parece algo deslumbrada.

—Ro… —le digo sonriente, aunque parece que esté haciendo una mueca—. ¿Nos das un minuto? Enseguida vengo a buscarte y nos vamos.

—Pensaba que tú y Sean…

Le tapo la boca con la mano, manchándome de su pintalabios rojo recién aplicado, antes de apartársela con delicadeza y limpiarme ese residuo en mi pierna desnuda. Ro me mira con dramatismo y el ceño fruncido, y me estudia la cara con las mejillas ardiendo mientras ignoro de forma diligente el ardor de la mirada de Rhys.

—Dile a Sean que he cambiado de opinión. Y como tu compañero de clase de Inglés está por ahí, podrías ir a hablar con él.

Ro se sonroja más todavía mientras suelta una risita y se yergue para apoyarse en la pared. Solo que no es una pared; es un chico. Uno que, además, reconozco.

Ese cuerpo alto, esbelto y musculado frena en seco y deja que Ro se le amolde por completo mientras esta trastabilla y se agarra a él. El chaval le coloca las manos en las caderas para que no tropiece y le centellea la mirada como si tuviera estrellas en los ojos y acabase de caerle un premio justo encima. Para ser justos, la cosa ha ido más o menos así.

—Lo siento —exhala Ro levantando la cara hacia él.

Los tirabuzones le acarician la espalda, y los clips en forma de flor que me he pasado una hora colocándole meticulosamente le resbalan por el pelo. No le quedan ni la mitad.

El chico que la sujeta dibuja una sonrisa de oreja a oreja, esa le ha dado fama y a la que quizá hayan sucumbido ya todas las chicas de la fiesta (leches, puede que hayan sucumbido todas las chicas del campus). No es difícil intuir el porqué: Matt Fredderic, el dios del

hockey alto y musculado, es oro puro. Tiene un rostro precioso, marcado y delicado a la vez, y una sonrisa que hace que parezca una versión supermodelo de Heath Ledger de joven.

Es probable que tampoco ayude que el tío vaya vestido como si acabase de salir de un anuncio de vacaciones en Grecia: una camisa de algodón blanco de manga corta con los primeros botones desabrochados para presumir de bronceado, y una cadena con una medalla de oro que le cuelga del cuello y que le reluce bajo la tenue luz del pasillo.

—Todo bien, princesa —le dice Freddy a Ro. Arquea los labios en una sonrisa y le roza con las manos la punta de los rizos que le caen hasta el final de la espalda—. ¿Necesitas ayuda?

—Nope —le espeto cogiendo a Ro de la mano y apartándola del Peligro, con pe mayúscula. Tengo clarísimo que, si mi amiga estuviese serena, se habría apartado de inmediato de este tío justo al rozarlo por error—. Nada de tonterías, Roro. Venga, ve. Ahora voy a buscarte.

Ro gruñe al oír ese apodo, pero se zafa de la mano del playboy que le sujeta la muñeca por detrás y empieza a bajar las escaleras a trompicones. Freddy se la queda mirando con el mismo brillo en los ojos.

—Ni de coña —decimos Rhys y yo a la vez.

—¡Pero si no he hecho nada! —se queja el otro levantando las manos en señal de rendición—. Solo he subido a buscarte, capullo. —Señala acusatorio a Rhys con el dedo—. Envíale un mensaje a Reiner. No se cree que no te haya emborrachado hasta la saciedad.

—Dile que enseguida vuelvo a casa.

—¿Por? —pregunto arrepintiéndome al instante de haber soltado esa palabra en cuanto veo que Rhys levanta la mirada algo conmocionado y confundido, pero con las comisuras de los labios sutilmente elevadas. Freddy sonríe socarrón mientras camina hacia atrás y se aleja—. O sea…

—¿Quieres que me quede? —me pregunta Rhys.

Casi ni se molesta en reprimir la sonrisa que empieza a dibujársele en los labios. No se mueve de donde está, como si fuera a asustarme si se me acercase demasiado.

—Me gustaría ver el aguante que tienes cuando no se te ha pasado el subidón de adrenalina.

Se le escapa la risa de inmediato y hasta parece sorprendido antes de sacudir la cabeza, cerrar los ojos y ponerse a caminar hacia mí.

Antes de que llegue adonde estoy, alguien le corta el paso y me empotra contra la pared pegándose a mí, desconocedor de mi actual compañía y sin prestar atención a mi desinterés.

Sean (sin apellido porque, por lo visto, no lo recuerdo) me ha parecido una buena idea cuando se ha puesto a bailar conmigo al principio de la noche. Fue un follamigo habitual durante el esperpéntico declive que sufrió mi vida el semestre anterior. Y aún me ha parecido mejor idea cuando ha empezado a acariciarme las piernas mientras hablaba de algo que no me importaba en absoluto y a lo que no he prestado atención. Tenía las manos fuertes y lo bastante ásperas como para dejarme marca, o algo así le he insinuado antes con sutileza.

Por lo visto, se ha tomado el hecho de que Ro haya bajado como una invitación.

—¿Pero qué intentas, comerme? —le suelto, apartándole de un empujón muerta de vergüenza de que me esté pasando esto con Rhys delante.

Detesto tanto la timidez como el evidente rubor que me tiñe al instante las mejillas. Lo que me avergüenza no es enrollarme con alguien; nunca me he avergonzado de mi sexualidad ni de mi elección a la hora de hacer lo que quiero con quien quiero. Nos enrollamos y ya, he aquí mi *modus operandi*, y me niego a pedir perdón por ello; si los hombres no tienen por qué hacerlo, ¿por qué debería disculparme yo?

Disfruto de mí misma y me dan lo que necesito. Casi siempre.

Visto así, ¿por qué me duele la tripa ahora que Rhys está aquí?

—Esa es la idea, cielo. —Sean sonríe socarrón y vuelve a pegárseme—. ¿Estás lista?

Me sonrojo todavía más y vuelvo a empujarlo.

—La verdad es que estoy cero interesada. Quita, coño.

—Preferiría divertirme con el tuyo. —Ríe y se aparta apenas dos centímetros, aunque con eso le basta para ver que tiene a alguien detrás. Se da la vuelta y se recuesta en la pared, acercándoseme al hombro como si fuera a abrazarme en cualquier momento. Asiente a Rhys con la cabeza y le dedica una rápida sonrisa—. Hostia, Koteskiy, hola.

Ese perezoso «hola» no hace sino intensificar la tensión que se le acumula a Rhys alrededor de los ojos. Aun así, él baja la barbilla para devolverle el saludo como si nada antes de desviar la mirada hacia mí. Me cuesta luchar con el deseo que siento en el pecho. En un esfuerzo por no salir corriendo hacia él y utilizarlo cual escudo

protector contra el fantasma de mis peores momentos, siento que el corazón me late con fuerza.

—¿Llegaréis al Frozen Four este año?

—Es la intención —contesta Rhys con las manos en los bolsillos, arqueando una ceja ante mi tensa postura—. ¿Todo bien, Grisi?

No me lo dice en un tono dulce, pero me resulta… familiar. Es una pregunta genuina y discreta al mismo tiempo, como la delicada tristeza que le permea constantemente la mirada, pero que parece que solo le vea yo.

—¿Grisi? —se burla Sean, riéndose y dejándome caer el brazo en el hombro cual fatigoso peso. «Si no intentase mantenerme recta, ¿me caería al suelo?»—. Ah, ¿interrumpo algo?

Rhys y yo respondemos a la vez:

—Sí —suelta Koteskiy.

—No —digo yo.

A Rhys se le ensombrece la mirada, algo que no creía posible. Sacudo los hombros para librarme del brazo de Sean y me alejo de los dos.

Sean suelta una sonora carcajada y ese ruido me rechina en los oídos.

—Conque Koteskiy, ¿eh? ¿Subiendo la competencia este año, Sadie? —Me da un golpe con la cadera y se le encienden sus ojos verdes mientras vuelve a observarme con detenimiento.

Sean va de este rollo por mi culpa. El trimestre pasado dediqué una enorme cantidad de tiempo a tontear con sus colegas borrachos para que espabilara, me llevara arriba y me follara en vez de intentar engatusarme. Si Sean ve a Rhys Koteskiy como una especie de juego entre los dos es porque le he metido esa idea en la cabeza.

No debería tomármelo tan a pecho; sin embargo, de repente noto que estoy mosqueada. Conmigo. Y con Sean. Y hasta con Rhys, por el jueguecito al que estamos jugando él y yo.

—No tiene nada que ver —digo al final.

Odio que una parte de mí siga queriendo agarrarle la mano a Sean y llevarlo al baño, donde ahora no hay nadie, y dejar que se hunda en mi cuerpo mientras cierro los ojos y solo pienso en Rhys… En sus profundos ojos marrones mirándome sentada en su regazo y en el sonido de su pesada respiración al acariciarme la piel…

Después de esto, sería muchísimo más fácil irme. Bajarme el vestido y salir por patas de esta sofocante casa.

Pero no puedo.

—Oye…

Sean deja lo que fuera a decir a medias en cuanto Rhys le agarra por el hombro y le impide que vuelva a arrinconarme.

—¿Estás sordo? —le pregunta empujándolo con la fuerza suficiente como para que Sean trastabille aunque Rhys apenas se ha movido—. Te ha dicho que no varias veces —añade con voz calmada a pesar de la tormenta que se acumula en sus ojos.

—Tú no conoces a Sadie. Para ella, todo es un puto juego, tío.

Al instante se hace añicos y desaparece toda la confianza con la que he entrado aquí esta noche. Espero que Rhys se aleje, pero se limita a mirarme. Es como si quisiera que desmintiese esa acusación en vez de quedarme aquí plantada, esquivándole la mirada hecha un ovillo.

En otras circunstancias, lo haría. Me encantaría arrancarle la cabeza a Sean. Pero el montón de emociones que siento me supera y necesito estallar.

—Bien —responde Rhys, acercándose a mí. Con toda su altura, superior a la figura de un Sean muy relajado y a la mía, medio escondida, emana poder por cada poro de su piel. Me apoya una mano en la cintura y la alarga hasta la espalda para apretarme un poco la zona lumbar—. Pues que juegue conmigo. Lárgate de una puta vez.

La calidez que se me arremolina en el pecho se me va esparciendo por el cuerpo, de la cabeza a los pies, y se me acelera el corazón. El también cálido peso de su mano se me cuela bajo la piel a través de la seda del vestido.

Quiero besarlo. Como si fuese una colegiala a la que acaban de defender su honor; como si él fuese una especie de caballero andante.

—Es mi casa —responde el otro.

Esos cálidos ojos marrones adoptan un tono prácticamente negro. Aprieta los puños y, a juzgar por cómo Sean retrocede de forma involuntaria, intuyo que este comportamiento errático no es característico de la estrella del hockey. Alargo el brazo para cogerle la mano a Rhys con rapidez y le envuelvo la muñeca con la mano.

—Vámonos —digo con más confianza de la que siento.

Me inclino hacia delante con tanta fuerza que Rhys choca conmigo. Me sujeta para que no me caiga y, en ese instante, me doy cuenta de cuán grandes tiene las palmas en comparación con mi cintura.

Freno en seco cuando Sean nos empuja a un lado y baja las escaleras cabreado. Va murmurando furioso; sin embargo, como la música está tan fuerte que hasta tiemblan las paredes, a duras penas oigo lo que dice.

Seguimos justo frente a las escaleras, donde me he parado, y el aliento de Rhys me acaricia el pelo.

—Estaría bien que la próxima vez me avisaras, cariño. A no ser que quieras que pase mi última temporada en el banquillo.

Ese apodo, pronunciado con cierto desdén, le funciona a la perfección. Se me relajan los músculos del cuello, la espalda y los brazos. Me parece casi absurdo lo fácil que me resulta ver que está intentando tranquilizarme cuando, para empezar, soy la primera que no reconoce su propia ansiedad.

Me río por la nariz sin querer y levanto la cabeza hacia él mientras suelto:

—Si te cayeses por las escaleras, ¿te jodería la temporada entera? Pensaba que los jugadores de hockey erais indestructibles.

Tardo nada y menos en darme cuenta de que la he cagado, de que, con lo que acabo de decir, he cruzado una especie de frontera desconocida. Tensa la expresión, se le ensombrece de nuevo la mirada con ese profundo pozo de dolor que le he visto en tantísimas ocasiones y se reajusta la máscara que se pone para presentarse al mundo antes de concederme una discreta y rápida sonrisa.

Lo único que se me ocurre decir es:

—Tengo que ir a buscar a mi amiga.

Con un gesto de la cabeza, Rhys señala hacia las escaleras que llevan a la fiesta.

—Yo también —contesta.

Aun así, ni él se mueve ni yo tampoco.

Titubeo un segundo sin separar el cuerpo del suyo mientras abajo suena «The Hills», de The Weeknd, a todo volumen. Debería ir a por Ro. Debería irme a casa y tocarme yo solita. Debería…

Me doy la vuelta, cojo a Rhys por la muñeca y tiro de él otra vez para meterlo en el baño, que sigue vacío. Una vez dentro, cierro de un portazo y paso el pestillo. No hay demasiada luz, solo un brillo rojizo desteñido que se cuela a través de las bombillas tintadas que alguien ha puesto en honor a la fiesta. Las paredes retumban con el bajo de la canción que suena en el piso inferior y la melodía se cuela por debajo de la puerta mientras me agarro a la tela negra de su camisa.

—Sadie, he…

—Sí o no, fiera.

Lo digo más como afirmación que como pregunta, pero me da la impresión de que estoy a punto de perder la cabeza. Apenas consigo mantener la cordura con tantos pensamientos abrumadores; unos que, a estas alturas, ya podría haber acallado alguien con su roce.

Rhys parece estar sufriendo. Sus pupilas marrones están dilatadas, la luz roja parpadea sobre su esculpido y hermoso rostro, y aprieta su afilada mandíbula. Al tragar saliva, se le marcan las líneas del cuello. Con esas pintas, mientras se decide, aún está más sexy.

—Solo si luego podemos hablar.

—¿Y si no quiero?

—Sadie. —Me agarra el pelo con la mano y me detiene mientras me acerca la boca al oído—: Yo no hago estas cosas… ¿Enrollarme con alguien en el baño en una fiesta? Yo no…

Su rechazo me duele. Pego un tirón e ignoro la sutil punzada de dolor que noto en el cuero cabelludo mientras me zafo de su agarre.

—¿Pero el vestuario sí que es el lugar idóneo? Tú puedes olvidarte de tus mierdas pero yo no de las mías… Así va la cosa, ¿no?

No me doy ni cuenta de lo que he dicho, de lo que acabo de revelar, hasta que alargo el brazo para coger el pomo. Tengo que largarme de aquí desesperadamente.

13

Rhys

Por una vez, no pienso. No mientras la seguía a ciegas escaleras arriba. No mientras he dejado que me metiera en un baño vacío. Y tampoco ahora, mientras la agarro del hombro y le impido que se marche, le doy la vuelta y empotro su pequeño cuerpo contra la puerta.

—¿Esto es lo que quieres? —le pregunto asegurándome de que esta vez me note de los pies a la cabeza.

Tengo el cuerpo entero pegado al suyo; encajamos a la perfección, como si de dos piezas de puzle se tratase.

Es mucho más bajita que yo.

En nuestras interacciones previas, casi siempre he sido yo el que estaba en el suelo y levantaba la cabeza para mirarla como si fuese una deidad caída del cielo para salvarme. Por eso en este instante me doy cuenta de su estatura real, ya que quedo por encima y estoy agarrándole su estrecha cintura con mi ancha mano.

—Solo… —empieza a decir, pero se le apaga la voz.

Tiene las pupilas dilatadas y, en cierto modo, esa luz roja consigue que le resalten más aún las pecas que tiene bajo el ojo y la forma angular de la cara.

—Dime —le suplico. A lo mejor la música excesivamente alta me está provocando dolor de cabeza o tal vez sea por la luz, que hace

que todo parezca un sueño nebuloso, pero soy incapaz de cerrar el pico—. Porque yo también te lo diré: no puedo dejar de pensar en lo del vestuario y…

Me hace callar empotrándome los labios en la boca. Tengo tantísimas ganas de devolverle el beso que rodeo su cinturita y la levanto para que quede más cerca de mí mientras vuelvo a apoyarla contra la puerta. A cambio, ella me envuelve la cintura con sus musculadas piernas para agarrarse con facilidad mientras se frota con mi vientre en busca de una clara fricción.

Sadie es como una maldita droga: surge efecto casi de inmediato. Se me relaja la mente y una sensación positiva va sustituyendo la oscuridad que me recorre las venas hasta que vuelvo a sentirme como el Rhys de antes; incluso el dolor de cabeza empieza a ceder hasta que casi consigo ignorarlo. Inhalo su presencia como quien toma una profunda bocanada de aire al salir del agua después de estar a punto de ahogarse. Me empapo de ella a sabiendas de que, a juzgar por lo que ha ocurrido antes con Sadie, luego cambiará de chip.

No le bastará con esto, y lo entiendo. Queda muy poco en mí como para que siga estando completo. ¿Cómo iba a poder ayudarla a salir a flote si se está convirtiendo en mi bote salvavidas?

Me lo tomo con calma, ralentizo el ritmo del beso, iniciado con frenesí, y le cuelo la lengua. Le rozo la boca sutilmente con los dientes y tiro de su labio inferior para atraparlo entre los míos antes de soltárselo y seguir el recorrido en dirección descendente. Le dejo dos besos en la comisura de los labios y le paso la lengua por debajo de la barbilla antes de ejercer más presión y besarla, succionándole el cuello muy despacio.

El gemido que se le escapa es sutil y delicado, opuesto al rastro que sus uñas me están dejando en los brazos y en la nuca, bajo los mechones de pelo que me he dejado crecer de más.

Siento que se me remueven las tripas, y las náuseas provocadas por el dolor de cabeza se mezclan con la intensa lujuria y la ansiedad que me provoca estar haciendo esto aquí, con ella, en este maldito baño.

Me separo de Sadie para pedirle que me acompañe a casa, para suplicarle que hable conmigo. Sin embargo, ella se me aferra al cuello, succionándome y besándome la piel con tanta avidez que se me nubla la vista; trastabillo contra la pared y le escondo las manos bajo el vestido para agarrarle los muslos por arriba y sujetarme a ella.

Sadie tiene tanta fuerza que me da la impresión de que podría soltarla y que lograría seguir en esa postura sin problema.

Alguien llama a la puerta y se apresura a gritar:

—¡Largo, hostia!

Sonrío con la boca pegada a su cuello. Es como si me hubiese embriagado de ella.

Aun así, la persona que hay al otro lado insiste y grita a través de una grieta con una aguda y melódica voz:

—¡Sadie Brown! Ya te correrás con Sean luego.

Una ola de frustración me recorre, como si de repente me hubiese vuelto posesivo con ella, como un maldito crío de nueve años. «La he lamido; es mía».

—¿Qué quieres, Victoria? —pregunta Sadie.

—¡Ro está saltando desde el trampolín a la piscina como si fuera una psicópata!

Esa frase consigue que Sadie pare en el acto. Salta de mis brazos, se baja el vestido y mi camisa negra vuelve a quedar a la vista. Ni siquiera repara en la rojez que le tiñe el cuello, lo hinchados que tiene los labios o que se le ha deshecho la coleta. Abre la puerta de par en par y sale del baño casi corriendo.

Me quedo helado viendo cómo sale disparada de aquí. Desvío la mirada hacia el espejo; la luz de las bombillas del techo del pasillo se cuela en el cuarto, y el baño queda parcialmente iluminado de rojo, dejando que las luces me tiñan la mitad del cuerpo. Llevo desabrochado el cuello de la camisa, que está arrugada, y marcas de los labios de Sadie por la garganta.

No puedo evitar que me inunde cierta calidez o que se me sonrojen algo más las mejillas.

Creo que me gusta ver las pintas que se me quedan tras caer en los brazos de Sadie Grisi.

Victoria se me queda mirando desde el marco de la puerta con los ojos abiertos a más no poder y una delicada sonrisa en los labios.

Ya nos hemos cruzado en otras ocasiones. Tanto ella como yo fuimos capitanes de nuestros respectivos equipos durante el penúltimo año de instituto y, como los dos estudiamos Comunicación, coincidimos en algunas clases. Nunca me he liado ni he tenido una cita con ella, pero antes sí que era mi tipo. Serena en todo momento. Lista, amable, elegante y rubia.

—Rhys… —consigue decir al fin—. No sabía que estabas aquí… ¿con Sadie? —pregunta. Si se tratase de cualquier otra persona, rebatiría lo que acaba de decirme. Sin embargo, enseguida recuerdo la interacción en el vestuario y el dolido comportamiento defensivo

de Sadie, y me entran ganas de protegerla a pesar de que sé que, si estuviera aquí, me lo impediría.

—Sí. Solo he venido a buscarla. —«En más de un sentido, supongo, porque hace nada estaba sujetándola por el culo»—. Debería ir a ver si necesita ayuda.

Victoria me sonríe, a pesar de que los ojos no le brillan tanto como de costumbre. Paso por su lado y bajo las escaleras.

Por suerte, en la gran terraza que hay en la parte trasera de la casa, la música no se oye tanto: solo hay un par de altavoces a través de los cuales suena *Wasted* a todo volumen. Enseguida veo a Sadie arrodillada al borde de la piscina con el dobladillo del vestido solo cinco centímetros por debajo de su culo desnudo.

Ese trozo de piel hace que salga disparado por las escaleritas de madera para colocarme detrás de ella e impedir que la poca gente que se va amontonando detrás de nosotros se la quede mirando. Pero entonces me doy cuenta de que la amiga de Sadie, Ro, no es la única que ha acabado en la piscina. Freddy está justo detrás de ella, a unos metros de la chica, pero lo suficientemente cerca como para que me quede claro que, sea lo que sea lo que ha ocurrido, el ala de mi equipo ha tenido algo que ver.

Lo fulmino con la mirada de inmediato, sacudo la cabeza y señalo con el pulgar por detrás del hombro en un desesperado intento por sacarlo de esa situación lo antes posible.

Él se limita a sacudir la cabeza y a cruzarse de brazos cual niño haciendo pucheros. Acto seguido, se apresura a desviar la mirada, dudoso, hacia una Ro empapada que se ha recogido los rizos en un

moño alto alborotado que parece que se haya atado con… ¿el cordón de un zapato?

Intento prestar atención a lo que dicen las chicas, que discuten en susurros, pero el estúpido de mi amigo, que no para de acercarse al dúo en cuestión, me distrae demasiado.

Sadie se echa hacia atrás al acabar de susurrar y me da en las espinillas con el culo. No parece sobresaltarse, al contrario: se me agarra a los vaqueros y hace ademán de levantarse.

Aun así, la sujeto por los bíceps y la pongo de pie.

—¿Puedes ir a por una toalla? —me pregunta.

—Claro —respondo sin dudar, a pesar de que no tengo ni idea de dónde están.

Me doy la vuelta y, con el pie, golpeo sin querer dos pares de zapatos colocados a la perfección al lado de la piscina: unas botas arrugadas de color crema y unas impecables Air Force 1 de color blanco y azul marino, aunque a una de ellas le falta el cordón.

—No toques mis zapatos —me advierte Freddy, que está detrás de mí.

Estoy a nada y menos de pegarle un empujón y volver a tirarlo al agua por ir de impertinente conmigo. Pasa por mi lado después de soltar esa orden y se dirige hacia un set de comedor de mimbre que hay bajo el porche, donde descansan un par de toallas.

—Lo tenías planeado, ¿no?

A Freddy se le dibuja una de sus necias y habituales sonrisas socarronas en los labios. Pilla una toalla, se la cuelga del hombro y coge la otra para dársela a las chicas, que vienen hacia nosotros.

Antes de pasarle la toalla a Ro, me responde con un simple «Obvio». La chica juguetea con los dedos y la toalla un segundo y, a

continuación, una Sadie preocupada se la coge y la envuelve por los hombros, como si fuera una manta.

—Gracias por vigilarla —dice Sadie un poco a regañadientes mientras guía a Ro hacia la escalera de madera. Freddy asiente y se pasa la toalla por el pelo antes de colocársela también en los hombros.

—Tampoco es que sea un suplicio que una chica guapa acabe empapadísima —canturrea antes de que pueda pegarle un codazo en el estómago, taparle la boca con cinta adhesiva o encontrar la forma de volver atrás en el tiempo e impedir que nos hiciéramos amigos.

Tanto Sadie como yo saltamos en el acto, pisándonos las palabras:

—Freddy, macho.

—Basta ya, Freddy.

Aun así, la chica que casi acaba ahogada echa a reír entre hipos y corta la bronca que ha estado a punto de escapársele por la boca.

—Ha sido genial, Freddy —le da la razón Ro mientras se quita la toalla de encima y trastabilla al intentar ponerse las botas—. Al menos, a mí me lo ha parecido. —Casi vuelve a caerse, pero Freddy la agarra por el brazo para sujetarla mientras ella se va subiendo las botas por las piernas, aún mojadas.

De inmediato, busco a Sadie con la mirada. Está de brazos cruzados, apretando los labios; parece mucho más pequeña que hace unos minutos, cuando estaba sentada a horcajadas sobre mí, apoyada en la pared de ese asqueroso baño.

—¿Todo bien, Grisi? —vuelvo a preguntarle.

Esa pregunta parece sobresaltarla. Al instante, desvía la mirada hacia mí y me observa con tanta dureza que siento un escalofrío que

me recorre la espalda. Se muerde el labio inferior y yo, con las manos en los bolsillos, aprieto los puños para contenerme y no alargar el brazo.

—Sí. Solo tengo que pedir un Uber.

Niego con la cabeza antes de que termine la frase.

—Déjalo. Ya os llevamos nosotros a… —le digo con entonación ascendente.

—La resi —contesta ella—. No está lejos. En realidad, podríamos ir andando…

Freddy la hace callar y de nuevo aparece esa arruguita que se le forma en el entrecejo. El ala de mi equipo pasa por su lado y le da un golpecito en la cabeza como si fuera una niña pequeña.

—Rhys es una persona extremadamente protectora, y la pobre Ro camina como si fuera una cría de jirafa, así que deja que os llevemos, ¿vale?

Es evidente que Sadie está planteándose si aceptar o no, pero ni de coña dejaré que vuelvan andando solas a casa. Si no acepta la oferta, le diré a Freddy que conduzca despacio a su lado hasta que lleguen a la residencia.

—Vale —responde Sadie asintiendo con la cabeza mientras su amiga se pone a saltar ahí mismo, utilizando el brazo de Freddy como punto de apoyo a la vez que grita «¡Yuju!» sin parar.

Freddy se le suma al instante, y una mirada traviesa le centellea en los ojos entrecerrados. Estoy convencido de que esa mirada le viene de serie.

Nos marchamos enseguida y subimos a la vieja camioneta de Freddy. Debería ser ilegal que este trasto aún pueda circular por la carretera. Tardamos unos minutos en hacer la maniobra para salir de

esta calle llena de coches aparcados, y Freddy lo hace con una sola mano en el volante porque, con la otra, desbloquea el móvil y se lo pasa a Ro, que tiene que apoyarse en el salpicadero para no desconectarlo del cable que lo mantiene unido a la vieja radio.

—No tengo cobertura, pero hay muchísimas canciones descargadas. Pon la que quieras, princesa. —Sonríe socarrón y le guiña un ojo por encima del hombro a la chica, sonrojada ya de por sí. Le doy un codazo en las costillas a mi amigo, pero él se limita a dibujar una sonrisa más ancha todavía—. Pero que sea buena.

Ro aprieta los labios y mira rápidamente a Sadie, que suspira con pesadez, como hacen las madres, aunque más divertida que molesta, y se inclina hacia delante para apoyar la barbilla en el hombro de su amiga.

Las dos sonríen con franqueza mientras Ro le da al *play* tras elegir una canción y vuelve a dejar el móvil en el salpicadero.

—¡Buenaaa! —grita Freddy cuando empieza a sonar la melodía.

Mi amigo sube el volumen a tope antes de bajar las ventanillas para que la cálida brisa de verano se cuele en la cabina del vehículo. Los tres se ponen a cantar esa canción de Taylor Swift a pleno pulmón y con tanto ímpetu que, cuando suena el estribillo, apenas puedo distinguir la voz de cada uno.

Alterno la mirada entre el retrovisor central y los laterales, a través de los cuales veo a Sadie meciéndose de lado a lado, con los ojos cerrados, las manos al aire y la coleta volando libre por detrás. Abre los ojos y se desliza hacia un lado de los asientos traseros mientras las chicas se cogen de las manos y, risueñas, se cantan el estribillo la una a la otra.

Por más veces que la haya visto, Sadie solo me ha sonreído de verdad en un par de ocasiones. Sin embargo, esta sonrisa…, la de ahora, es distinta. Es tan grande que se le ensanchan sus carnosos labios rojos y se le arruga y suaviza un poco esa constelación de pecas que tiene en el pómulo de su afilada mejilla, bajo el ojo, que tantas ganas tengo de acariciarle.

Distraído por culpa del indecente sendero por el que se adentran mis pensamientos, me sobresalto de golpe cuando Sadie, de pronto, me agarra por los hombros y se inclina hacia el asiento delantero tanto como le permite hacerlo el cinturón. Me pone las manos encima y me da un apretón. Me cuesta tanto reprimir un gemido que me parece hasta bochornoso.

Con los labios prácticamente pegados a mi oreja, grita por encima de la música:

—¿Y tú por qué no cantas?

Sadie es contagiosa; tanto que, en un abrir y cerrar de ojos, se me dibuja en los labios una sonrisa igual que la suya.

—Porque no me sé la canción.

—¿No te sabes «Getaway Car»? —tercia Ro, apretándose al lado de su amiga.

Al hacerlo, la mejilla de Sadie acaba pegada a la mía un segundo y me roza la piel con la comisura de los labios. Siento una punzada, como si de un atizador de fuego se tratase.

Freddy tiene el detalle de bajar el volumen.

—No le va mucho Taylor Swift; a no ser que pongan alguna de sus canciones en la pista, dudo que Rhys las conozca. Y ni así —suelta y sacude la cabeza—. Está demasiado centrado en oír cualquier cosa que no sea «Meter. *Puck*. En. Portería».

Sadie pone los ojos en blanco ante su robótica interpretación y me mira como si entendiera todo lo que implica eso para nosotros.

«Si la eliges tú, yo la escucho».

Lo señala con la barbilla y le pregunta:

—¿Y tú no estás centrado?

—Yo sé estar en más de una cosa a la vez —contesta.

Como siempre, la respuesta de Freddy esconde un perverso doble sentido que hace que tanto Sadie como yo refunfuñemos mientras Ro, que sigue borracha, se ríe.

Vuelvo a subir el volumen para protegernos de la insistencia de Matt Fredderic y dejo que las canciones suenen a todo trapo mientras cruzamos South College y nos dirigimos hacia la otra punta del campus.

—Estamos en Millay —nos informa Sadie antes de que le preguntemos.

Señala los edificios de ladrillo rojo encarados, con una fuente y bancos entre ellos, apenas iluminados por las farolas anaranjadas de la acera, y con un único y llamativo poste de emergencias azul neón.

Freddy frena al lado de la acera y yo casi salto disparado del coche, aterrado de que, como no intente algo ahora, Sadie se me escurrirá entre los dedos una vez más.

Al ver que me levanto, esta parece sorprenderse; aun así, no deja de sujetar a Ro por la cintura con un brazo y sigue en silencio mientras las acompaño hasta la entrada. Sadie pasa su tarjeta de Waterfell y deja que Ro entre, no sin antes ordenarle que la espere. Luego se vuelve hacia mí de nuevo.

—Gracias por traernos —dice—. Y por lo de mi coche. No te he dicho nada hasta ahora, pero fue… No tenías por qué hacerlo, así

que gracias.

Empiezo a sacudir la cabeza antes de que termine de pronunciar la frase.

—No hay de qué.

Como está subida a las escaleras, queda algo más alta que yo, de modo que tengo que levantar la cabeza para mirarla. Es un gesto que llevo haciendo en cada sueño inducido por el pánico que he tenido desde ese día en el hielo, como si ese fuera su lugar.

Es como si Sadie fuese un maldito ángel de la guarda. Nunca lo diré en voz alta porque es algo que me perseguiría toda la vida. Y más teniendo en cuenta lo mucho que quiero que sea cierto.

Que quiera salvarme.

Penoso.

El autodesprecio vuelve a adueñarse de mí, y todo cuanto quiero hacer ahora es cubrirme la boca con cinta adhesiva para cerrar el pico antes de soltar una estupidez.

—Podrías agradecérmelo con un café. Que nos lo tomemos juntos, quiero decir.

Una estupidez como esta.

Río por no llorar, y me entran ganas de decirle que, a mí, estas cosas solían dárseme bien. Que era encantador, no esta versión lamentable y temblorosa que ha reemplazado esa parte de mí.

Sadie no se ríe, pero empieza a negar con la cabeza.

—No soy la clase de chica que toma cafés… La verdad, es que no soy la clase de chica que toma nada. Y mucho menos soy la clase de chica que saldría con alguien como tú.

Sonrío de forma absolutamente forzada y falsa para encajar, como puedo, la patada en el estómago que me ha supuesto su respuesta.

Empiezo a abrir la boca para suplicarle que no diga nada más, pero ella sigue:

—Lo de esta noche ha…

Gruño y me cubro la cara con las manos mientras le imploro:

—Por favor, no me digas que ha estado bien. No creo que pueda soportarlo una vez más.

Sadie se ríe con discreción y se pone a mi altura.

—Vale. Me lo apunto —me dice mientras me mete la mano en el bolsillo y me coge el móvil.

No me pide permiso ni dice nada; se limita a volverlo hacia mí para desbloquearlo con el reconocimiento facial. Se manda a sí misma el emoji que he utilizado más las últimas semanas, que, por desgracia, es un *stick* de hockey. Desvía la mirada hacia mí en el acto y pone los ojos en blanco, como diciendo «estaba claro…».

—¿Por qué te mandas eso? —le pregunto.

Alarga el brazo para devolverme el teléfono y lo cojo.

Hemos pasado un mes juntos, pero nunca hemos cruzado la línea de comunicarnos fuera de la pista.

No quiero ilusionarme.

Sube un par de peldaños de estas cortas escaleras antes de volver la cabeza para mirarme, encogerse de hombros y responder:

—Aún no lo sé. Buenas noches, fiera.

Soy incapaz de contener la sonrisa que se me dibuja en los labios. A pesar de todo, ya tengo algo suyo.

—Buenas noches, *kotyonok*.*

14

Sadie

El primer turno en la cafetería siempre es una lotería, sobre todo la semana antes de que empiecen las clases. Como todo el mundo vuelve al campus, es imposible saber cuánto trabajo tendremos entre las cinco y las nueve de la mañana.

Por suerte para mí —por el ligero dolor de cabeza que tengo y la pizca de nerviosismo que siento—, está siendo una mañana tranquila. Sirvo a algunos clientes habituales: gente de la zona que viene durante el verano y que, cuando comience el trimestre y estas paredes revestidas de un cálido tono marrón se llenen de estudiantes adormilados, cada vez pasará menos por aquí.

A las diez y media aprovecho que no tengo que cobrar a nadie para vaciar una bolsa de nuestra nueva aunque famosa mezcla etíope en el molinillo y tostar el café.

—Toma —dice Luis, nuestro chef principal y único desde el hueco de la ventana de la cocina.

Me deja un plato con una crujiente tostada de aguacate y dos huevos poché con extra de chile en polvo y un chorro de miel en forma de corazón que seguro que picará cuando me lo lleve a la boca. Y entonces, como si se tratara de una señal, me ruge el estómago y sonrío al cocinero.

—Gracias —digo con tanto entusiasmo como consigo aunar porque tengo tanta hambre que estoy a punto de marearme.

Llevo el pelo hecho un desastre en unos mechones medio ondulados, y he perdido la goma que llevo siempre en la muñeca, así que lo único que puedo hacer es acomodármelo detrás de las orejas y levantar los hombros para que no me caiga en la cara y pueda comer tranquilamente.

Luis sonríe. Se apoya con los antebrazos y saca la cabeza por la ventana mientras me siento en la encimera y me apoyo el plato en el regazo para comer mientras sigo echando una ojeada a la cafetería al mismo tiempo.

George, un escritor local, le da un sorbo al café que sé que, a estas alturas, ya se le habrá enfriado, mientras que un trío formado por los padres y una chica de primero disfrutan de un desayuno completo, porque la madre estaba tan ilusionada de que su hija fuese a estudiar en su *alma mater* que no ha podido resistirse y ha pedido todo lo que tenemos en la carta para probarlo. En los últimos minutos, se ha levantado una única mesa donde solo queda una taza de cerámica con dibujos de arándanos y algunos sobres de azúcar vacíos.

—Tenía pensado probar mi receta de huevos turcos con Ro.

Sonrío y me trago otro enorme bocado de esta llenísima tostada.

—Le encantará. Sobre todo si sabe que no tiene que coger un avión para ir a visitar a su madre y comer un plato turco como Dios manda.

Luis asiente y vuelve a pasar un trapo por el acero superior del marco de la ventana. Estoy bastante segura de que tiene un *crush* con Ro, pero es muy sutil. Si se enterase de lo que siente por ella,

aunque solo se lo oliera, no volvería a presentarse al trabajo nunca más. Y no lo digo por él ni porque sea un estudiante de secundaria perdidamente enamorado, sino porque, por más que mi amiga tenga una personalidad alegre, cuando algo está relacionado con un romance real, al instante se cierra como una almeja.

La chica puede leer escenas sexuales de lo más obscenas y que duren un capítulo entero sin pestañear, pero como alguien le diga que un chico piensa que es guapa se pone roja como un tomate.

Justo cuando me meto el último trozo de tostada en la boca y le paso el plato a Luis, que alarga el brazo para recibirlo con la mano llena de duricias, suena la campanilla de la puerta. Desvío la mirada hacia las dos personas que están acercándose a la caja; se me remueve el estómago y me da un vuelco enorme, como si acabase de tirarme desde un acantilado.

Él, cómo no.

Rhys, cómo no. Con esos pantalones de chándal grises y esa camiseta técnica de manga larga azul marino que le abraza hasta el último centímetro de su musculado torso, parece recién salido de un maldito sueño húmedo. Sonríe con dulzura y parece algo soñoliento mientras habla con su altísimo amigo y esperan pacientes en la barra. Lleva el pelo empapado, como si acabase de ducharse, y eso se convierte en un pensamiento peligroso, porque ahora me lo imagino bajo los chorros de alguna ducha de alta gama con efecto lluvia, frotándose los abdominales y sus gruesos muslos.

De nuevo, recorro su cuerpo con la mirada antes de que alguien carraspee y yo empiece a atragantarme con la comida que aún no he masticado porque estoy demasiado ensimismada por el descomunal golpe kármico que siento al verlo.

La ardiente mirada de Rhys me abrasa la piel mientras doy un sorbo de agua y bajo de la barra de un salto.

—Buenos días —saludo alisándome el delantal negro que llevo atado justo encima de los vaqueros, también de ese color.

Mi nerviosismo va a más al darme cuenta de que Rhys me estudia igual que acabo de hacer yo con él: fija la mirada en mi ajustada camisa de manga corta de color gris que seguro que tengo manchada de gotitas de café y… sip, migas de masa madre. Vuelvo a acomodarme el pelo detrás de las orejas, me paso el dorso de la mano por la boca y me limpio una mancha amarilla de la comisura de los labios.

«Por Dios…».

—Conque no eras la clase de chica que va a tomar café con alguien, ¿eh? —bromea Rhys con una expresión que no muestra ni pizca de duda o incomodidad por lo de anoche.

—Soy la clase de chica que los sirve con una sonrisa —respondo alegre.

Sonríe con sinceridad y le aparece uno de los hoyuelos.

—No sé por qué, pero eso de «con una sonrisa» no acabo de verlo. No recuerdo que la tuvieras la última vez que me serviste un café.

Sonrío de una forma exageradísima, mostrando todos los dientes, mientras me dispongo a tomarles nota.

Servirle hace que me tranquilice un poco; me calmo de una forma casi perturbadora porque ya me muero de ganas de la siguiente interacción con Rhys. A lo mejor es por la rapidez con la que avanza todo, por ese profundo pozo de tristeza que tiene en la mirada o por

el hecho de que sea guapísimo, cual estatua de dios griego de la belleza masculina; tanto, que distrae.

—Sentaos y enseguida os lo traigo —les digo pasándoles el iPad donde aparece el total.

Rhys hace ademán de llevarse la mano al bolsillo para sacar la cartera, pero el tío que tiene al lado, ese alto con cara de cabreo, se le adelanta y pasa su pesada tarjeta por el sistema antes de alejarse de la barra sin terciar ni una palabra.

Rhys se apoya en el mostrador. Lo imito y veo que se sonroja un poco.

—Esta, eh… Esta mañana he tenido el primer entreno.

—¿Ah, sí? —Me apetece cogerle la mano y no soltársela—. ¿Y? ¿Todo bien?

Imaginármelo solo y con un ataque de pánico hace que se me retuerzan las tripas. No sé cómo explicarlo, pero su dolor me convierte en una persona muy protectora con él.

—Todo bien. Me he puesto una canción, esa del vestuario. La de la banda con nombre raro.

Noto un nudo en la garganta.

—Rainbow Kitten Surprise.

—Eso. —Sonríe y le aparecen los hoyuelos.

Me quedo quieta porque, como me mueva, lo besaré. Le cogeré las manos, por lo general temblorosas; le acercaré los puños al cuello hasta que su calor corporal se encargue de deshacer la fuerza de mi agarre; lo tumbaré en la barra y amoldaré mi cuerpo al suyo, y comprobaré si este adorado capitán puede perder el control por mí.

—Bueno, esperaré allí. Gracias, Sadie. Por todo. —Se queda un momento en la barra y vuelve a mirarme a los ojos antes de darse la vuelta y seguir a su amigo hasta una mesa limpia que hay ahí al lado.

Los estudio de cerca mientras les preparo el pedido. Un café solo con hielo con tres cucharadas de leche de almendra para el malhumorado (Bennett Reiner, a juzgar por el nombre que me ha dado para poner en la bebida) y un especial frío para Rhys; es decir: jarabe de arce, caramelo y una pizca de leche condensada. Cuando le he oído pedir mi bebida habitual, casi me atraganto.

Están hablando en voz baja mientras miran el móvil y, a pesar de que la conversación fluye, tienen los hombros tensos; a Rhys le tiembla la pierna por debajo de la mesa.

Nunca antes había visto a Bennett Reiner pero, a partir de ahora, seguro que no vuelve a pasarme desapercibido. Para empezar, su altura llama la atención. Debe de medir casi dos metros, lo cual resulta intimidante ante mi metro cincuenta y ocho. Rhys es alto, pero Bennett, con sus anchos hombros y piernas largas como troncos de árbol, es una torre. De hecho, no parece universitario; y no lo digo solo por su estatura, sino por esos rasgos supermasculinos que le dan un aire de persona que preside una reunión de junta y que escala montañas en su tiempo libre. Su suave melena castaña es una mata de ondas y rizos despeinados, y lleva una barba de cuatro días bien recortada y lo bastante fina como para apreciar lo cuadrada que es su mandíbula. Unas cejas pobladas y permanentemente fruncidas, a pesar de que sonría mientras habla con Rhys, dan cobijo a sus ojos.

—Aquí tenéis —digo advirtiéndoles de mi llegada mientras me acerco a su mesa para pasarles las bebidas con cuidado.

Bennett toma la suya de inmediato y coloca un posavasos debajo del plástico y un soporte de espuma alrededor del recipiente mojado. Rhys me coge la suya de la mano y me sonríe. En esta ocasión, lo hace de forma más dulce y menos forzada que las otras veces que lo he visto sonreír, con esa discreta tristeza resbalándole como lágrimas invisibles por las mejillas.

—Gracias —dice antes de darle un sorbo a la bebida—. Por cierto, te presento a Bennett. Ben, esta es Sadie.

—La patinadora. —Ben me saluda con un gesto con la cabeza casi sin mirarme a los ojos.

—Y barista, por lo visto —añade Rhys.

—Buena barista, dirás —respondo con una sonrisa socarrona—. Es el mejor café que probarás en tu vida.

—¿Debería levantarme y contárselo a todo el mundo? ¿Proclamar a los cuatro vientos que es el mejor café de Waterfell?

Suena la campanilla de la puerta y apenas tengo tiempo de erguirme otra vez, tras haberme inclinado sutilmente, cuando veo que alguien apoya la mano en la silla de madera donde se sienta Rhys y una personita pequeña se me aferra a las piernas y grita alegre y risueño.

—Casi me tiras, peque —lo riño, a pesar de que se me dibuje una sólida sonrisa en el rostro mientras me agacho para despeinar a Liam.

Lleva la mitad de una máscara de Darth Vader pintada en la cara, lo cual sé que se debe a las habilidades artísticas de Ro, que está hablando con Oliver en voz baja mientras entran en la cafetería a un

ritmo normal. Tiene la pintura negra un poco borrada y el brazo manchado porque debe de haberse frotado la cara, pero es que al crío le flipa *Star Wars*. Estoy convencida de que todo empezó porque a Oliver le gustaban las películas, y Liam quería ser como su hermano mayor a toda costa. Por lo visto, ahora se repite la historia con el hockey.

—Lo siento, tata. —Liam no espera ni un segundo antes de empezar a contarme, incluyendo detalles, su mañana normal como quien narra una aventura increíble. Termina con un apresurado—: ¿Estás preparando tortitas?

Antes de que pueda responder, se queda helado y luego suelta un aullido tan fuerte que tengo que taparle la boca con la mano. Sigue balbuceando a través de mis dedos mientras no deja de señalar a Rhys.

Oliver se me acerca por el lateral y me saluda discretamente con la cabeza al tiempo que se sube un poco la tira de la mochila en el hombro.

—Hey, campeón. —Le devuelvo el saludo y le quito la mano de la boca a Liam antes de apoyársela con fuerza en el hombro—. ¿Se ha portado bien hoy?

Liam sigue casi gritando, ilusionadísimo por ver de nuevo a Rhys. Es un poco inquietante…

Oliver se pasa una mano por el pelo.

—Ha ido bien. El entreno se ha alargado, pero Ro lo ha distraído.

Asiento a Oliver a modo de respuesta a pesar de que parece dubitativo por algo que pienso sonsacarle luego. Ahora me preocupa más el hecho de que, como suelte a Liam, saltará al regazo de Rhys.

—Lo siento —me apresuro a decir—. Liam, acuérdate de lo que hemos hablado.

—Pero Rhys no es un desconocido, ¿a que no?

Rhys se ríe.

—No —contesta.

—¿Ah, no? —le pregunta Bennett a su amigo, haciendo una mueca con los labios—. ¿Desde cuándo?

A pesar de que se lo pregunta a Rhys, mi hermano decide volver a intervenir con un estridente:

—Desde que me está enseñando a jugar al hockey. Rhys es el mejor jugador del mundo entero.

Bennett sonríe levemente.

—Y humilde, además —dice este.

Rhys sacude la cabeza y desvía la mirada hacia Bennett antes de observarme y volver a posar los ojos en Liam. Aunque, por lo que veo, vuelve a estar algo tenso. Tiene los hombros pinzados y una sonrisa falsa en los labios, como si volviese a llevar la máscara. Cuando me doy cuenta de que la obsesión de Liam por Rhys tal vez lo incomode, me irrito.

Cojo a mi hermano pequeño de la mano y señalo con la cabeza la mesa grande que está vacía al lado de la barra.

—¿Y si os relajáis un poquito mientras acabo de trabajar?

—Vale —dice Oliver encogiéndose de hombros. Coge a Liam del brazo y lo arrastra detrás de él—. Venga, Anakin, déjalos en paz.

Liam frunce los labios y vuelve la cabeza adelante y atrás para seguir mirando a su hermano y a la mesa donde están sentados los dioses del hockey, como si le costase decidir en qué batalla luchar. Al final, suelta:

—No llevo la túnica de *jedi*, Oliver. Voy de Darth Vader.

Me vuelvo hacia Ro y le doy un apretón en el brazo en señal de agradecimiento.

—Dame solo un minuto, porfa. Hago caja y lo dejo todo listo. No tardo nada.

—Pueden sentarse con nosotros, si quieres —se ofrece Rhys.

Se levanta antes de que le lleve la contraria y empieza a arrastrar la silla de Liam, con él encima, hacia su mesa, aunque sea pequeña. A mi hermanito se le escapa una risa estridente y le centellea la mirada mientras levanta los ojos hacia el perfil invertido de Rhys.

Este me sonríe.

—Somos amigos, ¿no?

Quiero detenerlos y ponerme a discutir con Rhys, pero Ro me para los pies con una sonrisa en los labios y se apresura a darle las gracias antes de apartarme para hacer el cambio.

—No…

—Tranquila —me corta suspirando, arrastrando la palabra como si tuviera el doble de sílabas.

Me aprieta los hombros con las manos, me guía hacia la esquina de la barra y me da una cachetada en el culo para que vaya hacia la sala de descanso.

—Ya cuadro yo tu caja —dice cogiendo un delantal del discreto gancho que hay debajo de la caja registradora, y se lo ata antes de recogerse su rizado pelo en una mullida coleta alta—. Basta de intentar controlarlo todo. Deja que esos jugadores de hockey tan majos de ahí entretengan a tus hermanos mientras te tomas un descanso y dejas de hacerles de madre.

Da unos golpecitos en el mostrador con el puño marcando un ritmo suave. En realidad, no haría falta, porque Luis está mirándola atentamente.

—Luis, ¿te importaría echarle un vistazo a la cafetería un momento?

—Voy —responde este con rapidez mientras se quita los guantes y la redecilla del pelo.

Teniendo en cuenta que su familia es la propietaria de la cafetería y los restaurantes que quedan a ambos lados de esta, es increíble que acepte. Sin embargo, su expresión soñadora me dice todo cuanto necesito saber.

Nos metemos en la pequeña sala de descanso que sirve como despacho del gerente y que está conectada con la trastienda del restaurante de la derecha. Me siento en una de las sillas, exhalo y levanto la mirada hacia Ro, que está apoyada en el escritorio.

—Bueno, ¿qué tal la reunión? —se interesa.

—Bien. —Respiro y asiento como si eso fuera a darme más confianza—. Creo. A ver, ha sido… ¿corta? No lo sé. Hemos quedado la semana que viene para seguir hablando del tema y llevarle los documentos que tengo. Me ha dicho que no necesitaremos nada más para Liam.

—Eso es bueno, Sade. En serio.

—¿Verdad? Creo que es buena señal… Tiene que serlo.

Tiene que serlo. Me estoy quedando sin opciones, y no paro de ir de la residencia del campus a casa y de desembolsar dinero del ya ajustado presupuesto que tenemos para pagar a las niñeras cuando la señora B., la vecina, está ocupada. Se me está juntando todo, y eso que aún no han empezado las clases.

El curso pasado, Ro me ayudó a llevarlo todo, pero me niego a que este año se repita la misma situación. Y esta es la única alternativa que me queda.

—Sí. —Sonríe comprensiva y alentadora—. Si no acepta tu caso, aún nos quedan un montón de nombres en la lista, ¿vale?

Ro es mi mejor amiga, y da igual lo mucho que me esmere por mantenerla alejada de todo. Se metió de lleno en esto durante nuestro primer año de carrera, y no la echaron atrás ni mi actitud ni mis intentos por deshacerme de ella; al contrario: se pegó a mí cual lapa hasta que, de tanto tenerla encima, me resultó imposible vivir sin ella. Y entonces me vio sufrir un ataque de pánico paralizante, me ayudó a superarlo y me abrazó para mecerme en la pequeña cama individual del cuarto que compartimos en primero.

Después de eso, se lo conté todo. Fue como si no pudiese parar.

Ella fue asimilando la situación con calma, con los labios apretados y expresión decidida, cuidó de mis hermanos y me ayudó a llevarlos y recogerlos en el colegio mientras yo hacía malabares con el patinaje artístico y todo lo demás. Cuando entré en período de prueba para las clases, Ro me hizo de tutora y, si no conseguía librarme de la presión que sentía en el pecho con mis ligues, la que me recogía del suelo del baño también era ella.

Haré lo que sea por ella y la protegeré en todo momento, siempre.

Oliver, Liam, Ro. Son mi familia.

—Vale.

Se levanta, me abraza fuerte y me deja unos minutos para respirar. Me acaricia el pelo con dulzura y me va deshaciendo

algunos enredos antes de recogerme la melena en una trenza suelta que me cae por la espalda.

—¿Mejor? —me pregunta.

Asiento con la cara pegada a su barriga antes de apartarme y acomodar tras la oreja los mechones que me han quedado sueltos.

—Mejor.

—Bien. Ahora ve a por los niños y disfruta de este ratito con ellos. ¿Por qué no los traes a la resi y hacemos una fiesta de pijamas? Podemos construir un fuerte con almohadas y mañana los llevamos tarde al cole.

—Es un planazo.

15

Rhys

Después de completar el entrenamiento y celebrar la reunión de pretemporada con el equipo, me dirijo al segundo entreno algo más ligero.

El primer día me desperté tarde a propósito para que Bennett no intentara llevarnos a todos en su camioneta, a pesar de que solo esperé hasta que dobló la esquina de nuestra calle antes de salir. Necesitaba estar en el silencio que me proporcionaba mi coche para tranquilizarme. Me puse un conjunto negro con la esperanza de disimular el sudor que me causaban los nervios; al menos, hasta que tuviese que cambiarme de ropa.

Casi llamé a papá. Tuve el dedo encima de su contacto durante unos tres minutos antes de tirar el móvil al suelo del asiento del copiloto y ponerme conducir en silencio.

No sé cómo, pero ni se estropeó el teléfono ni me desquicié, ni siquiera durante la primera sesión facilita de patinaje en grupo. Dediqué un rato a conocer a los nuevos alumnos de primero y a disculparme por no haber participado en los campamentos intensivos de verano a pesar de ser el capitán, y también le di las gracias a Holden, el defensa que me sustituyó después de lesionarme.

Me faltan dedos para contar la de veces que el entrenador le pidió a Bennett que fuera el capitán, pero él siempre se negó.

Ahora ya no sudo tanto; al menos, no por nervios, sino por la velocidad a la que patino por la pista, controlando el *puck* con el *stick* cuando pego giros bruscos antes de frenar en seco mientras Freddy arranca y hacemos el cambio de línea más rápido y con más sutileza que los demás. Técnicamente, el entrenamiento ha terminado, lo cual significa que tengo que relacionarme un poco con el equipo antes de ponerme a estirar.

Me apoyo en la valla y levanto la barbilla hacia Bennett, que está sentado y se ha quitado el casco con rejilla para beber agua.

—El equipo pinta bien.

Bennett asiente.

—Mejor que en verano —me cuenta—. Sinclair es rápido de cojones.

—¿Sí? —Sonrío socarrón ante su evidente descontento—. Los tiros del revés también se le dan de narices.

Bennett vuelve a negar con la cabeza y levanta el hombro izquierdo con sutileza, aunque apenas se le mueve la protección.

—Te has fijado, ¿eh? Tuve que acostumbrarme a los zigzags que hace para marcar, aunque conmigo lo ha conseguido muy pocas veces. Se está comiendo a Mercy con patatas.

Sus palabras me hacen sonreír, y desvío la mirada hacia el compañero de Bennett, Connor Mercer. Tiene pinta de estar agotado y empapado en sudor, y ya se ha tirado por la cabeza toda la botella de agua.

—Alguien tenía que bajarle un poco los humos a Mercy.

—El entrenador quiere darle más minutos de hielo esta temporada y compensar los partidos.

Al oír eso, guardo silencio un segundo. Sin embargo, en vez de reaccionar, pues ya conozco a Bennett, me limito a arquear una ceja.

Este se encoge de hombros.

—No me importa.

—¿Y los cazatalentos?

—Ya me verán. Ya me vieron el año pasado. —Bebe otro sorbo de agua—. Además, se supone que debemos trabajar en equipo. La temporada pasada jugué veintiséis partidos de los treinta y cuatro que hubo en fase regular.

—Porque rozas la perfección.

Se encoge de hombros.

Freddy patina hasta nosotros con la respiración agitada, se quita el casco con rejilla y muestra una sonrisa socarrona en los labios.

—¿De qué hablan, señoritas?

—De que Bennett no volverá a dirigirte la palabra después de la mierda que has hecho mientras practicábamos los penaltis.

A pesar de que no se me escapa la risa, mis palabras van acompañadas de un tono divertido. Aun así, Ben tiene pinta de estar a punto de pegarle una patada al *stick* de Freddy o a su espalda.

—Vamos, Reiner… No puedes cabrearte conmigo porque te haga sudar un poco.

—Me he pasado tanto rato en posición de mariposa que pensaba que me iba a dar un tirón, idiota.

Freddy levanta las manos en señal de rendición.

—No es mi culpa que los novatos quieran parecerse a mí.

—Has tenido a todo tu puto grupito de alas pululando alrededor de mi portería.

—¿En serio? —pregunto sonriente, a pesar del furioso tono de voz de Bennett—. ¿Han hecho lo que tú les decías y ya?

—Si es que soy el nuevo «papi»… —responde Freddy ensanchando su socarrona sonrisa y dejando a la vista los dientes, que brillan tanto como la pista de hielo sobre la que estamos.

Holden finge una arcada. Solo ha pillado la última parte de la conversación.

Mientras el resto del equipo termina de entrenar, con la línea de ataque ganando por los pelos a la de defensa, llamo a los demás para reunirnos y organizar una barbacoa en casa el miércoles. La haremos el primer día de clase, no el primer fin de semana, para que los de primero no se vayan con una idea equivocada respecto al objetivo de la quedada: hacer piña, no tajarla.

Después del entrenamiento, el vestuario está bastante animado; me apetecería participar y hacer bromas, pero, cada vez que alguien intenta sacarme un tema de conversación, el cansancio me supera. Y siento un profundo vacío.

Ahora, gracias a las caras sesiones de terapia que me han pagado mis padres, ya sé reconocer esa sensación: enmascaramiento. La doctora Bard dice que es «un mecanismo de defensa negativo» y un síntoma de estrés postraumático, algo que claramente no tengo por más que ella intente convencerme de lo contrario.

Me di un golpe jugando al hockey. Ni que hubiese ido a la guerra, joder.

Pero así es más fácil. Es más fácil fingir que sigo siendo el mismo que antes de jugar ese partido; que sigo siendo el jugador y líder de equipo que se ganó la «C» de capitán que lleva en la camiseta desde

segundo. Ese soy yo. Ese debería ser. Aunque sea bajo la oscura nube que se empeña en seguirme allá donde voy.

Cuando salgo al exterior del complejo deportivo y noto la calidez de los rayos de sol, me detengo un momento para esperar a Bennett, que quizá esté guardando sus protecciones tal y como le gusta tenerlas.

Vuelve a iluminarse la pantalla del móvil con un mensaje de texto de mi padre:

Comemos?

Justo encima hay una retahíla de largos párrafos y frases motivacionales irrisorias que parecen sacadas de un diario de autoayuda junto con una sola palabra que he enviado yo a modo de respuesta.

Busco una excusa para contestarle.

No es que no quiera pasar tiempo con él. Mi padre es mi héroe, siempre lo será. Es solo que, ahora, es todo muy confuso y complicado. Y no dejo de oír en mi cabeza el eco de su voz.

«Mi hijo».

Bennett cruza la puerta con el pelo impecable; lleva unos pantalones de vestir y un polo verde oscuro; un atuendo un poco fuera de lugar, considerando que deberíamos irnos a casa a atiborrarnos de comida y descansar. Lleva el móvil pegado a la oreja. Con la mano que le queda libre, se pone las Ray-Ban para protegerse del sol.

—Ya avisé de que llegaría tarde —musita con la mandíbula apretada; enseguida me doy cuenta de quién está al otro lado del teléfono—. La última vez que hablamos te dije que esta semana retomábamos los entrenos y que tendría que aplazar la comida.

Ahora lo tengo tan cerca que también oigo la aspereza y el tono de la otra persona cuando dice:

—No pasa nada, Bennett, te espero.

Adam Reiner: expromesa de la NHL y actual e implacable abogado corporativo.

Bennett nació en una familia con un colchón económico tan enorme que mi amigo jamás sabría qué hacer con tanto dinero; podrían pasarse generaciones sin trabajar y vivir la mar de bien. A sus abuelos ya les salía la pasta por las orejas, y su padre tenía un fideicomiso mayor que el salario de todos los jugadores de la NFL juntos, de modo que le sorprende que su mejor amigo acabase siendo el fichaje ruso que, tras cumplir los dieciocho en un orfanato, se fuera a vivir a un lúgubre apartamento y aprendiese inglés gracias al anciano del piso de arriba, que era profesor de universidad.

El centro niño-rico del equipo cuyo futuro no dependía de nada y el pobre defensa luchador cuyo futuro dependía de su primer año. Aun así, jamás dejaron de ser amigos.

No tengo problemas con el padre de Bennett, nunca los he tenido. No obstante, desde que se divorció, mi amigo no soporta estar en la misma habitación que él.

Así que su padre se perdió gran parte de nuestros partidos y, cuando estuvimos en Berkshire, dejó de venir. Ahora me consta que, una vez al mes, Bennett queda con él en el bar Mezzana de South End.

Dejando de lado los extravagantes regalos que envía, gracias a los cuales tenemos la casa y el garaje hasta los topes (el último obsequio fue un nuevo Bronco kilómetro cero que tenemos guardado, cubierto con la lona y todo), Bennett y su padre no tienen ningún tipo de relación.

—No te molestes —le espeta este—. Vuelve al trabajo. No pienso pasarme veinte minutos al volante para ir a la ciudad y que nos quedemos mirándonos en un lugar donde sirvan una comida ridículamente cara.

Cuelga sin pensárselo dos veces.

—¿Te vas a saltar otra comida? —le pregunto antes de darme cuenta de que, de todos modos, no me enteraría.

Bennett sacude la cabeza y, con manos temblorosas, se repeina y vuelve a ponerse las gafas.

—Fui a la última, que resulta que también fue la primera vez que lo veía en todo el verano.

—¿Tan mal sigue la cosa?

—Es solo que… Mamá por fin es feliz. Ahora se va un par de semanas a Europa con Paul. No quiero que me lo recuerde.

—Entiendo.

En realidad, no lo entiendo. Nunca he acabado de entender lo del divorcio de los padres de Bennett.

Mis padres están locamente enamorados, siempre lo han estado. La gente cree que, para Maximillian Koteskiy, no hay nada más importante que el hockey en el mundo. Sin embargo, cualquiera que lo conozca de verdad sabe que renunciaría a todas las copas Stanley y a toda su carrera como jugador con tal de seguir con mi madre.

—¿Vuelves a casa? —me pregunta Bennett mientras pulsa el botón lateral del móvil para apagarlo por completo.

—Creo que s…

—Hay una fiesta en la piscina en Zeta —nos informa Holden, que viene caminando al lado de Freddy.

Tanto el uno como el otro se han vestido de forma tan descuidada que parecen gemelos, aunque Freddy muestra siempre una sonrisa socarrona de playboy y Holden es inocente como el que más.

—Paso —digo.

Tengo otros planes. En concreto: intentar robarle otra hora a cierta pícara patinadora.

—Yo me apunto —dice Bennett sorprendiéndome. Lo miro y él se encoge de hombros—. Algo tendré que hacer.

—Te lo compro. Nos vemos luego en casa, tíos.

Me despido con la cabeza y la mano mientras camino hacia el coche. Antes de subir, escribo con rapidez a mi padre para responderle:

Hoy no puedo

Cuando me doy cuenta de que me he olvidado las llaves en el vestuario, me agarro a la manilla y suelto un taco.

Por suerte, como ya nos hemos ido todos, puedo volver a entrar corriendo, pillar las llaves de la taquilla e irme sin tener que pararme a hablar con nadie.

El único lugar que sigue con las luces encendidas es el despacho del entrenador, que también tiene la puerta entreabierta. Antes ni siquiera me he fijado, pero está hablando lo bastante alto con

alguien como para que la conversación se oiga desde aquí; me detengo y me apoyo en la pared que hay al otro lado de la puerta.

—Me juraste que no estaba programado —gruñe alguien con voz grave—. Dijiste que sería un partido en casa.

—Y lo era —suspira el entrenador—. Mira, si no vas a jugar…

—¿Qué consecuencias tendrá que no juegue?

Frunzo el ceño. O sea, que se trata de un jugador… Por la voz no lo reconozco. Pero no me sorprende, teniendo en cuenta lo ausente que he estado hasta ahora.

Alguien pega manotazo en la mesa y entonces oigo:

—Si existe la posibilidad, por mínima que sea, de que esa tía esté ahí, no entraré en esa maldita pis…

—Oye…

—Me has pedido que te diga lo que quiero. Es esto —contesta el otro casi gruñendo en un tono grave e intenso. Y cabreado—. No pienso jugar en una pista en la que puede que esté esa tía. No puedo verla, ¡joder! De lo contrario, voy a matar…

—Vale, Tor. Vale.

Aunque no sé muy bien por qué, ese nombre me resulta un tanto familiar, pero no acabo de ubicarlo. Parece que al jugador en cuestión se le haya ido la olla; sin embargo, confío lo bastante en el entrenador como para pensar que no dejará que alguien así se cargue la solidez del equipo.

Cojo las llaves y me voy enseguida, en silencio. Luego conduzco hasta mi nueva cafetería favorita con la esperanza, por ínfima que sea, de ver a Sadie.

En el interior de Brew Haven,* un lugar agradable y cuyo nombre no podría ser más acertado, encuentro a Ro. Está delante de la barra, charlando con un tipo con buen gusto para la ropa.

Me coloco justo detrás un segundo, hasta que Ro repara en mí y su reservada expresión, un tanto extraña, teniendo en cuenta la chica entusiasta a la que he conocido hace nada, se desvanece en su cara. A lo mejor es más comedida si no va trifásica y cantando Taylor Swift a pleno pulmón en mitad de la noche.

—Rhys Koteskiy. —Sonríe, pero sigue con la mirada puesta en el chico que está apoyado en la barra, a nuestro lado—. ¿Has venido a por un café o a por una chica?

—¿Os conocéis? —pregunta el chaval arqueando una ceja, dirigiéndome la pregunta a mí, no a ella.

—Rhys —me presento tendiéndole la mano con mi sonrisa de capitán.

El chico acepta el gesto y me da un rápido y fuerte apretón antes de soltarme.

—Tyler. Novio de Ro.

«Entendido». Sigo con la misma sonrisa en los labios mientras desvío la mirada hacia Ro, cuya expresión nerviosa hace que hasta yo sienta náuseas. Me inclino un poco y le pregunto:

—¿Hoy Sadie no trabaja?

Tyler se ríe, asiente con la cabeza con los ojos puestos en mí y un nuevo brillo le centellea en la mirada.

—Conque Sadie es de las que tienen novio, ¿eh? Me sorprende que no sea ella la que vaya mendigando atención después de…

—Tyler, para, por favor —le suplica Ro en voz baja antes de mirarme—. No, está en la resi. Creo, vaya. —Le da un golpecito al

móvil que tiene apoyado en la barra y añade—: Sí, sigue ahí, pero pasará el finde en casa, así que…

Deja la frase a medias y se encoge de hombros.

—¿Debería mandarle un mensaje en vez de presentarme allí sin previo aviso y que se agobie?

Ro vuelve a sonreír, esta vez de forma franca, como si el hecho de que entienda algunas de las complejidades de su querida amiga la alegrara de verdad.

—Exacto.

—Hecho. —Asiento y meto un billete de cinco en la jarra de propinas amarilla con un montón de flores de varios colores dibujadas—. Ya nos veremos. Seguro.

—Eso espero. Se merece algo bueno.

Siento cierta calidez en el estómago al ver que esta enigmática chica, la mejor amiga de Sadie (y creo que la única), me da su aprobación. Aunque no lo haga ni la mismísima Sadie.

Más tarde, por la noche, después de zaparme la comida preparada en un táper con mi nombre escrito en la tapa, algo que Bennett se curró a principios de semana. Me tumbo bocarriba en la cama, que no está muy bien hecha, y me quedo mirando el techo mientras, en la tele, siguen reproduciéndose las imágenes de la peli que he puesto en la PS4 y he silenciado. No consigo sacármela de la cabeza. He oído la *playlist* «Canciones de Sadie» hasta memorizarla, y ya puedo canturrear mentalmente mis favoritas mientras trato de imaginarme en qué estaría pensando cuando las añadió a la lista. Sin embargo, enseguida las lleno con mis propios pensamientos y sensaciones.

«Barely Breathing»: cómo me desató los patines el día que me temblaban las manos.

«Don’t Look Back in Anger»: la ira que desprende su mirada mientras practica el programa largo.

«Sleep Alone»: su sonrisa, su risa.

A través del altavoz suena «Let’s Get Lost», de Beck and Bat for Lashes, mi favorita hoy por hoy. Entro en su contacto y le envío un mensaje antes de darle demasiadas vueltas:

Hey

Es el equivalente al típico mensaje de “estás despierta?” al estilo Koteskiy?

Quieres que lo sea?

Entro en pánico y me apresuro a enviarle otro mensaje:

Estoy tumbado en la cama escuchando música

En vez de un mensaje, Sadie me manda una foto que hace que pegue un salto y que se me caiga el móvil al suelo porque, de repente, me sudan las manos. Lo cojo para acercármelo a la cara,

como si la imagen fuese a desaparecer si cierro los ojos aunque sea por un segundo.

Se la ve a ella, tumbada en la cama, con el pelo a su alrededor en unas ondas que flotan por encima de unas sábanas azules y un edredón blanco. A pesar de que no sonríe, sino que aprieta los labios, los arquea hacia un lado. Desprende una mirada afilada, y el penetrante gris oscuro se cuela a través de la pantalla. Se le aprecia la piel un tanto sonrojada y el cable gastado de los auriculares, que debe de haberme robado otra vez, le cuelga por encima de su marcada clavícula.

Paseo la mirada por sus hombros desnudos. Tiene una de las tiras del top sutilmente caída, de modo que puedo apreciar el montón de pecas que le adornan la piel como si de estrellas se tratasen.

¿En qué momento se considera que has tardado demasiado en responder a un mensaje? ¿Me dará tiempo a ducharme mientras me imagino acariciándole todas y cada una de las pecas que pueda encontrarle durante una búsqueda exhaustiva?

Sacudo la cabeza y me fijo en el mensaje que acompaña la foto, no sin antes guardármela en la galería del móvil para seguir mirándola durante un período de tiempo bochornoso.

Anda, mira, estoy haciendo lo mismo

Tecleo la respuesta cuatro veces, consciente de que ella verá que aparecen y desaparecen los tres puntitos sin parar; por un instante, me siento ridículo.

Qué pena que yo no esté tan guapo como tú

Pues sí. Si no, Freddy intentaría meterse en tu cama

Una risa amenaza con escapárseme de la garganta, y se me ensanchan los labios. Diez palabras son suficientes para que desaparezca un poco la ansiedad que me genera estar sentado en esta habitación vacía.

Aunque las pintas de agotada son reales, seguramente
me quedaré frita en cualquier momento y te ghostearé

Tardo demasiado en decidir qué contestarle. Al final me decido por un:

No se te ve agotada

Espero y, en vano, me acerco el móvil a la cara antes de dejarlo bocabajo sobre la cama, como si así pudiera dejar de mirarlo una y otra vez. Sin embargo, como no me responde, intuyo que se ha quedado dormida.

Me levanto, dejo el teléfono en la habitación y me dirijo hacia el cuarto de baño grande y a oscuras que Bennett se ha encargado de limpiar a fondo este verano; lo ha hecho tan bien que parece que nadie haya vivido nunca aquí. Me desnudo y cierro la puerta detrás de mí antes de abrir el grifo y dejar que caiga el agua caliente.

Por un segundo, me miro al espejo y me paso la mano por la discreta cicatriz que tengo encima de la ceja. Debajo del ojo hay otra más pequeña que a duras penas se aprecia si no me la toco. Tanto la una como la otra me las hice durante esa carga, con el visor, y no me acuerdo de ninguna de ellas.

Físicamente, estoy curado y vuelvo a tenerlo todo en su sitio. Lo que se me ha quedado roto ya de por vida es la mente.

Corre un vídeo por ahí de ese partido y de mi lesión. En su día intenté verlo, pero me entraron náuseas y no conseguí pasar del primer tiempo. Como no recordaba en qué momento me di el golpe, aquel constante nerviosismo me mareaba tanto que al final desistí.

Me gustaría saber si Sadie lo ha visto, pero me da mucho miedo preguntárselo. Le bastaría con una simple búsqueda en Google.

Sacudo la cabeza, me meto en la caliente y humeante ducha, y dejo que el agua me resbale por los músculos, un tanto tensos. Me sumerjo bajo el chorro y me aparto el pelo de la frente.

Por un instante, el cambio de temperatura me marea. En un intento por recuperarme, apoyo las manos en los fríos azulejos de la pared.

«Sadie».

Sadie con esas pecas en sus hombros desnudos. Con las ondas sueltas. Sin maquillaje y mirándome con esos ojos grises de gata.

Me basta pensar en ella un segundo para serenarme. Tengo una imagen grabada a fuego en la mente: ella, sentada encima de mí, cual reina en su trono, aquel día en el vestuario. ¿Sabe que me arrodillaría ante ella para siempre con tal de que siguiera mirándome así?

La polla me cae pesada entre los muslos y empieza a palpitarme a medida que los pensamientos me van recordando todas las veces que he acariciado su suave y tersa piel. Se ha quedado clavada en mis pensamientos cual dulce aroma que me trae de vuelta esos buenos recuerdos que había encerrado con llave.

Me la imagino aquí, en la ducha, bajo este chorro de agua caliente, porque quiero tenerla donde yo esté. Quiero sentir que es mía de los pies a la cabeza, aunque solo sea por un minuto. Es jodidamente pequeña; sin embargo, para mí, en todo el mundo no hay nada más imponente que ella.

«Rhys», exhala Sadie.

En mi mente, la empotro contra los azulejos y me agacho. Me la imagino quedando más alta que yo mientras me toco la polla con la mano haciendo movimientos lentos. Con calma.

«Con ella, nunca será lento y con calma».

No. Me la imagino contoneándose sin parar mientras yo intento aguantar, llevándome sus rodillas a los hombros. Seguro que, por musculada que esté, su piel es suave como la seda.

Dios. Ya sé que sabe bien y, al imaginármelo, empiezo a pajearme con más fuerza, más rápido. Me la imagino encima de mí, jadeando y gimiendo cada vez más alto hasta que toda la casa se entere de que es mía. De que soy el que hace que se sienta así, como un puto

hombre que satisface a su mujer hasta que ella no puede ahogar los gritos.

Me dejo llevar por el subidón que me provoca imaginarme a Sadie. Solo quiero que llegue al clímax que sé que puedo hacer que sienta. Estoy desesperado por satisfacerla y adorarla así, pero teniendo el control; tener a esa salvaje patinadora a mi merced por una vez.

Al cerrar los párpados, sigo viendo sus provocadores ojos grises clavados en los míos y me tiemblan las piernas bajo el efecto de esa fantasía con ella. Apoyo una mano en la pared y siento que me da vueltas la cabeza, pero no de dolor.

Me imagino que vuelve a decir mi nombre con el mismo sutil y susurrado gemido, y estallo. Me corro a la vez que se me escapa su nombre de los labios en una súplica desesperada.

A lo mejor debería sentirme avergonzado por pensar así en Sadie, pero me cuesta cambiar la forma de verla cuando es todo lo bueno que puedo imaginar. Por primera vez desde marzo me siento… vivo. Lo cual, en parte, es más peligroso todavía. Porque ahora dudo que pueda soltarla.

Quiero aferrarme a ella, demostrarle que, quede lo que quede en mí, aún vale la pena.

Le envío otro mensaje antes de poner el teléfono a cargar:

Sales preciosa

16

Sadie

Me vuelve a derrapar el patín. Se me va el filo por completo y caigo de espaldas en el hielo.

Cierro los ojos y ahí está de nuevo.

Ese flash de un hoyuelo, de unos iris de color chocolate y de unas manos enormes agarrándome tan fuerte por la cintura que juro que incluso puedo notarlas en este instante. Rhys, utilizando mi cuerpo, dándome la vuelta como si fuera un peso pluma, provocándome al oído con su suave voz. Llamándome su «nueva distracción favorita» antes de hacérmelo de nuevo por detrás.

La misma puñetera fantasía que lleva días atormentándome.

La misma fantasía que, por desgracia, recreé anoche, sola en mi cama, mientras me tocaba a toda velocidad con los dedos.

La misma fantasía con la que me corrí con más ímpetu de lo que me había corrido en meses.

Intento recuperar el aliento mientras me deshago de esa imagen mental que tengo de Rhys, esa inventada que juraría que no se parece en nada a como debe de ser en la cama.

Rhys es demasiado caballero como para follarme con la vehemencia necesaria para que deje de sentir.

«Y eso es justamente lo que me asusta».

Cierro los ojos con fuerza en un intento por centrarme en la música que sigue sonando hasta que, al final, se para.

«Mierda».

Ahora tengo al entrenador Kelley justo delante de mí, cruzado de brazos y con los ojos entrecerrados, por más que me niegue a mirarlo, como si fuese una niña que intenta evitar que le echen la bronca.

—Estás más torpe que antes —me dice agachándose y alargando el brazo mientras me tira del hombro de forma ruda para que me siente.

Me encojo de hombros para zafarme de su agarre, me levanto y patino hacia el banco para beber un poco de agua.

—Solo estoy cansada.

Me sigue y, cuando lo tengo lo bastante cerca del oído, añade:

—Pésate. Mañana.

Detesto la facilidad que tiene para amenazarme, y un sentimiento nauseabundo se apodera de mí ante la evidente implicación. Me he caído porque no estaba prestando atención a la salida del salto y porque he entrado en ese *axel* como si para mí fuera coser y cantar cuando, en el fondo, es el que más me cuesta. Me he caído porque iba distraída.

No me he caído porque haya ganado una ínfima cantidad de peso.

—Repítelo, Sadie. Y que te salga jodidamente perfecto —me susurra al oído antes de dar un salto hacia atrás.

Vuelve a poner la música y me arranca la botella de agua de las manos antes de tirarla de mala manera sobre el banco.

Con él, la cosa siempre va así. Siempre soy la última en entrenar porque así puede alargar el entrenamiento y joderme mi horario

personal, organizado a la perfección.

Y por eso me alegro de que Victoria llegue tarde, lo que significa que se nos han solapado los entrenos y ahora ella se queda con los últimos quince minutos.

Acabo con mi rutina: casi perfecta para mí, sin mejoras perceptibles según el entrenador Kelley. De todos modos, ahora tiene que centrarse en Victoria, así que me siento con cuidado en el banco y me quito el hielo de las cuchillas con las protecciones de plástico.

—Pensaba que tu mala leche se debía a que estaba yo en el hielo, pero veo que aquí eres igual de malhumorada.

Se me acelera el corazón y se me enciende el cuerpo como si fuese un árbol de Navidad, iluminado al oír su voz.

Sigue siendo mi Rhys, pero ahora es algo más: es Rhys Koteskiy, el capitán del equipo de hockey de la universidad de Waterfell. Se ha peinado, aunque va un poco desgreñado, y le brillan los ojos, desprovistos de su habitual hoyo de tristeza profundo. Parece casi renovado.

Se lleva la mano al pecho y me mira con afecto mientras dice:

—Eso duele, Grisi.

Se me dibuja una sonrisa idéntica a la suya.

—Creo que lo superarás, fiera. —Doy un par de golpecitos al banco y se sienta a mi lado, acercando su muslo al mío—. Además, guardo la mala leche de verdad para ti. No te pongas celoso.

La canción de Victoria se para y, de repente, se oye un fuerte chillido que retumba por esta cavernosa pista. Por más que me irrite la chica, se toma las bárbaras correcciones del entrenador Kelley con

filosofía y asiente rápidamente, con una sonrisa helada y los dedos entrelazados.

—¿Siempre es así? —quiere saber Rhys refiriéndose al entrenador, con los labios casi pegados a mi oreja y un aliento fresco.

Siento un escalofrío.

—¿C-cómo?

—Así de… ¿intenso?

—No —contesto, y finjo una sutil sonrisa.

Me callo que suele ser peor; sobre todo, conmigo.

Pero le necesito. El inquebrantable y severo apoyo del entrenador Kelley no hace sino demostrar cuán obstinado está en que yo tenga éxito. Es así porque cree en mí. Y es la única persona que lo hace.

—Bueno, ¿has venido antes? —le pregunto a Rhys a la vez que él se me acerca.

—De hecho… —dice con una sonrisa socarrona—, eres tú la que está robándome rato de hielo.

Y, como si estuviese planeado, el entrenador de hockey de rostro serio que he visto por aquí en varias ocasiones sale del túnel con un suspiro frustrado. Le da un golpecito en el hombro a Rhys justo cuando pasa por nuestro lado y se dispone a hablar con Kelley, que trata de ignorarlo con descaro.

—Dame cinco minutos y enseguida terminamos —suelta al fin mi entrenador con una voz de trueno en comparación con el tono sorprendentemente dulce de Rhys quien, en lugar de rebatirle nada, se limita a regresar donde estamos nosotros.

—Koteskiy —lo saluda el entrenador y le hace un gesto con la barbilla mientras se rasca la barba—. ¿Y…?

—Sadie —me presento.

Le doy un sorbo al agua y casi lo escupo cuando su entrenador pregunta:

—¿La novia?

Rhys se sonroja y yo de repente me muero de ganas de responder que sí, agarrarlo y besarle su ruborizada piel. Se me contraen los dedos porque la simple idea de ver la cara de shock que se le quedaría a Victoria y la rabia del entrenador Kelley ante un comportamiento tan repulsivo y poco profesional por mi parte es extremada e intensamente sobrecogedora.

Y volver a sentir a Rhys …

Ahora la que se sonroja de golpe soy yo.

—Una amiga —lo corrige Rhys—. Sus hermanos juegan al hockey. Eh… Entrenan con la Fundación.

Me da un vuelco el estómago. Eso implica que mis hermanos tienen que aprovecharse de una organización benéfica, algo que yo veo como un centelleante foco que ilumina todas y cada una de las cosas que me avergüenzan y con las que convivo a diario. Y lo detesto.

La chica que se deshace de la tristeza besuqueándose por ahí y que necesita que le echen un cable con sus hermanos pequeños.

Patético.

—Bueno, tengo que irme —suelto, y salto del banco con las protecciones de los patines puestas—. Nos vemos, fiera.

No los necesito. Ni a él ni su ayuda.

Ni sus estúpidos hoyuelos.

Casi no he terminado de cruzar el túnel del vestuario de chicas, que está absurdamente lejos de la pista porque los de hockey son

los que se quedan con más del complejo, cuando él me alcanza y me agarra del brazo.

—Oye, Rhys…

—Menuda humillación —me gruñe otra voz al oído mientras esa persona me clava los dedos en el bíceps con fuerza—. A mi despacho. Ya.

Me sacude con fuerza y agacho la cabeza mientras camino detrás del esbelto cuerpo de mi entrenador. Victoria pasa por nuestro lado y me mira con compasión.

Cuando Kelley entra en su despacho, me detengo, pero solo porque me agarra Victoria.

—Ya no estás en horas de entreno —me dice, carraspea y me mira con cierta indecisión en los ojos. Y no la culpo, porque no solo no somos amigas sino que, además, creo que nunca he sido amable con ella. Vuelve a mirar a nuestro alrededor y añade con voz más baja—: No tienes por qué entrar en su despacho. Es nuestro entrenador, no nuestro padre.

«Pues a mí me ha hecho más de padre que el mío», pienso, aunque no se lo digo.

De todos modos, pongo los ojos en blanco como para quitarle hierro al asunto y respondo:

—Ya sé cómo lidiar con Kelley. Métete en tus asuntos.

Me cuadro de hombros como si estuviera a punto de irme a la guerra, entro en su despacho y cierro la puerta detrás de mí.

—Siento haber estado distraí…

—¿Quién es el chico? —me corta con rudeza.

Me doy la vuelta y veo cómo se descalza y mete los pies en unas zapatillas excesivamente caras mientras tira sus patines negros en la

bolsa.

—¿Qué?

Empalidezco.

Me mira con desprecio.

—¿Que quién es el chico ese de hockey con el que has estado perdiendo el tiempo y dejándote tentar durante mis horas de entrenamiento?

—No he… No estoy…

—Como vuelva a repetirse, te pondré otra vez en período de prueba —me dice, y chasquea los dedos como si la conversación hubiese terminado.

—No es justo.

No pienso entrar en el tema de Rhys. No voy a cargarme años de mejora de mis habilidades como patinadora y de absoluta dedicación por desconcentrarme un poco un solo día.

—¿Que no es justo? —pregunta el entrenador Kelley al tiempo que da un puñetazo sobre el escritorio de metal que nos separa, se levanta y se inclina hacia mí—. Victoria siempre sale muchísimo mejor del *axel* que tú. ¿Te parece eso justo? —Alza la voz con cada palabra que pronuncia, y la ansiedad me recorre la espalda—. Llevo años invirtiendo dinero, tiempo y esfuerzo en ti, y tú eres tan desagradecida que no puedes mantener la concentración ni una hora.

—Kelley…

—Vuelves a estar en período de prueba.

Abro la boca y siento que me tiembla el cuerpo entero por el esfuerzo que estoy haciendo para contener las ganas de gritar. Y hasta de montar un berrinche, tal vez.

—A no ser que las malditas palabras que estén a punto de salirte de la boca sean un «gracias» o un «lo siento», no quiero oírlas.

Me callo. Noto el agrio sabor de las palabras en mi interior; es como si me estuviese tragando la bilis.

El despacho se sume en silencio durante un segundo, y los ojos empiezan a escocerme con unas lágrimas llenas de rabia hasta que, las muy traidoras, empiezan a resbalarme por las mejillas.

Kelley suspira, se yergue y se cruza de brazos mientras da la vuelta por el lado del escritorio y se coloca delante de mí.

—Ven aquí, tormento.

Abre los brazos y me abraza con fuerza. Se me escapan más lágrimas y sigo con los brazos inmóviles a los lados del cuerpo mientras me impregno de un consuelo que ni siquiera sé si quiero.

—Venga —me dice separándome de él y acariciándome el pelo—. Vete a casa. Duerme. Y vuelve mañana por la mañana. A primera hora.

Siento un nudo en el estómago por estar callándome todo cuanto quiero decir y los gritos que me muero por soltar. Pero, para no variar y sin saber muy bien cómo, consigo guardármelo todo para mis adentros.

«Es el único que se preocupa por mí. El único que lo sabe todo sobre mi vida de mierda. Me quiere».

—Lo siento —digo, y las palabras me arden como ácido en la boca al soltarlas.

17

Rhys

Que el entrenador Harris me pida que me reúna con él un día que no tenemos entrenamiento no es raro. En cierto modo, forma parte de mis responsabilidades como capitán.

Lo que me escama es que mi padre esté sentado a mi derecha, acomodado en una silla que ahora está inclinada hacia la pared porque no para de repiquetear con el pie. En el coche, de camino hacia aquí, no estaba nervioso; ahora, en cambio, sin nada que me distraiga, su agitación me resulta contagiosa.

Se abre la puerta y entra el entrenador Harris. Pasa al lado de la mesa y, como ya se conocen, le da un rápido apretón de manos a mi padre.

—Max —lo saluda Harris asintiendo con la cabeza, apoyando los codos con pesadez sobre el oscuro escritorio de roble—. Rhys, gracias por venir.

Algo no va bien.

Empiezo a sentir cierta incomodidad en el estómago y se me remueven las tripas con inquietud mientras noto que el cuarto va haciéndose cada vez más y más pequeño.

«¿Por qué hace tantísimo calor aquí dentro?».

—Quería comentaros esto a vosotros dos en privado antes del primer entrenamiento oficial. —Harris guarda silencio un segundo y

levanta una de sus callosas palmas como para evitar que yo diga nada—. Ya sabéis que Davidson se ha ido, de modo que ahora tenemos a Doherty de defensa en la primera línea, pero necesitamos a alguien más.

A pesar de que ya lo sabíamos, nadie hace ningún comentario acerca de la repentina marcha de Davidson. La mayoría de los jugadores solo dejan el equipo si los seleccionan, pero no ha sido su caso. Ahora, Holden se ha quedado sin su compañero de línea habitual. Y yo había dado por hecho que lo sustituiría un novato.

El entrenador Harris carraspea antes de ponerse tan serio que entro en tensión.

—Así que hemos fichado a un chico de Michigan. Toren Kane.

Las náuseas se apoderan de mí, y lo único que impide que me salga el desayuno por la boca es el enorme nudo que tengo en la garganta.

Toren Kane.

El gran defensa de la universidad Mt. Hart, nuestro equipo rival de hockey universitario. Una futura estrella de la NHL desde hace tres años consecutivos a quien, si aún no han fichado, ha sido por varias cagadas constantes. El jugador que casi me mató la primavera pasada.

¿Y el entrenador Harris quiere que juegue con él, no solo en el mismo equipo, sino en la misma maldita línea?

—¿Es una puta broma?

No lo digo yo, sino mi padre, con un susurro amenazante mientras se sujeta a los apoyabrazos de la silla con tanta fuerza que se le ponen los nudillos blancos.

—Sé que…

—¿Has perdido la puta chaveta? —pregunta más alto y levantando la voz por encima de la de mi entrenador—. Sabes lo que le hizo a mi hijo, Harris. Este chaval es una puñetera pesadilla.

Parece que esto sea de lo último de lo que le apetezca hablar a Harris y ya sé lo que dirá antes de que abra la boca:

—Fue una carga legal, Max. El chaval es un buen defen…

—Es un problema, eso es lo que es. Su equipo entero nos dio la razón y todos querían que lo sancionaran.

—Max…

—Si no lo han seleccionado es por algo, ¿recuerdas? Y no estamos hablando de un caso aislado. ¡El escándalo lo sigue allá donde vaya! —Mi padre vuelve a alzar la voz y, a medida que suelta tacos en ruso sin dejar de gritar, se le va marcando más su sutil acento.

—Max…

—Aparte de este chaval, hay miles de críos mejores. ¿Y tú lo necesitas a él? ¿A qué coste? Estamos hablando de mi hijo, ¡el capitán del equipo!

El entrenador ni levanta la voz ni hace ademán de tranquilizar a mi padre. Se limita a asentir y a alternar la mirada entre mi padre, yo y de vuelta a mi padre.

Me levanto de forma brusca y, sin querer, empujo la silla hacia atrás. Ambos guardan silencio un segundo, pero la sala continúa encogiéndose; si sigo un minuto más aquí, me asfixiaré.

Salgo decidido del despacho y paso de mi padre y de mi entrenador, que me llaman en ruso y en inglés. Al cruzar la puerta, pego esquinazo tan deprisa que me doy un golpe en el hombro. No hay nadie en los pasillos, pero camino con la cabeza agachada porque los martillazos que noto en la mente me van haciendo mella.

Intento concentrarme y echar mano de las técnicas de enraizamiento que he aprendido para frenar los pies a este ataque de pánico antes de que se adueñe de mí.

Choco con alguien y musito una disculpa antes de marcharme con la visión nublada y cada vez más estrecha mientras sigo avanzando a trompicones.

La persona en cuestión me agarra por la muñeca con fuerza; noto que se me clavan unas pequeñas uñas en la piel y casi gimo. Reconocería el tacto de Sadie aunque estuviera ciego.

Me doy la vuelta de inmediato y dejo que me acerque de espaldas a la fría pared de ladrillos azules que me queda detrás. Cuando se pone así, parece tan poderosa que da igual las cabezas que le saque: es como si Sadie lo tuviese todo controlado; como si pudiera tranquilizarme con solo ejercer un poco de presión en mi piel con la suya.

Cuando le estudio la cara con la mirada, me doy cuenta de que me está hablando.

—Lo siento —le digo igual de patético y tembloroso que siempre.

Por lo visto, es mi nueva normalidad. Nunca he sido agresivo, siempre he mantenido el control dentro y fuera del hielo; pero ahora me apetecería pegarle un buen puñetazo a algo.

No puedo contener la risita autocrítica que se me escapa.

Dios, no me extraña que no quiera estar conmigo. Patético.

—Rhys, ¿qué pasa? —me pregunta Sadie con un tono de voz que me indica que ya me lo ha preguntado antes y que la estoy asustando al comportarme cual paciente psiquiátrico en estado catatónico—. Estás temblando.

—Est…

No tengo miedo. De Toren Karen no. Lo que estoy es cabreado. Me siento traicionado por una persona que me ha apoyado desde que entré en primero, que ni una sola vez me ha tratado como si fuera un miniclon de mi padre; que estuvo a mi lado cuando me lesioné. Sé que mis compañeros me apoyarán, pero eso me da igual. ¿Por qué lo ha fichado?

Mi equipo se quejó porque no consideró que la carga fuera legal, y ocurrió lo mismo con el de Toren, pero los árbitros no lo vieron así. Y no le pasó nada. Si no consigo controlar toda esta mierda, dará igual que me cueste mi carrera o que él me lo haya robado absolutamente todo. ¿Y el tío tiene la desfachatez de aparecer en mi equipo? ¿En mi universidad?

Me da tantas vueltas la cabeza que parezco una hoja en medio de un huracán, y lo único que noto es la escalofriante sensación de que se entumecen los dedos.

Alargo el brazo para coger a Sadie y consigo levantarla con facilidad mientras le bajo la bolsa de entrenamiento del hombro. Otra preocupación me azota de repente: es posible que vuelva a rechazarme, y no podría culparla. Pero no lo hace. Me envuelve las caderas con las piernas y se sujeta con fuerza a mí mientras la beso en los labios. Una vez. Dos. Luego le muerdo ese carnoso labio inferior antes de acariciárselo con la lengua.

—Rhys —dice medio susurrando medio gimiendo—, aquí no.

Al oír eso, me detengo. Tiene razón. Estamos en medio del pasillo de la pista de patinaje a plena luz del día. Porque he venido en el coche de mi padre que, si no, ya estaría de camino a casa con Sadie en el asiento del copiloto, pensando en alguna forma de hacer que

se quedara en mi habitación, en mi cama o donde fuera con tal de que estuviera conmigo.

—Creo que estás enfadada conmigo por algo, pero no…

—Lo estaba —se apresura a responder—, pero ya se me ha pasado.

En realidad no lo parece, pero estoy demasiado abrumado y mareado como para seguir indagando.

—Quiero estar contigo —se me escapa de los labios, pues Sadie es todo cuanto necesito.

A mí me da igual hacerlo público o que nos pillen, pero, si para ella es importante, quiero saberlo.

Sadie salta de mis brazos, me coge la muñeca con la mano y noto la presión de sus dedos contra el pulso mientras tira de mí pasillo abajo y entramos en las duchas.

A pesar de que no hay nadie, me mete en la primera y tira de la cortina para cerrarla con rapidez. Los ojos le brillan llenos de lujuria y eso no hace sino avivar el monstruo que me corre por las venas.

Nunca he hecho nada así. Nunca he sido como Freddy o como Holden, con los rollos que se llevan con sus pucktillas. Siempre he sido de tener pareja. He sido el chico bueno, el atleta ejemplar y el alumno de dieces al que las chicas quieren llevar a casa y presentar a sus padres. Un monógamo en serie.

Pero ya no.

Se me vuelve a escapar otra risa mientras sus suaves y pequeñas manos me exploran el vientre y el pecho.

En ese partido, no solo me hice daño a nivel físico. Ahora tengo la mente partida en mil putos pedazos.

Sadie se empotra contra mí, levantándome la camisa ávidamente, desabrochándome el cinturón con rapidez y… Me echo hacia atrás.

Nope. No necesito que sea ella la que tome el control. Debo tenerlo yo, necesito algo a lo que agarrarme mientras todo me da vueltas.

Cambio de posición y la dejo con los hombros apoyados en los azulejos mientras le paseo la mano por la suave piel del interior del muslo, trazando con un dedo la línea de sus shorts de licra. Ejerzo presión con los labios para besarle la boca, el cuello y la zona de detrás de la oreja.

—Sé que te gusta tener el control —le susurro rozándole la mejilla con los labios—, pero yo no soy un tío cualquiera al que vayas a utilizar para dejar de sentir. Conmigo lo sentirás todo. —Le mordisqueo el lóbulo con sutileza antes de acallarle el gemido con otro fuerte beso en los labios.

Sadie me sigue el ritmo, pero continúa intentando dominar la situación.

Me arrodillo ante ella y le beso el estómago. Lleva la misma camiseta gastada de Waterfell que no hace sino seguir alimentando las fantasías en las que la veo con otra prácticamente idéntica, solo que con mi nombre en la espalda.

Antes de que pueda seguir avanzando, Sadie me agarra la barbilla y me echa la cabeza hacia atrás.

—Estoy agotada —confiesa relajándose contra los azulejos y mirándome mientras respiramos de forma entrecortada y seguimos con las manos apoyadas en el cuerpo del otro—. Rhys, llevo horas entrenando. Debería ducharme…

—Perfecto. Tengo suficiente energía para los dos. —Vuelvo la cara hacia su mano y le planto un beso en la palma con los labios separados—. Relájate y deja que te mime.

Le hundo las manos bajo la camiseta y jugueteo con los dedos por la cintura de los shorts.

—¿Qué quieres, Grisi? Dímelo.

Cuando ve que haré todo cuanto me diga, se le enciende la mirada.

—Quiero que me lo comas.

Se me escapa un gemido antes de poder reprimirlo.

—Gracias a Dios —susurro al tiempo que le bajo los pantalones hasta que le quedan por los tobillos—. ¿Confías en mí?

Arruga la frente y deja de morderse el labio inferior.

—¿Para que me lo comas? Supongo… —dice con un tono que sigue siendo pícaro, pero la respiración entrecortada la delata mientras una lasciva bruma le envuelve el rostro.

Una parte de mí (claramente, la del antiguo Rhys), quiere parar al oír esa respuesta, mantenerme alejado de ella hasta que me responda con un claro «sí». La confianza y el sexo van de la mano, sobre todo, para mí.

—Por favor.

«Esta chica me vuelve loco».

—Vale, Sadie Grisi —susurro antes de bajar las manos para separarle las rodillas.

18

Sadie

Al entrar en contacto con mi fría y desnuda piel, las manos de Rhys son como fuego, y mi gélido exterior se va derritiendo mientras me recorre el cuerpo entero con los dedos.

No dejo que me lo coman los tíos con los que me enrollo. En gran parte porque, para lo que busco, es una pérdida de tiempo. Y porque por lo general no lo disfruto; no lo suficiente como para hacer que ese momento de intimidad merezca la pena. Además, tampoco es que haya muchos que se ofrezcan…

El corazón me va a mil por hora.

Los dedos de Rhys encuentran la tira de mi tanga sin costuras. Los enrolla alrededor de la tela y tira con delicadeza para ejercerme cierta presión en el clítoris. Me pilla tan por sorpresa que gimo antes de que tire de ellos y me los baje despacio por las caderas y las piernas.

Me observa fijamente con su abrasadora mirada mientras me levanta los pies para apartar la ropa, y noto la calidez de sus manos en los tobillos. La confianza que suelo sentir en situaciones como estas se reduce a nada y ahora, en su lugar, solo queda un montón de vulnerabilidad.

Puede que el que esté arrodillado sea él, pero también tiene el control.

Quiero tocarlo, pero no sé muy bien por dónde quiero empezar.

Rhys levanta los brazos. Me agarra la cadera ejerciendo una sólida presión con una mano y me va paseando la otra por la parte interna de los muslos, poco a poco, casi en señal de veneración, hasta que al final rompe el contacto visual y me mira el sexo, depilado del todo.

—Joder, Grisi —susurra, y noto su aliento contra la piel sensible a más no poder—. ¿Vas así por mí? —Sonríe socarrón, emana pura arrogancia. He aquí un destello de la fiera del hockey que sé que puede llegar a ser cuando quiere.

Resoplo.

—Me es más cómodo llevarlo depilado del todo para los maillots.

Intento usar las palabras para construirme un muro porque, con este chico, todo parece peligroso. Es como si estuviera andando por la cuerda floja, en riesgo constante de enamorarme de él en el momento menos pensado.

Me acalla al ejercer presión con su cálido pulgar contra sus labios antes de ponerse a jugar delicadamente con mi hendidura.

—No me refería a eso —contesta con la voz áspera, y aparta la mano para enseñármelo.

Estoy empapada. No ha hecho nada más que besarme, pero estoy tan húmeda que es hasta vergonzoso. Pero Rhys es guapísimo; una versión desaliñada de la imagen perfecta que ha sido hasta ahora.

Ya no queda nada del pánico que le he visto antes; no le tiemblan las manos y le brilla la mirada, y eso aún lo hace más atractivo. Sus ojos marrones parecen más cálidos bajo la amarillenta luz de las duchas. Lo veo igual de corpulento que siempre, con sus fuertes muslos tensados contra esos pantalones de chándal gris y una

protuberancia que me distrae tanto que tengo que volver la cabeza. Y esos malditos hoyuelos, que ahora se le marcan a la perfección. Me coloca una pierna sobre su ancho hombro con una mezcla de ilusión pueril y confianza masculina.

Estoy expuesta por completo, y la piel me va adoptando un color rosado ante el repentino y sofocante calor que nos envuelve y que me provoca su atención.

—Qué preciosidad —susurra.

Antes de que intente contestar, me lame entera y me da un sutil lengüetazo en el clítoris para después separar los labios y soplar con delicadeza.

—Oh, joder —gimo, y me muerdo el labio inferior porque estoy perdiendo el control.

Me mira con los ojos entrecerrados, aunque con fuego en esos cálidos iris de color chocolate.

—¿Te basta con eso? —me provoca, a pesar de que se le dibuja una pregunta en la mirada.

La respuesta se me escapa antes de que pueda contenerme:

—No suelo hacer esto.

—¿El qué? ¿Enrollarte con alguien en un baño? —Vuelve a sonreír, socarrón, y le centellean los ojos—. Tiene gracia, porque siempre que he acabado con la boca empotrada a la tuya ha sido en un baño.

Ahora, viéndolo tan relajado, me doy cuenta de la resplandeciente estrella fugaz que es Rhys Koteskiy.

«Qué mal lo voy a pasar. Qué mal me lo hará pasar».

Pero me da igual. Voy a dejar que me lo haga pasar mal con tal de que siga tocándome así.

Niego con la cabeza y me apoyo en la pared mientras él ejerce presión con la nariz en la pálida carne de mi sexo, justo encima de donde tanto lo necesito.

—Por favor —le suplico odiándome por ello, a pesar de que me tiemblan las piernas bajo sus manos.

Vuelve a recorrerme con los labios y luego me dibuja círculos en el clítoris.

Dios mío, voy a derretirme aquí mismo. Siento que me arde el cuerpo entero y ya estoy a punto de correrme; qué vergüenza. Intento no mirarlo y echo la cabeza hacia atrás.

—Es justo como lo había imaginado —dice con un hilo de voz, casi como si no hubiese sido su intención.

Inclino la cabeza hacia él con una sonrisa burlona en los labios, como si pudiera recuperar el control.

—¿El qué? ¿Esta sucia ducha de vestuario?

Rhys ríe por la nariz y le centellea la mirada con picardía mientras me acerca toda la boca al clítoris y me lo succiona con fuerza.

—Joder —jadeo.

Resbalo un poco, lo justo como para agarrarme a él con las manos y hundírselas en su suave melena castaña. Con las uñas, le rasco el cuero cabelludo con delicadeza mientras él me va dibujando círculos en una especie de hechizado patrón que me hace jadear como si acabase de sacar la cabeza del agua y estuviese inhalando el aire de la superficie.

Gime y me levanta un poco más la pierna, colocándosela encima del hombro. Me sujeta con sus grandes manos y casi ni toco el suelo. Encojo los dedos de los pies y los zapatos me chirrían mientras me contorsiono.

Sigue agarrándome el culo con la mano izquierda, apretándome la nalga de vez en cuando, y, con la derecha, me separa con delicadeza y me cuela un dedo. Grito demasiado fuerte, pero a él se le escapa un sonido de placer de esos carnosos labios que tiene pegados a mi clítoris. Me muevo, pero Rhys me frena y cuela un segundo dedo, acelerando el ritmo con la boca y la lengua, que contrastan con los firmes y lentos movimientos de sus dedos.

Los curva de forma sutil y cometo el error de mirarlo.

Sus ojos marrones centellean mientras me estudia la cara con atención y observa cada uno de mis movimientos. Entonces sonríe y le atisbo uno de esos malditos hoyuelos.

Estallo de golpe.

—¿Ya? —bromea mientras se me contrae el sexo alrededor de sus dedos con fuerza. Vuelve a chirriarme el zapato contra los azulejos del suelo mientras Rhys me baja la pierna. Me da un delicado beso en el interior del otro muslo mientras se lo baja del hombro y luego vuelve a dejarme de pie—. Jodidamente perfecta. Y preciosa.

Siento un nudo en la garganta.

Rhys sigue arrodillado, agarrándome las pantorrillas con las manos. Recoge el tanga que me había arrancado y me pasa los pies por los agujeros antes de subírmelo por las piernas.

Vuelve a dejar otro beso sobre la tela, ahora con más veneración que sensualidad, y eso me desata cierto aleteo en el pecho. No me gusta nada la punzada que siento. No me gusta nada que casi se me escape un «¿Quieres venirte a casa conmigo?». Me siento vulnerable, destrozada y, en cierto modo, más llena de sentimientos que antes. No siento el vacío o la contención que suelo sentir después de enrollarme con alguien.

«Peligro», me repite mi subconsciente. Mi cuerpo, sin embargo, está listo para tirarlo al suelo y abordarlo.

Me ayuda a ponerme los shorts de licra, tomándose su tiempo para subírmelos por las piernas y acariciándomelas con las palmas de las manos tanto por la zona cubierta por la ropa como por la que me queda al aire, y lo agarro por las muñecas para tirar de él y que se levante. Estoy lista para recuperar el control. Estoy lista para…

Rhys levanta la mano sin zafarse de la mía y se lleva los dedos a la boca.

El sonido que se me escapa, una especie de gemido que se me ha atascado en la garganta, hace que me sonroje a más no poder. Cuando se saca los dedos de sus hinchados labios sigo sin poder apartar la mirada.

Rhys lo es todo.

Me da miedo pensar en él de esta forma. Necesito distanciarme antes de hacerme daño de verdad. Aun así…

—Deberíamos hacerlo más a menudo.

La sonrisa que se le dibuja es oro en estado puro.

—¿Sí?

—Sí —repito; tengo la sensación de estar flotando—. Sí. De hecho, creo que nos iría bien a los dos. Tú tienes que distraerte y yo tengo que… soltar el estrés.

Se le apaga un poco la mirada y le desaparecen los hoyuelos. Siento una punzada de dolor en el pecho, pero hago caso omiso.

—¿A qué te refieres?

Me encojo de hombros y jugueteo con el dobladillo de la camiseta.

—A… ¿Un lío? A no ser que tú no…

Levanta la mano para cortarme.

—Follamigos. ¿Es lo que me estás proponiendo, no?

Asiento.

—No soy muy de… —Se le apaga la voz, como si estuviese librando una batalla mental—. Da igual. No pienso perder esta oportunidad. Vale.

—¿En serio?

Sonrío ampliamente y él hace lo mismo.

—Si es lo que quieres, sí, Grisi.

Me da un beso en la frente al salir y, con los labios aún pegados a mi piel, me susurra:

—Llámame.

19

Rhys

—¿Todo bien, capi?

No es fácil responder a esta pregunta, pero Freddy parece preocupado. Joder, si es que todo el vestuario está nervioso… Quiero decirle que no, pero bastante tensión hay ya, y sé que, como capitán, debería estar disipándola en lugar de acrecentarla.

Es el último entrenamiento antes de jugar el primer amistoso. Será fuera de casa, contra una pequeña escuela de Vermont cuyo entrenador es amigo del nuestro. Y supongo que, en parte, por eso nos han puesto un partido nada más empezar la pretemporada.

Y también es el primer entreno con el nuevo defensa.

La noticia corrió como la pólvora, sobre todo gracias a los bocazas de Freddy y Holden, de modo que me ha resultado muchísimo más fácil disimular y ahogarme en Sadie.

Aún no hemos cruzado la barrera de algún rollo rápido en mi coche y toqueteos por encima o debajo de la ropa, aunque tanto ella como yo estamos desesperados por soltar toda esa energía. Hay días en los que solo patinamos. Y otros en los que ni siquiera llegamos al vestuario porque la intensidad nos lleva a jadear con la boca pegada a la piel del otro en el amplio maletero de su Jeep, tumbados sobre la manta que, según me confesó, era para «emergencias de autocine».

Cuando le dije que nunca había oído algo así y que jamás había estado en un autocine, pareció tan profundamente dolida que me reí con más ímpetu de lo que lo había hecho en meses, y se me ensanchó tanto la sonrisa que me dolían las mejillas.

Luego, después de la clase de esa noche, me esperó fuera de su apartamento y me exigió que fuéramos en su coche. Condujo ella, algo que suele pedirme a menudo; igual es porque se acuerda de cómo solté la ansiedad conduciendo aquel día, a saber.

Fuimos a un autocine y, para mi sorpresa, aparcamos con el maletero encarado a la pantalla, lo abrimos y nos tumbamos ahí. Compré dos hamburguesas y un montón de chuches que quizá estuvieran caducadas en el único puesto de comida que había, donde trabajaba una adolescente. Luego nos reímos y charlamos. Apenas prestamos atención a la centelleante y distorsionada pantalla de función doble, y yo me empapé de Sadie a más no poder, como si fuera el agua que cae sobre el jardín tras un tiempo de sequía.

Al final, me dijo que no era una cita.

Pero me dio igual; lo parecía. Y eso que no nos besamos ni una sola vez.

Cuando estamos los dos solos, me resulta fácil fingir que, tal vez, Sadie sea toda mía. Mi novia. Que podría convencerla para abrazarla de nuevo una y otra vez y, de alguna forma, conseguir que se pusiera mi camiseta y sobornarla para me animase y se quedara de pie en esas frías gradas para gritarle al mundo que soy suyo.

Y quiero serlo. Casi quiero ser más suyo que mío.

—¿Seguro que no quieres decir nada antes? —me pregunta Freddy, sorprendido de que no responda.

Bennett se encoge de hombros mientras se pone las espinilleras.

—¿Para qué? —le pregunta—. Todos sabemos que lo han fichado. Y todos estamos de parte de Rhys.

—Eso por supuesto —asiente Holden.

Niego con la cabeza y respondo:

—Doherty, será tu compañero. Este año tenemos que aprovechar todas las oportunidades que se nos presenten.

Iremos al Frozen Four. Y vamos a ganar. Y esto no cambiará por culpa de un jugador.

Alguien abre la puerta y se cierra de un portazo tras la gigantesca figura de Toren Kane.

El tío no mira a nadie. Va pavoneándose hasta la taquilla que le han asignado al lado de la Holden con la mirada baja, tira al suelo la bolsa con la equipación y empieza a cambiarse.

Aparte de la primavera pasada a través de la rejilla del casco, solo lo he visto en imágenes de Elite Prospects y en la foto del instituto que salió en internet durante el punto álgido del escándalo que generó años atrás.

Los jugadores de hockey tienden a ser altos, la mayoría suelen medir, como mínimo, metro ochenta. La altura y el peso son una ventaja igual de importante que la rapidez o cualquier otra habilidad.

Aun así, Toren Kane es alto hasta para un jugador de hockey. No es que esté tan musculado ni cuadrado como Bennett, pero casi, y seguramente roce los dos metros. Como capitán, su altura y su desarrollado físico deberían hacer que me alegrara de tenerlo en la primera línea de defensa, justo delante de Bennett.

Sin embargo, lo único que siento es odio. Un desconocido y desagradable montón de odio.

El silencio se abre paso en el vestuario de forma ensordecedora y todo el mundo finge no estar mirándonos tanto a él como a mí, a pesar de que sus ojos se alternan entre los dos.

—Kane —lo llamo, intentando controlar el tsunami que me azota por dentro—, tendríamos que hablar.

Desvía la mirada hacia mí un segundo. A continuación, sacude los hombros para quitarse la camisa y alarga el brazo para sacar una camiseta técnica de la bolsa.

—No podemos hacer como si no hubiese pasado nada —prosigo —. Si quieres formar parte de este equipo, tenemos que hablar.

Odio esto. Odio tener que ser el que vaya de maduro sereno cuando él fue quien me arruinó la vida. Pero lo intento. Me dejo llevar por el entumecimiento y espero que lo que más odio me impida pegarle un puñetazo en la boca.

A Kane se le enciende la mirada, furioso, mientras se baja la camiseta por el abdomen y sacude la cabeza, con su oscuro pelo empapado.

—No hay nada de qué hablar, Koteskiy. Supéralo ya.

Aprieto los puños y me abalanzo sobre él. «Suerte que solo sentía entumecimiento…».

—¿Se te ha ido la puta olla? —le espeto.

Freddy ríe por lo bajo y se acerca a mí.

—Por lo que he leído, sí, del todo —responde este.

A Kane se le tensan sutilmente los hombros, se ríe, y ese sonido retumba por el vestuario. Me acuerdo de los medios de comunicación que mencionaron la carga y lo tacharon de psicópata; todos ellos comentaban que Kane no había mostrado arrepentimiento.

—Fue legal —suelta.

—Y una mierda.

—Está como una puta cabra.

—¡Legal, los cojones!

Detrás de mí, el resto del equipo me apoya y se queja incrédulo.

El peso de las palabras que quiero pero no puedo decir me asfixia y, por un momento, me siento como Atlas, listo para deshacerme del peso del mundo que cargo en los hombros con tal de disfrutar de un minuto de alivio.

Sin embargo, me niego a arrastrar a nadie conmigo. Me niego a que me miren como si les diera pena; oírlos riéndose a costa de mi dolor, lo que sería aún peor, o a que desconfíen de mi capacidad para seguir siendo capitán, a pesar de que yo mismo he perdido la fe en mí. ¿Cómo van a respetar a un capitán y a confiar en mí para que los guíe si se enteran de que, cada segundo que estoy en el hielo, me lo paso librando una batalla interna?

—¿Que fue legal? —salta Freddy cruzándose de brazos, dando un paso hacia delante—. Tu equipo, joder, hasta tu entrenador, querían que te expulsaran por la carga.

—Los árbitros no lo vieron así. Y yo no hice nada. Madurad de una puta vez.

Al oír eso, Bennett gruñe y, sin levantar la voz pero con un tono que retumba por todo el vestuario porque es muy raro que él diga nada, suelta:

—Acepta tu parte de culpa.

El moreno rostro de Kane se incendia, cabreado, y entrecierra los ojos mientras nos mira a todos y cada uno de nosotros y se da cuenta de que está arrinconado.

—No he venido a pelearme. —Sonríe socarrón—. Fuera del hielo, digo. Solo he venido a jugar al puto hockey. —Vuelve a encogerse de hombros y sigue colocando sus cosas en la taquilla, como Pedro por su casa.

Hay algo en la naturalidad de todo este asunto, en que actúe como si no me hubiese hecho acabar la temporada pasada antes de que se terminase o como si no me hubiera llevado a vivir el fin de mis días como si nada, que me hace estallar.

Me abalanzo sobre él, lo empujo por el pecho con las manos y lo empotro contra su taquilla. Se da en la cabeza con la estantería superior.

—Este es mi puto equipo. Muestra algo de respeto.

—Vete a la mierda —responde con desdén, sonriendo burlón de nuevo, como si estuviese retándome para que le pegue de verdad.

En un acto reflejo, le estampo el puño en la cara. Nadie me detendrá ni me contendrá. En todo caso, se unirán a mí. Es mi equipo.

«Me lo arrebataste todo».

—Basta.

La única voz que puede poner fin a esta pelea no es estridente. Es suave y firme. La del entrenador Harris es siempre así.

Tardo un segundo en darme cuenta de que sigo pegado a Toren Kane, agarrándole la camiseta mientras él se limita a sonreír y un hilito de sangre le resbala por sus blancos dientes, el labio y la barbilla.

—Suéltalo —me dice Bennett—. Pelearse así no vale la pena.

Sigo las instrucciones de Ben como si hubiésemos intercambiado los papeles en comparación a cómo fueron, en su día y durante

tanto tiempo, las cosas entre nosotros, y dejo que me calme.

El entrenador Harris se coloca en el centro del vestuario y no tiene problema alguno en captar nuestra atención, como de costumbre. Por lo visto, incluso ha llamado la de Toren Kane.

—Sé que ahora sentís un montón de emociones a la vez, pero controlaos. Soltadlo todo en el hielo, no entre vosotros. — Me mira y suspira—. Toren jugará con nosotros, y espero que todos actuéis como es debido y lo tratéis como a cualquier otro miembro del equipo. Me da igual lo que tengáis que hacer para conseguirlo, pero no quiero mierdas de estas ni en mi hielo ni en mi vestuario. Joder, no las quiero ni en mi maldito complejo deportivo. ¿Estamos?

—Sí, señor —respondemos todos.

—Será un entrenamiento largo. Salid de aquí, venga.

20

Sadie

Pillarme de Rhys es tal y como me imagino que debe de ser tener una adicción.

Con él, todo resulta más fácil. No es la primera vez que decido mantener una relación de follamigos con alguien, pero es la primera que me siento así. Antes lo hacía solo para deshacerme de todo lo que me quemaba por dentro; como una especie de ejercicio que me ayudaba a sentirme más aliviada. Con Rhys, en cambio, tener que esperar más de un día para verlo y tocarlo me parece una tortura.

Me siento atrapada entre que me encante cómo me siento al estar con él y que odie con todas mis fuerzas que me encante cómo me siento al estar con él.

Por no hablar de que este hombre me come el coño como si fuese su puto trabajo.

Incluso ahora, escondidos en un armario de almacenaje antes de que los padres de los niños que vienen a clases de «Aprende a patinar» abandonen el edificio (que es cuando tendría más sentido a nivel logístico, para mí, arrodillarme y hacérselo a él), me tiene medio levantada en el aire y está con la cara hundida entre mis muslos mientras le clavo los tobillos, desnudos, en los músculos de la espalda.

Estoy llegando al clímax y noto que me empiezan a temblar las piernas cuando se separa. Casi le pego una bofetada cuando agarro su sedoso pelo con las manos para volver a acercarlo allí donde más lo necesito.

—¿Qué narices haces, fiera? —jadeo con un tono de voz agudo, por más que intente sonar autoritaria—. Estoy a puntísimo de correrme, joder.

—La semana que viene es mi cumpleaños —me cuenta, como si fuese el momento perfecto para hablar del tema.

—Feliz cumpleaños —gruño.

Le agarro el cuero cabelludo con más fuerza y él se limita a sonreír.

—Gracias —suspira, y me da un beso en la parte interior del muslo, con lo cual acabo agarrándome de nuevo a la pared. Estoy tan a punto de correrme que Rhys podría respirar un poco más fuerte con la boca cerca del clítoris y estallaría—. Pero he pensado que podrías decírmelo ese día.

Al darme cuenta de lo que me está pidiendo, se me remueven las tripas. Aun así, el traicionero de mi cuerpo sigue reaccionando como si este hombre no estuviese restregándome mi propio orgasmo por la cara cuando estoy a nada de correrme.

—Rhys… —digo sin aliento.

Me da un fuerte y sólido lengüetazo y me muerdo la lengua para no soltar otro taco.

—Si quieres correrte —me amenaza, y baja la voz mientras esa oscuridad que siempre intenta contener se le cuela a través de su imagen de chico perfecto—, aceptarás ahora mismo estar allí ese

día. Si así lo ves menos formal, tómatelo como mi regalo de cumpleaños.

Casi no puedo asimilar lo que me está diciendo porque noto el aire que se le escapa al pronunciar esas palabras contra el sexo y veo cómo entrecierra y le centellean sus marrones ojos oscuros mientras me mira fijamente a los míos. Sonríe de medio lado, y ese hoyuelo cabezota hace acto de presencia.

—Rhys, por favor.

—Necesito una respuesta, Grisi. Cuando me la des, tendrás lo que quieres.

Cierro los ojos con fuerza en un intento por deshacerme, sin éxito, de la imagen de Rhys arrodillado; esa que tengo grabada a fuego en la mente. No debería. De verdad de la buena que no debería, joder. Pero…

—Vale —gimo—. Vale, vale, vale. Pero, por favor…

Rhys se ríe y me planta un fuerte beso justo en el clítoris antes de reclinarse.

—Esa es mi chica.

Sonríe de oreja a oreja y, a continuación, aparta la mano que hasta hace un segundo tenía apoyada en mi muslo y cuela dos dedos dentro. Estoy empapada.

Suelto un gemido desesperado y muy alto, demasiado para estar escondidos, pero me da igual. Apenas necesito un minuto de su entera atención para que el orgasmo se apodere de mí y me arda el cuerpo entero. Noto cómo me escuece el labio inferior porque me lo muerdo con tanta fuerza que me da la impresión de que se me va a desgarrar la piel.

Tras el subidón, caigo desplomada contra la pared y Rhys me acaricia con tanta dulzura que se me forma un nudo en la garganta. Siempre seguimos la misma pauta. Él, tan dulce, cariñoso y delicado. Yo, deshaciéndome de su abrazo con una excusa desganada para irme y fingir que no veo cómo la tristeza vuelve a inundarle la mirada.

Esta vez no digo nada, sino que le doy un fuerte beso y le mordisqueo sutilmente los labios mientras salgo fuera con mis destartalados patines en la mano.

Él se quita los suyos a una velocidad récord y me sigue. Tras haberse colocado la bolsa en el hombro, se apresura lo suficiente como para atraparme.

No puedo ignorarle. Tenemos los coches aparcados el uno al lado del otro.

—Bueno, ¿vendrás? —me pregunta, y me da la sensación de que, como ahora le diga que no, será como si estuviese tirando un perrito a un contenedor de basura.

—Sí —le confirmo mientras llegamos a los coches que están en el aparcamiento vacío—. Sí. Lo, eh… Lo intentaré.

Rhys sonríe y asiente mientras da saltitos con las puntas de los pies. A pesar de mi respuesta, un tanto evasiva, él está tan ilusionado como si le hubiese prometido que me presentaría con globos y una pancarta.

—Verte será lo mejor del cumpleaños.

Sonríe tímidamente, como si no hubiese querido decirlo en voz alta. Luego se frota la nuca y se despide con un rápido «adiós» antes de meterse en el coche.

Y, como en todas las ocasiones, espera a que yo arranque y me sigue hasta fuera del aparcamiento.

Casi no aparezco.

Sin embargo, dos horas más tarde de que haya empezado la fiesta, según me dijo él por mensaje a principios de semana, me presento en la Hockey-morada. Me siento un poco ridícula por ir tan arreglada (llevo mi habitual vestido lencero de seda gris y una chaqueta de cuero *oversize* por encima) y por haber llegado tan tarde.

Me he repasado el pintalabios dos veces antes de salir del coche, pero utilizo la pantalla del móvil para volver a hacerlo. Llevo una capa de maquillaje extra en comparación a cómo suelo arreglarme, pero es una ocasión especial.

«¿Ah, sí? ¿Tan especial es Rhys?».

Me deshago de esos pensamientos contradictorios sobre el triste capitán de hockey, esos que me inundan la mente a todas horas, cruzo la puerta que está medio abierta y me abro paso entre la multitud. Reconozco a algunas personas, aunque no a todo el mundo.

A quien no veo por ninguna parte es a Rhys Koteskiy.

Vuelvo a la cocina tras revisar la planta de abajo y me encuentro con dos rostros que me resultan familiares: Freddy y Bennett. Los dos me fulminan con una mirada poco divertida nada más entrar.

—Freddy —lo saludo con un gesto con la cabeza—. Hey, ¿habéis visto a Rhys?

—Mira quién ha decidido presentarse al final. —Freddy se termina lo que quiera que tenga en ese vaso de plástico rojo—. Si lo buscas a él, llegas tarde.

Frunzo el ceño y jugueteo con el dobladillo del vestido. Me siento un tanto cohibida y algo pequeña, a pesar de los casi ocho centímetros de más que me suman los tacones de las botas negras que llevo.

Bennett, sentado en un taburete al lado de la barra, no dice nada, pero parece estar incómodo y evita establecer contacto visual conmigo a toda costa. Tiene sus anchos hombros encorvados hacia delante y va arrancando poco a poco la etiqueta del botellín de cerveza que se está bebiendo.

—Ya sé que llego tarde, pero tengo que hablar con él.

Freddy dibuja una sonrisa burlona y sus mejillas sonrosadas me indican que, en este instante, no tiene el control absoluto sobre sus reacciones.

—Ni de coña. Pírate —me suelta.

—Freddy —le espeta Bennett, que desvía la mirada rápidamente hacia mí antes de volver a centrarse en su compañero de equipo—. Para ya.

—No.

Freddy estruja el vaso con fuerza y lo tira por detrás del hombro para que caiga a la basura, no sin antes formar un arco perfecto. La canasta despierta la ovación de los chicos que hay por aquí. El playboy del campus tiene pinta de estar furioso, y yo no estoy acostumbrada a ver esa expresión en su cara de modelo. Apoya las manos en la barra y fulmina a Bennett antes de decirle:

—Ya lo has visto, Reiner. Se ha pasado la noche al lado de la puta puerta, esperándola. —Freddy vuelve a desviar la atención hacia mí y me estudia otra vez con su oscura mirada—. Le has hecho daño. Dado tu historial, creo que es mejor que te pare los pies. Rhys te importa una mierda.

No lo conozco lo suficiente como para que sus palabras me duelan tanto. Quizá sea porque es compañero de Rhys y por eso su bronca me sienta como si acabasen de pegarme una bofetada.

Me pregunto qué le habrá contado Matt Fredderic a Rhys sobre el semestre pasado, cuando se cruzaron nuestros caminos. Cuántas veces me vio llevándome a uno de sus amigos atletas al baño durante una fiesta en casa de alguien o bailando sentada en el regazo de alguna estrella del fútbol ya crecidita solo para inhibirme. Apenas recuerdo nada del semestre anterior; estaba fuera de control y, a la vez, lo único que deseaba con todas mis fuerzas era dejar de sentir tanto al mismo tiempo.

«Este año es distinto. Rhys es distinto».

—Si no me importase una mierda, Freddy, creo que ya te habrías dado cuenta. Pero este semestre no es como el anterior —suelto apretando los dientes porque detesto la vulnerabilidad que esconden mis palabras. Desvío la mirada hacia Bennett un segundo, pero él sigue igual de impasible—. Y Rhys es… distinto.

—Por favooor… —dice Freddy riendo por la nariz y poniendo los ojos en blanco.

La ira se apodera de mí.

—Me encanta follar tanto como a ti, Freddy, y no es ningún puto delito solo porque sea tía. Lo que sí te garantizo es que me importa

más Rhys de lo que a ti te ha importado cualquier tía a la que le hayas metido la polla.

Ahora, al que parece que le hayan pegado una bofetada es a Freddy.

—Está en su cuarto —tercia Bennett, acompañando las palabras con un sutil gesto con el hombro.

Salgo pitando antes de que cualquiera de los dos cambie de opinión y le dé por pararme los pies.

Que yo recuerde, nunca he estado en la Hockey-morada y menos aún desde que Rhys Koteskiy vive aquí. Aun así, adivino cuál es su cuarto a la primera porque tiene pegado a la puerta un póster con el número 51 firmado por todo el equipo. Me acerco para verlo mejor y me fijo en que todas las firmas van acompañadas de un «¡Mejórate pronto!», un «¡Ánimo!» o un «¡Tú puedes!».

El comentario que más destaca porque lo han escrito más grande que el resto y que, en comparación con los demás, resulta hasta absurdo, es un «¡Oh, capitán, mi capitán!» firmado por Matt Fredderic.

Levanto la mano y repiqueteo con los nudillos en la madera.

—Te lo digo por última vez, Freddy… —se queja Rhys desde dentro y, a juzgar por su voz, diría que no está cerca de la puerta—. Ya sabía que igual no venía, ¿vale? Tenías razón. Pedirle que viniera fue una estupidez.

Frunzo el ceño y vuelvo a llamar a pesar de que Rhys siga hablando:

—No es mi… —Abre la puerta de golpe en mitad de la frase, cabreado y buscando al culpable de tantos golpes, pero se encuentra conmigo— … novia.

21

Rhys

Es jodidamente preciosa. Cuanto más la miro, más siento que se va disipando el cabreo.

Sadie Grisi está en mi casa, en la puerta de mi habitación, y es como cualquier fantasía que haya tenido jamás, envuelta en un lazo de seda.

—Hey —suelto afónico mientras estudio el tramo de pálidas piernas que le queda al descubierto, desde las rodillas hasta el dobladillo de su cortísimo vestido. Ya le he tocado esa seda otras veces y, al instante, me doy cuenta de que esa prenda despierta en mi interior una oscura y posesiva sensación.

—Siento llegar tarde —me dice, y ahí caigo en la cuenta de que estoy sonriendo como un idiota.

Trago saliva para contener el inmediato pretexto que estoy a punto de soltar y decirle que no pasa nada: «Tranquila. Me alegro de que hayas venido».

Podría haberse presentado con una camiseta en la que pusiera «Deja de insistir, fiera. No soy tu novia», que yo seguiría alegrándome de verla.

Porque ansío a Sadie como si de una adicción se tratase.

—Pero has venido.

Es todo cuanto consigo decirle porque no quiero perder ni un segundo más del tiempo que tengo con ella sin dedicarlo a algo reconfortante. Sadie me hace sentir cómodo, fuerte y completo otra vez.

Me hago a un lado y estiro el brazo por detrás de la cabeza mientras se me sonrojan las mejillas al ver cómo tengo la habitación. No es que esté hecha un desastre, pero sí abarrotada de cosas porque casi no he salido de aquí en toda la semana.

La ansiedad ha empeorado. Lo suficiente como para que me haya saltado dos días de clase porque me sentía incapaz de salir de la cama. He tenido varias pesadillas: me he duchado cada noche para deshacerme del sudor y he lavado las sábanas diariamente porque estaban empapadas.

Ahora, en cambio, parece que la cosa se ha calmado. Además, al verla a ella en mi cuarto, mientras se quita esa chaqueta de cuero y la cuelga en la silla de mi escritorio, es como si todo fuese como tiene que ser. Como si Sadie por fin estuviera donde tiene que estar.

Aquí. Conmigo.

—Feliz cumpleaños, fiera —me dice, a pesar de que su voz acarrea cierto tono de disculpa en vez de su vacile habitual.

El resentimiento va amainando hasta que me entran ganas de tumbarla en la cama y subirle el vestido de seda hasta la cintura.

No sé si se habrá dado cuenta de que, a través del sonido envolvente y a un volumen más bien bajo, la música que suena de fondo es la suya. Que The Neighbourhood canturrea «A Little Death» para ser la banda sonora de esta fantasía hecha realidad.

—Gracias.

Dibujo una discreta aunque genuina sonrisa mientras paso por su lado para sentarme en la cama. Así, Sadie queda un poco por encima de mí gracias a los centímetros de más que le suman las botas de tacón que se ha puesto (de cuero negro y que ya no podré quitarme de la puñetera cabeza nunca más). Se coloca entre mis piernas. Tiene una mano detrás de la espalda, en la que sostiene una bolsa pequeña que le he visto sacar antes de la chaqueta.

—Te he comprado algo.

Con la otra mano, me coge la que tengo apoyada en el muslo antes de dejarme el paquete en ella. Tiro del lazo, abro el envoltorio y lo que se escondía dentro me cae en la palma.

Un *puck* de hockey negro y una pulsera elástica. Aprieto el disco y veo que se encoge antes de volver a adoptar su forma original.

—Es, eh… Una pelota antiestrés. Eh… Si la aprietas, te ayudará a evadirte o a centrarte. Mi hermano tiene una y le va bien para reducir la ansiedad —me cuenta Sadie, encogiéndose de hombros y acomodándose el pelo detrás de las orejas otra vez.

—Es… Es todo un detalle —digo sintiéndome patético cuando las palabras me salen de la boca. Es más que eso. Lo es todo. Es una parte de mí a la que solo tiene acceso Sadie. Es el hecho de que la única persona que me importa ahora mismo me acepte tal y como soy—. ¿Y la pulsera?

Se ríe mientras levanto el brazalete de cuentas azules y grises para inspeccionar las bolitas de letras con las que ha escrito Fiera.

Me echo a reír y me lo pongo enseguida.

—Es una coña.

«Para mí no», quiero decirle. No me lo quitaré nunca.

En vez de contestar, la abrazo y me la siento encima de las piernas con un gemido.

—Ahora me toca a mí darte las gracias, ¿vale? —le pregunto respirando con la boca pegada a su oído, besándola justo debajo—. Túmbate.

Sadie se separa de mí con un impulso demasiado rápido. Hago ademán de agarrarla, pero me esquiva.

—Quítate los pantalones —me ordena.

Me levanto sin pensármelo dos veces y la miro mientras ella se recuesta perezosamente en la cama y se apoya en los codos. Sadie, así, sin más, con esa fina tira que le resbala de su pecoso hombro y hace que le caiga esa tela gris lo suficiente como para que casi pueda atisbar un pezón rosa y duro.

Se me hace la boca agua mientras levanta las manos para recogerse el pelo y dejarse el cuello libre antes de que algunos mechones oscuros se le escapen de nuevo y le acaricien la piel.

Me bajo los vaqueros y dejo que me caigan hasta los tobillos; aparto los pies y alejo la prenda sin tropezar porque me niego a quitarle los ojos de encima ni un segundo. Duda un instante antes de agarrarme la parte superior del bóxer con los dedos y mirarme como pidiendo permiso.

Asiento como si fuera un puto muñeco de esos a los que se les mueve la cabeza y gruño cuando me baja los calzoncillos por los muslos para dejarme la polla al aire.

—Guau —dice con la cara tan cerca de mí que hasta le noto el aliento. Se me mueven las caderas involuntariamente y ella detiene el recorrido de su mano antes de agarrarme por la base del pene—. La tienes… Muy grande.

Se sonroja. Es la primera vez que la veo intimidada.

No la tengo pequeña, pero ella sí lo es. Por eso, en contraste con su fina mano, parece que la tenga enorme. Como el delirio no me deja hablar, me limito a asentir.

—Nunca he… O sea… Los tíos con los que he estado…

Le agarro la barbilla con fuerza. Los celos me arden en el estómago ante la insinuación de sus palabras.

—Atrévete a terminar esa frase, venga. Te juro que serás tú la que acabe de rodillas, no yo.

Entre esta sutil amenaza y lo fuerte que le estoy agarrando la cara, parece perder la vergüenza.

Sadie se muerde el labio y se arrodilla delante mí con una sonrisa seductora.

—Lo dices como si este no fuera el plan desde el principio…

Y, sin previo aviso, se la mete entera en la boca. Suelto un taco medio gimiendo y se me entrecorta la respiración. Creo que me van a ceder las rodillas en cualquier momento, así que me agarro a su pelo con fuerza.

Recobro el equilibrio y bajo la mirada. Su perversa actitud sigue centelleándole en los llorosos ojos grises de gata que tiene clavados en mi cara.

Voy a correrme muy rápido.

Eso o le diré que la quiero, o algo peor.

Así que la aparto en un intento por no fijarme en cómo se le caen unas gotas de la boca; de sus labios perfectamente pintados. Cuando me veo la marca del pintalabios en la puta polla, tengo que apretarme la base para tranquilizarme.

Empujo a Sadie para que se tumbe en la cama y le cubro el cuerpo por completo con el mío. Cojo el vestido con los dedos y se lo subo hasta la cintura para poder agarrarle el sexo.

—Es mi cumple, debería elegir yo el premio, ¿no crees?

Tiene la mirada vidriosa, y desaparece el espíritu guerrero que caracteriza a mi fogosa patinadora. Cuando la toco, siempre se le relaja el cuerpo, y eso me llena de tantísima satisfacción y control que hasta tengo que refrenar la apremiante necesidad que siento de golpearme el pecho.

Le bajo las tiras del vestido por los hombros para dejarle las tetas al descubierto. No lleva sujetador, y tiene la piel sonrojada hasta los malditos pezones. La primera en buscarlos es mi boca: se los lamo y se los succiono despacio, provocándola de una forma que la vuelve loca.

Para ir tanto de chica fría, basta una dulce caricia para que se derrita.

Tiembla; le sujeto la cintura, desnuda, un poco más fuerte.

—Mmmm —gimo con la boca pegada a su piel—. ¿Te gusta, Grisi?

Asiente. Le agarro la barbilla de nuevo y me separo para volver a mirarla.

—Dímelo —le suplico.

Sin embargo, ella se lleva la mano a la boca, se lame la palma y estira el brazo hacia abajo para agarrarme la polla.

Me sacudo instintivamente con su mano envuelta a mi alrededor y gimo con los labios pegados a su cuello mientras me pajea.

«Joder. Joder. Joder».

Sadie gime un poco más fuerte, y abro los ojos para mirarla. Es pequeñísima, aquí, tumbada debajo de mí. Aun así, ya vuelve a ser

ella la que tiene el control.

—¿Te gusta, fiera? —me provoca, y gimo.

Esto. El tira y afloja por tener el control. Dios, quiero estar con Sadie para siempre.

—Me matas, Grisi —gruño y la levanto de golpe.

Estoy tan jodidamente a punto de correrme que ver cómo se le sonroja la piel mientras me da placer solo empeora la situación. Le centellea la mirada y se le dibuja una pequeña sonrisa en la comisura de sus labios rojos.

La beso con ímpetu e insistencia mientras, al notar el roce, gemimos con las bocas pegadas. No pierde ni un segundo en entrelazar la lengua con la mía hasta que me acaricia el glande con la mano y me separo para tomar una bocanada de aire.

Me besa con fuerza hasta la barbilla; espero que me deje marca.

Es como si Sadie estuviese haciendo realidad mi deseo de cumpleaños. Me clava los dientes en la base del cuello para mordisquearme de forma sutil, y me corro con tanta fuerza que veo las estrellas al cerrar los ojos.

Tardo un poco más de lo normal en que se me pase el subidón pero, cuando sucede, me dejo caer contra el colchón mientras Sadie salta por encima de mí. Oigo el taconeo de sus botas al pisar el suelo y el sonido del agua cuando abre y cierra el grifo. Entonces desvío la mirada hacia el baño y la veo apoyada en el marco de la puerta.

Sigue vestida. Se ha vuelto a subir las tiras del vestido por los hombros y todavía lleva las botas puestas. Yo, en cambio, estoy desnudo y tumbado en la cama, en diagonal.

Levanto la cabeza y se me tensan ligeramente los abdominales mientras ella echa a andar hacia mí.

—Es mi cumpleaños, que no se te olvide —le digo con la mirada llameante—. Y quiero el postre.

Se inclina encima de mí y vuelve a besarme, despacio y con firmeza.

—Lo que tú quieras, fiera.

Debería decirle que se colocara encima de mí y se me sentara en la cara, como llevo imaginándome desde hace semanas.

Sin embargo, en lugar de eso, le digo:

—¿Pasas la noche conmigo?

Se queda helada un segundo, sentada sobre mi abdomen, y se le tensa el cuerpo. Noto su calor corporal acariciándome la piel y, por un segundo, me entran ganas de soltar un «da igual» y levantarla para devorarla.

Aun así, espero, y Sadie, al fin, exhala:

—Vale —susurra—. Me quedo.

Hago que se corra hasta tres veces más, como recompensa por su respuesta o para demostrarle por qué merece la pena que pase el tiempo conmigo, antes de quedarnos dormidos medio desnudos bajo las sábanas de mi cama.

Pero cuando suena la alarma a la mañana siguiente, Sadie ya no está y las sábanas están heladas.

22

Rhys

Mientras voy sentado en el bus durante la última hora del viaje, no consigo que dejen de temblarme las manos.

He fingido dormir casi todo el rato de camino a Vermont para no tener que conversar con Freddy, sentado a mi izquierda.

De pequeños, era Bennet el que siempre se sentaba a mi lado, y me iba genial para concentrarme.

En Waterfell mantuvimos la costumbre, a pesar de que resultara más incómodo porque nuestros musculados cuerpos sobresalían de los asientos. Dudo que Bennett se plantease cambiar esa dinámica bajo ningún concepto.

Freddy sube el volumen del altavoz *bluetooth* que tiene en la mano después de que el entrenador le dé el visto bueno, lo cual me indica que estamos a punto de llegar.

Empieza a sonar a todo volumen «Cupid's Chokehold», de Gym Class Heroes, resonando por todo el autobús. Los alumnos de último año sonríen y los novatos se muestran interesados, aunque confundidos. Nadie tiene muy claro cómo empezó esta tradición, pero la música siempre suena a todo trapo tanto de camino a los partidos fuera de casa como en el vestuario, antes de salir a jugar y después de cualquier victoria. Algunos de mis compañeros gritan y

cantan mientras Holden y Freddy se ponen a rapear y bailar en el bus.

Cuando estaba en primero me pareció una buena forma de conocernos mejor y de subir el ánimo rápidamente. Ahora, con Freddy y Dougherty, se ha convertido en un *show* en toda regla.

—Me sorprende lo bien que se le empieza a dar —le susurro a Bennett, que está a mi derecha, mientras me toco el brazalete que llevo en la muñeca.

Él juguetea con su gorra y se encoge de hombros.

—Que no te sorprenda tanto. A Freddy le encanta.

—¿El qué?

—Llamar la atención.

Me río, a pesar de que sé que Bennett no pretendía ser gracioso. Reír hace que me sienta bien por un instante, como si volviese a ser yo.

Cuando ya me he vestido y equipado, me meto en un trastero para ocultar las señales del episodio que está a punto de darme, y caigo en que es el primer partido que voy a jugar después del accidente.

«Joder».

El móvil se sacude entre mis manos mientras los temblores me recorren de pies a cabeza.

Marco antes de empezar a darle demasiadas vueltas.

—Hey, fiera —responde Sadie al instante con una sonrisa en la voz que se cuela a través del teléfono como si fuese jarabe—. ¿Ya me echas de menos?

La presión que noto en el pecho comienza a disiparse de inmediato.

—Hey —respondo, exhalando.

Sadie guarda silencio un largo minuto y, a continuación, su ligera risa me abrasa y me pone la piel de gallina.

—¿Has llamado solo para respirarme al oído?

—Estoy trabajando en mi imitación de Darth Vader. —Tonteo con ella con una facilidad que me recuerda a mi yo de antes—. ¿Qué tal se me da?

Suspira con pesadez y oigo una especie de roce, como si estuviese acomodándose sobre algún tejido. Me la imagino en la cama, con unas sábanas grises parecidas al tono de sus ojos.

—No lo sé. Tampoco es que hayas dicho nada sobre ser mi papi… Digo, mi padre.

Se me escapa una risa sonora, sorprendente, de una reconfortante calidez.

—Esa frase aún la estoy practicando. Es demasiado icónica.

—Cierto. Mejor céntrate en la respiración.

Esa broma esconde una certeza. Es como si pudiera notar a Sadie presionándome el pecho con la mano, como ya ha hecho en otras ocasiones, y me voy calmando mientras sigo oculto en un trastero lleno de humedad con toda la equipación puesta.

Quizá me he vuelto a quedar callado durante demasiado tiempo, porque Sadie suspira, aunque no con condescendencia, sino con dulzura y delicadeza. Como si estuviese soplando encima de mi acalorada piel.

—¿Seguro que estás bien, Rhys?

Quiero pedirle que vuelva a pronunciar mi nombre, pero me muerdo los labios hasta que me sangran y consigo controlarme.

—Sí. —Sacudo la cabeza y se me escapa una risita que retumba por todo el cuarto—. Sí. De hecho, hoy tengo partido.

—El amistoso contra Vermont.

—Ese —exhalo. Me encanta que lo sepa—. Empieza en nada.

—Te irá bien, fiera. Exceptuando a Oliver, no conozco a ningún jugador mejor que tú.

Me río. El tono relajado de su voz me tranquiliza.

—Qué bien estar a su nivel.

—Necesito que salgas a jugar y ganes para que puedas volver al hotel. Si no, no podré darte la sorpresa.

—¿Una sorpresa? —pregunto.

En cierto modo, eso hace que se me acelere el corazón y que me sienta como un niño. Es como si Sadie acabase de prometerme un helado por haberme portado bien.

Y haré todo lo que me pida.

—Sí, pero solo si me cuelgas ahora, ¿vale?

—Vale —respondo a pesar de que espero a que ella cuelgue.

Sadie permanece callada un segundo y nos quedamos los dos respirando otra vez.

—Dales una buena paliza, fiera —dice antes de colgar.

Regreso al vestuario con una sonrisa que no me cabe en la cara. Y esa misma sonrisa se me queda grabada en el rostro mientras calentamos. Y sigo oyendo la voz de Sadie, cual caricia, mientras empiezo a jugar por primera vez desde el accidente.

No juego mucho; solo un poco, con mi primera línea.

El entrenador se pasa gran parte del partido dejando que los nuevos se acostumbren a sus líneas. Los que más juegan son Holden y Kane, sumando minutos de hielo a cada tiempo. En los dos primeros tiempos son un puto desastre; tanto, que el asistente del entrenador, Johnson, casi se arranca el pelo.

Cada vez que vuelven al banquillo, Johnson se inclina sobre el encorvado cuerpo de Toren para echarle la bronca. A Holden le hace un par de correcciones, pero es evidente que Kane es el que tiene más parte de culpa por la penosa coordinación del tándem.

Sonrío.

Hasta que el entrenador Harris coge a Johnson por el cuello del jersey y se ocupa de guiar a los defensas que se preparan para la tercera parte.

No me gusta que cambie tanto todo. Como tampoco me gusta que Holden y Kane vayan haciéndose más a la forma de jugar del otro. O cómo mejora Toren cuando el entrenador lo alaba con sutileza y le da unas correcciones útiles.

Y tampoco me gusta ver lo bueno que es. Que parezca que encaja a la perfección en su línea.

Pelearse en un partido de la NCAA se penaliza con una sanción grave, algo a lo que Kane ya está acostumbrado. En las noticias, es la peor pesadilla para cualquier equipo de hockey; sin embargo, es increíblemente bueno en el hielo.

Si no fuera porque este tío es mi pesadilla, igual podría…

No. Echo el freno antes de que esta absurda idea coja forma. No es mi problema. Toren Kane es un tocacojones, un estorbo y un lastre para el equipo. Y punto. No es ni mi amigo ni mi compañero. Es un parásito; uno del que intentaré deshacerme a la mínima que

pueda. Y, si no puedo, al menos me protegeré de su veneno tanto como me sea posible.

Ganamos el partido con facilidad. La pequeña escuela privada de Vermont tiene un equipo nuevo que sigue intentando encajar e ir todos a una; por eso el entrenador nos puso este partido.

Nos quedaremos a pasar la noche aquí porque mañana jugaremos otro amistoso con ellos.

Las normas del hotel son estrictas y, para no variar, comparto habitación con Bennett. El primer año de universidad intentaron separarnos porque, según nos dijeron, teníamos que hacer nuevos amigos en el equipo. Sin embargo, no hizo más que cargarse lo suficiente la rutina de nuestro malhumorado portero como para que perdiésemos el partido. Al final, el entrenador Harris casi despidió al coordinador deportivo que había tomado esa decisión.

El equipo, hambriento, se zampa la comida que nos han preparado en una de las salas de conferencias del hotel, donde hay una mesa llena de carne, verduras y, sobre todo, pasta.

Tenemos los platos hasta arriba, y hasta arriba estamos también nosotros, tanto de energía como de hambre. Por un segundo, me alegro de haber vuelto.

Bennett levanta dos platos perfectamente distribuidos mientras camina entre los empujones de nuestros compañeros de equipo. Se sienta a mi izquierda y Freddy se acomoda delante. Habla sin parar, contándonos qué insultos ha soltado en el partido y qué otros le ha robado a un defensa charlatán del equipo local.

Kane está al fondo, acechando cual nube negra, con un plato atiborrado de comida en la mano mientras estudia esas dos largas mesas antes de salir de la sala y marcharse.

Doherty es el único que se da cuenta y, con cierto recelo, se queda mirando cómo se va su compañero de línea.

Después de la cena todos nos vamos al cuarto y yo corro a la ducha antes de que Bennett pueda abrir la boca.

Me pongo unos pantalones cortos de deporte y dejo que me gotee el pelo en los hombros mientras acomodo las almohadas, me recuesto y me quedo mirando el móvil.

Bennett me observa desde la puerta con la bolsa colgándole del hombro mientras se dirige a la ducha frunciendo el ceño.

—Si algo no fuera bien, ¿me lo dirías?

El corazón me da un vuelco.

—Sí —miento. No me gusta nada la facilidad con la que me sale—. Claro.

23

Sadie

Si me apresuro tanto a acostar a Liam es por culpa del incesante aleteo que siento en el estómago.

La última vez que he mirado el resultado estábamos en el sofá con Oliver y Liam, y el mayor ha levantado la cabeza por encima de mi hombro para echarle un vistazo rápido. Ha intentado hacer como si nada, pero he visto que se le dibujaba en los labios una sigilosa sonrisa, que ha reprimido al instante, cuando ha visto que ha ganado Waterfell.

En la clasificación por puntos, Matt Fredderic aparece como el máximo goleador, junto con otros dos nombres que no reconozco. Mientras voy bajando distraídamente por la ficha resumen del partido, el nombre de Rhys aparece en la pantalla. Es una videollamada entrante.

Me miro en el espejo del baño y escupo el enjuague bucal en el lavamanos.

Me sigue vibrando el móvil, lo cual no hace sino avivar el enjambre de abejas que me está atacando por dentro. Apago la luz del lavabo y derrapo por el parqué del pasillo con mis calcetines peludos, casi saltando a mi cuarto. Respondo nada más cerrar la puerta.

—Hey. —Miro mi imagen en la esquina superior de la pantalla para asegurarme de que puede verme a pesar de la tenue luz que emite la lamparita de mi habitación.

—Hola, Sadie Grisi. —Sonríe.

Rhys es espectacularmente atractivo incluso a través de la pantalla del móvil, con su empapada melena descansando en un montón de almohadas de hotel de un blanco impoluto. Tiene la piel brillante y un tanto sonrosada; ilusionado, se le dibuja una sonrisa que ahora ya reconozco y le aparece ese reluciente hoyuelo.

—¿Dónde estás? —me pregunta, y recuerdo la de veces que ha estado en mi habitación de la resi entre las clases y después de ellas.

Ha estado allí en tantas ocasiones que reconocería mis paredes decoradas o las sábanas de cuadros azules.

—En casa. —Me muevo un poco para ponerme cómoda en la cama y me hundo entre los dos colchones viejos—. Felicidades por la victoria, fiera.

Abre la boca para decir algo, pero una voz profunda lo interrumpe a lo lejos:

—No lo felicites. Se ha torcido el tobillo en el primer tiempo y se ha pasado casi todo el partido en el banquillo.

Arrugo la frente mientras las palabras de Bennett me bailotean por la mente e intento asimilar su significado. La expresión avergonzada de Rhys no me ayuda a deshacerme de ese atisbo de incredulidad.

Pero entonces sonríe y le centellea la mirada.

—Me encanta —dice.

—¿El qué?

—Cuando se te forma esa arruguita entre las cejas. Es como si estuvieras pensando en algo con todas tus fuerzas.

—En ti —respondo, y pongo los ojos en blanco.

Le doy la vuelta al móvil para que la cámara enfoque al techo y así esconder lo mucho que me he sonrojado mientras doy pataditas con los pies.

Nunca he sido así con nadie. Ver a mi padre durante años pasando el duelo por mi madre, que sigue vivita y coleando, y ahogar las penas en alcohol, drogas y mujeres desde que yo tenía doce me dejó un mal sabor de boca por lo que se refiere a las relaciones. Bueno, por lo que se refiere a la gente en general.

Pero con Rhys es distinto.

Es real.

—¿No has jugado? —me intereso.

Bennett se acerca lo suficiente como para que lo vea en el lateral de la pantalla.

—¿Quieres que te traiga algo? —pregunta mientras se pone una gorra en la cabeza antes de desaparecer del ángulo de la cámara.

—No hace falta —le responde Rhys.

Oigo un portazo y, cuando nos quedamos solos, Rhys se relaja.

Como de costumbre.

—Bueno —suspira, y un brillo travieso le centellea en la mirada—, mi sorpresa.

Se me escapa una sonrisa nerviosa. Y no suele ocurrirme, pero es que la cosa tiene cierta emoción.

No es que esté nerviosa, solo ilusionada… y un tanto preocupada por si luego me arrepiento de esto, cuando Rhys esté con alguien que sea su novia de verdad y su carrera alcance el estrellato.

Aun así, aprovecho el momento para ser un poco egoísta.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando —bromeo, y me encojo estratégicamente para que parte del cuello ancho de mi camiseta *oversize* me caiga por el hombro.

Rhys recorre mi movimiento con la mirada y, en cuanto se deja caer más aún en la cama, se le relajan los hombros.

Voy a hablar, pero me corta:

—Eres preciosa.

Algo cálido e inoportuno se me cuela en el pecho. Así que, en lugar de responder, me quito la camiseta de un solo movimiento. Nada de romanticismos. No somos pareja. Esto es puro sexo.

—¡Joder! —suelta con los ojos como platos mientras observa el conjunto de lencería de color azul cielo que me regaló Ro el año pasado por mi cumpleaños.

—¿Te gusta?

Rhys asiente sin parar con la cabeza.

—Bien. Me alegro. —Sonrío traviesa y a él casi se le tensan los abdominales en un acto reflejo—. ¿Quieres tocarte?

—Quiero tocarte a ti —responde de inmediato.

La calidez que noto en el estómago intenta abrirse paso en mi interior de nuevo.

Me deshago de esa sensación y encuentro un lugar en el que apoyar el teléfono antes de deslizarme las manos por encima de la tela transparente que me cubre el estómago.

Rhys sigue el movimiento con los ojos. Tengo clarísimo que, ahora, está sujetando el móvil con una sola mano.

Observo, con la mirada ardiente, los movimientos ascendentes y descendientes de su brazo.

He notado y visto lo que se está agarrando. Sin embargo, a pesar de conocerlo, no puedo evitar morderme el labio para no pedirle que me deje mirar.

Despacio, me voy bajando las tiras del *bustier* por los hombros, contoneándome cerca de la cámara para que me vea mejor. De esta manera me siento más segura: la cara me queda fuera del ángulo de visión y, por lo tanto, Rhys no puede verme los ojos. Bastante he bajado ya la guardia. Es una forma de recuperar el control, algo que necesito desesperadamente antes de que acabe perdiéndome por completo en él.

Se le escapa un grave gemido en cuanto me dejo los pechos al aire para que los vea. Él empieza a mover el brazo con más rapidez y le da un golpe a la cámara.

—Joder, Grisi… —masculla entre dientes antes de que se oiga la puerta y el móvil salga volando con un grito para nada placentero.

Pongo el teléfono bocabajo y subo el edredón para cubrirme entera y que solo se me vea la cara.

Bennett pilla el móvil y su cara aparece en mi pantalla. Al instante veo que se le sonrojan las mejillas a más no poder antes de que se lo devuelva a Rhys a toda prisa.

Camina hacia no sé dónde, al baño, creo. Suspira y se disculpa una y otra vez.

—No pasa nada —murmuro desde mi escondite.

Al ver mi nuevo atuendo, Rhys sonríe más aún que cuando me ha visto con la lencería. Y yo trato desesperadamente de deshacerme de la creciente calidez que noto en mi interior cuando me dice:

—Tienes unas pintas adorables.

Sin embargo, esa calidez está empezando a adueñarse de mi corazón de forma permanente. Al igual que él.

24

Rhys

Ahora el aire es un poquito más fresco, lo suficiente como para que los que no son del norte se abriguen con chaquetas de entretiempo para cruzar el campus. Como solo falta una semana para el primer partido en casa, estamos entrenando dos veces al día.

Me siento mejor. En parte, porque parece que hay buen rollo en el equipo, a pesar de que el parásito de Kane se cierna sobre mí en cada entreno. Pero, sobre todo, por la mordaz patinadora que tiene mi corazón en sus pequeñas manos.

Bennett hace como aquella noche en el hotel no hubiese ocurrido nunca. Tanto él como Freddy fingen no darse cuenta de la de veces que me marcho cuando oscurece para ir a «echar una carrerita nocturna» que dura poco más de un kilómetro y medio, la distancia que hay de mi casa a la residencia y de vuelta a mi casa, aunque regreso con una invitada. La cuelo sin decirle nada a nadie, pero sé que los chicos lo saben.

Me encuentro delante de la puerta de Sadie entre clases más veces de las que estoy dispuesto a admitir. Le hago sexo oral a menudo, y mi posición favorita es cuando ella se tumba bocarriba en la cama y me cuelga las piernas por los hombros mientras me arrodillo y me pajeo hasta correrme. Entre los ruidos que se le escapan a ella, su sabor y los arañazos que me deja con sus

contundentes aunque pequeñas uñas en el cuero cabelludo, es imposible no hacerlo.

Su tacto me tranquiliza y me excita a partes iguales. Antes era como si flotara en un cuerpo desprovisto de sentimientos. Ahora, Sadie ha conseguido que me sienta vivo por primera vez desde ese partido. Que vuelva a sentirme un hombre de los pies a la cabeza.

Aún no nos hemos acostado. En parte porque, cuando acabo de masturbarla, Sadie ya se ha corrido un mínimo de tres veces y no puedo no acompañarla en ese estallido al mínimo roce.

La otra razón, esa que apenas puedo admitirme a mí mismo, es que tengo miedo.

Sadie está enraizada tanto en mi cuerpo como en mi mente; basta con que pase un día sin verla para que me muera de ganas de estar a su lado. Quiero más que el simple hecho de notar sus manos en la piel bajo una luz tenue. La quiero en todas partes. Quiero tener su pelo en mi habitación, oír su voz por encima del ruido de los partidos y encontrarme su cepillo de dientes en el baño. Y me preocupa que, cuando se haya divertido lo suficiente conmigo, se aleje de mí. Así que me aferro con fuerza a la carta que me queda por jugar en nuestro acuerdo de follamigos antes de tirarla.

Igual que la mítica animadora que espera a rendirse ante el *quarterback*, yo la espero a ella.

Echo a andar junto a Bennett al salir de la clase de Cálculo que he ido posponiendo hasta este curso. Ni siquiera tengo claro por qué se ha apuntado él, porque estoy convencido de que ya la hizo en primero. Por no hablar de que el chaval es un genio.

Freddy y Holden están esperándonos en el césped con algunos compañeros de primero. Luego nos dirigimos al bar Wellness Center

para comer.

—¿El viernes también tenemos entreno doble? —pregunta Holden colgándose de nuevo la tira de la mochila en el hombro antes de que se le resbale.

—No, solo entrenamos a primera hora de la mañana.

Asiente.

—Genial. ¿Fiesta?

—¿En casa de quién? —pregunta Freddy desviando la mirada hacia Bennett, como si quisiera suplicárselo.

Bennett tiene una expresión algo más seria, pero suspira y se encoge de hombros antes de responder:

—En la nuestra o en la suya. Me da igual.

Freddy y Holden chocan los cinco como si fuesen mellizos y se ponen a discutir sobre en cuál de las dos casas de jugadores de hockey que hay fuera del campus deberíamos organizar la fiesta de principio de curso.

Nosotros vivimos en la Hockey-morada, la residencia en la que se han quedado compañeros del equipo desde hace años; tantos, que ni siquiera sé cuándo empezó la tradición. Bennett y yo tuvimos prioridad cuando los séniors de último año se fueron de esta casa colonial de dos pisos pintada de azul pastel, con la bandera de los Waterfell Wolves ondeando en el porche delantero.

Queda cerca del campus, a un paseo de las tiendas de South College y, si caminas un poco más, llegas a las residencias y a la uni. La otra casa, a la que llamamos Hockey-resi con cariño, en la que viven los otros jugadores del equipo, tiene siete cuartos con baños separados, pero a Bennett no le llamaba tanto la atención porque le gusta tener sus espacios controlados. Aun así, Holden y Freddy

vivieron allí en primero y fueron muy felices. Freddy se vino a vivir con nosotros el año pasado, tras unirse a la primera línea, como si fuese un experimento para hacer migas. La cuarta habitación, que lleva vacía desde que Davidson se fue, quizá la ocupe uno de los nuevos.

—La resi es más grande —digo, y se me va apagando la voz.

Porque Sadie está aquí.

La veo al mismo tiempo que ella me ve a mí. Está al otro lado del césped, caminando en dirección a la pista, vestida como si fuese a entrenar.

Va con un tío alto, musculado. Lleva la misma ropa que ella, toda negra y apretada. Y le cuelga del hombro la bolsa de Sadie, adornada con la misma puta etiqueta. Al verlo, siento una punzada en el pecho, que bastante se me ha encogido ya.

Ella le dice algo rápidamente antes de echar a correr hacia mí y saludarme con la mano. Su atención para nada disimulada y el hecho de que corra hacia mí sin apartarme la mirada me suben el ego.

Sadie se queda dando saltitos un segundo, sonriente, y luego dice:

—He encontrado una canción que… Ay.

Da un paso hacia atrás y se sonroja al ver al grupo a mi alrededor. Freddy le sonríe pícaro, Bennett arquea una ceja en silencio y Holden y los nuevos dejan de hablar y se nos quedan mirando.

—Perdona —se disculpa, y da un paso atrás—. Estás liado.

—No. —Me río, pero siento una punzada en el corazón al pensar que igual esto no es lo que quiere Sadie. «¿Esto también es un secreto?».

Como me da miedo pensar en el significado que pueda tener, me despido de los chicos con un gesto de cabeza, cojo a Sadie por las muñecas y la aparto unos metros.

—¿Has encontrado una canción que qué?

Vuelve a sonreír y me alegra el alma.

—Que me recuerda a ti. La añadí anoche a la *playlist*; sale al final del todo.

—La escucharé de camino a clase.

Al oír mi respuesta, se le ensancha tanto la sonrisa que casi le desaparecen los ojos, encendidos por la emoción.

Me entran ganas de hacer más de lo que sea que tenga que hacer para que Sadie siga mirándome de este modo, así que añado:

—Luego te escribo y te doy mi opinión.

—¿No nos veremos mañana?

Me da un vuelco el estómago. Mierda. «El partido de Oliver».

Ese al que le había prometido que iría después de que el chaval lo mencionara de pasada y, por ende, Liam me invitara de inmediato. Oliver no me lo pidió, pero vi la sutil pregunta en su mirada, así que decidí ir.

—Mierda —musito—. Grisi, lo siento muchísimo. Tengo… Mierda. Tengo entrenamiento doble toda la semana. Se me había olvidado.

Se le ensombrece el gesto y por un instante atisbo una pizca de decepción pura y real en su rostro, justo antes de que vuelva a esconderla tras un muro de resentimiento. Uno que ya he visto antes porque sus expresiones son casi idénticas a las de Oliver. He aquí otra señal que va directa a la lista de cosas que me preocupan de esta familia: les ha pasado algo que los ha hecho ser así.

—Lo siento mu…

—Conmigo no te disculpes. Se lo prometiste a Oliver.

Intento alargar el brazo mientras ella se marcha arrastrando los pies. No me gusta nada el drástico giro de la conversación.

—Sadie…

—No pasa nada, Rhys. No estamos saliendo. No me debes nada. Mi familia está bien sin ti.

Esta frase me sienta como una patada en el estómago. Y cuando regresa con ese cabrón arrogante y atractivo que sigue con su bolsa y se van juntos, noto otra.

Los chicos ya no están en el césped. Bennett es lo bastante estricto con su horario como para que nadie lo tenga esperando; sin embargo, por algún motivo que prefiero no saber, Freddy sigue ahí. Me alcanza con la mochila colgándole del hombro. Una chica lo saluda alegre y tímida cuando pasa por nuestro lado, y él le devuelve el gesto con entusiasmo antes de pasarme un brazo con fuerza por encima de los hombros para alejarme e impedir la mirada de Sadie.

—¿Seguís compartiendo hielo y nada más? —me pregunta Freddy con un tono de voz serio, a pesar de la relajada sonrisa que tiene en los labios—. Porque, viendo cómo acabas de asesinar a Luc con la mirada, diría que igual hay algo más.

—En caso de que lo hubiese, creo que me lo acabo de cargar.

—Un paso adelante y dos atrás. Todo irá bien.

Sacudo la cabeza.

—¿Quién es Luc? ¿El tío con el que va?

—Dios, ¿no conoces a ese chaval?

Niego con la cabeza y Freddy se ríe al tiempo que me da una palmada en el pecho. Abre las puertas del Wellness Center, el centro

de deportistas universitarios, y una fría ráfaga de aire nos da la bienvenida.

—Qué suerte tienes —contesta—. No lo puto soporto.

Teniendo en cuenta que a Freddy le cae bien todo el mundo, su respuesta no me ayuda.

—¿Quién narices es? —me intereso.

Pillamos las bandejas de la cola de la cantina: es el punto de encuentro de los atletas de Waterfell a la hora de desayunar, comer o cenar. Hay pollo a la plancha, ensaladas completas con todos los ingredientes habidos y por haber, verduras, patatas y cualquier cosa que podamos y queramos comer; sobre todo, mientras dure la temporada.

—Luc es patinador artístico. Patina en pareja… Patinaba, vaya. Lo de seguir con una misma patinadora y no tirársela no es lo suyo.

Nada consigue desarmar la sutil bomba de adrenalina que estalla en mi interior. Agarro la bandeja con fuerza y me sirvo casi todos los trozos de pollo a la plancha con limón que ha dejado Freddy. Tomo una profunda bocanada de aire para calmarme.

No me ha dicho que Sadie se lo esté tirando.

—Creo que iba de cabeza a las Olimpiadas antes de terminar aquí. El tío se cree que Dios lo ha enviado a la Tierra como regalo para las mujeres o vete a saber tú qué mierda.

Me río por la nariz.

—A los de tu especie los ubicas rápido, ¿eh, Freddy?

Se ríe y asiente.

—Será eso.

Ya se ha metido una patata en la boca, y está masticando y hablando al mismo tiempo mientras camina hacia la mesa de los de

hockey.

Un par de personas nos saludan con la cabeza al sentarnos. Yo me pongo a la derecha de Bennett y Freddy se sienta justo delante de mí. Mientras que todos tenemos enormes cantidades de comida marcadas en nuestra dieta, tal como demuestran nuestros platos, Bennett se ha traído de casa el táper separado en porciones.

—Ya sé que has dicho que no estáis juntos ni nada de eso —sigue Freddy en voz baja entre el rugir de la multitud, y se pasa una mano por la nuca—, pero juraría que Sadie y él tuvieron algo.

«Mierda».

Bennett levanta la mirada hacia mí un segundo.

—A Sadie le gusta Rhys. Está en casa a todas horas. No creo que tenga tiempo para nadie más.

Suspiro y le doy las gracias con la cabeza, en silencio, antes de decir:

—Ahora tiene de sobras.

—Sip. Y si la cosa va así, capitán, tú también tienes tiempo de sobras para otras tías. ¿Qué hay de P.?

Como si la hubiese invocado al pronunciar su nombre, Paloma aparece entre Bennett y yo y nos roza los hombros con los brazos a la vez que le guiña un ojo a Freddy.

—¿Vuelvo a ser tema de conversación? —dice ella con una sonrisa socarrona, robándome una patata del plato antes de juguetear con ella alrededor de sus labios pintados.

Paloma Blake es guapísima, y lo sabe. Rubia, con la piel ligeramente bronceada, unos labios gruesos y carnosos, y un cuerpo que ha hecho salivar a todos los jugadores de esta mesa (joder, y puede que a todos los alumnos del mundo) en algún momento. Todo

en ella tiene un aire de modelo sexy; además, a conjunto con su físico, tiene mucha seguridad en sí misma. Puede que vaya tonteando por ahí con guiños y lanzando besos al aire, pero siempre me ha dado la impresión de que esta tía esconde sus garras.

—Rhys dice que no salisteis nunca —se ríe Holden volviendo la cabeza hacia ella al tiempo que le guiña un ojo—. Si quieres que alguien presuma de ti, dame una noche y verás cómo chuleo sin parar.

Paloma vuelve a sonreír, seductora. Su actitud es tan falsa que me entran ganas de apartarme de golpe.

Bennett lo hace. Se aleja de un salto, y ella se acomoda en el asiento de mi amigo mientras él sale de la cantina.

—¿Y a este qué le pasa? —pregunta con desdén mientras se da la vuelta para ver cómo se marcha Bennett y se apoya en mí.

La aparto con un sutil empujón.

—Igual no quería tenerte pegada a él —susurro. No soy mala persona, pero es que ya me da igual. Aunque el antiguo Rhys habría dejado que se quedase y tontease un poco antes de volver a centrarse en el entrenamiento—. Ya sabes cómo es.

—Pues no, la verdad —me contradice, a la defensiva—. ¿Pero a ti qué coño te pasa?

—Nada.

—Ya lo veo. —Pone los ojos en blanco—. ¿Qué mosca le ha picado?

Holden se ríe por lo bajo y se mete el último trozo de pollo en la boca de un gran bocado. Freddy levanta la mirada, ríe y me señala con la cabeza mientras le contesta a Paloma:

—Le gusta una y, por una vez en la vida, la tía no le va detrás.

Paloma arquea una de sus cejas perfectamente perfiladas y quita la tapa de un yogur para niños, de esos de colores brillantes, que parece que haya aparecido de la nada.

—¿Quién?

No quiero decírselo porque, a juzgar por la reacción de Sadie, creo que quiere que lo nuestro sea un secreto. Pero si hay alguien en el campus que lo sepa todo de todo el mundo esa es Paloma.

—Sadie Brown.

Apenas muda el gesto. Sus impecables rasgos faciales siguen igual, y no reacciona lo más mínimo a mis palabras.

—¿La patinadora?

Hago una pausa y la miro antes de preguntar:

—Sí. ¿La conoces?

Sonríe y se me remueven las tripas.

—Claro que la conozco. Es muy divertida.

La forma en que lo dice me incomoda.

—¿Divertida?

A pesar de que se encoge de hombros, el brillo de sus ojos no desaparece.

—Es una fiera. Va a fiestas para echar un polvo rápido con alguien y de forma más bien poco discreta y luego se larga; de ahí su reputación. Creo que no se ha acostado con nadie del equipo de hockey, pero ¿con tíos que practiquen otros deportes? Eso sí. Le gustan atléticos y bruscos. Hace bastante que no la veo, pero el trimestre pasado era toda una leyenda.

Quiero hacerle más preguntas, pero me obligo a mantener el pico cerrado. Si algo he aprendido de cuando estuve saliendo con ella es que esta información no debería venir de Paloma.

Me fuerzo a comer a pesar de la acidez que noto en el estómago. Aún faltan unas horas para el entrenamiento, así que igual me daría tiempo de hablar con Sadie y compensárselo si no estuviese ya entrenando.

Pero conozco su agenda tan bien como la mía. Quiero verla siempre que pueda y, como los dos somos atletas y estamos estudiando, cuadrar horarios es una pesadilla. Sorprendentemente, a mí me resulta más fácil encontrar un hueco para verla a ella que a ella encontrar uno para verme a mí. Se ocupa muchísimo de sus hermanos. Y, cuanto más tiempo paso con ella, más me da la impresión de que Sadie es la única persona que los cuida.

Me disculpo con rapidez, me aparto de la mesa y tiro las sobras en la basura de camino a la salida. Luego, saco el móvil y me meto en el chat de Sadie mientras pienso en cómo arreglar este lío.

Pero primero decido entrar en la *playlist* que me hizo y escuchar la nueva canción: «Yippi Ki Yay», de Hippo Campus. Tengo clarísimo por qué la ha elegido y no puedo evitar sonreír.

25

Sadie

Es viernes por la noche y ya llego tarde a mi turno en la cafetería.

El entrenamiento ha ido fatal. Estaba cabreada y me han salido mal los primeros saltos del programa largo porque no podía dejar de pensar en Rhys.

Me ha escrito después de ese encontronazo en el patio, aunque al principio lo he ignorado para centrarme única y exclusivamente en mi plan del fin de semana: trabajar, entrenar e ir al partido de Oliver.

Había pensado responderle justo después del partido de mi hermano y disculparme por haberme cabreado tanto. La verdad es que a Oliver no le importaba, al menos no tanto como para molestarse. La que estaba dolida era yo, y tendría que haber sido sincera con Rhys.

Pero luego llegó el viernes noche y no llegamos al partido de Oliver.

En lugar de eso, me pasé la noche buscando a mi padre porque me había robado el coche mientras estábamos preparando la equipación de Oliver y vistiendo a Liam después del baño. Oliver no llegó al partido, Liam empezó a tomar conciencia de lo aterrador que puede ser su padre y yo llamé a todos los bares que hay a menos de veinticinco kilómetros a la redonda hasta que lo encontré.

Tuve que subirme a un taxi que me costó un ojo de la cara, pelearme con borrachos sobones en un antro de mala muerte y discutir con mi padre para que me diera las llaves del coche.

Así que no llegué a contestar a Rhys, y el autodesprecio me carcomió hasta que tomé una decisión: no estaba dispuesta a arrastrar a Rhys Koteskiy conmigo porque mi vida era un caos.

Solo le escribí un rápido «Creo que deberíamos dejarlo aquí». Fui incapaz de bloquearlo, pero no leí los otros mensajes que me envió ni volví a abrir el chat.

Desde entonces, la semana ha sido un infierno absoluto. He tenido que evitar a Rhys por todas partes y centrarme en la uni, el trabajo, el patinaje y mi familia.

Esta noche, el entrenador me ha obligado a quedarme hasta tarde una vez terminado el entreno para añadirle unos pasos más avanzados a mi programa corto. He terminado agotada.

Y luego, como estoy en período de prueba académico, me ha obligado a hacer los deberes delante de él, sentados en su despachito, hasta mucho después de mi hora de fichar en el curro. Sabía que Ro me cubriría pero, aun así, me he puesto supernerviosa. Al quedarme más rato en la pista, no he podido ir a ver a mis hermanos antes de empezar a trabajar y he tenido que confiar en que la señora B., nuestra anciana vecina, se quedara con ellos hasta que yo saliera de la cafetería.

Sé que el entrenador Kelley es consciente de esto, de mis otras responsabilidades, pero no puedo odiarlo porque me presione para convertirme en mi mejor versión.

«Solo es así porque cree en mí. Es la única persona que lo hace».

A pesar de lo mucho que odio tener que trabajar, me encantan los fines de semana en Brew Haven. Sobre todo los viernes y los sábados por la noche, cuando seguimos abiertos hasta tarde porque tenemos sesión nocturna de micro abierto.

Hay gente que viene a cantar o a tocar la guitarra, algunos se decantan por la poesía y otros leen algún texto. En una ocasión vino un cómico que, a pesar de dar vergüenza ajena, me distrajo muchísimo mientras lavábamos los platos.

Esta noche tenemos el primer espectáculo de micro abierto del nuevo año académico, de modo que esperamos que venga gente, aunque tampoco mucha. En parte porque es el primero del año, pero sobre todo porque hay unas cien fiestas tanto dentro como fuera del campus, y competiremos con ellas hasta la hora de cierre. Incluida una fiesta en la Hockey-resi a la que nos han invitado por mensaje tanto a Ro como a mí.

Me sorprendió que Freddy me escribiera para ir a celebrar la victoria de su primer partido en casa. De todos modos, sé que no puedo. No me arriesgaré a encontrarme con Rhys porque sé que acabaré cediendo.

Ro está sentada en la barra, con la mirada clavada en el móvil, mientras preparo un *latte* descafeinado. Supongo que ya estará estudiando otra vez el mensaje de Matt Fredderic.

—¿Irás? —le pregunto—. Deberías.

—No puedo —responde, a pesar de que no aparta los ojos de la pantalla y casi le sangra el labio inferior de lo fuerte que se lo está mordiendo.

Y sé que solo hay un motivo que la detenga.

—¿Dónde está?

—¿Quién?

—Satanás… Me refiero a tu novio. —Suelto una risita, pero me corto en cuanto veo la repentina expresión de dolor que se le dibuja en la cara.

—Me… Me ha vuelto a bloquear. Creo que hemos roto. —Al decir esas palabras, le tiembla sutilmente la voz, a pesar de que intenta encogerse de hombros, como quitándole hierro al asunto.

No es la primera vez que Tyler hace algo así. Intento limitar mis interacciones con él al máximo porque no tengo ni la paciencia ni el autocontrol necesarios para no liarla. Y detesto lo poco que he visto del chaval.

Además, es un círculo vicioso: Ro rompe con él y Tyler se pasa semanas acosándola en nuestro apartamento y en el trabajo hasta que vuelven. Sin embargo, cuando el señor decide que ha cambiado de opinión o que Ro la ha pifiado con algo, la bloquea en todas partes sin previo aviso.

Una vez tuve que ir a buscarla a dieciséis kilómetros del campus porque se habían peleado mientras cenaban y el tío la había dejado ahí tirada, en el arcén, en mitad de la carretera.

Le paso el *latte* que acabo de preparar a Ellis, una de las nuevas trabajadoras de primero, y luego apoyo las manos a ambos lados de Ro, sobre la barra donde está sentada, e intento que deje de mover las piernas por los nervios.

—Ro, ¿estás bien?

Sonríe, pero el gesto no le llega a la mirada.

—Sí. De hecho, creo que me iré a casa cuando termine de trabajar y me dedicará una noche a mí.

Le devuelvo la sonrisa.

—Voy a ver si los niños pueden quedarse a dormir en casa de Betty, y tú y yo nos ponemos una mascarilla facial y vemos ¡*Porque lo digo yo!* —A Ro se le ensancha la sonrisa mientras se lleva una cucharadita de nata casera a la boca y asiente. Se deja la cuchara apoyada entre los labios mientras salta de la barra y contesta:

—Genial.

Se oyen las campanillas de la puerta. Vuelvo la cabeza por encima del hombro y veo a Paloma Blake cruzando la sala.

Como siempre, me entran ganas de arrancarle el pelo y robarle la ropa que lleva puesta para quedármela yo. A veces, cuando por desgracia nuestros caminos se cruzan, me da la impresión de que anda a cámara lenta, con una banda sonora personalizada al son de «Maneater» o « Bubblegum Bitch», siguiendo el ritmo con el taconeo de sus botas altas hasta las rodillas.

Paloma Blake y yo hemos ido coincidiendo en varios lugares desde segundo de carrera porque casi siempre vamos a las mismas fiestas y, por lo visto, a menudo nos hemos enrollado con los mismos tíos. Y por eso parecía que lo nuestro fuese una competición constante.

Se acerca a Ellis, pero me mira fijamente mientras se inclina un poco sobre la barra cual felino que se estira bajo la luz del sol.

—Paloma —la saludo asintiendo con la cabeza.

Me cruzo de brazos de forma inconsciente y no puedo evitar que los ojos se me vayan hacia su escote, que queda a la vista y casi deja que se le salgan las tetas por encima del corsé color lavanda.

—Sadie Brown —canturrea, y dibuja una amplia sonrisa en sus carnosos labios, dejando sus blancos dientes al descubierto—. Justo la persona a la que esperaba ver. ¿Te importa que hablemos un segundo?

«Sí».

Pero doy la vuelta para salir de detrás de la barra y le prometo a Ellis que volveré antes de cruzar la puerta principal. Paloma y yo andamos hasta el callejón que hay entre Brew Haven y la librería que queda a las afueras del campus.

—¿Qué quieres?

—Me he enterado de que estás quedando con Rhys —dice apoyándose en una pared de ladrillo.

Oír su nombre me duele. Y lo odio.

—Fascinante —respondo seca—. ¿No tienes nada mejor que hacer con tu tiempo que jugar a ser el pregonero del campus?

Pone los ojos en blanco.

—He venido a preguntarte si es verdad.

—Paloma… —Me froto la cara con las manos—. Tú siempre estás con uno o con otro; sobre todo, si el chaval es deportista. ¿Por qué no se lo preguntas a él?

—Salí con Rhys —suelta.

No me gusta nada el nudo posesivo que se me forma en el estómago. Sé que ha quedado con otras chicas antes, si es que solo hay que ver lo bueno que está, pero oírlo me provoca náuseas.

—¿Y?

—Que lo conozco. Y, por desgracia para mi psique, también te conozco a ti. —Desaparece de su cara la sonrisa falsa y se endereza —. Rhys no necesita a alguien como tú a su lado. Este año tiene la última oportunidad de ganar el Frozen Four y de que los seleccionadores se fijen en él.

Aprieto la mandíbula. Por más que quiera llevarle la contraria, entiendo lo que le preocupa.

Y no solo eso, sino que estoy de acuerdo con ella.

Las acaloradas palabras del entrenador Kelley, esas que pronunció en un susurro, me vienen a la cabeza:

«¿Crees que le importa una mierda robarte un tiempo que te aleja de tus sueños? ¿De tus hermanos? Este chaval nunca lo entenderá».

—El año pasado fuimos…

—No estamos en el año pasado —la corto borde.

Hubo un momento, el año pasado, en el que Paloma y yo casi nos hicimos amigas. Fue una especie de tregua mientras nos autodestruíamos juntas. La vi perder el control mientras a mí me ocurría lo mismo, así que la acusación que ocultan sus palabras se me cala muy hondo. Es como si, de repente, ella estuviese muchísimo mejor, con sus impecables reflejos y su piel morena después del verano.

Si Paloma puede empezar de cero, ¿por qué yo no?

Hace ademán de seguir hablando, pero levanto la mano para frenarla.

—Ahórratelo —susurro—. Sí, quedábamos, creo. Pero tienes razón. No te preocupes, ya le he dicho que se ha terminado. Voy a dejarlo en paz.

Por un segundo, me pregunto si Rhys estará haciendo lo mismo. Sin embargo, he silenciado sus mensajes en un intento por apaciguar la necesidad que siento de mirarlos.

—Si quieres estar con él, adelante. Pero a mí no me metas —añado.

«Oliver. Liam. Ro. Los juicios para la custodia. El trabajo. La uni. El patinaje».

Sobrevivir. Eso es lo que importa.

—No es cuestión de si quiero estar o no con él. —Paloma pone los ojos en blanco y se recoloca el top—. Es solo que… Mira, ¿sabes qué? Que da igual.

Me alejo antes de que pueda hacerlo ella.

En cierto modo, espero sentirme un poco más aliviada, como si estuviese desprendiéndome de Rhys y de sus cautivadores ojos tristes.

Pero no. Me siento aún peor.

26

Sadie

—¿Me juras que aún no te has acostado con él?

Hemos improvisado un colchón con cojines y mantas, casi todo de Ro. La mitad son regalos hechos a mano de su abuela, y los hay de tantos colores que parece que haya vomitado un arcoíris la mar de cómodo. Estamos las dos tumbadas bocarriba, tan cerca la una de la otra que casi se nos pegan las mejillas, y tenemos las piernas estiradas a ambos lados de nuestro pequeño salón. Los largos rizos de Ro se mezclan con mi sedoso pelo lacio.

Me sonrojo bajo el sutil bochorno que supone su comentario. Si me lo hubiese preguntado cualquier otra persona, a lo mejor le habría arrancado la cabeza, pero sé que Ro lo hace con buena intención.

—Te lo juro.

Y es cierto. Rhys y yo hemos hecho casi todo lo demás, pero cada vez que empezamos a ir por ahí, mientras estoy yo al mando, me redirige con la boca con tanta rapidez que no tengo tiempo de quejarme porque no para de arrancarme un orgasmo tras otro.

El chico tiene una lengua de oro.

—¿Por qué no?

Podría responder de un montón de formas distintas, pero no quiero decirle lo que realmente pienso: que lo que Rhys quiere no es

eso. A lo mejor se ha enterado de todo lo del año pasado…

—Creo que estaba tomándose las cosas con calma —respondo y, al hablar en pasado, siento que me arde la lengua. «Estaba»—. Pero da igual. Además —añado apoyándome en los codos e inclinándome hacia Ro de manera que mi pelo crea una delicada cortina a nuestro alrededor—, pensaba que eras tú la que había dicho que nada de hablar de chicos. Si ya podemos volver a sacar el tema, tienes que contarme lo de tu «Estudiante».

Ro es tutora de mates, inglés y varias asignaturas de ciencias. Es buenísima en todo desde primero. Y siempre ha sido muy profesional.

Hasta hace poco, cuando empezó a hablar de una de las personas a las que les da clases particulares. Tiene el móvil del chico en cuestión guardado bajo el nombre de Estudiante, lo cual es superextraño porque Ro se pone en contacto con sus alumnos por correo electrónico, no usando su número de teléfono personal.

No he leído los mensajes, pero sé que a mi amiga le gusta. Me basta con ver la sonrisa que se le dibuja en los labios cada vez que organiza las sesiones con él.

Eso suponiendo que sea lo que hacen.

—Vaya, mira cómo se te ha comido la lengua el gato de repente —digo riendo.

Las dos nos sentamos y apoyamos la espalda en el sofacito de color verde salvia que encontramos en la acera y que nos pasamos semanas limpiando solo para que se nos acabara cayendo una copa de vino tinto encima mientras estuvimos de celebración el finde siguiente.

Se encoge de hombros, pero sigue negándose a soltar prenda sobre el tal Estudiante.

—Bueno… —Suspiro—. Oye, ¿qué tal eso de darle clases a Matt Fredderic?

Le da un buen sorbo a su refresco Big Gulp y responde:

—Bien. Fácil.

—Me sorprende que necesite refuerzo. ¿No se acuesta con todas las profes de la uni para que le pongan buena nota? ¿O es que este año todos sus profes son hombres y se ha quedado sin profesoras a las que seducir?

Ro pone los ojos en blanco.

—Qué graciosa.

Empiezo a responderle, pero enseguida me suena el móvil.

Es un número desconocido, aunque el prefijo es local. En estos casos, no suelo responder; no obstante, como me he llevado demasiados sustos con Oliver y Liam, levanto un dedo y me disculpo rápidamente con Ro antes de cogerlo.

—¿Diga?

Se oye una música muy fuerte y, a continuación, un portazo que amortigua el ruido de fondo.

—¿Eres Sadie Grisi?

—Sadie Brown —lo corrijo, y me da un vuelco el estómago porque solo hay una persona que me llame así.

—¿La patinadora? —pregunta el chico, al que parece haber confundido mi corrección.

—Sí —contesto sin aliento—. ¿Quién eres?

—Bennett Reiner. El amigo de Rhys. Nos conocimos en la cafetería.

Asiento, a pesar de que no puede verme.

—Ya me acuerdo. Bennett… ¿Qué…? O sea… ¿Por qué me llamas?

Inhala profundamente. Es como si le costara hablar.

—No quería llamarte a no ser que fuese necesario, pero creo que a Rhys le pasa algo.

Me da un vuelco enorme el estómago y la preocupación se adueña de mí. «¿Qué le pasa? ¿Está bien? ¿Se ha hecho daño? ¿Le ha dado otro ataque de pánico?».

—¿Y por qué me llamas a mí? —vuelvo a preguntar nerviosa y enfadada, aunque no con Bennett, sino con todo.

Rhys no me pertenece. No estamos saliendo.

—He pensado que… Mira, no sé qué hay entre vosotros…

—No hay na…

—Pero sé que Rhys no está bien —me corta—. Creo que lleva un tiempo sin estarlo, y me da la impresión de que tú lo sabes. O sea, si te ha dicho algo o se ha abierto contigo, no es que no tengáis nada —escupe esa última palabra como si se hubiese enfadado conmigo por lo que he estado a punto de decir.

—Bennett, no puedo…

—No hace falta que salgas con él o lo que sea que hagáis, pero, por favor, ¿puedes venir a ayudarlo? No consigo que salga. Se ha encerrado en el baño y ha dicho que la única persona que puede entrar eres tú. Si no quiere que la gente lo vea así, tiene que largarse de aquí y ninguno de nosotros está bien para conducir.

«Dios mío».

Ro me hace una señal con la cabeza, e intuyo que la llamada está a un volumen lo bastante alto como para que mi amiga pueda oír lo

que dice el otro o, por lo menos, palabras sueltas. Se encoge de hombros, como para darme a entender que la decisión es mía.

—Mándame la dirección. Voy a buscarlo y lo llevo a casa.

Después de aparcar el Jeep, saltamos las dos y recorremos la corta distancia que separa la calle de la ruidosa *Hockey*-resi. El nombre es acertado. Ro se cruza de brazos y se agarra los hombros con las manos, tímida, aunque no le ayuda a pasar desapercibida, y menos aún con su bonita coleta atada con un lacito y enseñando gran parte de su piel bronceada.

Con las pintas que llevamos, es evidente que estamos fuera de lugar. Ro lleva su pijama de seda a rayas blancas y azules (porque esta chica no tiene nada básico) y yo voy con una camiseta vieja y andrajosa de una banda que me llega hasta la mitad del muslo y me cubre los shorts.

Aun así, hacemos oídos sordos a los murmullos de la gente mientras subimos por las escaleras de piedra del porche y nos acercamos a la puerta principal, donde algunos se han quedado rezagados, charlando y riendo. Cruzamos la puerta, que está abierta, y miro alrededor en busca de la torre de Bennett Reiner.

Veo un montón de caras conocidas. Algunos pasan de mi mirada de cabreo y descaro, y me dicen que se alegran de verme o de que vuelva a la «rutina». A codazos, me abro paso entre ellos, y estoy a nada de llamar a Bennett cuando alguien me empuja con tanta fuerza con el hombro que casi acabo empotrada contra la pared.

—Bonito atuendo, Ro —le vacila alguien, mordaz.

Me vuelvo dispuesta a pegarle una bofetada al tío en cuestión antes de que pueda pestañear, pero Ro me detiene y se coloca detrás de mí para bloquearme el paso hacia Tyler. Está sonrojado, claramente más borracho que contento, y verlo así me pone nerviosa.

—Puedo ocuparme —me dice Ro calmada, a pesar de que tiene las pupilas dilatadas y la piel de gallina—. Ve a por Rhys.

—No pienso dejarte aq…

—No pasa nada. —Me sonríe—. Puede que ya no estemos juntos, pero sé cómo tratarlo. Además, estamos en una fiesta abarrotada de gente. ¿Qué puede pasar?

«De todo», quiero responder, pero entonces veo a un par de figuras acercándose desde el fondo de la sala, cerca de la cocina. Una está cachas y lleva una camisa de manga larga, unos vaqueros y una gorra de béisbol del revés; frunce el ceño. La otra, un poco más bajita, aunque mucho más alta que el resto de los tíos que hay por aquí, llega con su *look* habitual: camisa medio desabrochada y cadena alrededor del cuello, al más puro estilo Matt Fredderic.

Echo a andar hacia ellos, abriéndome paso a empujones entre la multitud.

Bennett me ve primero y camina hacia mí, lo cual acorta la distancia que nos separa. Freddy también viene, pero tiene la mirada puesta detrás de mí.

—¿Está bien tu amiga? —me pregunta el segundo cuando estoy lo bastante cerca como para oírlo.

—¿Te refieres a tu tutora? —bromeo, a pesar de que no consigo dibujar una sonrisa en los labios—. No, la verdad. Tetengo que…

¿Puedes, eh…, ponerte por ahí, cerca de ella, y asegurarte de que no le pase nada?

Freddy asiente y me da un golpecito en el hombro al pasar.

Bennett parece sumamente tranquilo, pero el rubor de sus mejillas me indica que tal vez haya estado bebiendo. Juguetea con la gorra y me mira los zapatos: unos zuecos de segunda mano. Luego señala detrás de él con la cabeza.

Lo sigo a través de la cocina hasta llegar a una estrecha escalera trasera en la que, por suerte, no hay nadie.

Bennett sube los escalones de dos en dos y yo lo sigo de cerca hasta que llegamos al baño, que tiene la puerta cerrada. Se quita la gorra y se pasa la mano por su matorral de pelo castaño rizado antes de volver a colocarse el atuendo del revés y señalar la puerta con la otra mano.

—Vale —susurro.

No me gusta lo sudorosas que tengo las manos ni las náuseas que siento. Llamo a la puerta.

—¡Está ocupado! —grita una voz femenina.

La chica parece cabreada, pero no me impide apoyarme en la pared como si fuera a desmayarme o a vomitar, o ambas cosas al mismo tiempo.

Bennett resopla con cierto tono despectivo y pega un puñetazo tan fuerte en la puerta que la hace temblar.

—Abre la puta puerta —dice sin gritar, aunque su orden surte el mismo efecto.

—Vete —responde molesto Rhys desde el interior del baño. A estas alturas, seguro que estoy pálida a más no poder—. Estoy bien, Ben.

—¿Rhys? —digo apoyando toda la cara contra la madera—. Soy Sadie. ¿Me abres?

No tarda ni un segundo.

Aunque igual abre la chica, porque es la primera en salir, apretándose la coleta y ajustándose los vaqueros. Desvía la mirada hacia el baño con cierto desdén y luego me mira a mí antes de fulminar a Bennett con la mirada.

—Freddy te ha advertido de que no fueras a por él —le dice Bennett, casi gruñendo.

La chica pone los ojos en blanco y responde:

—Ya, bueno… Está fatal. Se ha pasado los últimos diez minutos potando y yo aquí, mirándolo. Supongo que tú eres…

—Grisi —dice alguien.

Todos desviamos la mirada hacia Rhys.

Está espatarrado contra el marco de la puerta. El gris de su camisa está más oscuro alrededor del cuello, lo cual me indica que o bien estaba sudando o bien ha ido echándose agua en la cara. Está sonrojado y lleva el pelo enmarañado, e intenta acomodarse los mechones que se le han quedado pegados al rostro, empapado, detrás de la oreja.

Tiene unas pintas… horribles. Aun así… me sonríe con los hoyuelos bien marcados y la mirada perdida.

—Estás preciosa. —Le cuesta tanto hablar que las palabras le salen como si fueran una sola.

Siento otra oleada de calor y ligeras pulsaciones en la cabeza.

—¿Ya estaba así de borracho cuando has entrado aquí con él? —le pregunto a la chica que está intentando salir de este pequeño rincón mientras la fulmino con la mirada y se me va nublando la visión.

Rhys trastabilla y vuelve a apoyarse en el marco de la puerta mientras alterna la mirada entre las dos.

—Ha sido ella la que me ha metido aquí —se apresura a decir, como si acabase de acusarlo—. Pero yo no quería…

Le entra hipo y Bennett se acerca a su amigo, como si intentara tapar la escena por si Rhys vuelve a vomitar o se desmaya.

—¿Es puta coña? —pregunto, volviéndome de nuevo hacia la chica. Es muy alta, más aún con los tacones que lleva. Ojalá tuviese unos zapatos como los suyos para quitarme uno y clavárselo en el ojo—. Está como una cuba ¿y tú vas y lo metes aquí? ¿Para qué? ¿Para tirarte a la estrella del hockey cuando está literalmente tan borracho que no puede pensar con claridad?

La chica se sonroja y abre un poco más los ojos, como si acabase de darse cuenta de lo que ha hecho. Puede que se haya tomado una copa o dos, pero no va borracha.

—No sabía que tenía novia.

Me da la impresión de que echo humo por las orejas.

Me abalanzo sobre la tía antes de pensármelo. La agarro por la cintura y chocamos con la pared. Utilizo el pie en el que llevo el zueco (porque el otro se me ha caído al saltar) y la tiro contra el parqué.

—¡Que no hemos hecho nada! —grita—. ¡Se ha pasado el rato vomitando antes de que…!

Le pego. Por desgracia, no es la primera vez que lo hago.

La poca gente que hay en el pasillo, a nuestro alrededor, se pone a canturrear o a gritar. Solo consigo darle dos buenos manotazos, uno en la cara y otro en el brazo, antes de que la chica me bloquee. Me grita, pero la ira me impide oír nada.

«Ha tocado a Rhys. Se ha aprovechado de él».

Y, entonces, alguien me aparta.

Bennett me hace retroceder sin dificultad a pesar de que me retuerzo entre sus brazos. El chaval es enorme, y estoy convencida de que parecemos un terranova cogiendo a un chihuahua por el pescuezo. Como aún me zumban los oídos mientras intento tranquilizarme tras el estallido de adrenalina, no oigo lo que le grita a la chica detrás de mí.

Rhys está sentado delante del baño, con los ojos vidriosos y la mirada fija en mí, que sigo en brazos de Bennett.

No me gusta verlo tan vulnerable, pero al menos consigo recuperar el control.

«Céntrate en Rhys».

Fácil.

Dejo de intentar escabullirme de Bennett. Asiento y me suelta. Me cambia por Rhys. Le pasa un brazo por la cintura para levantarlo y Rhys apoya todo su peso en él.

—No quería estar con ella, Sadie —masculla con los ojos brillantes. Alarga el brazo hacia mí, pero lo esquivo—. Te lo prometo.

—Ya lo sé, Rhys. No pasa nada —suspiro—. No has hecho nada mal.

—Creo que me he enamorado de ella —oigo que le dice a Bennett, a pesar de que no ha bajado lo más mínimo la voz—. Pero no se abre conmigo.

Siento que se me encoge el corazón, y no puedo evitar volver la cabeza hacia atrás antes de apresurarme a bajar por las escaleras.

Bennett dibuja una mueca y ayuda a Rhys a andar hasta la puerta trasera.

—Calma, tío.

—Sade no me ve como el chico perfecto, Ben. —Rhys sonríe, pero no lo veo alegre—. Cuando estoy con ella, no tengo que fingir. Ella sabe que me he perdido. —Resopla y se ríe.

—Rhys… No te has perdido. —Bennett parece tan consternado como me siento yo tras la dura pared de acero que he erguido en mi mente en un último esfuerzo por protegerme.

—Claro que sí, Ben. Y la única que lo ve es Sadie.

Bennett me mira inquieto, pero le dice con un tono algo más dulce:

—Venga, tío. Vamos a sacarte de aquí.

Bennett va delante, camina cerca del borde de la casa para no toparse con los invitados de la fiesta que hay al otro lado, disfrutando del fresco aire otoñal.

Cuando llegamos al patio delantero, los avanzo para guiarlos hasta mi coche.

—¿Adónde vas? —grita una voz.

Me doy la vuelta y la veo: Paloma.

Está junto a los escalones de la entrada y, en cuanto nos reconoce, salta del regazo de un tío muy alto, al que no he visto en mi vida, con unas pintas que dan un cague de narices. Va alternando la mirada entre Rhys, Bennett y yo, como si no estuviera segura de a quién le ha dirigido la pregunta.

Quizá es por la adrenalina, que me corre ávida por las venas, o tal vez por la vulnerabilidad y las desgarradoras palabras que se le han escapado a este Rhys borracho. Sin embargo, y por lo visto, soy incapaz de contenerme y voy directa hacia ella.

Debo de parecer algo desquiciada, porque Paloma abre ligeramente los ojos, asustada, y retrocede.

—Si quieres estar con él, Paloma, más te vale cuidarlo —le espeto —. Si no, déjalo en paz, joder.

Se sonroja, se cruza de brazos y se defiende:

—No he dicho que…

—Me da igual. Vete con él o no te vayas, me importa una mierda —miento, y escupo las palabras con los dientes apretados—. Tú solo… —Se me escapa una risa desprovista de humor antes de que pueda reprimirla—. ¿Sabes qué? Da igual. No puedes estar con él, ¿vale? Ni yo lo pillo ni tú tampoco. Déjalo en paz de una puta vez y así nos ahorramos problemas.

Paloma asiente, pero no me está mirando a mí. No. Está mirando detrás de mí, a Rhys. Bennett se ríe y me llama para irnos.

—No te metas en mis asuntos —susurro.

Miro por detrás de Paloma y me fijo en las pocas personas que hay fuera. El tío de pelo negro está observándolo todo con una pecaminosa sonrisa en los labios, apoyado en los escalones como si estuviese viendo su *reality show* favorito. Sin embargo, un poco más arriba, sentada en el último escalón y recibiendo mimos por parte de un jugador de fútbol americano, veo a la chica de antes.

La señalo, empalidece y grito con más fuerza:

—Y dile a esa amiguita tuya de ahí que se ande con cuidado. Puedo patinar con los nudillos morados, joder.

Al ver cómo se sonroja Paloma y muda la expresión de su perfecto rostro tras la bronca que acabo de echarle, me resulta más fácil marcharme porque mi interior se siente satisfecho. La suma de todo

eso me sube la moral, y guío a Rhys y Bennett hacia mi Jeep, que está a dos filas de los coches que hay en el patio.

Bennett deja a Rhys en el asiento trasero con tanto cuidado como puede debido a sus dimensiones. Rhys se acurruca contra el asiento. Me vuelvo y veo que Ro viene corriendo hacia nosotros. Sus chanclas golpean la acera y su pijama de seda ondea llevado por el aire fresco.

Ro se agarra a Bennett, que se estremece bajo su tacto y da un paso hacia atrás.

—Alguien tiene que pararlo.

—¿A quién?

—A Freddy.

Bennett suelta un taco, vuelve hacia la fiesta con Ro y me dejan con Rhys.

Guardamos silencio. El viento azota las copas de los árboles y el apagado ruido de la fiesta se oye a lo lejos. Como tanto silencio me supera, empiezo a tararear mentalmente «Revolution 0» de boygenius en bucle.

Rhys se limita a respirar. Desvío la mirada hacia él un segundo para asegurarme de que sigue despierto y vivo. A pesar del estupor inducido por el alcohol, ve que estoy preocupada.

—Estoy bien —me dice. Vuelve a suspirar con pesadez y se lleva las manos al pecho antes de exhalar—. Solo son mis imitaciones de Darth Vader otra vez.

Las palabras siguen saliéndole amontonadas de la boca, pero la caída sonrisa que se le dibuja en los labios hace que aparte la mirada de inmediato.

—No me puedo creer que estés aquí —susurra, y su voz se mimetiza a la perfección con los sonidos que me rodean y que oigo en mi cabeza.

No mirarlo casi duele.

—¿Dónde has estado?

—Rhys… —le suplico.

Él alarga el brazo para cogerme la mano y casi se cae del coche. Eso me obliga a mirarle y descubrir ese centelleante dolor que tiñe sus ojos marrones de una profunda tristeza.

—No he parado de llamarte. Yo solo… Sadie, por favor.

—Deja eso ahora. Tú estás borracho y yo, cansada.

Se muerde el labio y asiente, pero con un movimiento lento y letárgico.

Quiero besarlo otra vez, pero sería egoísta porque intentaría saciar mi necesidad.

Cuando estoy con él me abruman los sentimientos. La necesidad de tocarlo, de abrazarlo… Y no es lo que suele sucederme cuando me abruman los sentimientos. Con él es relajante. Es como si consiguiera que todos mis pensamientos negativos se fueran volando.

—Cierra los ojos —murmuro y, con el pulgar, le acaricio la mano, cálida, en círculos. Me permito disfrutar de la paz que me transmite —. Deberías dormir y que se te pase la borrachera, fiera.

Al oír ese apodo se le arquean los labios. Cierra los ojos y me coge la mano.

—¿Seguirás aquí cuando despierte?

—Sí —susurro, y aprovecho el momento para acariciarle la frente, que le arde, y pasarle los dedos por el pelo—. Yo te cuido.

Y así, acurrucado en el asiento trasero de mi coche, con esa sonrisa pueril y adormilada en los labios, parece lo más imponente que he visto en mi vida. Este chico está destinado a algo increíble.

Esperamos pacientes a que vuelvan Ro y Freddy, que aparece con la mejilla roja y los nudillos morados. Casi no se dirigen la palabra, solo me informan de que Bennett no volverá con nosotros.

Los dejo en la Hockey-morada y los cuatro guardamos silencio mientras Freddy ayuda a Rhys a entrar en casa.

Por más que esté Freddy, no me gusta dejar a Rhys aquí. No me parece que sea lo correcto.

«Porque he empezado a verlo como mío», asimilo en cuanto me alejo de su pequeña aunque bonita casa.

«Se merece muchísimo más. Él solo se ha perdido temporalmente, pero para lo mío no hay remedio».

No consigo deshacerme de esas palabras, que se adueñan de mí cual mantra, ni en toda la noche ni en todo el día siguiente.

27

Rhys

Me tiemblan las manos.

Teniendo en cuenta que en la mesa no hay nada, aparte de una taza deforme que hizo mi madre en su breve incursión en la alfarería, aprieto los puños y espero.

«Menuda ridiculez. Mala idea».

Aunque sé que es la decisión correcta.

Tras despertarme con un dolor de cabeza descomunal y encontrarme a Bennett hecho polvo, apoyado en la pared de mi cuarto desde la que me estuvo vigilando toda la noche, acabé aterrado con una reproducción de lo ocurrido la noche anterior.

«Creo que me he enamorado de ella».

Manda huevos. Aunque, joder, es cierto… En parte, al menos.

Con dos semanas más de su enérgica actitud y su risa burlona, lo estaría.

Justo después de que Bennett me contara lo que hice y dije, pillé el móvil y le mandé una disculpa, una reacción quizá demasiado rápida y desesperada. Y, al igual que ha ocurrido con todos los mensajes que le he enviado desde el último que me envió ella a mí, no obtuve respuesta. Si aún recibe todo lo que le escribo, creerá que se me ha ido la olla. A lo mejor lo piensa de verdad porque, para

ella, lo nuestro solo fue un lío, y luego voy yo y le digo que me estoy enamorando.

Como Bennett no paraba de insistir con el tema, al final se lo conté. Todo. Le hablé de los dolores iniciales, de la falta de sueño autoinfligida, de los ataques de pánico, de Sadie… De todo. Mientras se lo contaba, parecía siempre cabreado, pero es que esa es la expresión habitual de nuestro mesurado portero.

Aunque luego me abrazó. Con fuerza. Con cariño.

—Si nos lo hubieras contado, si me lo hubieras contado, te habríamos ayudado. La cosa no habría ido así —me dijo mirándome con los ojos llenos de lágrimas.

En cuanto pronunció esas palabras, supe que era cierto; de todos modos, le pedí que no le contara nada al equipo. Que lo supiera Bennett era una cosa (de hecho, debería haberlo sabido desde el principio), pero no es algo de lo que tenga que enterarse todo el mundo. El dolor que siento es mío, como también lo es la decisión de elegir con quién lo comparto.

Pero… Hay una persona más que merece saberlo.

—*Chto eto?* —Esas palabas en ruso suenan ásperas aunque alegres en boca de mi padre cuando las suelta, dando un último y sigiloso paso hacia la cocina—. ¿Qué pasa? —repite en inglés mientras se abrocha el botón superior de la camisa.

Se ha vestido de trabajo, lo cual, para él, significa entrevista, rueda de prensa o alguna actividad con mi madre.

—¿Tienes un minuto?

Lo miro mientras mide la expresión de mi rostro, tal vez hasta mi lenguaje corporal. Es algo que siempre se le ha dado bien y era uno de sus puntos fuertes en la liga. Se pone serio y asiente.

—¿Hace falta que llamemos a tu madre?

—No. —Niego con la cabeza. En gran parte porque, por más que intente esconder algo, ella siempre lo sabe todo—. Solo quiero hablar contigo.

Mi padre se sienta a la mesa sin que tenga que pedírselo. Yo estoy en la cabecera y él se coloca en la parte que me queda más cerca.

—¿Quieres un café? —le pregunto de repente, desesperado por ganar tiempo.

Él niega con la cabeza y aguarda paciente.

Mis padres y yo siempre hemos mantenido una relación cercana. Creo que, de haber escogido ir a cualquier otra parte del mundo a estudiar, se habrían mudado conmigo. Y… No me habría importado. Cuando me lesioné, fueron mi salvación, aunque me costase ver más allá de mi dolor.

—Hijo… —susurra.

Me acaricia la mano antes de imitar mi postura casi al milímetro, no en un acto intencionado, sino más bien por eso de que de tal palo, tal astilla. Soy una réplica de mi padre de joven. ¿Será eso lo que ve en mí?

«Mi hijo. Mi hijo. Mi hijo».

Vuelvo a oírlo, como si fuera un disco rayado que no para de sonar en mi mente y que me provoca jaqueca en el acto. Intento reproducir la *playlist* de Sadie para mis adentros, canturreando la canción de Oasis una y otra vez.

Aun así, no consigo deshacerme de esas malditas palabras.

—No estoy bien —digo con los labios apretados.

—*Vchistuyu* —susurra. Una triste sonrisa se le dibuja en la cara.

No encuentro esa palabra en mi limitado y parcial vocabulario ruso.

—No sé qué significa —confieso.

Sacudo la cabeza y siento un nudo en la garganta.

—'Por fin'. —Sonríe débilmente. Entre él y mi madre, en esta casa, las emociones siempre han sido agradables. Después de la carga, se volvieron sofocantes. Ahora… Ahora todo eso está empezando a ser como antes de nuevo—. Significa 'por fin', Rhys. Venga, dime qué te pasa. ¿Qué te duele?

Frunzo el ceño mientras lo miro.

—¿Cómo sabes…?

—Sé que no soy tu madre —dice mientras levanta la mano para acallar mis protestas— pero, además de ella, eres lo que más me importa en el mundo. Me desangraría con tal de ahorrarte dolor. Venga, cuéntame.

Y se lo cuento. Voy explicándole las cosas sin orden ni concierto porque ya sé qué es lo que más me costará confiarle.

Le hablo de los ataques de pánico que sufro por las noches, de las tormentosas pesadillas de las que ha tenido que despertarme mamá a sacudidas en más de una ocasión. Le cuento que empecé a tomar las pastillas que me recetaron para dormir y que, como efecto secundario, comencé a perder la memoria, o que pasé en un minuto de estar preparando la comida en la cocina a acabar conduciendo casi hasta el puerto. Y que me asusté lo suficiente como para dejar de tomármelas y seguir apechugando con las pesadillas.

Cuando me pregunta si aún tengo pesadillas, le respondo con sinceridad: sí.

Le hablo de los ataques de pánico que me entraron en el hielo cuando volví a patinar y, en cuanto entro en detalles, la aflicción se adueña de su rostro. Sé que es porque no le pedí ayuda y porque sabe que yo lo estaba pasando mal y tenía miedo y me sentía solo… Aunque no estaba solo. Así que eso también se lo cuento. Y le hablo de Sadie y de su música y de todo lo que tiene esta chica que, en parte, me da paz.

Al oír eso, papá sonríe y se le humedecen los ojos, a pesar de que sigue en silencio y me deja seguir sacándolo todo.

Y entonces le cuento por qué no le había hablado de esto hasta ahora.

—En el hospital —empiezo a decirle con la mirada clavada en las manos, apoyadas sobre la mesa de roble—, no podía ver casi nada ni recordaba gran cosa. Pero te oía; te oía por encima de cualquier otra persona que estuviera ahí. No paraba de oírte.

Aún noto el fuerte olor a antiséptico mezclado con el metal y, como no veía nada, recuerdo que intentaba palparme la cara con las manos y frotarme los ojos sin parar, hasta el punto de que una enfermera tuvo que sujetarme los brazos para que parase. Mi madre lloraba, pero yo apenas la oía porque lo que sobresalía por encima de todo eran los desgarradores gritos de mi padre.

«¡Mi hijo! Mi hijo. Ayudadlo. Por favor».

Y luego vino un: «No puedo vivir sin él. Mi hijo no… No me puede hacer esto».

No es que fuera algo muy doloroso, y necesitaría bastantes sesiones de terapia para entenderlo, pero sus gritos me atormentaban. Hasta ese día, nunca había visto a mi padre tan alterado o asustado. Y cuando el miedo alcanzó su punto álgido, la

firme y tranquila presencia de mi padre no estuvo allí. En su lugar, solo había pánico.

Así que decidí guardármelo todo para mí. Porque quiero a mi padre y no pensaba volver a oírlo así nunca más.

Y se lo cuento todo antes de reunir el coraje necesario para mirarlo. Sus ojos, tan parecidos a los míos, le brillan mientras las lágrimas ruedan por sus mejillas.

A continuación, se mueve. Me envuelve con los brazos antes de que me dé tiempo a pestañear y me atrapa en la silla con un fuerte abrazo.

—Hijo… —me susurra con los labios pegados al pelo, y esta vez no siento que me envuelvan ni el pánico ni el miedo. Solo noto una sensación de calidez—. Lo siento muchísimo, Rhys. *Prosti menya, pozhaluysta*. —Es decir, 'Perdóname, por favor'.

—No hiciste nad…

—Sí que lo hice —responde abrazándome más fuerte todavía, no sé muy bien cómo, antes de soltarme y volver a acomodarse en su silla. El nudo que siento en la garganta es tan fuerte que me cuesta tragar, así que no me tomo el café que deseo desesperadamente—. Debería haber estado ahí. Debería haberme echado a un lado y preguntarte qué necesitabas. Pero al verte de esa manera, al ver el hielo manchado de sangre y cómo cedía tu cuerpo…

Levanto una mano para detenerlo y él asiente.

—Todavía me cuesta pensar en eso. Si lo hago, me da vueltas la cabeza —le digo.

—¿Porque no te acuerdas?

Asiento.

—Gracias, Rhys. Por contármelo todo, por abrirte conmigo. —Papá carraspea y se seca las lágrimas de las mejillas antes de volver a mirarme a los ojos—. Escúchame bien: si mañana quieres tirar los patines a la basura, me dará igual. Me da igual lo que quieras hacer el resto de tu vida siempre y cuando seas feliz. —Se le escapa una risa ahogada y vuelve a relajarse en el asiento—. Si hace años hubieses elegido jugar al baloncesto, me habría pasado toda la vida al lado de la cancha con uno de esos dedos de espuma gigantes. Si quieres dedicarte a pintar, compraré todas tus obras hasta que no tengamos más espacio en las paredes. Si decides poner en uso ese increíble cerebro tuyo para dedicarte a la Ingeniería o al Derecho, haré todo lo que pueda para demostrarte que estoy a tu lado hasta el día en que me muera.

—Quiero jugar al hockey, de verdad —insisto, porque sé que aún es lo que quiero, solo que está oculto bajo un manto de pánico y dolor.

—Bueno. Pero esto —señala a nuestro alrededor—, la vida que tenemos, no es nada si no te sientes seguro y eres feliz. Y eso es todo lo que quiero. Te quiero, hijo.

Las lágrimas se me acumulan en el rabillo del ojo e intento reprimirlas.

—Yo también te quiero.

Se hace un largo silencio y algo nuevo se abre paso en mi interior. Todavía siento ese entumecimiento, pero ya no es abrumador. Solo… Está ahí. Y punto.

—Vamos a la pista —sugiere mi padre justo cuando mi madre baja por las escaleras vestida con unos pantalones y una bonita camisa.

Papá va directo hacia ella, como quien tira de memoria muscular, y yo me pregunto si la locura absoluta que siento yo por Sadie debió de sentirla él también por mi madre.

Niego con la cabeza y le digo:

—Tú ya tienes planes. Y yo también. Pero ¿vamos otro día de esta semana?

Mi padre sonríe y asiente. Y yo hago lo mismo.

Ahora sí que me siento un poquito más como si de verdad estuviese en casa.

28

Rhys

Hace casi una semana que no sé nada de Sadie, ni sobrio ni ebrio, y eso ha empezado a afectarme en los partidos. Después de jugar los primeros en casa el pasado fin de semana, el próximo jugaremos dos fuera. De momento, seguimos en la misma posición que el año pasado: cerca de la cima, con Boston College, Michigan y Harvard como principales contrincantes.

Estoy concentrado, pero no tanto como debería, y me altera llegar antes a la pista cada día y quedarme más rato al terminar con la esperanza de verla aunque sea un segundo.

Echo de menos el sosiego y la seguridad que me hace sentir Sadie.

La echo de menos a ella.

Antes que nada, por más que su testaruda boca le impidiera decírmelo en voz alta, Sadie era mi amiga. Esos dos meses patinando por las mañanas son de mis recuerdos favoritos tanto dentro como fuera de la pista. Y quiero seguir coleccionándolos.

Aun así, Sadie se ha alejado a más no poder.

De momento, sigo esperándola y convirtiéndome en alguien digno de estar con ella.

Una semana en terapia no es suficiente, pero por algo se empieza. Si quiero que sea mía, no puedo apoyarme en Sadie. No volveré a

cargarla con esta responsabilidad.

En la biblioteca hace fresco, igual que fuera. Y, como en la mayoría de los antiguos edificios del campus, o te congelas o te achicharras.

He mantenido mis estudios al día, una condición *sine qua non* para estar en el equipo y para cumplir con mis obligaciones de capitán, entre las cuales está organizar jornadas de estudio en grupo para que compartamos información del profesorado entre todos, echarnos un cable o repasar preguntas típicas de examen. Todavía me cuesta estar con mis compañeros y fingir sonrisas a diestro y siniestro, pero es que aún tengo una herida abierta. Y no se curará de la noche a la mañana.

Y debo recordármelo constantemente.

Lo bueno es que Toren Kane suele ausentarse siempre que algo tiene que ver con el equipo, de modo que mi constante recordatorio del tiempo que compartimos en el hielo no me sigue fuera de la pista.

Antes de que pueda regresar a la mesa que se encuentra al final del primer piso de la biblioteca, una de las zonas más ruidosas del edificio, veo algo que me llama la atención.

Es la pequeña patinadora que he estado buscando, vestida con unos vaqueros ajustados y otra de sus camisetas largas, medio acurrucada bajo el fornido patinador Luc. Ese que hace que un escalofrío me recorra el cuerpo en un incómodo arrebato de celos; y no estoy acostumbrado.

—¡Sadie, espera! —grito.

La bibliotecaria que está sentada en un escritorio cercano me fulmina con la mirada. Me encojo de hombros, porque no estamos

en una planta donde haya que guardar silencio absoluto.

Tanto Sadie como Luc me ignoran, y la frustración se apodera de mí. Siguen caminando a toda prisa y cruzan la puerta principal, pero los sigo.

Pego un portazo al salir de la biblioteca y, en cuanto nos adentramos en el pequeño aparcamiento que hay delante, la llamo un poco más fuerte.

Sadie se da la vuelta con el móvil pegado a la oreja y una expresión de pánico en sus grandes ojos grises mientras me observa. Y, por alguna razón, parece que mi presencia le molesta. Me siento como si acabasen de pegarme una patada en el estómago. Se da la vuelta y se mueve decidida, dibujando un ocho al andar mientras sigue llamando a quien sea una y otra vez.

Luc suspira y me saluda con la cabeza como si fuésemos amigos.

Y eso está bien, a no ser que se esté acostando con Sadie, en cuyo caso creo que le pegaré un hostión que flipas.

Echa a andar hasta llegar a mi lado. Es más o menos igual de alto y cuadrado que yo, un atleta de los pies a la cabeza, y eso, en cierto modo, hace que me cabree todavía más con el chaval a pesar de que no he hablado con él en la vida.

Se pasa una mano por su chaqueta de color negro azabache y me señala con la cabeza aunque me niego a apartar los ojos de la patinadora que camina iracunda delante de nosotros. Ojalá yo pudiera hacer algo.

—Rhys, ¿no?

Asiento y aprieto la mandíbula mientras oigo la voz de Freddy al decirme: «Lo de seguir con una misma patinadora y no tirársela no es lo suyo… Juraría que Sadie y él tuvieron algo».

—Luc —se presenta, y vuelve a mirar hacia Sadie. Me invade otro impulso posesivo de arrancarle los ojos de la cara que se apoderan de mí, pero consigo aferrarme al buen juicio—. Es ridículo, no debería tenerle tanto miedo a faltar a un entreno.

—¿Qué pasa?

Empieza a contármelo, pero se calla de inmediato.

Sadie se mete el teléfono en el bolsillo trasero y se da la vuelta dando un gritito mientras le pega una patada al suelo con la suficiente fuerza como para que tanto Luc como yo echemos a correr hacia ella, como si pudiésemos detenerla.

—¿Qué pasa? —le pregunto ahora a ella.

De repente, me siento como si estuviera entrometiéndome y detesto la situación.

Me cuesta tragar saliva. Y más aún no alargar la mano y tocar a Sadie.

—Rhys, por favor, no puedo lidiar contigo ahora —me dice con desdén, haciendo un gesto con la mano mientras suelta un taco y vuelve a llamar a alguien—. ¿Dónde está Ro?

—Sadie, tranquilízate. Sáltate el maldito entreno y ya está — le dice Luc en cuanto ella se le acerca. Empiezo a agobiarme—. Kelley no puede…

—Claro que puede. Además, da igual. Según las normas de la uni, si falto al entreno, puedo perder la beca.

Trago saliva para deshacerme de la duda que me impide hablar, doy otro paso al frente y agarro la tira de la mochila con fuerza antes de preguntar:

—¿Puedo ayudar?

—Rhys. —Sadie suspira. Parece un volcán a punto de entrar en erupción—. Por favor, no…

—Ya lo sé —la corto, y me acerco todavía más hasta que le doy un empujón a Luc con el hombro y estalla la pequeña burbuja en la que nos encontrábamos. Sadie empieza a relajarse bajo mi escrutinio, lo suficiente como para que me atreva a tocarla. Alargo el brazo, le cojo la mano y le acaricio la palma en círculos—. Tú solo dime cómo puedo ayudarte, Grisi. Odio verte así, joder, como si estuvieses a nada de tener un ataque de pánico.

Decido atreverme un poco más. Le suelto la mano y le agarro la barbilla con delicadeza para levantarle la cara. Al verle esa mirada desesperanzada y aterrada siento una punzada en el corazón.

—Dime.

Se derrite en mi mano, y una parte de mí, la más absurda y masculina de mi cerebro, quiere desviar la mirada hacia Luc, sonreírle mientras tengo a Sadie entre los brazos y decirle al tío: «¿Lo ves? Solo se ablanda conmigo. Acude a mí, no a ti». Aun así, consigo mantenerme centrado única y exclusivamente en ella.

—Mis hermanos han llegado a casa después del cole y la vecina que suele cuidarlos no puede quedarse con ellos. —Asiento mientras Sadie me lo cuenta en un susurro; no dejo de sujetarle la barbilla con delicadeza—. Y Ro debería estar en casa, pero no coge el teléfono, y no puedo saltarme el entreno y…

—¿Quieres que vaya a recoger a tus hermanos? —Asiento—. ¿Y dónde los llevo?

—No pasa nada. —Se aparta de golpe, de pronto a la defensiva por la ayuda que acabo de ofrecerle—. No. Yo solo…

—Sadie —repito con firmeza—. Sé dónde queda tu casa. Me acuerdo. ¿Dónde quieres que los lleve?

Se le llenan los ojos de lágrimas, pero no permite que le caiga ninguna. Sin embargo, al final cede.

—Vale, sí. Pue… ¿Puedes llevarlos a la resi? Ro debe de estar echándose una siesta entre clases. Mejor… Sí. Te paso su número y así los espera fuera.

Asiento y dejo que me coja el móvil para guardarme el número de Ro.

—Y ahora vete.

Duda un segundo mientras Luc le coge la bolsa del suelo y la espera.

—Rhys…

—Ya lo sé… —Me trago absolutamente todas las palabras que quiero decirle y le dedico una de mis sonrisas falsas—. No cambia nada. Pero eso no significa que no podamos ser amigos, ¿vale, Grisi?

Se muerde el labio inferior con fuerza y asiente, a pesar de que no deja de estudiarme con la mirada.

—Vale, Rhys.

No sabría decir por qué me duele tantísimo que no me llame «fiera».

Coge la bolsa que le ofrece Luc, se da la vuelta y echa a andar. Ni siquiera lo espera. Cuando ya está lo bastante lejos como para que no lo oiga, Luc se vuelve hacia mí y me da un golpe en el hombro antes de decir:

—No sé si has conocido al entrenador Kelley…

Niego con la cabeza y respondo:

—Muy de pasada.

—Bueno… —Exhala de nuevo, cierra los ojos y sacude la cabeza, como si fuese lo último que quisiera estar haciendo—. Si sientes algo por ella, si sientes algo de verdad, y yo diría que es el caso, tendrás que cuidarla.

Reprimo las ganas de empujarlo y gruñir un «Ya la cuido». En vez de eso, me centro en el tono de su voz y en la derrota que le atisbo en la mirada.

—Igual a ti te escucha, porque tiene un entrenador intenso a matar.

Frunzo el ceño y me coloco bien la tira de la mochila en el hombro derecho antes de colgarme también la otra.

—Me dijo que era normal, que ese tipo es así con todo el mundo.

Luc vuelve a negar con la cabeza y suspira antes de decir:

—Lo de Kelley no es normal. Y, si no sabes lo que pasa en esa puta pista…

—¡Laroux! —lo llama Sadie pegando un golpe con el pie—. Como llegue tarde por tu culpa, te juro que te corto los putos huevos y los cuelgo en mi tablero.

Me basta verla así para que se me dibuje una sonrisa en los labios. Luc se marcha corriendo tras ella sin preocuparse por terminar la frase.

En los escalones de la entrada de una casa que es idéntica a la de Sadie, aunque tal vez algo más luminosa, encuentro a Liam y Oliver sentados solos y con las mochilas puestas.

Y, en el jardín de la casa de al lado hay un hombre tumbado bocabajo.

Ver ese cuerpo tan cerca de los chicos me asusta tanto que apenas me da tiempo de aparcar el coche antes de saltar y echar a correr hacia ellos. Liam aúlla al verme y sonríe confundido a la vez que se levanta y le da una palmada en el hombro a Oliver.

—Hey, chicos —los saludo, ralentizando un poco el paso y sonriéndoles como si así consiguiera distraerlos de la situación que grita «peligro» con ese desconocido tumbado a solo unos metros de ellos—. ¿Estáis bien?

—¿Has venido a buscarnos? —pregunta Liam en lugar de responder a mi pregunta, y siento que me da un vuelco el estómago —. Como la señora B. no está en casa, no sabemos qué tenemos que hacer. —Encoge sus pequeños hombros.

Desvío la mirada hacia su casa otra vez. Alrededor del hombre hay varias latas y botellas, y también vómito, pero respira. Doy un paso hacia atrás y acabo de echar una ojeada a ese callejón sin salida.

—Sí, justo.

Liam vuelve a aullar y salta sin moverse del sitio, como si fuese incapaz de contener el entusiasmo.

Miro a Oliver y le pregunto:

—¿Sabéis quién es ese hombre?

Oliver no responde, pero Liam se muerde el labio y, a pesar de mostrarse un tanto vacilante, responde:

—Es mi padre.

Joder. Creo que me va a dar algo.

—Verás cómo se enfada Sadie —tercia Oliver, que está al lado de su hermano y le resbala una de las tiras de la mochila por el hombro. Me mira receloso; eso, en el mejor de los casos—. Odia que la gente sepa quién es.

Al oír eso, Liam parece preocupado.

—Pero Rhys le cae bien.

—Precisamente. —A su hermano se le escapa una risa por lo bajo antes de desviar la mirada hacia mí otra vez, algo escéptico—. ¿Te manda Sadie?

Resulta evidente que Liam no entiende la situación, pero yo sí. Oliver tiene doce años, pero sabe que Sadie no me ha contado nada, que me ha ocultado esto.

Intento centrarme, a pesar de que la cabeza me vaya a mil por hora.

—Sí. Solo he venido a hacer de chófer.

—No sé qué quiere decir eso… —señala Liam con un suspiro.

—Quiere decir que voy a llevaros a la resi con Ro.

—¡Toma! —grita Liam y levanta el puño al aire.

Echa a correr hacia el coche sin volver a mirar a su padre, que sigue ahí, inconsciente, entre un distorsionado mosaico de botellines de cerveza tirados por el jardín.

Como si fuese lo habitual.

Oliver espera con una extraña mezcla de miedo y deseo en el rostro, sutilmente escondida detrás de su máscara de ira.

—Si queréis, podemos parar en The Chick —les digo—. Vamos bien de tiempo.

A Oliver se le dibuja una sonrisa muy sutil en los labios.

—¡Es el lugar favorito de Ollie! —grita Liam mientras sigue intentando abrir la puerta del coche.

Ya sé que es su lugar favorito. Se lo pregunté hace unas semanas a Sadie después de que nos enrolláramos en el asiento del copiloto de su coche, mientras la tenía sentada encima. Me fijé en que había

otra bolsa vacía de The Chick; bromeé y le dije que eso ya era adicción, pero ella me aclaró que el adicto era Oliver. Y, en ese momento, me sonó como algo conveniente.

Pero ahora lo entiendo mejor.

—Venga —digo mientras hago un gesto con la cabeza—. Vamos a por algo de comida y os dejaré que elijáis la música.

Y, con eso, al igual que le ocurre a su hermana, a Oliver se le ilumina la cara. Siento que se me encoge el corazón en el pecho, pero mantengo la calma y les dejo que canten ABBA durante todo el camino hasta que llegamos al autoservicio. Trato de aferrarme a su felicidad como si así pudiera conseguir que la ansiedad que me han generado las palabras de Luc y el panorama que he visto en su casa fuese a desaparecer.

29

Rhys

Después de que los chicos se hayan comido sus bocatas de pollo, las patatas fritas y los batidos mientras esperamos aparcados en un parque al que Sadie me llevó hace meses, cojo el móvil y entro en el contacto de Ro. Salto del coche y me separo un poco de ellos antes de llamarla.

Suenan dos tonos antes de que una voz ronca gruña:

—¿Qué cojones quieres, cabrón?

Me detengo y casi me atraganto con la saliva al oír el furioso gruñido masculino de alguien que está claro que no es Ro. Una especie de malestar me recorre de arriba abajo.

—¿Este no es el número de Ro? —pregunto con la voz clara, sutilmente calmada pero firme. Algunos de los chavales del equipo dirían que es mi voz de capitán.

Tras una larga pausa, preguntan en un tono mucho más relajado:

—¿Rhys?

Abro los ojos como platos y toso.

—¿Freddy?

No había oído a Freddy así en toda mi vida.

Oigo ruido de fondo antes de que el maldito Matt Fredderic vuelva a hablar:

—Ahora mismo estamos, eh…, estudiando. —La voz le suena lejana, como si se hubiese apartado del teléfono, pero puedo oír un sutil—: Es Rhys, princesa. Yo me ocupo. —A continuación, vuelve a sonarle la voz alta y clara—: Perdona, eh… Espera. ¿Por qué coño llamas a Ro?

Y lo pregunta con voz ronca, como si se hubiese cabreado conmigo.

—¿Que por qué…? —dejo la pregunta a medias antes de espetar la perorata que quiero soltarle y que termina con un «Búscate otra maldita tutora y deja a esta chica en paz». Sin embargo, en lugar de eso, me froto la cara con la mano y suspiro—. Sadie quiere que deje a sus hermanos en la resi con Ro.

En cuanto ella coge el teléfono, oigo más ruido de fondo y la queja de Freddy.

—Hey —saluda con voz suave y clara—. Perdona, he tenido algunos problemas con llamadas indeseadas. Esto… Eh… No pue… No llegaré a la resi hasta dentro de unas horas. Jolín…

—Tranquila, Ro. —Sonrío y vuelvo a desviar la mirada hacia el coche, donde veo que los chicos están mojando las últimas patatas fritas en los batidos. Liam tiene los labios manchados de chocolate. Parecen tranquilos. Hasta Oliver se ha relajado un poco—. Si quieres, pueden quedarse conmigo hasta que termines. Avísame cuando pueda llevártelos, ¿vale? Tómate el tiempo que necesites.

El suspiro que suelta se cuela por la línea teléfono y noto que sonríe.

—Gracias, Rhys.

—No hay de qué.

Cuando llego a casa de mis padres, oigo que Oliver casi se atraganta con el batido, que no entiendo cómo aún no se ha terminado, y Liam grita con ilusión.

—¿Vives en un castillo? —pregunta este pestañeando con los ojos bien abiertos al ver la casa colonial que hemos reformado del todo.

La parte delantera conserva el estilo original, pero hemos ampliado la trasera para que quedara un poco más grande que cuando se construyó en su día. A pesar de que está pintada de color gris, las celosías y los árboles la llenan de vida. Desde aquí se ve uno de los jardines, lleno de unas flores de colores vivos que decoran este lienzo de verde verano.

En invierno es una tocada de narices, pero mi madre tiene buena mano con las plantas y los resultados saltan a la vista en primavera, en verano y hasta ahora, que empieza el otoño.

Sonrío.

—Yo no, pero mis padres sí.

—Su padre jugaba al hockey, Liam. ¿Qué esperabas? —murmura Oliver por lo bajo, a pesar de que, a través de la ventanilla, está mirando la casa con los ojos muy abiertos.

—Nuestro padre también jugaba al hockey —contesta Liam.

Sin embargo, en cuanto su hermano lo fulmina con la mirada, el pequeño se calla al instante antes de que me dé tiempo a preguntarles nada más.

Y, hablando del rey de Roma, veo que mi padre sale al jardín porque me ha oído entrar con el coche. Baja los escalones de la terraza vestido con unos pantalones y una camisa, lo cual me indica que ha tenido una entrevista o reunión de algún tipo; aun así, como

va un poco manchado, sé que luego se ha puesto a echar un cable a mi madre en el jardín sin molestarse en cambiarse de ropa.

Quiero advertirle que no vengo solo, pero tengo las ventanillas del coche tintadas, así que freno y les digo a los chicos que volveré enseguida antes de salir.

Mi padre me apoya la mano en el hombro y arruga la frente mientras le anuncio en un suspiro:

—Necesito que me ayudes.

—¿Qué pasa, Rhys?

Señalo el coche con la cabeza y digo con voz temblorosa:

—He venido con los hermanos de Sadie. Necesitaba que le echasen una mano…

—Rhys, tranquilízate —me corta, y me aprieta ligeramente el hombro.

¿Por qué estoy tan molesto?

«Porque Sadie ha estado ocupándose sola de sus hermanos y tú, encima, hiciste que te cuidara a ti también. Egoísta».

Cierro los ojos con fuerza.

—Ya. Sí, vale. —Trago saliva de nuevo y me paso la mano por el pelo enmarañado—. Los… Los he llevado a comer. Sadie… Quería que los dejase con una amiga, pero… Yo qué se. Se ha complicado. Y son niños. Así que no quería llevarlos a la Hockey-morada por si había jugadores ahí y porque ¿y si no les gusta estar con desconocidos? Pero… Sadie me ha pedido ayuda y por eso…

—Rhys, no pasa nada. —Señala el coche con la cabeza, sonríe y saluda a los chicos con la mano—. Déjalos salir y entramos todos en casa, ¿vale?

—Vale.

Mi padre da un paso atrás mientras regreso al coche para abrir la puerta a los chicos. Los dos dudan un segundo. Liam mira a mi padre, atónito y con los ojos como platos, alargándose sentado en el asiento para verlo a través de la ventanilla.

—¿Es el entrenador Max? ¿Es tu padre?

Sonrío y le desabrocho el cinturón. Seguramente debería ir en una sillita, pero no es algo que tenga a mano en este momento. Casi debo contenerme para no coger el móvil y pedir una por Amazon como si nada.

—Sí, es él. Y es mi padre.

—Qué guay. Juega al hockey contigo.

Oliver pone los ojos en blanco a pesar de que sigue mirando nervioso a su entrenador de hockey ocasional.

—¿Ah, sí? —le pregunto sacándolo del coche en brazos.

—Sí —musita, y levanta las manitas para juguetear con los mechones de pelo que me caen alrededor del cuello—. Ojalá mi padre quisiera jugar conmigo…

En cuanto lo dice, Oliver salta, pega un portazo y se queda esperándonos al lado del coche.

—Oliver —lo saluda mi padre—. Me alegro de verte, campeón. ¿Qué tal la temporada?

Parece que el mayor de los hermanos Brown se relaja al oír esa pregunta y, a regañadientes, empieza a fanfarronear de lo buena que está siendo su temporada.

Liam interviene un par de veces para elogiar a su hermano porque lo considera el mejor jugador de hockey del mundo, pero con eso solo consigue que Oliver se sonroje. A pesar de que el chico no suele demostrarlo, empiezo a darme cuenta de que, para Oliver, la opinión

de Liam y Sadie es más valiosa que cualquier halago por parte de algún miembro del Salón de la Fama de la NHL.

La puerta del jardín vuelve a abrirse con un fuerte chirrido que hace que los dos críos den un respingo en cuanto aparece mi madre recogiéndose el pelo. Lleva un mono manchado y unas botas verdes de jardinería, también sucias.

—¿Quién es? —pregunta Liam más alto de lo necesario, con la boca pegada casi a mi oreja, agarrándoseme un poco más fuerte.

—Es mi madre.

—Hala. —Asiente y vuelve a mirarla como si fuese incapaz de quitarle los ojos de encima.

Mientras Liam se aferra a mí cual lapa, como si quisiera ser invisible, Oliver se yergue de repente, como si fuese un sargento del ejército, y la mira con cautela, casi asustado de que mi madre se le acerque demasiado.

Empiezo a pensar que aquí hay algo más profundo y la ansiedad se apodera de mí. Incluso noto un nudo en la garganta.

—¿Y es maja? —me pregunta el pequeño de los hermanos con la voz algo más relajada mientras mi padre se vuelve y saluda a mi madre con la mano.

Ella se queda donde está.

—Sí —respondo en voz baja e intentando a toda costa que desaparezca el nudo que se me ha instalado en la garganta al oír su pregunta—. Es muy maja. Le encantaría conocerte.

Liam asiente, pero no le quita la mirada de encima en ningún momento.

—Qué bien —musita en voz baja.

—¿El qué, compi?

Esconde la cabeza en mi cuello y responde:

—Que tengas mamá. Y que sea maja.

Tengo que cerrar los ojos un segundo. «Joder, joder, joder».

—Sí, bichito. Y estoy muy agradecido.

Lo estoy ahora y lo estaré siempre, porque lo de este niño me está hiriendo el alma.

Vuelvo a pensar en Sadie, en lo consternada que parecía al imaginarse pidiendo ayuda. Una mezcla de enfado y miedo se abre paso en mi interior al recordarlo, y ahora ya no puedo pensar en otra cosa.

Sadie está más sola de lo que yo creía.

Puede que antes la viera como a una persona tozuda, pero las palabras de sus hermanos y lo que he visto en su casa me inundan la mente como si de una pesadilla se tratase.

Decido llevar a Liam dentro porque, de repente, no quiero dejarlo en el suelo. Total, él ya está abrazándome por el cuello, con la cabeza hundida justo ahí. Es la primera vez que distingo timidez en este pequeño valiente.

Oliver camina justo detrás de nosotros mientras nos acercamos a la puerta, donde mi madre sigue esperándonos, sonriente.

—Hola —nos saluda y, primero, centra toda su atención en Oliver —. Soy Anna, la mamá de Rhys. ¿Cómo te llamas?

—Oliver. Soy el hermano de Sadie.

Mi madre le dedica una ancha sonrisa.

—Me han hablado mucho de ti. Mi marido dice que eres un gran jugador de hockey.

—Es una estrella —tercia mi padre, que está de pie detrás de Oliver.

El niño se sonroja ante tanta atención y se frota la nuca con la mano mientras asiente. Mi madre no hace ademán de abrazarlo, pero veo que duda un segundo, como si quisiera hacerlo. A lo mejor ve lo mismo que vemos mi padre y yo: que Oliver es un poco como Bennett, que está tenso y que necesita espacio desesperadamente; al menos, a nivel físico.

—¿Y tú quién eres, cariñito? —pregunta con voz más dulce todavía, dando un paso al frente para mirar a Liam, que vuelve a tener la cabeza escondida debajo de la mía y juguetea con el cuello de mi camisa con los dedos.

No dice nada. Solo se la queda mirando como si no quisiera quitarle los ojos de encima.

—Por Dios. —Oliver suspira y pone los ojos en blanco al tiempo que se sonroja, como si la indecisión de su hermano lo avergonzase un poco—. Puedes decirle cómo te llamas.

—Liam —murmura al fin, levantando con sutileza la cabecita por debajo de mi barbilla.

Sé que, si lo miro, veré en sus ojos la misma ilusión de antes. Como si mi madre fuese un hada que ha venido a concederle todos sus deseos.

—Liam. —Mamá saborea el nombre, y noto que él separa la cabeza de mi hombro a modo de respuesta—. Encantada de conocerte. ¿Qué tal si vamos dentro y nos comemos un postre? Si quieres, puedes ayudarme.

—¿En serio? —Abre los ojos como platos—. ¿Puedo ayudar? —Empieza a menearse en mis brazos hasta que al final lo bajo.

Liam se detiene un segundo al ver la mano que le tiende mi madre y levanta la suya, aunque primero vuelve la cabeza para mirar

a su hermano mayor. En ese instante, atisbo una pizca de miedo, como si estuviese intentando asegurarse de que está a salvo, de que puede aceptar el gesto.

Oliver asiente, Liam le coge la mano a mi madre, echan a andar hacia la cocina y ella le cuenta lo deliciosas que están las galletas con salsa de chocolate y carne, a pesar de que no parezca muy apetecible.

Oliver se queda rezagado detrás de mí mientras mi madre y Liam continúan avanzando. Papá nos sigue de cerca, y le hago un gesto con la cabeza para que pase primero. Espero a Oliver, que camina despacio mientras tomamos el camino más largo hacia casa, cruzando el jardín.

Me vibra el móvil en el bolsillo; bajo la mirada y veo que es un mensaje de Ro: distintos emojis alocados aunque alegres seguidos de un mensaje escrito todo en mayúsculas en el que dice que se asegurará de que Sadie descanse.

«Deberías esforzarte por venir a los entrenos». Eso le dije a Sadie a modo de reprimenda el primer día que hablamos. Al acordarme de mis palabras, tropiezo. Oliver me mira un segundo, y la culpabilidad que siento se adueña con más fuerza de mí.

«Cabrón egoísta de mierda».

Vuelvo a oírla. Esa voz que desaparece cada vez que la firme presencia de Sadie la manda callar. Ese oscuro monstruo que ha vivido en mi interior desde el día en que recibí esa carga en el hielo y me desperté con la cara y el cuerpo entero cubiertos de gasas, casi sin poder respirar.

El enfado desapareció, sin más, hasta que dentro de mí solo quedó un gran vacío. Y echaba de menos ese enfado.

Ahora lo único que habita en mí es el autodesprecio.

Aunque estoy aprendiendo a controlarlo. Y también que puede que necesite recurrir a otros medios para entender a Sadie Grisi.

—Oliver… ¿Tu padre suele estar siempre así? —le pregunto.

Se tensa un segundo y asiente intentando evitar mi mirada.

—¿Y tu madre?

Trato de deshacerme del nudo que siento en la garganta y que apenas me deja hablar, e intento mantener la sensatez mientras me adentro en el campo de minas que es esta conversación.

—Sadie y yo teníamos madre, pero no… —Se encoge de hombros —. No nos quería. Así que, cuando se fue, mi padre se quedó con nosotros —me cuenta con tono reticente, a la defensiva.

Damos unos pasos más hacia la puerta, que está abierta. Oliver se queda fuera. El olor a masa y chocolate fundido empieza a permear el aire poco a poco, y la expresión del niño es una mezcla de nervios y miedo.

Pero soy paciente. Seré paciente con él y también con Sadie.

—¿Nos quedaremos mucho rato?

—Tanto como queráis —se me escapa antes de pensarlo dos veces.

De todos modos, Oliver asiente y acepta la situación.

—Deberías decírselo a Ro. Igual así consigue que la tata duerma un poco. Nunca descansa.

—¿Por tu padre?

Acabo de pisar una mina. Adopta una postura defensiva y se le afila la mirada.

—Nos cuida muy bien —me corta mirando hacia atrás, como si fuese incapaz de hablarme a la cara. Está a la defensiva, de eso no

hay duda, pero también está asustado—. Sadie. Sadie nos cuida a Liam y a mí, y yo la ayudo. No necesitamos nada.

Entra en casa sin detenerse, y sé que esto es, de momento, todo cuanto conseguiré que me cuente. Todavía no confía en mí; no del todo. Aun así, me centro en sus palabras: «Sadie y yo teníamos madre». ¿Significa eso que la madre de Liam es otra? ¿Estará esa mujer en su vida?

¿O Sadie está sola?

Oliver se espera en la entrada de la cocina, sin saber muy bien qué hacer, mientras Liam se pasa todo el rato mirando a mi madre, estudiando cada uno de sus movimientos y siguiendo sus indicaciones.

Al final, consigo que Oliver se siente en uno de los taburetes. Repiquetea con los dedos en la encimera, nervioso y callado, casi pensativo, mientras vigila a su hermano pequeño.

Mientras que Liam habla como una cotorra y responde a todas las preguntas que le hacen tanto mi madre como mi padre, Oliver es más cauteloso y observa la rutina de mi familia en silencio. Mi padre coge una bolsa de patatas fritas de la despensa y algunos recipientes del frigorífico antes de sentarse en la encimera y colocarlo todo entre nosotros tres.

Oliver observa la comida y luego a mí antes de decirle a mi padre, en voz baja, que ya les he invitado a comer. A continuación, me da las gracias de nuevo.

—Pero estás creciendo, Oliver. Cuando Rhys tenía tu edad, se zampaba todo lo que teníamos en la despensa de una estacada.

Oliver duda más aún, pero las palabras de mi padre consiguen arrancarle una sonrisa.

—¿Seguro?

Mi padre sonríe con algo de tristeza en los labios y deja caer los hombros. Cuando vuelve a hablar, lo hace con un hilo de voz tan delicado que me cuesta oírlo:

—Sé lo duro que es tener que aceptar ciertas cosas cuando te has pasado la vida trabajando muchísimo para ganar muy poco. Ahorrar mucho y aun así estar siempre hambriento.

Se me encoge el pecho y veo que Oliver intenta entender cómo puede ser que el hombre famoso que tiene delante, a quien es probable que haya idolatrado mentalmente, fuera, en su día, un niño que pasaba hambre.

—Sí… —Oliver traga saliva con fuerza, pero sigue escuchándolo con atención.

—Pero no pasa nada. Quiero que te lo comas todo. De hecho —dice abriendo el táper de dips de pollo al estilo de Buffalo—, primero quiero que pruebes esto y, si no te gusta, tenemos miles de cosas más que puedes probar.

Oliver se ablanda lo justo como para relajarse cuando mi padre le da una palmadita en la espalda.

—Vale —contesta el niño.

Al cabo de unas horas, cuando empieza a ponerse el sol, Ro me manda un mensaje de texto para decirme que ya puedo dejarlos en la resi. Meto a los niños en el coche junto con algunas cosas que necesito para la Hockey-morada y abrocho bien a Liam, aunque sigo algo preocupado por no tener una sillita. Por si acaso, conduzco unos quince kilómetros por debajo del límite de velocidad.

Cuando estamos a mitad de camino, Liam me pregunta:

—¿Crees que he sido buen ayudante?

Sonrío y lo miro por el espejo retrovisor.

—Has sido un superayudante, compi.

Liam se vuelve hacia su hermano y baja un poco la voz antes de decirle:

—Ojalá haya sido el mejor ayudante de mundo. Igual así Anna querrá que nos quedemos con ella, Ollie.

Oliver se vuelve de golpe y escupe con tono mordaz:

—Para, Liam. No los conocemos.

Frunzo un poco el ceño ante ese comentario, pero sé que está a la defensiva y que seguramente no le haya sentado muy bien el repentino cambio de planes del día. Al pensar en las dos versiones que le llegarán a su hermana de cómo ha ido hoy, una pizca de preocupación se cuela en mi interior. Liam se lo explicará como si hubiera sido un cuento de hadas y puede que Oliver haga que parezca que los he tomado como rehenes.

Liam bosteza de forma sonora, se recuesta en el asiento y susurra:

—Pues creo que me gustaría que Anna fuese mi mamá. Creo que me querría un montón.

Oliver me mira mientras me detengo delante de un semáforo en rojo. Tiene las mejillas sonrojadas, pero no sé muy bien si está avergonzado o enfadado.

—Sadie nos cuida —amonesta a su hermano—. Y te he dicho que dejes de decir esas cosas.

Se lo dice con cierto tono de advertencia, como si no fuera la primera vez que hablaran de este tema. Se me revuelve el estómago y, cuando veo que a Liam se le llenan los ojos de lágrimas, me siento aún peor.

—No quiero que nadie nos separe de Sadie —dice mirándome con los ojos rojos y lagrimosos—. Tú no vas a separarnos de Sadie, ¿verdad, Rhys?

Es la primera vez que el pequeño me mira así: desconfiado y, de repente, inseguro.

Lo cual me sirve como feroz recordatorio de lo frágil que es la confianza de los tres hermanos, incluido Liam.

—No. —Compruebo de nuevo el semáforo antes de volverme para mirarlos a los dos a los ojos—. Nunca. Tú y Oliver siempre estaréis con Sadie. Os lo prometo.

Y me aseguraré de que Sadie nunca vuelva a sentirse sola en esto.

30

Sadie

Estoy agotada.

Seguro que me caen lágrimas de los ojos, pero tengo la piel tan húmeda que ni siquiera noto la diferencia.

—Otra vez.

El entrenador Kelley no me lo dice a gritos; está calmado. Me pregunto cuánta presión tendría que ejercer para cortarlo con la cuchilla si hiciera un giro un poquito demasiado cerca de él.

—Tengo que…

—No te he preguntado.

Separo sutilmente los labios, como si fuese a gritar. No sé qué me ve en la cara, pero mi expresión le ilumina el rostro, casi como si se alegrase, y da una palmada al aire.

Vuelve a poner la música. El intenso ritmo de esa obra instrumental me retumba con fuerza en el pecho y la garganta. Kelley no me da ni un segundo de tregua para que me coloque en posición; le da igual. Lo único que quiere es que saque todo mi potencial.

Y lo consigue. Como siempre. Los saltos me salen mejor que en todo el entrenamiento; todos. Mis movimientos son más enérgicos, incluso más emocionantes. Siento oleadas de energía, tanto que se

me dibuja una amplia sonrisa en los labios cuando el programa llega a su fin y voy a patinar hacia él.

—Qué bien sienta, ¿a que si?

Sonrío y asiento porque sí, sienta bien. Sienta genial. Y el elogio de Kelley es la guinda del pastel. Voy a por agua, pero me coloca una mano en el brazo y me frena. Me agarra la barbilla y me levanta la cabeza para que lo mire a los ojos.

—Impecable, ¿vale? Eres muy fuerte. —Es casi imposible, pero la sonrisa se me ensancha todavía más. Entonces, añade—: ¿Ves de lo que eres capaz cuando no estás distraída? Deja a ese tío estúpido en el pasado, ¿de acuerdo?

Vuelvo la cabeza de golpe para zafarme de su mano. Me basta con que mencione a Rhys para que un fuerte anhelo se abra paso en mi pecho.

—De acuerdo —musito mientras cojo las protecciones de las cuchillas.

—¿Te has planteado lo que te comenté sobre tus hermanos?

«Sí, y la respuesta es y seguirá siendo siempre que no».

—Lo estoy considerando —miento. Al entrenador Kelley no le he contado la de veces que me he reunido con el abogado especializado en derecho de familia ni que, por casualidad, me encontré con la madre biológica de Liam y, básicamente, la chantajeé para que firmara la patria potestad. Aunque tampoco me costó mucho convencerla—. Pero aún no he tomado una decisión.

Me dice que conoce a un abogado que podría ayudarme y asegurarse de que los chicos acabasen en una familia que pudiera cuidarlos.

Me da igual. Le daré al entrenador Kelley todo cuanto quiera para alcanzar el éxito. Pero no pienso renunciar a mis hermanos.

—Ya sabes que solo pienso en ti, tormento. —Lleva llamándome así desde que tengo doce años; quizá porque, en esa época, atormentaba a todas las niñas de mi edad—. Lo hago porque quiero lo mejor para ti. —Me toca el hombro al pasar y me deja sola en la pista.

Me siento en el banco un buen rato e intento que no me abrumen los pensamientos que han desatado sus palabras, y que, de golpe, me inundan la mente a una velocidad vertiginosa. Sin embargo, cuando me doy cuenta de que me he olvidado el teléfono en el vestuario, lo que significa que no he tenido contacto alguno con mis hermanos, con la señora B. ni con Ro, me levanto de golpe y me pongo la protección de la cuchilla izquierda mientras echo a andar.

En las gradas que están encima del túnel, hay alguien sentado en silencio. Levanto la mirada para observarlo bajo la tenue luz de la pista.

—No puedes estar aquí. Es un entrenamiento a puerta cerrada —gruño alzando lo suficiente la voz como para que me oiga.

Una risa turbia resuena por el recinto vacío.

—No me extraña —dice el tío con la típica voz que hace que mi subconsciente grite «peligro».

—¿Y tú quién narices eres? —escupo, y siento que me irrito como si fuera una fiera.

Salta por encima de la barandilla más baja, que sigue siendo alta, y aterriza con la elegancia de un gato montés. En cuanto se pone de pie, veo que es más alto que yo; lleva unos pantalones de chándal negros y una camiseta técnica del mismo color. No sé qué pintas

tiene el mismísimo diablo pero, a juzgar por las de este tío, deben de parecerse un montón.

Sobre todo, por los ojos. A pesar de estar a oscuras, veo que los tiene de un potente dorado, casi etéreo. Sonríe de medio lado, y ese gesto le da un aire increíble de modelo de la *GQ* que acaba de volver de un asesinato.

—Kane —se presenta—. Y tú eres la pequeña patinadora que conoce todos los secretos del capitán.

Por desgracia, es atractivo; tiene la piel bronceada y el pelo negro, un poco más corto por los lados, y con unas ásperas y amontonadas ondas en la parte superior de la cabeza que parece que se haya ido repeinando sin cesar. Tiene las facciones de la cara bien delineadas, donde destaca una cicatriz que le cruza una mejilla y le baja por la mandíbula, otro corte en un lateral del cuello y otro más pequeño en el arco de Cupido de sus carnosos labios.

—¿Estamos en un puto barco pirata o qué? Parece que vayas de villano malvado.

Se encoge de hombros y pone los ojos en blanco sin dejar de sonreír. Acto seguido, se cruza de brazos con indiferencia.

—Como siempre, ¿no? —Se lo dice más a sí mismo mientras se pasa un palito entre sus afilados y centelleantes dientes. Me doy cuenta de que es el palo de una piruleta y me sobresalto.

Satanás chupando una piruleta.

Casi me entran ganas de reír, pero estoy tan nerviosa de estar aquí, sola en la pista con él, que consigo deshacerme de la risa antes de que se me escape.

—Mira, no sé ni quién eres ni de qué vas, pero con suficientes capullos tengo que lidiar ya ahora mismo, ¿vale? Apártate.

—¿Ya sabe el perfecto de tu novio que tu entrenador te obliga a hacer horas extra?

Gruño. Teniendo en cuenta el enfrentamiento en cuestión, quizá parezca un caniche asalvajado ladrándole a un pastor alemán.

—Para empezar, no es mi novio.

—¿Lo sabe él? —me pregunta, quitándose la piruleta de la boca.

El caramelo es de color lila, así que intuyo que es de uva. Se la pasea por la lengua antes de mordisquear el palo con una sonrisa en los labios.

—Y, para terminar, mi entrenador no me obliga a hacer horas extra. Simple y llanamente, es que soy la mejor patinadora del equipo. —Le dedico una amplia sonrisa y arqueo las cejas para provocarlo—. ¿Celoso? ¿Qué? ¿Tu entrenador está demasiado ocupado con su maravilloso centro como para estar pendiente de la que líes en la posición que sea que juegues?

Sonríe socarrón y le arde la mirada.

—Teniendo en cuenta que estoy en el equipo, dudo mucho que al entrenador le importe una mierda Koteskiy.

Aguardo un segundo con la esperanza de que no se note lo confundida que estoy, pero fracaso en el intento.

Se le aviva la mirada.

—Guau. —Ríe, y me da la impresión de estar en la típica viñeta de un cómic en la que el villano atrapa al héroe—. ¿No lo sabes?

—¿Si no sé el qué?

—¿Quién soy?

—La verdad es que me importa una mier…

Levanta la mano para frenarme y se le ensancha aún más la sonrisa hasta que los colmillos le quedan a la vista y le suman más

maldad a su apariencia de villano.

—Ya verás como sí que te importa. Búscalo en internet. O, mejor dicho, búscame: Toren Kane. Lo que sale sobre mí es aún mejor. A ver qué encuentras.

Pasa por mi lado dándome un empujón, alarga el brazo hasta la punta que más lejos me queda debajo del banquillo del equipo local y coge una bolsa. Y entonces lo veo calzándose unos patines.

Estupefacta y algo alterada por la conversación, me marcho decidida a no buscarlo en internet.

Suena «First Aid Kit» a todo volumen mientras conduzco con las ventanillas bajadas y, cuando aparco en la plaza que se me ha asignado en el aparcamiento de la resi, tengo las mejillas sonrosadas y enrojecidas por el viento.

Como voy a toda prisa, casi se me olvida poner el coche en modo aparcado antes de bajar pitando hacia mi edificio, y le sujeto la puerta a alguien que está saliendo.

Vivo en el tercer piso, pero decido subir por las escaleras en vez de coger el ascensor para no tener que esperar.

He recibido un total de cero mensajes por parte de Ro o de Rhys, lo cual hace que me ponga igual de nerviosa que si tuviera uno avisándome de alguna emergencia y no lo hubiera visto. Pero ya llego muy tarde a la reunión con el abogado. Me he pasado todo el trayecto, durante el cual seguro que me he saltado el límite de velocidad, pensando en cómo suplicarle a Ro que traiga comida para mis hermanos y que pase la noche con ellos en nuestro apartamento (algo que no le pido nunca) con tal de que pueda llegar a la reunión.

En cuanto cruzo la puerta a toda leche, me encuentro a Ro en la cocina. Huele tan bien que se me hace la boca agua.

Me mira alegre, con una sonrisa de oreja a oreja. No me lo merezco ni de coña, teniendo en cuenta la de mensajes y llamadas que no le he respondido últimamente.

—Hola —digo arrastrando la palabra, dejándome caer contra la puerta decorada con papel de regalo.

Aguardo para ver si oigo algún ruido proveniente los chicos, que es lo habitual cuando pasan la noche aquí.

Ro, que lleva el pelo recogido en un moño alto con una goma de color naranja intenso, tiene un cucharón de madera en los labios, como si acabase de probar lo que sea que hay en la olla sobre nuestro cuestionable fogón.

—¿Qué pasa? —me pregunta con la cuchara aún en la boca mientras deja lo que esté haciendo y viene hacia mí—. Todo en orden.

—No. —Niego con la cabeza—. ¿Y… los chicos? ¿No están aquí? ¿Qué narices…? —Me paso las manos por el pelo, me deshago el moño y me lo vuelvo a hacer—. Tengo que llamar a Rhys. Y, luego, cuando acabe de desquiciarme con él, debo ir a ver al abogado…

—Hey. No pasa nada. Mi, eh…, seminario se ha alargado, y Rhys se ha ofrecido a llevar a los chicos a comer algo. —Ro sonríe, pero le veo cierta duda en la mirada—. De hecho, voy a recoger a los chicos en… —mira el reloj de muñeca—, en una hora. Créeme, es probable que le esté enseñando a Oliver algunos pases la mar de guapos mientras Liam se ríe como si fuese lo más gracioso del mundo.

Tomo una profunda bocanada de aire e intento tranquilizarme porque la cabeza me va a mil por hora. Porque Ro tiene razón. Por

más mosqueada que esté con el jugador de hockey que se ha adueñado de mis pensamientos, confío en él. Y, sobre todo, confío en él para que se quede con mis hermanos.

A pesar de que me dé la impresión de que esto sea una prueba de fuego.

—Te he preparado la cena. A ti. Así que come —me dice Ro empujándome para que me siente en nuestra pequeña mesa—. Y luego duerme. Llamaré al abogado para que te aplace la reunión. Confía en mí.

Noto cierta incomodidad en la boca del estómago, una especie de malestar. Sin embargo, si hay alguien en este mundo en quien confío, es en Ro.

—Vale.

—Bien. —Sonríe—. Me encargaré de todo, ¿de acuerdo? Y ahora, a comer.

Sonrío mientras ella coloca un plato a rebosar lleno de pasta y pollo al pesto justo delante.

—Huele genial.

Aplaude al oír mi cumplido y contesta:

—Sí, bueno… Ya sabes que cocinar no es lo mío. Pero tengo que alimentar a mi patinadora estrella.

Se sienta para que cenemos las juntas mientras charlamos de temas triviales e intentamos no adentrarnos en cuestiones profundas. Y eso me sienta bien. De repente, veo que empiezo a relajarme y, a medida que me voy terminando el plato, poco a poco el cansancio se apodera de mí. Al cabo de un rato, Ro se va a recoger a los chicos, y yo les preparo los catres en mi cuarto; parece que tenga un palé enorme en el suelo.

Antes me hacía feliz ver esas camitas en mi habitación porque significaba que los tendría conmigo y que estarían a salvo. Ahora, en cambio, me aterra. ¿Puedo hacerlo? Si consigo que me den la custodia de mis hermanos, ¿podré quedarme aquí?

Camino despacio hacia la ducha mientras le doy vueltas al tema.

Ya sé la respuesta, y por eso me he cargado el trimestre con un montón de asignaturas para intentar graduarme en otoño. Aunque estoy evitando el período de prueba académico por los pelos, yendo, como puedo, a las sesiones de revisión con mi consejera académica y el entrenador Kelley. Lo cual es absurdo, teniendo en cuenta que solo estudio un grado en Comunicación.

Cuando el agua de la ducha empieza a bajar fría, me siento agotada como la que más. Así pues, me quedo frita en la cama y no me despierto hasta que oigo los pasos de Liam.

Oliver cae rendido al suelo casi al instante y, en voz baja, le pide a Liam que no me despierte. Sin embargo, mi hermano pequeño pasa de él y viene directo a mi cama. Cierro los ojos con fuerza para hacerme la dormida y él me da un delicado beso en la frente antes de susurrarme:

—Que sueñes con los angelitos, tata.

No sé cómo me las apañaré. Pero lo haré, sea como sea.

Porque estos dos niños se merecen mucho más que esto.

31

Rhys

Es jueves por la noche, lo cual significa que mis amigos y yo tenemos cena de equipo o vamos de fiesta en fiesta. Nada demasiado alocado porque, por lo general, solemos tener que viajar los viernes, pero sí algo como para que todos podamos soltarnos un poco en un ambiente controlado.

Sin embargo, esta noche, Freddy, Bennet y yo hemos reunido a gran parte del equipo en nuestra casa para cenar, tomar algo y estrechar lazos.

Y Holden ha invitado a Kane.

Me lo consultó primero en una entrecortada llamada telefónica que hizo que me sintiera extrañamente culpable. Holden no estaba intentando elegir un bando; de hecho, estaba haciendo su trabajo: conocer mejor a su compañero de defensa.

Kane no se ha presentado y, cuando Holden desvía la mirada hacia el asiento vacío que tiene justo al lado y que le ha pedido a la gente que dejaran libre para el compañero de equipo que ha decidido no venir, lo noto un poco decepcionado.

Ahora que hemos terminado de cenar, estamos riendo y charlando, sentados con los platos sucios delante y los estómagos bien llenos. Y, a pesar de que no participo tanto como antes, la situación me resulta… normal.

Alguien llama a la puerta con fuerza, a toda prisa, e interrumpe las carcajadas. Holden me mira antes de echar la silla hacia atrás y ofrecerse para ir a abrir. Sé que espera que la oveja negra por fin haga su aparición. No obstante, al cabo de poco, viene corriendo hacia mí.

—¿Quién es?

—Eh… —Se frota la nuca—. Sadie, ¿la patinadora? Pregunta por ti.

Al ver que parece que todo el mundo la conoce, siento una breve punzada de irritación y una parte irracional de mí quiere cogerla a ella y a sus dos hermanos y quedármelos para mí. Aun así, asiento y me levanto mientras intento que dejen de temblarme las manos. Voy hacia la puerta tan deprisa que me golpeo la cadera con la mesita que hay en la entrada, donde tenemos todas las llaves y las carteras.

Suelto un taco en voz baja y abro la puerta, algo molesto al ver que Holden la ha cerrado y ha dejado a Sadie esperando fuera en lugar de invitarla a pasar.

Y aquí está.

Preciosa, como siempre. Tanto, que se me entrecorta la respiración.

Lleva el pelo suelto y mojado. Me entran ganas de tocárselo porque sé lo sedoso que le queda después de ducharse. Tiene la piel suave y algo sonrojada por el viento, y le ha vuelto a aparecer esa maldita arruga en la frente que casi me hace suspirar. Empiezo a preguntarme si tendré corazones volándome por encima de la cabeza, como en los dibujos animados.

Me relajo del todo.

Esto no me pasa con nadie más, nunca. Siento una paz absoluta, que hace que me sienta lleno e indefenso, y que deje de percibir nada que no sea la suavidad de su piel y la rigidez de los barrotes de piedra tras los que se esconde su corazón. Y que sea superconsciente de las ganas que tengo de hundirme en su cuerpo o mordisquearle el cuello y dejar algo que demuestre que la he marcado tanto como ella a mí.

—Hey —saluda con la voz ronca.

No sé si está a punto de romper a llorar o de gritarme, pero no parece contenta.

—¿Hey? —respondo a pesar de que, más que a saludo, suena a pregunta—. ¿Quieres pasar?

En la cocina estalla una fuerte risa que retumba por toda la casa y Sadie hace una mueca.

—No sabía que estabas ocupado. O sea… Dios, qué arrogante he sonado…

En absoluto. Ha sonado bien. Como si pensara que puede presentarse en mi casa de la nada y yo fuera a dejarlo todo por estar con ella. Que es el caso. El pacto que hicimos en su día era exactamente este y, para mí, sigue vigente.

Me importa una mierda lo que hayamos organizado en casa. Sadie es mi prioridad número uno.

Me da igual que no quiera volver a tocarme en la vida. No pienso dejarla sola ocupándose de sus hermanos y de lo que sea que ocurra con su padre.

Así que le agarro la muñeca con delicadeza y la hago pasar. Cierro la puerta y doy un paso hacia atrás para dejarle espacio. La conozco lo suficiente como para saber que lo necesita.

—¿Todo bien, Grisi? —se me escapa antes de que pueda pensármelo dos veces.

Se le muda la expresión, y las lágrimas empiezan a caerle por las mejillas mientras comienza a sollozar en silencio y tiritando. Es como si estuviese intentando no derrumbarse.

—¿Por qué llevaste a mis hermanos a tu casa?

Abro los ojos. No esperaba que estuviese mal por eso, pero si me he pasado de la raya…

—Acababa de llevarlos a cenar —susurro; me cruzo de brazos y los descruzo—. Ro estaba ocupada y no tenía dónde dejarlos. —Por más que intente que mis palabras suenen dulces y comprensivas, sigo viendo que le sientan como una patada.

—Podrías haberme llamado y ya. ¿Por qué no lo hiciste? No tenías que ir de puto caballero andante…

Sadie calla en el acto y veo que el enfado la envuelve como si de un velo se tratase. Aunque tiene pinta de estar tan agotada que la furia que siente es demasiado frágil como para ocultar el dolor que aprecio en sus ojos cuando vuelve a levantar la mirada.

—Solo intentaba hacer lo correcto —le digo, tratando de que me entienda.

Me preparo, porque ya sé lo que viene ahora.

—¿Me estás acusando? ¿Acaso yo no estoy haciendo lo correcto?

—Sadie…

—No tienes derecho a juzgarme.

Apechugaré con todo el enfado que tenga que soltar; incluso me convertiré en su saco de boxeo, si hace falta. Si le ayuda. Me da igual, siempre y cuando consiga hacer que desaparezca esa mirada vacía y abatida.

—No somos una obra de caridad, personas a las que podáis rescatar tú o tu rica familia. No necesitamos vuestra ayuda. Puedo ocuparme de mis hermanos yo sola. Llevo haciéndolo durante años. —La última palabra se le escapa con un desgarrado sollozo.

Ya se ha prendido la mecha. Al asimilar lo que implican sus palabras, la rabia, retorcida y oscura, me corre ávida por las venas.

«Durante años». Oigo el eco de esa expresión en mi cabeza como si fueran martillazos.

—Pues no deberías. Sola no —le espeto sin levantar lo más mínimo la voz—. No eres ni su padre ni su madre, Sadie.

—¡Claro que sí! —me grita; en ese instante, me doy cuenta de que no se oye nada tras de mí—. De momento, lo soy. Y seré todo lo que les haga falta.

Bajo la voz y espero que ella haga lo mismo.

—Solo quería que tus hermanos estuvieran en un lugar seguro. Y Oliver quería que descansaras un poco. Se preocupan por ti. Oliver seguramente más de lo que se preocupa por sí mismo.

—Para.

Doy un paso adelante, encajonándola entre mi cuerpo y la puerta.

—Enfádate. Grítame todo lo que quieras, pero no por eso dejaré de preocuparme ni pararé de intentar ayudarte, por más que insistas en alejarme de ti.

—No… —exhala temblando de nuevo, y me pregunto si alguna vez se habrá sentido tan indefensa con mis demonios como me siento ahora con los suyos, temiendo que, en cualquier momento, se desate el pánico—. No he venido a gri-gritarte.

Se seca los ojos y baja un poco la barbilla. Aun así, me fijo en sus resignados rasgos.

Vergüenza.

Una emoción con la que estoy demasiado familiarizado.

—Sadie —susurro, y levanto mínimamente una mano. Desvía sus bonitos ojos grises hacia los míos, y la dulzura que veo en ellos se apodera de mí. Y se me encoge el pecho—. Grisi, ¿por qué has venido hasta aquí?

Traga saliva con fuerza. La sutil línea de su cuello me distrae lo suficiente como para agarrarle la mandíbula con la mano y permitir que los dedos le acaricien la piel de cuello.

—No sé cómo decirlo —murmura entre un gemido y un sollozo.

Al oírlo, una extraña sonrisa se me dibuja en los labios, y ella imita el gesto sutilmente.

—Inténtalo.

Tras una pausa, lo hace:

—Aparte de Ro, nadie ha hecho algo así por ellos. Por mí. A nadie le importa y lo… Lo siento. El mensaje…

Frunzo el ceño, pero la verdad es que me da igual, porque estoy tocándola en este instante. ¿Qué más da lo que pensara Sadie hace semanas? Ahora no me está alejando.

—Creo que intentaba mantenerte alejado de todo esto.

—¿De todo el qué?

—De mi vida. —Sadie se encoge de hombros antes de levantar las manos y agarrarme las muñecas—. Aun así, has seguido… —Vuelve a no saber qué decir, pero sacude la cabeza y clava los ojos en mí.

Creo que nunca me ha mirado así. Parece… asombrada. Como si estuviera viendo algo por primera vez. Sigue mirándome con esa dulzura que le da un toque nuevo a su rostro y hace que me entren

ganas de coger el momento y meterlo en una de esas bolas de nieve para verlo, para vernos en esta especie de abrazo para siempre.

Aunque ella se aparta demasiado pronto.

—O sea que solo quería… —Niega con la cabeza, parece aturdida —. Lo siento. No he venido a esto. He venido a… a disculparme. Y a darte las gracias. Así que, gracias.

Se vuelve hacia la puerta. Siento que se me escapa y no quiero que lo haga. No quiero seguir con este tira y afloja. Aunque no vuelva a verla nunca más, sé que jamás dejaré de desearla.

—¿Sadie?

Se vuelve hacia mí y se le forma la arruguita entre los ojos.

—¿Sí?

—No quiero que me alejes, ¿vale? Quiero formar parte de tu vida.

—No —suelta—. No quieres, Rhys. Es caótica y demasiado complicada.

—Me da igual.

—Rhys…

—Sadie, si me dijeras que has decidido unirte al programa de protección de testigos, te preguntaría adónde vamos y si puedo dejarme crecer la barba.

Se ríe y, al oír ese sonido, se me pone la piel de gallina.

—Grisi…

—Dime.

—Quiero besarte.

Creo que podré soportar otro rechazo por su parte. De hecho, me preocupa más que, como me deje besarla, ese oscuro monstruo que vive en mí quiera pedirle más y más y más de ella. Me preocupa ser demasiado y demasiado poco a la vez para Sadie.

No dice nada. Se limita a respirar profundamente con la boca entreabierta mientras nos miramos.

Y, luego, se me abalanza.

32

Rhys

Cojo a Sadie sin problema, como si llevase haciéndolo toda la vida. Me envuelve la cintura con las piernas con la fuerza suficiente como para que me pregunte si mi cinturón le dejará marca bajo los leggins en su pálida piel, esa que podré recorrerle luego con los labios.

Empotra la boca a la mía sin dudarlo ni luchar por el control. De sus labios solo brotan puro deseo, afecto y admiración, y me cala tan hondo que sé que nunca me quitaré a Sadie de dentro.

No quiero.

La sujeto por el culo y le aprieto las nalgas porque me resulta imposible no hacerlo, así que la mantengo pegada a mí mientras me separo de su boca para desviar la mirada hacia las escaleras. Me pongo a subirlas con la esperanza de que, con las prisas, no me pueda la torpeza y acabemos los dos en el suelo.

No deja de besarme en ningún momento. Su boca es dolorosamente dulce mientras me roza con los labios, me lame y me besa tanto el cuello como la barbilla y la mandíbula. Me tira un poco de la camisa y me da miedo que me arranque los botones con las prisas. Aunque creo que me gustaría que lo hiciera.

Choco con el marco de la puerta, la cruzamos los dos de golpe como si fuésemos una bolita del *pinball* y acabamos contra la pared.

—Joder —suelto, y separo a Sadie de mi cuello para asegurarme de que no se haya hecho daño.

Sonríe tanto que hasta se le ven los blancos dientes bajo esos labios, ahora enrojecidos e hinchados. Quiero hacer que se le sonroje todo el cuerpo para que adopte el mismo tono que le acaricia las mejillas, el cuello y la zona del pecho que me queda a la vista bajo la camiseta blanca de manga larga que lleva.

—Perdona. ¿Estás bien?

Se ríe y vuelve a inclinarse hacia mí para besarme mientras aprieta las piernas alrededor de mi cintura. El gemido que se me escapa entre los labios ni siquiera parece humano, pero no puedo contenerlo.

Su risa. Su sonrisa. Su maldita boca.

Cierro la puerta de un puntapié y dejo caer a Sadie en la cama con cuidado.

—¿Y tus hermanos? —Me da la impresión de que estoy tirándome piedras sobre mi tejado al preguntarle eso en mitad de lo que estamos haciendo, pero no me perdonaría robarles más rato juntos.

—Con Ro, en la resi.

Empieza a desnudarse antes de que pueda decir nada más. Su camiseta se pierde por la parte de abajo de mi cama y, en su lugar, solo queda un fino sujetador azul. Parece delicado y, de repente, me quedo helado, esperando a ver qué ocurrirá a continuación.

Llevo meses soñando con este momento, con Sadie. Me parece surrealista que esté aquí de verdad.

—Quítate la camisa —me ordena.

Me resbalan las manos mientras me desabrocho los botones frenéticamente. Seguro que la falta de coordinación no pone

cachonda a la gente. Ralentizo el ritmo, me la quito y la coloco en la silla del escritorio que hay en una esquina.

Bajo la mano hasta el cinturón mientras me pongo justo delante de donde está Sadie en la cama. Sin embargo, me aparta la mano de un golpe y me desabrocha la hebilla antes de quitármelo. Cae al suelo con un ruido sordo; sin embargo, el corazón me late tan acelerado que a duras penas lo oigo.

Me quita los pantalones y me quedo solo con el bóxer negro. Sadie aguarda un segundo antes de agarrarme algo tímida el bulto que se esconde bajo el tejido.

Me ha tocado muchas veces, siempre con la mano, mientras yo solía juguetear con los dedos entre sus muslos. Aun así, la sensación que me provoca en este instante es distinta.

Me agarra entero y me la acaricia despacio.

A continuación, me mira. Ojos grises de gata y el conjunto de pecas que conozco mejor que la palma de mi mano. Separa los labios y susurra mi nombre, que me sienta como una caricia, antes de agarrarme los calzoncillos por la cintura. Un brillo lleno de determinación le cruza la mirada y hace que aparezca la arruguita entre sus ojos. De pronto, temo correrme antes de metérsela.

Le aparto la mano, ignorando el frustrado gruñido que se le escapa, y doy un paso adelante para acercarme a ella.

La lámpara de la mesita de noche es la única luz en el cuarto, que envuelve a Sadie y crea a su alrededor un resplandor nebuloso mientras se acomoda de nuevo contra el colchón.

—Qué cómoda es tu cama —gime, y me coloco entre sus piernas.

—Pues quédate a dormir aquí para siempre —susurro, y le doy un suave beso justo detrás de la oreja.

Estoy acariciándole el brazo con una mano y noto cómo se le pone la piel de gallina.

Le subo la mano hasta el hombro y le bajo la tira del sujetador hasta que esa suave y ligera tela deja sus pequeños pechos al aire. Al ver su perfecta y rosada piel, inhalo entre dientes y le acaricio los pezones, también rosados, con los dedos.

—Ge-genial —susurra Sadie hundiéndome las manos en el pelo y tirando de él con delicadeza.

Sonrío servicial ante su silenciosa petición, y le acerco la boca al pecho para lamerle el pezón con dulzura.

Grita más fuerte de lo que esperaba y le tapo la boca con la mano mientras la miro y sonrío con franqueza.

Me coloco encima de ella y me agacho para susurrarle al oído:

—Tengo al equipo de hockey en la cocina. —Le recorro el costado con la mano para cogerle la tira del tanga y tirar de ella hasta dejársela justo por debajo de las caderas—. Igual debería dejar que gritaras tanto como quisieras, Grisi. Así les quedará clarísimo que eres mía.

Me aparta mano de la boca y me la agarra con tanta fuerza que parece ser su bote salvavidas.

—Ah, Dios —gime—. Rhys.

—Joder, me encanta.

Vuelve a pronunciar mi nombre mientras bajo los dedos hasta encontrarle el sexo, cálido y húmedo. Se los hundo sin problema. Sigo sorprendiéndome al notar tanta perfección; es como si estuviésemos recreando la primera vez que estuve arrodillado ante ella en las duchas.

Se corre y se le escapa un agudo gritito de entre los labios antes de inhalar profundamente y llevarse mi mano a la boca para morderme los dedos.

Las ganas que siento por estar dentro de ella son tan inmensas que tengo que cerrar los ojos y centrarme en no correrme con los bóxeres puestos cual adolescente.

Sé que puedo amarla. Lo que no sé es si me dejará. Pero, por ahora, tenerla así para mí y que se haya ablandado así por mí es suficiente.

Mientras me quito los calzoncillos, Sadie acaba de quitarse el sujetador y se queda desnuda bajo mi cuerpo. Me inclino hacia un lado para coger un preservativo de la mesita de noche y me tomo un minuto para admirarla mientras le acaricio el vientre con la mano antes de agarrarla por la cintura.

Ella también me está mirando, pero no le veo esa necesidad ferviente que suele tener en los ojos; esa que hace que parezca que va a estallar si la hago ir más lento.

Con delicadeza, me coge la barbilla con su manita en un movimiento muy parecido a las veces en que ha intentado tener el control. Sin embargo, separa sus dulces labios para exhalar y me pregunta:

—¿Estás seguro?

Se me encoge el corazón e imito su movimiento, solo que le acaricio la mejilla antes de descansarle la mano justo ahí y contestar:

—Nunca he estado más seguro de nada.

Casi se me escapa un «Te quiero», pero consigo reprimirlo porque sé que pensará que es ridículo.

Sadie me sonríe y le centellean los ojos de una forma muy poco común en ella antes de que se le empañen con mi primer empellón.

—Joder —jadea, apretándome los hombros con las manos. Me detengo y siento una mezcla de orgullo y aprensión—. Dios, había olvidado lo grande que la tienes. Mi pobre chocho, me lo vas a reventar.

Le doy un beso en el puente de la nariz y se la meto un par de centímetros más.

—No digas tonterías, *kotyonok*. Podrás soportarlo.

Al oír mis palabras, le empieza a palpitar el sexo y gime mientras va acomodándose a mi tamaño; un sutil escalofrío de placer le recorre el cuerpo. Cuando se la hundo del todo, vuelve a gemir.

—Yo diría que tu chocho quiere estar conmigo —consigo gruñir a pesar de que la voz no me sale tan cargada de sensualidad como me gustaría, sino que parece que intente aferrarme a alguna especie de control mientras Sadie me agarra con todas sus fuerzas.

—Yo quiero estar contigo —aclara.

Eso me desata del todo: empiezo a mover las caderas a un ritmo más rápido y firme.

Me parece increíble que algo tan pequeño pueda moverse y sacudirse tantísimo debajo de mí. Sadie me está volviendo loco, hasta el punto de que aparto la mano y la sujeto con un poco de fuerza por la nuca.

Alarga el brazo para acercarme más a ella, haciendo que ejerza más presión con el cuerpo sobre el suyo. El ritmo acompasado al que había llegado sufre un poco; me cuesta no perder el equilibrio al estar apoyado en una rodilla.

—Te chafaré —le digo riendo con los labios pegados a su pelo enmarañado, ese que me hace cosquillas en la nariz mientras apoyo la mano en el colchón para levantarme.

—Me da igual. —Sonríe, y se le escapa una risita—. Más fuerte. Por favor.

«Por favor». Su risa.

Hasta ahora, nunca había sido así: simple, perfecto y desenfadado. Más que sexo, es como si se estuviese formando algo más entre nosotros.

La envuelvo con los brazos, cual serpiente enroscándose por la cintura con facilidad. La levanto de la cama para sujetarla y que se sienta más cerca de mí sin aplastarla con todo mi peso.

Los fuertes músculos de sus piernas me abrazan la cintura de una forma que me resulta tan reconfortantemente familiar que me acurruco en ella.

—Me corro —me advierte Sadie con la voz tan entrecortada que es casi un susurro.

—Córrete —le pido con la mano apoyada en la parte alta de su sexo, justo entre nuestros cuerpos—. Esa es mi chica. Me encanta, cariño.

Mis palabras no hacen sino llevarla al clímax más deprisa, y yo me corro justo después de ella. Mi cuerpo es un frenesí de vida, de sensaciones, de todo lo que había enterrado hasta este momento, mientras la beso y muevo sus caderas arriba y abajo para metérsela entera y acabar con tanta fuerza que creo que me voy a desmayar.

Al correrme, la abrazo acercándola a mí. Ella me envuelve el cuello con los brazos; tenemos la piel empapada. Echa la cabeza hacia atrás para apoyarse en la palma de mi mano y me mira con ojos

perezosos. Está soñolienta y saciada, pero yo sigo a mil. Me siento en calma, pero muero por no quitarle ni las manos ni los ojos de encima ni un segundo.

Y en este momento es cuando Sadie suele desaparecer. Pero no pienso dejar que suceda.

—¿Ducha? —le pregunto echándole el pelo hacia atrás.

Sadie asiente, y no se mueve ni se queja ni una sola vez mientras la cojo en brazos y la llevo hacia el baño. Simplemente exhala mientras la dejo en el suelo y la apoyo contra los fríos azulejos de la pared de la ducha para asegurarme de que el agua esté lo bastante caliente.

Paso por debajo del chorro primero y tiro de Sadie con cuidado para colocarla bajo el agua. Cojo el gel y le enjabono el cuerpo para limpiarla con cuidado y juguetear un poco con su suave entrepierna hasta que me agarra con fuerza por los hombros y me clava sus pequeñas y redondas uñas.

Hago que vuelva a correrse, despacio y con dulzura, y luego se apoya en mí mientras le lavo el pelo. A pesar de la languidez de su cuerpo, no aparta los ojos de mí en ningún momento; parece estar sorprendida conmigo.

Y me late con fuerza el corazón.

Lo que siento por ella es tan real y profundo que tengo la impresión de que estamos unidos por una especie de hilo que me guía hasta Sadie. Pero ella es un enigma oculto tras muros de acero y esos ojos que no para de poner en blanco. No sé hasta qué punto también siente algo así, pero no pienso asustarla contándole lo mucho que la necesito.

Me aferraré a lo que me dé, por poco que sea. Me aferraré a todas las migajas hasta que se abra. Soy paciente.

Puedo esperar.

Cuando volvemos a tumbarnos en la cama, desnudos y envueltos por el calor de las mantas, le acaricio la espalda a pesar de que tiene la cara vuelta hacia el otro lado y se ha acurrucado al borde de la cama.

—No soy muy de mimos —me dice volviendo la cabeza por encima del hombro para mirarme, y se muerde el labio inferior.

—Vale —acepto.

Aun así, a la mañana siguiente me despierto temprano con su pequeño cuerpo pegado al mío y, feliz, cancelo todas las alarmas antes de volver a dormirme con Sadie entre los brazos.

33

Sadie

No he dormido mejor en toda mi vida.

Teniendo en cuenta que no he echado un polvo tan bueno en toda mi vida como el de anoche, me tomo la semana entera como un logro. No es algo habitual en mí.

Cuando me despierto, no me siento para nada nerviosa porque soy consciente de a quién he estado abrazada como un mono.

Y sé que mis hermanos están en un lugar seguro.

No tenía pensado pasar toda la noche alejada de ellos, pero creo que Ro quería que lo hiciese, a juzgar por la cantidad de mensajes que me envió, todos en mayúsculas, en los que me decía: «cabálgalo cual amazona». Así que, cuando la avisé de que me quedaría a dormir aquí, me mandó un montón de emojis ilusionadísima.

Debería alejarme, pero no lo hago. Me gusta ver la adormilada y dulce cara de Rhys. Está en paz, con la frente relajada y una sutil sonrisa en los labios.

Lo miro tanto rato que estoy segura de que raya en lo absurdo. Pero es que no consigo reunir la fuerza necesaria para alejarme. Voy hacia el baño y busco un cepillo de dientes o enjuague bucal; lo que sea con tal de quitarme este asqueroso sabor de la boca.

Me lavo la cara y cojo una camiseta del armario de Rhys.

Cuando vuelvo a entrar en el cuarto, se levanta apoyándose en los codos. Está sonriendo ampliamente y se le marcan bien los hoyuelos.

—No tienes ni idea de la de veces que te he imaginado llevando esta camiseta.

Bajo la mirada por ese tejido gris y me doy cuenta de que es casi idéntica a la mía de entrenamiento, pero con la palabra Hockey estampada en negrita justo debajo del logo de la universidad.

—¿Esta? —Me río y camino despacio hacia él.

Se sienta del todo y se da la vuelta para apoyarse en el cabezal. Las sábanas le quedan por la altura de la cadera, escondiendo la mitad inferior de su cuerpo, tan desnuda y generosa.

—Sí —me dice alargando el brazo hacia mí mientras me subo a la cama y gateo hacia él. Ignora mi intento por ser sensual y me sienta en su regazo; lo único que nos separa son las sábanas—. Lleva mi apellido.

Me sonrojo a más no poder y una ola de satisfacción se apodera de mí. Me agarra los muslos con fuerza, como si le preocupase que fuera a salir por patas en cualquier momento. Pero ya lo he decidido. Rhys merece la pena. Y, si no le importa lo jodida y complicada que es mi vida y el poco tiempo que puedo permitirme perder, no pienso dejarlo ir.

—Hola, fiera.

—Hola, Grisi —me responde con otra sonrisa que atrapo y me guardo en el pecho.

Me da un vuelco el corazón y siento cierta calidez en el cuerpo. Me acurruco todavía más contra él y me limito a inhalar el aroma que desprende su piel.

—Si hubiese sabido que mi polla te convertiría en un ser tan dócil, te la habría dejado probar antes —bromea—. Parece que haya hecho magia.

—¿Y por qué no lo hiciste? —intento preguntarle con el mismo tono provocativo, a pesar de que las palabras me salen con una pizca de vulnerabilidad.

Rhys me aparta la cabeza de su cuello, donde la estoy escondiendo, y me acaricia la mejilla con dulzura.

—Porque para mí, contigo, nunca sería sexo y punto. Y sabía que no estabas preparada para eso.

Mis mejillas se sonrojan. Me arden los ojos, y tengo tantas ganas de salir pitando como de atarme a él con unas esposas.

—¿Creías que no estaba preparada para tu polla mágica?

Se ríe echando la cabeza hacia atrás, contra el cabezal, y yo no puedo evitar bajarle la boca hasta el pulso y juguetear con la lengua ahí. Un gemido le corta la risa y aprieta más las manos, pero no para animarme a que siga, sino para detenerme.

—Venga… —susurro, y le mordisqueo la oreja.

Me he vuelto adicta a él. Quiero más. Infinitamente más.

—Un segundo, Grisi —me suplica gruñendo mientras le succiono la piel justo debajo de la oreja—. Cariño, por favor.

Oír ese cariñoso apodo hace que me entren ganas de soltar una risita, juguetear con mi pelo y disfrutar de él. Lo único que consigo hacer es echarme hacia atrás y mirarlo con la mano apoyada en su definido torso, recorriéndole los abdominales con las uñas.

—¿Qué? —le pregunto.

Rhys me levanta la barbilla con la mano para mirarme a los ojos. Sigue sonriendo. Y yo también.

—Solo quiero ver cómo estás. No volvimos a hablar después de lo de anoche.

Quiere decir que no volvimos a hablar después de que me follara hasta dejarme sin palabras y que hizo que me arrepintiera de la de tiempo que había perdido enrollándome con otros tíos, porque, con los demás, no había sido sexo. Pero esto me parece que es algo más. No sabía que podía ser así.

—Estoy bien —respondo, aunque puede que suene demasiado alegre—. Estoy… Fue increíble.

Sonríe con algo de orgullo en los labios.

—No me refería a eso, aunque a mi ego le viene bien. No he… —Frunce el ceño y se queda un segundo con la boca abierta—. ¿En serio no me has buscado nunca en internet?

—¿Qué? ¿Ahora que sabes mis secretos ya puedo saber yo los tuyos? —digo casi en broma.

—Pues, de hecho, sí.

Siento un nudo en la garganta.

—Rhys…

—Quiero que lo sepas todo, Sadie.

Me besa mientras sigo tumbada en el colchón, pero se detiene demasiado pronto para levantarse. Me quedo mirando cómo se mueve, y se me hace la boca agua al ver su culo tonificado, más aún cuando le veo la polla medio dura colgándole entre las piernas. Estoy tan distraída con eso que no me doy cuenta de que lleva el ordenador en la mano.

Lo abre, se sienta delante de mí y escribe algo antes de encontrar lo que está buscando. Entonces, vuelve el dispositivo hacia mí y se aparta.

—Voy a ducharme. Tú… Mira el vídeo.

La pantalla está en pausa, y el título anuncia: «Sacan en camilla a Rhys Koteskiy por la carga de Kane (imágenes explícitas)». Me basta leer eso para que el estómago me dé un vuelco enorme.

Por un segundo, me quedo mirando la pantalla y paseo el cursor por encima del *play* hasta que, al final, me obligo a hacer clic.

Empieza a reproducirse el vídeo de un partido de hockey. Están en mitad de un tiempo; parece que Rhys vaya a tope. Tiene una expresión abierta y feliz en la cara, aunque debajo oculta una intensidad y una concentración profundas. En cuanto el *puck* toca el hielo, echan a patinar a toda velocidad hacia una punta de la pista, justo después de que Rhys haya ganado el saque. Patina de forma veloz, preciosa y poderosa, hacia la portería. Otro jugador le devuelve el disco y corren hacia las vallas a toda velocidad. Sin embargo, en el otro equipo hay un jugador que está encima de él y carga contra Rhys justo cuando este le pasa el *puck* a un compañero que tiene detrás.

Es una carga fuerte, de las que he visto en partidos de hockey muchas veces, pero lo que lo mata no es la carga en sí, sino la posición flexionada en la que acaba empotrado contra las vallas a toda velocidad, chocando de cabeza.

Se oye un crujido descomunal.

Rhys rebota con la valla y se estampa de cara en las rodillas del defensa. Acto seguido, cae de bruces contra el hielo.

El silencio que se hace en la pista y en las gradas es ensordecedor.

Aunque solo dura un segundo, porque todo el equipo se pone a acusar al jugador que lo ha atacado: Kane, a juzgar por lo que pone en grandes y llamativas letras amarillas detrás de la camiseta.

Y entonces caigo: Toren Kane.

O sea, el tío que estaba en mi entrenamiento.

«Dios mío».

Abro otra pestaña y lo busco a él. Tal y como me había advertido, aparece un montón de información. Titular tras titular: «Expulsado del Boston College», «Se va de su último equipo por circunstancias desconocidas», «Tiene prohibido jugar en la pista de Harvard»… Y el más reciente: un inesperado traslado a la universidad de Waterfell.

Página tras página de intentos de entrevista, todos fallidos, para preguntarle acerca de la carga contra Rhys.

Sacudo la cabeza y siento que se me entumecen los dedos mientras regreso al vídeo principal y busco entre la lista de sugerencias para verlo desde distintos ángulos.

Encuentro uno con vista dual en el que se le ve espatarrado en la pista, bocabajo e inconsciente. Un paramédico intenta examinarlo sin moverlo, pero hay sangre en el hielo y no consigo ver de dónde sale.

A continuación, inmóvil en el hielo, Rhys empieza a temblar; es como si unos escalofríos estuviesen recorriéndole el cuerpo a través de esas fuertes protecciones. Un portero gigantesco vestido de color azul y gris, y a quien no me cuesta identificar como Bennett Reiner, se le acerca, se quita el casco y desvía la mirada hacia las gradas con cara de preocupación, en busca de alguien. Todo mientras se arrodilla y agarra a Rhys por la pierna.

Veo que Rhys empieza a moverse, lo cual es buena señal: significa que está consciente. Sin embargo, en cuanto se da impulso para levantarse, vuelve a caerse de espaldas, como si tuviese el cuello

roto. No lleva el casco puesto y la sangre le brota de un corte con el visor.

Aterrada, siento un nudo en la garganta y las lágrimas empiezan a amontonárseme; es como si Rhys no estuviese en el cuarto de al lado. Como si ahora no estuviese bien. De repente, siento la imperiosa necesidad de mirarlo para asegurarme de que lo está.

La cámara se desvía hacia las vallas, donde ambos grupos están de pie. El entrenador del equipo contrario parece furioso, y agarra a Toren Kane por el cuello de la camiseta, que se le ha desgarrado con la pelea. Los árbitros se acercan y se hace un gran silencio antes de que traigan una camilla con ruedas y varias personas echen a andar por el hielo; una de ellas es un hombre alto y bien vestido que no para de llamar a Rhys.

Y se acaba el vídeo.

Cierro el ordenador justo en el instante en que Rhys sale del baño con una toalla rodeando su esbelta y firme cintura. Lleva el pelo empapado, y se lo acomoda detrás de las orejas; sin embargo, algunos mechones testarudos le bailotean delante de los ojos. Intenta sonreír pero, cuando me ve la cara, se detiene.

—Hey —dice antes de acercárseme a toda prisa para cogerme el rostro con sus grandes manos—. ¿Estás bien?

—¿Y tú? —le pregunto, y siento un escalofrío que me recorre la columna vertebral—. Dios, Rhys…

—No te lo he enseñado para darte pena —me dice con la voz ronca, apartándome las manos que, en un acto reflejo, he empezado a levantar para acariciarle las mejillas—. Solo quería que lo supieras.

Asiento.

—Ya lo sé. Pero seamos realistas: no puedes enseñarme algo así y esperar que haga como si nada.

—Solo fue un golpe. Ocurre constantemente. El hockey es un deporte de contacto.

Quiero decirle que me da igual. Claramente, esa carga es lo menos significativo del caso.

Me acuerdo de Rhys el día en que nos conocimos, cuando lo encontré apoyado en las vallas de la pista con las pupilas dilatadas y la mirada aterrada, llena de pánico. Recuerdo cómo le temblaba el cuerpo y cómo siguió temblando bajo mis manos.

—Si solo fue un golpe, ¿qué pasó después? —le pregunto.

34

Sadie

Por un segundo, creo que Rhys está a punto de cerrarse y dejar la conversación aquí.

Sin embargo, solo respira algo más agitado y me pregunta si puede vestirse. Quiero decirle que no porque me parece un delito que se tape el cuerpo, pero su piel me distrae demasiado, así que se pone unos pantalones de chándal gris y una camiseta idéntica a la que le he robado y vuelve a colocarse delante de mí, en la cama.

—Que me dolía todo. No recuerdo mucho de la carga. Me acuerdo de verlo venir y luego el pánico que sentí al darme cuenta de que no veía. Pensé que me estaba muriendo. —Se ríe sin humor alguno—. Y después pensé que me moría cada noche.

El corazón me late con tanta fuerza que creo que me voy a desmayar. Es como si estuviese absorbiendo los nervios y la ansiedad que sintió Rhys en esa época.

—No podía dormir. Al principio, fue como si unos *flashbacks* no me dejasen relajarme. Y, luego, cuando me quedaba dormido, me despertaba solo o lo hacía mi madre a sacudidas porque no paraba de gritar con la cara hundida en la almohada y no podía respirar. —Resopla y cierra los ojos con fuerza mientras se tira de la camiseta —. El primer mes la asusté muchísimo.

«Dios…».

—Así que… dejé de hacerlo.

—¿Dejaste de hacer qué?

—De dormir.

Al ver cómo se encoge de hombros con indiferencia ante una confesión tan desgarradora, siento que me arde el pecho.

—¿Du-durante cuánto tiempo?

—Podía aguantar unos diez días seguidos y luego me quedaba frito en cualquier parte. Pero, como estaba recuperándome en casa, mi madre se dio cuenta de que algo no iba bien. Así que, además de las pastillas que tomaba para el dolor, me dieron otras para conciliar el sueño y empecé a ir con una terapeuta muy exasperante.

—¿Para la recuperación, dices? ¿Una terapeuta deportiva?

Niega con la cabeza.

—No. De esos también tenía uno, pero mis padres insistieron en que me tratara una psicóloga especializada en salud mental para atletas. No quiero ni imaginarme lo que les costó, pero…

Vuelve a encogerse de hombros y empieza a acariciarme con los dedos la parte del muslo que me queda al descubierto, siguiendo siempre el mismo patrón y rozándome justo por debajo de donde me queda la ropa arrugada.

Me distrae pero, sobre todo, me reconforta.

—Rhys.

—Y después de eso… Solo me sentí vacío. Como si hubiese una oscura sombra manchando todo lo que antes era positivo y que ya no podía alcanzar. —Se ríe, esta vez de verdad, antes de levantar la mirada hacia mí—. Y lueeego —alarga la palabra y me da un beso en la nariz—, esta pequeña patinadora gamberra me agarró de la

muñeca, me dijo que no la tocara y sentí algo. Y temí no verla nunca más.

—Anda… —Estoy mareada porque no paro de sumergirme en las profundidades de sus ojos marrones. Como se le marquen un poco más los hoyuelos, me hundiré en ellos—. ¿Y luego?

Rhys me roza la mejilla con la suya y me raspa sutilmente con la barba incipiente que aún no se ha afeitado antes de acercarme la boca al oído y decir:

—Y luego estuvo conmigo. Una y otra vez. —Pero entonces se separa y me observa serio mientras sigue agarrándome la mandíbula para que lo mire a los ojos—. Y después empecé a utilizarla como si fuera un pilar en el que apoyarme.

Hago una mueca ante esa cruda verdad.

—No pasa na…

—Sí que pasa —me corta, a pesar de que dibuja una ligera sonrisa y prosigue—: He vuelto con la psicóloga. No debería haber dejado las sesiones. Y no debería haberte utilizado así.

Quiero decirle que quiero me que utilice así siempre, pero sé que me está confesando algo que tiene clavado muy hondo. Que me está demostrando que lo que hay entre nosotros no es solo cuestión de dolor compartido, no es una válvula de escape para nuestras emociones. Es algo real. Algo muy valioso.

Rhys me besa la mejilla y juguetea con mi pelo mientras me sujeta la cabeza.

—Cuando estaba contigo… Joder, si es que hasta solo cuando estaba cerca de ti sentía algo. Y era la primera vez que me pasaba después de muchísimo tiempo.

Me abro para él y nuestras bocas se encuentran mientras Rhys me sujeta y me tiene a su merced.

Como soy tan pequeña, a pesar de que estoy segura de que podría matar a un tío con los muslos si tuviera la necesidad, siempre he mantenido el control con mis ligues. Me he colocado encima para así conseguir placer, y he sido clara con mis límites, indicándoles qué me podían tocar. Pero con Rhys no me hace falta.

Porque confío en él.

Cuando me doy cuenta, lo digo en voz alta, y disfruto de la luz que se le prende en la mirada.

Parece que quiera decir algo, pero sacude la cabeza y me besa sin dejar de reír y sonreír hasta que al final terminamos de nuevo bajo las sábanas.

Salimos de su cuarto a media mañana, cuando ya nos rugen las tripas y nos hemos quedado sin barritas proteicas la mar de caras, de esas que tiene Rhys en su neverita.

Baja antes que yo para que pueda arreglarme otra vez, porque no hemos podido quitarnos las manos de encima, y llamar a Ro para ver cómo siguen los chicos.

Mi amiga los ha dejado en el colegio esta mañana, contentos y tras un buen desayuno; y sé que, al salir del cole, tanto Oliver como Liam tienen extraescolares hasta tarde. También sé, gracias al organizado calendario que tiene Rhys en esa pizarra blanca justo encima del escritorio, que él tiene que coger un bus en dos horas para ir a jugar fuera de casa. Esta noche se enfrentan al Union College y, para acabar de completar la pequeña imagen de Rhys

como capitán del equipo de hockey de Waterfell, veo un listado impreso en el que aparecen las estadísticas del otro equipo con algunas anotaciones acerca de varios jugadores.

Sonrío socarrona, pillo un boli del portalápices y le escribo rápidamente en la parte de abajo: «Buena suerte, fiera ;)».

Encuentro los leggins que perdí anoche por la habitación, igual que el sujetador y el tanga. Sin embargo, bajo a la cocina con la camiseta que lleva el apellido de Rhys a la espalda.

Aunque, cuando salgo de su cuarto, oigo un ruido, como si alguien estuviese arrastrando los pies. Una rubia de piernas largas con calcetines altos está pegando saltitos apoyada en la punta de los pies y apartando a un labrador negro muy grande de una de las puertas de las habitaciones. Al final, consigue sacar al animal, que lloriquea, y le susurra algo con dulzura antes de cerrar la puerta de la forma más silenciosa posible. Lleva el pelo recogido en un moño alto despeinado y va vestida con una camiseta gastada gigante que le cubre la figura como si de un vestido se tratase. Es evidente que intenta marcharse sin que la vean.

—¿Estás bien? —le pregunto echando a andar hacia ella.

Sin embargo, me quedo de piedra en cuanto se da la vuelta y veo que me mira con una expresión nerviosa en sus grandes ojos marrones. Unos ojos que no son sino los de Paloma Blake.

Nos miramos boquiabiertas, heladas e indecisas.

—Conque has pasado la noche aquí, ¿eh? —digo sonando mordaz antes de pasar por su lado para bajar las escaleras.

—Por lo visto tú también, ¿no? —Sonríe y echa a andar a mi lado —. Supongo que debería hacer caso omiso a la conversación que mantuvimos, ¿verdad?

Me irrita, pero no sé si el equipo se tomaría bien que empujara a su querida grupi del hielo escaleras abajo. O que le arrancara los ojos, a pesar de que dudo que pudiera ganarle la batalla con unas uñas cortas como las mías cuando ella las tiene tan afiladas.

Cuando ya casi hemos llegado abajo, oímos una fuerte risa cerca, y Paloma me agarra el brazo con muchísima fuerza.

—Joder, Blake —suelto, a pesar de que me tapa la boca de golpe con la otra mano.

—¿Puedes…? —suspira. Si no fuera porque la conozco, juraría que está a punto de romper a llorar—. ¿Puedes no decir nada de mí? ¿Puedes entrar ahí y distraerlos a todos?

No quiero ayudarla. No la aguanto. Aunque parece desesperada a más no poder.

—¿Pero a ti qué narices te pasa? —susurro en voz tan baja que apenas se oye nada porque ella sigue tapándome la boca.

Le arde la mirada.

—Por Dios, Sadie, no seas tan cabrona.

—Mira quién habla —respondo apartándole la mano—. Venga, lárgate antes de que cambie de opinión y decida anunciar tu presencia como si esto fuera una corte medieval.

Se marcha tan rápido que ni tiempo me da tiempo a terminar de pronunciar la frase, aunque consigue cerrar la puerta con sigilo.

Justo en ese instante, un jugador al que conozco porque es el que me abrió la puerta anoche, sale por la esquina. Parece una versión más dulce de Freddy, con pintas atractivas e inocentes, en vez de ser el típico chulo rematado.

—Hola, cielo. —Sonríe de forma encantadora. A pesar del apodo, no parece estar tonteando conmigo; tiene más bien pinta de ser una

cuestión de modales de alguien que viene de algún lugar al sur de Mason-Dixon—. ¿Te has perdido?

—De hecho, estoy buscando a tu capitán.

Se ríe y señala por detrás del hombro.

—Parece que está de buen humor. Igual esto se convierte en su nuevo ritual prepartido.

Paso por su lado con una sonrisa, a pesar de que soy consciente de que me he sonrojado muchísimo, y me maldigo por ser tan pálida.

La cocina, como el resto de la casa, brilla casi impecable. Rhys está sentado en la barra y Freddy, en el taburete que le queda más lejos. Un increíble olor a beicon y sirope de arce, proveniente del musculado portero que está delante de los fogones con un trapo en el hombro, permea el aire.

Bennett me mira con la barbilla levantada, sin rastro de sonrisa alguna en los labios. Rhys sigue el movimiento de su amigo y deja la frase a medias para sonreírme como si lleváramos semanas sin vernos.

Por si no estaba bastante sonrojada, ahora parezco un tomate.

Me acerco a él y dejo que Rhys decida cómo gestionar la situación: es su equipo, y no hemos hablado de qué hay entre nosotros. Lo único que sé es que Rhys nunca será solo mi amigo, con o sin derecho a roce. Siempre será algo más.

Me rodea con un brazo, me da un beso en la coronilla y sigue hablando del partido con los chicos que hay en la cocina. No corta la conversación en ningún momento, a pesar de levantarme, sentarme en el taburete que tiene delante y apoyar los brazos en la encimera para que yo quede justo entre ellos.

Los escucho, más o menos. Sin embargo, cuando aparecen delante de mí un plato con tiras de beicon, claras de huevo revueltas y una increíble tostada de masa madre con aguacate y trozos de fruta cortados en dados, levanto la mirada y digo:

—Ay, pero no tengo por qué comer yo primero.

Rhys niega con la cabeza y contesta:

—Tenemos una dieta prepartido muy específica, Grisi. Es todo para ti.

Salivando ya, desvío la mirada hacia Bennett y le pregunto:

—¿Seguro?

Gruñe y asiente antes de apagar el fuego un poco enfadado.

—Si quieres, hay mucho más. Todo tuyo. —Me dedica una frágil sonrisa y se excusa para volver arriba.

—Es siempre así —me cuenta Freddy, robándome un trozo de beicon del plato antes de que Rhys le dé un golpe en la mano—. Es su *mood* prepartido. Bueno… —añade arrastrando las palabras y dándome un golpecito en el hombro con el suyo mientras Rhys echa a andar hacia una cafetera que parece muy sofisticada—. ¿Qué rollo os lleváis?

—Freddy —le advierte Rhys levantando la voz por encima del ruido de la máquina—. Déjala en paz.

—Venga, capi. Necesito estar al tanto del salseo. —Arquea las cejas varias veces, con suma exageración.

Pongo los ojos en blanco antes de empezar a masticar y seguir a Rhys con la mirada, como si fuese mi película de confort favorita, mientras él se mueve por la cocina. Juguetea con un espumador un segundo y, al ver lo concentrado que está, se me enciende la mirada. Ojalá tuviera el teléfono a mano para sacarle una foto.

—¿Estáis saliendo? —se interesa Freddy.

Cuando Rhys vuelve a echarle la bronca, el otro se queja cual niño pequeño.

Me trago mi titubeo e ignoro todas las veces que he dudado porque sé que Rhys quiere más. Y, por primera vez en la vida, yo también.

—Sí —respondo intentando hacer caso omiso a la pizca de incomodidad que siento al ver que tanto el uno como el otro se han quedado en silencio—. Soy su novia.

Puede que a mi lengua le extrañe pronunciar esa palabra porque es nueva para mí, pero el centelleo que aparece en la mirada de Rhys y su descarada sonrisa, con aparición de hoyuelos incluida, hacen que me sepa dulce. No me doy cuenta de que podría haberme corregido hasta que ya me he presentado con esta etiqueta, pero no lo hace.

«Ay, Dios». Se me revuelven las tripas. «¿Y si Rhys no quiere? ¿Y si lo de anoche fue solo un punto de inflexión para él?».

La cabeza empieza a irme a mil por hora, y no oigo nada de lo que dice Freddy mientras se levanta del taburete donde está sentado.

—¿Mi novia? —me pregunta Rhys cerniéndose sobre mí por detrás un tanto engreído.

No puedo ni mirarlo. Me aterra pensar que igual me lo he imaginado todo y que no es lo que él quería.

Sin embargo, de repente, me deja delante una taza verde de café con una especie de dibujo algo deformado en la espuma.

—¿Qué es?

—Es… Ah, un dibujo en la espuma del *latte*. Se supone que es una flor —me cuenta tímido, en voz baja.

—Me encanta.

Rhys me da un beso en el cuello, recogiéndome el pelo con las manos. Siento la absurda necesidad de cortarme esos mechones castaños para que siempre pueda acceder a esa zona sin impedimentos.

—Creo que nunca he sido tan feliz, Grisi —me susurra antes de besarme otra vez en los labios—. Mi chica.

Rhys me abraza cual bálsamo que cura una herida que no sabía que tenía. Y eso es más que suficiente.

35

Sadie

Es el primer partido suyo al que voy y los acompaño, en concreto, como novia de Rhys Koteskiy. Estoy entre ilusionadísima y aterrada.

Hace una semana que estamos saliendo oficialmente, una semana durante la cual solo lo he visto en dos ocasiones. Aunque a veces coincidimos unos segundos entre mis entrenos y los suyos. Que se espere un poco al terminar su entrenamiento matutino para darme un beso antes de mi hora de hielo siempre me pone de buen humor. De hecho, creo que, cuantos más besos y caricias me da Rhys antes de entrenar, mejor me salen las rutinas y más me alaba el entrenador Kelley.

Aun así, estoy nerviosa.

Y esto se suma la presión que sentí al conocer a la madre de Rhys por casualidad el día que pasaron por la cafetería.

Rhys sonreía como el que más, y me dio un casto beso en la mejilla. A su lado iba una pequeña, delgada y preciosa mujer, y la verdad es que me dio la sensación de que a ella le entraban hasta ganas de bailar cuando Rhys me besó. En cuanto se presentó como Anna Koteskiy, me sonrojé más todavía.

Acabé tomándome la pausa de la comida para sentarme con ellos. Toda yo era un manojo de nervios y miedo; hasta el punto de tener que secarme las manos en los vaqueros porque me sudaban sin

parar. Han sido pocas las figuras femeninas adultas que han pasado por mi vida, así que tampoco tenía muy claro cuál era la mejor forma de comportarse.

Sin embargo, cuando se fue, la madre de Rhys me abrazó con fuerza y no me soltó hasta que me relajé de verdad.

Me susurró al oído que estaba orgullosa de mí. Luego, se marchó.

Hace tres días de eso y, desde entonces, no he vuelto a ver a Rhys a solas. Los Wolves jugaron anoche contra el Colgate y ganaron el primer tiempo; sin embargo, según leí en internet, fue un partido bastante duro para Waterfell y, al final, acabaron «jugando de pena».

Esta noche se enfrentan al Boston College y, por lo visto, es un partido muy importante.

Mis hermanos también vienen a verlo. Rhys les ha reservado dos asientos y me ha dicho que pueden sentarse con su madre para que yo pueda pasar algo de tiempo con Ro. No puedo evitar seguir sintiéndome un poco precavida con su familia; además, todavía no he conocido oficialmente a su padre, a pesar de que lo vi en varias ocasiones con Oliver y Liam durante los entrenamientos de verano.

De todos modos, me cambio tres veces de ropa antes de sentarme delante del espejo que tiene Ro en su cuarto para maquillarme.

Ella termina mucho más rápido y me ayuda a peinarme: dos trenzas cortas y sueltas con unos finos lazos azules al final. Me siento un tanto extraña, aunque, por primera vez en mucho tiempo… bonita. Me pregunto si Rhys también creerá que lo estoy.

Al pensarlo, se me encoge un poco el corazón y me entran náuseas.

Me calzo las zapatillas blancas y Ro aparece por el otro lado de la puerta de su armario.

—¿Qué llevas puesto? —le pregunto arqueando las cejas como la que más al ver la chaqueta *vintage* al estilo *patchwork* que se está poniendo.

Es una vaquera negra con la parte de atrás cortada y una especie de camiseta de la universidad de Waterfell cosida en su lugar. Una de las mangas está adornada con unas letras azules donde se lee *Wolves* de arriba abajo y, en la otra, lleva unas estrellas de colores vivos.

—¿Qué llevas puesto tú? —me devuelve la pregunta, y se cruza de brazos al verme con unos vaqueros negros y una camiseta blanca—. Pensaba que ibas a ponerte el vestido.

Paso de responder. Cierto, iba a ponerme el vestido de seda, hasta que he visto que no me pasaba por el culo. Ya oigo al entrenador Kelley diciéndome que tengo que controlar el peso antes de la próxima competición, que será en Denver, y tendremos que pasarnos cuatro días allí, de modo que ya sé que optaré por no participar. Otra vez.

—¿La has hecho tú? —me intereso refiriéndome a la chaqueta, en lugar de contestarle.

—Sí. —Pilla algo del escritorio y me lo pasa tan deprisa que ni siquiera me da tiempo a alargar los brazos para cogerlo—. Y te he hecho una a ti.

Espero que sea una réplica de la suya, aunque no debería esperar nada por el estilo porque estamos hablando de Ro. La chica tiene más imaginación y creatividad en el meñique de la que tengo yo en todo el cuerpo.

Es una bómber *vintage* con el cuello y los puños a rayas azul marino y turquesa. En un lado está el logo de los Waterfell Wolves con un parche vaquero, mientras que en el otro lado hay un 51 bien grande cosido de color azul marino y blanco nacarado.

El número de Rhys Koteskiy.

—Iba a poner su nombre detrás, pero no me ha dado tiempo. —Se encoge de hombros—. Además, estoy bastante segura de que lo habría escrito mal aunque lo copiara letra a letra.

Una parte de mí quiere enfadarse con ella por haberse entrometido así y dar por sentado que a Rhys y a mí nos parecería bien. No obstante, me muerdo la lengua porque las lágrimas hacen que me escuezan los ojos al ver lo amable y considerada que ha sido mi amiga.

—¿Y no querías añadir ningún número a la tuya? —le pregunto volviendo hacia el espejo y cogiendo el pintalabios granate que hay en el escritorio.

Ro sonríe y se sonroja.

—Sí —contesta enseñándome la manga, donde hay un pequeño 27 cosido dentro de la estrella que le queda más cerca de la mano.

No necesito buscar el listado de la plantilla para suponer que el número 27 corresponde al único jugador del equipo que mi amiga medio conoce.

—Para tu alumno favorito, ¿eh? —Me río—. Parece que os lleváis bien Freddy y tú.

—Somos amigos. Quiero sorprenderlo con el resultado del examen. —Sonríe, y le veo una ilusión genuina en la mirada; algo que, desde que lo dejó con su novio, había desaparecido. En realidad, ya había desaparecido antes—. Ha aprobado el parcial.

—Le encantará saber que no van a expulsarlo. Y a lo mejor puedes hacer que todo el mundo deje de especular sobre lo muy tonto…

Al oír mi comentario, se irrita, se pone seria y se saca el pelo de debajo de la chaqueta.

—No es tonto —resopla—. De hecho, es muy listo. A ver, si es que mira cómo juega: lo pilla todo rapidísimo. Él y Rhys juntos rozan la perfección.

Asiento, reprendida, pero frunzo el ceño.

—¿Los has visto jugar?

—He ido a uno o dos partidos.

No tenía ni idea, aunque tampoco puedo decir que me sorprenda no haberlo sabido antes. Con todo lo que tengo que lidiar (el patinaje, mi distracción con Rhys, los chicos, la custodia, mi padre…), a duras penas he tenido tiempo de prestar atención a los acontecimientos de la vida de Ro.

—¿O sea que ahora eres una experta en hockey?

Asiente.

—Leí unos libros sobre el tema en el trabajo, antes de ir al primer partido. Quería entenderlo todo bien.

Me río un poco, pero no para burlarme de ella, sino más bien impresionada, y mi amiga me pasa un brazo por la espalda.

—Pues yo llevo años viendo jugar a Oliver y cada día aprendo algo nuevo.

Aunque sé que Ro ya lo tiene todo más que aprendido. Seguramente podría entrenar a un equipo, si quisiera, porque ella nunca hace nada a medias.

Justo cuando acabamos de prepararnos, alguien repiquetea a la puerta del cuarto de Ro y suelta una risita aguda que solo puede ser de Liam.

Ro abre la puerta sonriente y grita:

—¡Buuu!

A continuación, mi hermano de seis años se echa a reír de nuevo. Ro lo persigue mientras él empieza a correr y Oliver se queda de pie al lado de nuestra pequeña cocina.

—Qué guapa —me dice.

Me quedo helada un segundo: esas palabras equivalen a un «Te quiero» y son una señal de aprobación inmensa en dos palabras.

—¿Sí?

Asiente.

—A Rhys le gustará.

Oliver y Liam lo son todo para mí. Sin embargo, es difícil sonsacarle alguna emoción a Oliver, más allá del enfado. A pesar de que sé que no me culpa, a veces me cuesta convencerme de que estoy haciendo lo correcto. Así que le aprieto el hombro con cariño y le doy las gracias mientras salimos.

Los alrededores de la pista están atiborrados de gente. El *hockey* es uno de los deportes más populares de por aquí. Además, como es sábado, nos ahorramos las miradas de desaprobación de las auxiliares de la residencia mientras salimos con mis hermanos de aquí.

Antes nos ponían multas, hasta que Ro hizo un milagro de los suyos. Desde entonces, no nos han vuelto a decir ni mu.

Al entrar en el complejo, vemos a la madre de Rhys de pie con un hombre alto al lado, vestido de traje y sonriendo de oreja a oreja. Sé que no es el padre de Rhys, lo cual es motivo suficiente para que me detenga y le coja la mano a Liam con un poco más de fuerza.

—Anda, qué bonitas —dice Anna mientras me acaricia la manga de la chaqueta—. ¿Las has hecho tú?

—Mi compañera de habitación —respondo con brevedad, y miro de nuevo al hombre que le queda detrás—. Es Ro —las presento.

Se dan un apretón de manos y noto que Liam intenta soltarse de la mía para irse con Anna… Pero no pienso dejarlo.

Por suerte, no tengo que preguntarle quién es ese hombre porque Ro se le presenta; habrá supuesto que es el padre de Rhys.

—Adam —responde este, sonriendo.

—¿Entrenador? —pregunto frunciendo el ceño.

—Abogado. —Sonríe la mar de tranquilo y sereno.

El corazón se me acelera a más no poder y el pánico empieza a apoderarse de mí.

¿Abogado? ¿Por qué ha traído Anna a un abogado aquí? ¿Será por…? ¿Será por Liam y Oliver? ¿Van a alejarlos de mí?

Agarro a Liam con más fuerza y Oliver da un paso atrás. El hombre parece algo sorprendido ante nuestra reacción, pero yo apenas me doy cuenta porque estoy demasiado ocupada intentando encontrar la salida con la esperanza puesta en que Ro haga algo alocado y los distraiga.

—Ay —dice Anna, a quien se le desdibuja la sonrisa y se le llena el rostro de desolación. El pánico se ha adueñado tanto de mí que ni siquiera puedo sentirme avergonzada por cómo he reaccionado, pero

entonces Anna señala al abogado y aclara—: No. Es un amigo de la familia: Adam Reiner. Es el padre de Bennett.

No me tranquiliza. Nada me tranquiliza hasta que Ro me da un apretón en el hombro y me mira a los ojos.

—No intentan alejarlos de ti —me susurra, a pesar de que el tembloroso ruido que se le escapa a la señora Koteskiy me indica que la ha oído.

—No, Sadie. Ay, Dios… Lo siento muchísimo. No. Mi marido ha tenido que ir a una rueda de prensa y le han retrasado el vuelo. Así que el señor Reiner se ha ofrecido a acompañarnos al partido. Solo si te parece bien, claro.

«No ha venido a llevarse a mis hermanos. Nadie se los llevará».

Oliver sigue aferrándose a mí, a pesar de que suelto a Liam, que sale corriendo hasta Anna Koteskiy, se coloca a su lado y se pone a contarle todo lo que ha hecho esa mañana. No obstante, el padre de Bennett, cuyo parecido aprecio en la forma en que se peinan ese pelo castaño bañado por el sol y los marcados rasgos de su cara, por no hablar de lo altos que son los dos, se acerca a nosotros.

—Voy a por algo de beber —dice Ro antes de disculparse.

El hombre le sonríe, gesto que nunca le he visto hacer de verdad al estoico de su hijo. A continuación, nos mira a Oliver y a mí.

—Si necesitáis algo…

—No —lo corto—. O sea… Ya tengo abogado. Tengo los papeles de la custodia y todo. Solo estamos esperando.

El juicio está programado para enero, pero mi abogado tiene las esperanzas puestas en que podamos convencer a mi padre para que renuncie a sus derechos. Así, solo tendré que demostrar que puedo

dar a mis hermanos todo cuanto necesitan, incluido un hogar donde vivir; y que puedo cuidarlos.

El señor Reiner vuelve a sonreír con un gesto tan perfecto que parece que lleve una máscara.

—De acuerdo —dice.

La señora Koteskiy sorprende a mis hermanos con unas camisetas de los Wolves. A Liam le queda gigantesca, pero ambos se ponen muy contentos y los dejo con ese par de adultos tan bien avenidos.

—¿Crees que la madre me odia? —le pregunto a Ro de camino a nuestros asientos, unas filas por encima del cristal que hay cerca de la portería.

Ro me da un delicado empujón con el hombro, pero mantiene una expresión alegre y abierta.

—No digas tonterías. Esa mujer solo quiere pillarte, meterte en el bolsillo y llevarte a su casa.

—Piensa que no puedo ocuparme de los chicos…

—No. Piensa lo mismo que pensamos todos: que no deberías tener que hacerlo. —Se detiene un momento, me apoya la mano en el hombro y juguetea con el final de mi trenza—. Tanto tu madre como tu padre están vivos; tú eres una patinadora con mucho talento y una chica inteligente que se pasa la mayor parte del tiempo haciendo malabares con distintos trabajos y asegurándose de que sus hermanos coman y sigan con su día a día. Desde que apareció Liam, no has hecho nada única y exclusivamente para ti.

Tiene razón. Y no me gusta que la tenga.

—Bueno, menos Rhys. Eso sí que es todo para ti. Y te lo mereces. Te mereces a alguien como él.

Vuelvo a sonrojarme. Nos acomodamos en nuestro asiento y nos quedamos mirando a los equipos mientras salen a calentar. Estamos en la parte de las gradas de los locales, de modo que vemos que Bennett sale del túnel y deja la botella de agua en la red antes de ir hacia una esquina a estirar.

Parece que los chicos estén corriendo por el hielo, lo cual siempre me ha parecido que les da un aire poderoso y embravecido al mismo tiempo. Aunque también es un estorbo, teniendo en cuenta el estado en que encuentro el hielo cuando me toca patinar después de ellos.

No me cuesta localizar a Rhys. Patina tan rápido que la brisa le agita el pelo. Da un giro con Matt Fredderic pisándole los talones, frenan en seco y se ponen a estirar mientras otros jugadores practican técnicas de regateo y tiros a portería, por el momento vacía.

Y luego, cuando se colocan en fila para lanzar en cuanto Bennett ya está delante de la red, Rhys me ve y sonríe. Le da un codazo a Freddy y este levanta la mirada con una gran sonrisa y guiña un ojo. Cuando ya han tirado, van hacia el cristal de nuestra parte de la pista.

Al ver que se acercan, una chica que está sentada delante de nosotras abre los ojos como platos y grita a su amiga para decirle lo buenos que están. Al oírla, sonrío con aire de suficiencia.

Freddy da un golpe en cristal, justo encima de ellas, centrado exclusivamente en Ro, que brilla como la que más bajo su atención. Mi amiga le hace una mueca extraña y Freddy se ríe tan alto que lo oímos desde aquí.

Rhys me sonríe y me saluda con la mano. Y yo, feliz, le devuelvo el gesto.

—Tranquilo, chaval —le grita un señor algo mayor que tenemos a la derecha—. No dejes que te afecte ese cabrón de Kane. Céntrate en ganar.

Veo que Rhys pasa de él, pero sé que lo ha oído.

Tengo los pelos de punta y estoy a nada de arrancarle la cabeza de un mordisco a ese tío, por más que lo haya dicho con buenas intenciones. Sin embargo, otro capullo, vestido del color granate del Boston College que está sentado un poco más abajo, cerca del cristal, a unos cuantos asientos de Ro, se pone a gritarles a los dos:

—¡Anda, mira por dónde! Si el capitán ha conseguido volver a pisar el hielo… —le espeta—. ¿Cuántas cargas hacen falta para que te curtas, marica?

—A ver si cargan contra ti, capullo —suelto levantándome, volviéndome hacia él con tanto ímpetu que una de las trenzas me azota los labios.

Los chicos que hay a su alrededor sueltan un «Uhhh» colectivo, como si estuvieran viendo el comienzo de una batalla de rap de los 2000.

Desvío la mirada hacia Rhys de nuevo, que parece que no sepa si hincharse de orgullo o rezar para que deje de seguir la corriente a los demás. Le guiño el ojo para que vea que estoy bien, pero me cruzo de brazos y miro al provocador en cuestión con una sonrisa de satisfacción igual que la suya.

—¿Es tu novio? Pobrecita, la chica parece molesta —suelta. Sube las escaleras, se abre paso entre los asientos vacíos, se inclina por

encima de Ro y me susurra—: ¿La lesión cerebral le ha afectado a la capacidad para follar? Si te hace falta, me ofrezco para…

Le doy una patada en los cojones, con fuerza y rapidez, y, con una sonrisa socarrona en los labios, me quedo mirando cómo se tropieza con los pies de Ro y se cae de culo al suelo. Se levanta despacio y vuelve a bajar poco a poco a su asiento, avergonzado.

Rhys le da un golpecito al cristal con el guante y espera a que el tío lo mire a los ojos. Mi novio sonríe y, con un brillo oscuro en los ojos, le advierte:

—Como vuelvas a mirarla, te vas a enterar.

La amenaza es evidente e intimidante de narices, a pesar de la falsa sonrisa que se le dibuja en la cara. Le da un golpe fuerte al cristal con el *stick* y el tío pega un salto mientras la gente que tiene a su alrededor, que ha estado pendiente del numerito, se echa a reír.

Vuelvo a aguantarle la mirada a Rhys mientras sale del hielo. Me guiña el ojo con disimulo y se me ensancha el pecho a más no poder.

36

Sadie

Resulta evidente que Ro está molesta. Más de lo que la he visto jamás.

Estamos al final del segundo tiempo, los Wolves van ganando por dos puntos. Los fans del Boston College que han venido a nuestro estadio se quejan alto y claro, pero los Waterfell los superamos en número. Llevamos toda la noche gritándole al portero rival, cantando canciones y oyendo cómo algunos fans borrachos llaman a los jugadores por su nombre de pila y golpean el cristal.

Y, por supuesto, he estado mirando a Rhys.

Patina como si hubiese nacido con las cuchillas pegadas a los pies, como si se coordinara mejor en el hielo que al correr o caminar por el suelo. Su habilidad para captar a los demás jugadores, sin importar si van vestidos de granate o de azul, roza lo maravilloso.

Es tal y como lo había imaginado: el chico de azul se vuelve una estrella dorada bajo los focos de la pista y las ovaciones de sus adorados fans. Esta noche clava todos los *fase-offs* a la perfección, como si brillase. Me lo imagino dentro de unos años, ya como jugador profesional, iluminando las pantallas de televisión gigantes y las de los móviles de todo el mundo con los hoyuelos de su sonrisa bajo el visor.

Rhys ha marcado dos veces: una durante el primer tiempo, patinando entre los compañeros de su equipo en la otra punta de la pista para chocar los cinco y levantar su *stick* al aire con humildad para celebrar el gol; y otra en el segundo, en nuestro lado del hielo. Esta segunda vez, la celebración ha sido la misma, solo que ha apuntado el *stick* hacia mí.

Y yo me he derretido al instante.

En general, ha sido una noche increíble.

Sin embargo, ver a Ro peleándose con las tres chicas que tenemos delante también sería increíble.

Freddy ha marcado justo antes de que sonara el pitido que indicaba el final del segundo tiempo, patinando en una arremetida y tocando el *stick* como si fuese una guitarra imaginaria, lo cual nos ha arrancado una carcajada tanto a Ro como a mí. Aunque mi amiga no ha empezado a reírse hasta que ha terminado de animarlo a gritos como una loca.

Sin embargo, entonces, la monada de melena negra que tenemos sentada delante con una camiseta de los Waterfell dice:

—Dios, qué bueno está.

—¿Has visto su OnlyFans? —le pregunta su amiga. Si cree que está susurrando, no es el caso ni de broma—. Si ya se te cae la baba así…

—Por el amor de Dios, Ericka. —El chico que se sienta con ellas, de rizos pelirrojos y que también lleva una camiseta de hockey y un par de Converse de cuero negro con tacos que me tienen babeando desde que las he visto, suspira—: Era un rumor. Al tío ni siquiera se le ve la cara.

—«Por el amor de Dios», Ron —se burla de él Ericka, poniendo los ojos en blanco y tirándole una palomita a su amigo—. La que se lo contó a todo el mundo fue *su* ex. Seguro que es él.

—No creo —tercia la otra—. Él mismo lo negó. A ver… Sí, se ha ganado su reputación en el campus, pero eso no significa que vaya por ahí vendiendo su cuerpo.

—¡Basta ya! —grita Ro, echándose hacia delante y colándose entre sus asientos para que le quede la cara a la altura de esos tres mientras su rizada melena cae en cascada sobre sus cabezas—. No es un puto objeto. No tenéis ni idea del tema. Callaos de una vez y dejad de esparcir rumores.

Acto seguido, se levanta, musita no sé qué sobre ir a por algo de beber y sale antes de que pueda preguntarle si quiere que la acompañe.

Al volver, parece hecha polvo. Aun así, recupera el ánimo cuando empieza el tercer tiempo.

Los jugadores de Waterfell siguen dominando, el reloj continúa avanzando y yo estoy…

Estoy muy excitada.

Es evidente que Rhys es uno de los mejores jugadores del equipo y, por lo visto, muchas de las cargas van dirigidas a él. De todos modos, sus compañeros, sean de la línea que sean, hacen piña para protegerlo.

De hecho, al que no paran de atacar es a Kane. Ya sea porque su corpulencia y sus habilidades son una ventaja para Waterfell o porque o hay cierta animadversión entre los equipos, lo cual me resulta sorprendente, teniendo en cuenta que Kane solía jugara para el Boston College.

Parece que lo odien.

Tampoco tiene pinta de que lo quieran demasiado en su nuevo equipo, aunque no los culpo. Una parte de mí quiere enfrentarse a él, pero la otra solo espera que se largue del club antes de que termine el año.

No le he hablado a Rhys del encontronazo en el entrenamiento. No porque quiera escondérselo, sino porque prefiero aprovechar al máximo cada oportunidad de estar con él y hacer otras cosas.

—¿Has visto dónde han sentado a los chicos? —me pregunta Ro, dándole otro sorbo a la sidra.

—Sí.

Asiento y señalo hacia los banquillos del equipo local y del visitante. Justo al final de donde termina el de los Wolves, en lo alto y pegados al cristal, están Oliver y Liam sentados a la derecha de la madre de Rhys y del padre de Bennett. Teniendo en cuenta la atención que les han prestado la mayoría de los jugadores, yo diría que mis hermanos han salido ganando. A pesar de estar tan lejos, Liam sonríe radiante.

Y Oliver parece revitalizado y feliz.

Se oye un fuerte estruendo seguido del rugir del público, y veo que alguien se está peleando en el hielo. La gente se levanta para verlo mejor.

Intento averiguar qué ha pasado. Al principio, solo consigo ver a Toren Kane encerrado en medio de una pelea con uno de los jugadores más altos de la Columbia Británica.

Pero entonces veo a Rhys, espatarrado bocarriba y sin moverse. No mueve ni la cabeza ni el pecho.

Bajo por las escaleras antes de que me dé tiempo a pestañear; el corazón me da un vuelco, siento un nudo en la garganta, pego las manos al cristal y empiezo a golpearlo. Rhys no está lo bastante cerca como para oírme, pero Bennett sí; se vuelve y me mira a través de la rejilla del casco. No distingo su expresión, pero se da la vuelta de nuevo y echa a patinar hacia su capitán.

Joder, parece que no respira.

Ya hay algunos asistentes médicos a su alrededor; van más rápido de lo que he visto en la mayoría de los partidos, y sé que es por su historial. Porque seguramente esté en su lista de seguimiento.

Bennett vuelve patinando hacia la portería, despacio y con elegancia para ser tan grande. No obstante, pasa de largo y se detiene a mi lado.

Me siento como una criatura mirando a través del cristal porque el tío es enorme. Se quita el casco, sacude la cabeza para despegarse los rizos empapados en sudor y frunce el ceño.

—Está bien —me dice—. Siéntate.

—Ben…

—Como te vea entrando en pánico, se sentirá peor todavía. Siéntate. Ya.

Le obedezco y casi tropiezo por las escaleras porque intento subirlas con la cabeza vuelta a hacia la pista para no perder el hielo de vista.

Rhys se levanta, el público entero lo anima y los jugadores de ambos equipos golpean el hielo con los *sticks*. Aun así, lo obligan a salir de la pista y a meterse en el túnel.

Teniendo en cuenta que creo que no podré respirar con calma hasta que vuelva a verlo con mis propios ojos, le digo a Ro dónde la

esperaré cuando termine el partido. Gracias a los conocimientos que me han aportado las competiciones de patinaje artístico, me conozco el complejo. Me da igual que no me dejen verlo; solo quiero estar cerca de él.

Camino de un lado a otro por el espacio que hay cerca del pasillo del vestuario durante un momento antes de que alguien me ponga la mano en el hombro. Me asusto.

Levanto la mirada y me encuentro con un hombre algo despeinado más alto que yo. Retrocedo, me estremezco contra la pared y entonces me doy cuenta de quién es.

Rhys y su padre son como dos gotas de agua. Y aunque lo he visto alguna vez de pasada, nunca tan de cerca. Rhys tiene los mismos ojos color chocolate que él, esos que les dan un toque infantil, incluso al rostro ligeramente mayor de su padre. Parece joven y atractivo, e igual de encantador que Rhys. Ambos tienen una mandíbula marcada, unos labios carnosos y el pelo oscuro.

—Disculpa —me dice seguido de una palabra que pronuncia en un idioma que desconozco y cuyo tono suena fuerte; ¿será ruso, polaco?—. ¿Has venido a ver mi hijo?

—Sí, he… —carraspeo para deshacerme de la aspereza que noto en la garganta, pero sigo con el corazón acelerado—. Solo quería asegurarme de que está bien.

El hombre me dedica una sonrisa amable y cálida que me resulta dolorosamente familiar, aunque a él solo se le marca un hoyuelo.

—Ven, *dochka* —me dice, utilizando esa palabra y acomodándome una mano entre los hombros.

Me guía por los pasillos, cruzamos el apestoso vestuario y llegamos a una sala pequeña donde hay una camilla y material

médico.

Y aquí está Rhys, descamisado, sudando y con los gruesos pantalones de hockey puestos. Tiene la cabeza apoyada en la mano del asistente médico, que le está inspeccionando las pupilas con una linterna mientras Rhys recita los meses del año en orden inverso.

—Un segundo —me susurra el padre de Rhys mientras se acerca a su hijo.

Rhys se calla después de llegar a junio, lo que parece alarmar al paramédico hasta que ve al señor Koteskiy que se le acerca por detrás del hombro e intuye a qué se debe la distracción del jugador.

—Rhys. —Su padre suspira—. ¿Todo bien?

—Sí. —Él también suspira. Su voz es igual de parecida que el físico que comparten, solo que su padre tiene un acento algo más marcado—. ¿Acabas de llegar?

—Sí. He entrado en la pista y me encuentro con mi hijo tumbado en el hielo bocarriba. ¿Qué tipo de bienvenida al partido es esta?

Rhys se ríe y resopla levemente.

—Solo ha sido un golpe en el diafragma. ¿Mamá se ha asustado?

—*Niet*, pero ahí fuera me he encontrado con una persona un poco nerviosa.

Da un paso hacia atrás para que me vea. Sigo quieta en el marco de la puerta.

—Grisi —dice, y se le dibuja una enorme sonrisa en los labios. Los paramédicos vuelven a ponerse manos a la obra con lo que tengan que hacer ahora que ya han atendido al centro del equipo y nos quedamos los tres solos—. Ven aquí.

Dos palabras y salgo pitando hacia él para dejar que me rodee la cintura con los brazos y me apoye la cabeza, sudada, en el pecho.

—Hueles fatal —suelto con sarcasmo.

Resoplo con una pizca de enfado que no sé de dónde procede. Y el corazón no para de latirme a un ritmo vertiginoso.

—Os dejo un minuto a solas —dice su padre antes de dejarnos solos en la sala.

37

Rhys

Es perfecta.

La pizca de enfado que emana de su cuerpo es embriagador. Sadie es intoxicante.

Ahora, Sadie Grisi es mi novia, joder. Quiero gritarlo para que lo oigan mi padre, los paramédicos y el puto edificio entero.

Abro la boca, desesperado por encontrar una razón para referirme a ella como mi novia, pero Sadie me da un golpe en el pecho. Una vez. Dos. Hasta que la agarro por las muñecas con una mano y, con la otra, la cojo de la barbilla para que deje de esconderse de mí.

—Empiezo a pensar que no puedo con esto —me dice cerrando los ojos.

El estómago me da un vuelco enorme y no puedo sino agarrarle las muñecas con más fuerza.

«Es por el hockey», dice una voz burlona y tenebrosa que me doy cuenta de que es una versión de mis propias burlas. «El hockey te ha convertido en alguien inútil y patético. Sadie ha visto lo que solías ser y lo que eres ahora, y no lo quiere. Porque estarás así siempre».

Pero ya he pasado por esto. Y, por más que quiera utilizarla para alejar al monstruo que habita en mí, por encima de todo quiero amarla. Así que cierro los ojos y me recuerdo que estoy bien. Que me estoy curando.

—Sadie —exhalo, y le hundo la mano en el pelo.

Abre los ojos. Los tiene llenos de lágrimas y, al verla así, siento como si acabasen de darme una patada en el estómago. Pero ella lo cura.

—Me has asustado. —Llora, enfadada y triste, y tan jodidamente preciosa que me duele—. Estabas ahí tumbado, inmóvil, y no… No sabía si estabas bien; si estabas vivo…

Vuelve a pegarme un golpecito en el pecho con la palma de la mano.

Exhalo una risa y la acerco más a mí para darle un beso en la mejilla.

—Solo era una de mis imitaciones de Darth Vader. Intentaba homenajear su muerte.

Se ríe, y ese sonido me parece sorprendente en comparación con lo rojas que tiene las mejillas, por las que siguen cayéndole las lágrimas.

—Pensaba que no respirabas.

—Me he metido en el papel —digo con una sonrisa socarrona.

Me empuja con fuerza y frunce el ceño mientras vuelve a observarme.

Me tomo un segundo para estudiarla de arriba abajo. Cuando veo el 51 que lleva en la parte superior del pecho derecho de su bómber *oversize*, abro los ojos como platos y se me ensancha la sonrisa.

—Eres jodidamente perfecta, Grisi. Me gusta la chaqueta.

La arruga entre sus ojos se le marca cada vez más.

—La ha hecho Ro.

—Quiero que también te pongas mi camiseta.

Pasa de mí y sigue estudiando la piel que me queda expuesta antes de desviar los ojos hacia los míos.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Estoy genial, cariño —susurro.

Al oír que la llamo así, se deja caer.

Hunde el cuerpo con fuerza en el mío, caigo tumbado de espaldas en la camilla y ella se coloca encima de mí. No deja de besarme entre risas y sollozos. Creo que podría quedarme así para siempre, con el reconfortante peso de Sadie encima de mí.

Me siento como antes de la primavera pasada, con un montón de gente en la Hockey-morada, aunque no conozca a la mitad de los asistentes, y luego nuestro círculo: Freddy, Bennett, Holden y yo, junto con casi toda la segunda línea del equipo, formada por Caleb, Sanders y Hathaway, un chico de primero que suele unirse.

Sadie y Ro han pasado por la resi para cambiarse mientras asistíamos a las reuniones pospartido y nos duchábamos. A pesar de que no ha sido fácil convencerlas para que se vinieran, ya deberían de haber llegado. Mis padres casi han tenido que arrodillarse delante de Sadie para suplicarle que dejara que Liam y Oliver hicieran una fiesta de pijamas en su casa; si al final ha aceptado, ha sido porque Ro y yo la hemos convencido.

Sadie confía en mis padres.

Y pienso agradecérselo luego.

A pesar de que hemos ganado y de que solo le han metido dos goles, Bennett parece estar cabreado.

Le da un sorbo a una birra, algo extraño para nuestro meticuloso portero, pero está distraído; más frustrado que de costumbre.

Algunos jugadores de fútbol con los que solemos quedar se reúnen con nosotros alrededor de la hoguera, seguidos de Ro y Sadie, que se han vuelto a poner esas chaquetas hechas a mano a pesar de que ahora también llevan gorro y bufanda.

Me levanto tan deprisa que a Holden se le escapa la risa. Paloma se sienta en su regazo e intenta distraerlo de la conversación que está manteniendo con Freddy. Aunque no es que lo necesite, porque Freddy también se levanta en el acto y hace reír a Ro, que se ha alisado el pelo y juguetea con algunos mechones, vergonzosa.

—Hey. —Sonrío, cojo a Sadie y la acerco a mí. Le planto un beso en la frente y le acaricio los brazos con las manos—. Te queda bien el pelo, Ro.

Se sonroja. Sin embargo, a juzgar por cómo me aprieta la mano Sadie y por como sonríe y asiente, sé que he acertado con el cumplido. Freddy envuelve a Ro con el brazo y grita algo sobre *beer pong*; ella vuelve a sonreír entusiasmada.

Me preocuparía si no fuera porque Freddy me ha asegurado que entre él y Ro solo hay una buena amistad. Aun así, me pongo ligeramente nervioso porque ella lo observa con una romántica, melosa y centelleante mirada. Por más que Bennett y yo ya hayamos advertido a nuestro amigo, es posible que Ro acabe herida por este experimentado ligón.

—¿Quieres jugar? —le pregunto a Sadie antes de volver a besarla.

Niega con la cabeza.

—En realidad, solo quiero estar contigo. —Me sube las manos por los hombros para agarrarse a mis músculos y, cuando los presiona,

se me escapa un sutil gemido—. ¿Vamos a tu habitación?

—¿Ya? —bromeo antes de apartarme y darle un golpecito en la nariz—. ¿Por qué clase de hombre me has tomado, Grisi?

Se ríe con un sonoro y sexy sonido, y siento que me aprietan los vaqueros.

—Pues a un baño —me vacila.

Le agarro la barbilla con un gruñido y me inclino para besarla con dulzura.

—Para mi novia, lo que ella quiera.

Entonces la levanto y la cargo al hombro para hacerle pasar algo de vergüenza. Sadie grita en señal de protesta, aunque lo hace de forma desenfada y sin parar de reír.

—Lo siento, chavales. Ya jugaré al *beer pong* otro día. Tengo que ir a cuidar a la necesitada de mi novia —anuncio orgulloso y sonriente.

La gente se ríe y nos aplaude, y yo saludo al equipo mientras me marcho con mi premio de peso pluma, que se me aferra a la espalda con sus puñitos mientras cruzamos la puerta trasera y subimos a mi cuarto.

La bajo al suelo y me apresuro a cerrar la puerta con pestillo. Cuando me doy la vuelta, veo que ya está quitándose la chaqueta. Antes de que me dé tiempo a alargar el brazo para tocarla, me empuja contra la puerta y se arrodilla.

—Joder —exhalo soltando el pomo y agarrándole el pelo con dulzura para apartárselo de la cara y del cuello—. Sadie…

—¿Sí, capitán? —dice con las manos ávidas por desabrocharme el cinturón a toda prisa y bajarme los pantalones cortos y los bóxeres de golpe.

No puedo decir nada más antes de que me ejerza presión con sus labios rojo cereza, que le he mordido hace nada, en la punta de la polla. A continuación, abre la boca y me la lame antes de agarrármela con su pequeña mano y apoyársela en la lengua.

Estoy a punto de correrme y mi chica apenas ha hecho nada.

Le agarro el pelo con las manos, masajeándole la nuca y los hombros, mientras Sadie se toma su tiempo para explorarme con la boca.

Es perfecta, y quiero que sepa todo lo que siento por ella. Si no fuera a asustarla, le pondría un anillo en el dedo. Sé que ahora no saldrá por patas, pero ya estoy listo para aunar la fuerza que haga falta para el futuro.

—Eres tan guapa… —le digo, apoyándole el dedo con firmeza y ternura en la mejilla—. Tan jodidamente perfecta… Dios, verte así…

Gime, y la vibración de su voz me recorre la polla como si de un escalofrío se tratase. En cuanto apoya las manos en las rodillas para mirarme con el pene medio metido en la boca, me cuesta mantener el poco control que me queda.

Me permite llevar las riendas. En nuestro tira y afloja, deja que controle la situación.

—Esta es mi chica —susurro dándole un empellón lento y suave en la boca. Bajo mi elogio, se retuerce como si quisiera tocarse, aunque no lo hace. A no ser que…—. ¿Estás húmeda para mí, cariño? —le pregunto, y Sadie gime, moviéndose un poco para hundírsela más en la boca—. ¿Necesitas sentirme?

Se separa y coge aire.

—Quiero sentirte —me corrige antes de volver a metérsela en la boca con un ruido embriagador.

—Tócate, Grisi. Date lo que necesitas.

Se cuela la mano por debajo de la cintura de los vaqueros para bajárselos. Detesto no ver de cerca lo que está haciendo, pero me bastan sus movimientos para imaginármelo. Y, cuando algo está relacionado con Sadie Grisi, tengo una imaginación espectacular.

Se balancea adelante y atrás, frotándose con la mano.

Vuelve a gemir y le tiemblan los párpados, aliviada, antes de pestañear y mirarme con una encantadora y pícara sonrisa en los labios, y con mi polla en la boca.

Apenas me da tiempo a avisarla. Intento separarme, pero Sadie se levanta un poco más, a pesar de que sigue de rodillas, y me agarra el culo para hundírsela hasta la garganta. Empiezo a ver las estrellas y me siento perdido entre la necesidad de echar la cabeza hacia atrás y la desesperación de seguir mirándola mientras me corro.

Aguantarme ni que sea un segundo me parece demasiado, así que, cuando estoy a punto de agarrarla y casi tropiezo con mis pantalones, los dos nos echamos a reír. Consigo quitármelo todo menos la camisa, y la cojo por las caderas antes de bajarle los pantalones por los muslos. Trato de no distraerme con el tacto de su piel entre las manos. Sin embargo, cuando se quita la camiseta y deja las tetas al descubierto, porque no lleva ni un puñetero sujetador, no puedo controlarme. La cojo en brazos y tiro su pequeño y musculado cuerpo en la cama.

Ejerzo presión para que se quede tumbada e intento comérselo, pero Sadie me suplica y se contorsiona bajo mis brazos hasta que me aparto.

—Se suponía que esto era un regalo —me dice.

Me río.

—Siempre eres un regalo, cariño.

—Una recompensa —gime—. Por ganar. Aunque creo que, para ti, el mejor incentivo sería una recompensa «por seguir vivo», capitán. —Me da un golpe en el pecho con el pie y le agarro el tobillo mientras arqueo una ceja.

—No seas cría. —Me río por lo bajo—. Dime qué quieres. Te daré lo que sea.

Sadie niega con la cabeza y suspira con los labios pegados al colchón, meneándose de lado a lado.

—Eres demasiado bueno conmigo. Para. Estaba intentando ser sexy y…, y lo tenía todo planeado. Y tu estúpido culo se lo ha cargado.

Se queja con un tono muy parecido a esa voz sexy que pone cuando está cachonda, y vuelvo a estar empalmadísimo.

—¿Quieres que volvamos a empezar?

Resopla, se cruza de brazos y hace pucheros cual adolescente enfadada. Aun así, al final, asiente.

—Vale. ¿Qué quieres que haga, Grisi?

Se sienta en el colchón y el pelo, ondulado por las trenzas que llevaba antes, cae en cascada a su alrededor. Me apoya las manos en el pecho y me empuja hacia atrás. Obedezco y me tumbo para que Sadie se me siente encima de las caderas. Lo único que impide que su cálido sexo entre en contacto directo con mi polla, dura a más no poder, es una sutil capa de seda.

Una sombra de ojos de efecto ahumado envuelve su oscura mirada. A medida que me va estudiando, mientras me tiene total y absolutamente a su merced, se le ensombrece aún más.

—Muy bien, fiera. —Sonríe socarrona y levanto las caderas—. Tranquilo —se ríe.

De todos modos, Sadie decide invertir nuestros roles en la postura habitual y, poniéndose seria, me agarra la barbilla con una mano.

—Quiero hacerte algo que te guste porque tú siempre haces lo que me gusta. Y ahora no lo vas a controlar, ¿vale? Tú solo túmbate. —Se inclina hacia mí y apoya el pecho, desnudo, contra el mío—. Relájate —dice arrastrando la palabra, mordisqueándome y lamiéndome la oreja— y deja que te cuide.

Me lame el cuello y me muerde la clavícula hasta que acabo siseando, y un fuerte temblor me azota el cuerpo.

Al separarse, me aprieta los músculos de los hombros tanto como puede; por más fuerza que tenga, tiene las manos demasiado pequeñas como para hacer mucho, pero me sienta de lujo.

Todo lo que hace me sienta de lujo, porque es ella.

Sadie se echa el tanga satinado a un lado antes de hundírsela, infinitamente preparada para mí con toda su humedad y calidez.

—Dios, Rhys —gruñe. Al oírla, doy otro empellón—. Eres tan perfecto, joder…

Su elogio me sienta igual que un rayo de sol que te acaricia y te llena de calor.

Me cabalga muy despacio, agarrándome entre las piernas como si me estuviera atornillando mientras los cumplidos se le escapan de la boca a borbotones. Da igual lo pequeña que parezca ahora, así, subida encima de mí; si quisiera, podría matarme sin dificultad, y se lo agradecería mientras me desangro bajo su cuerpo.

Se corre y, como le ocurre siempre, parece sorprendida, como si pillase desprevenida a esta chica cuidadosa y contenida. Me resulta

imposible no correrme después de ella.

Mi orgasmo es potente y, en cierto modo, casi hace que me dé vueltas la cabeza al tiempo que muevo las caderas de forma errática y se me contrae el abdomen mientras Sadie sigue cabalgándome despacio hasta que termino.

Luego se le dibuja una adormilada sonrisa en los labios y me mira a los ojos. Y vuelve a desbordarme esa sensación: el deseo de querer que no salga de aquí, donde está protegida, a salvo y es mía. Es una sensación tan fuerte que tengo que morderme la lengua para no soltarle un «Te quiero, te quiero, te quiero».

No tengo muy claro cuánto tiempo más conseguiré reprimirlo, pero muero por retenerla a mi lado. Y esto (Sadie derritiéndose en mis brazos y besándome los hombros mientras me acaricia con unos movimientos dulces que imito hasta que nos quedamos tumbados con la cabeza cerca de los pies de la cama, susurrándonos secretos en voz baja envueltos por esta centelleante oscuridad) es más que suficiente.

38

Rhys

Hemos ganado. Otra vez.

¡Por fin, hostia!

El equipo ha vuelto a recuperar la racha de victorias. Mientras camino por el pasillo en dirección al vestuario, suena «Gym Class Heroes» a todo volumen, más fuerte de lo habitual. Sonrío mientras mi equipo me va dando palmadas en la espalda, y Freddy y Dougherty saltan de un lado al otro mientras cantan con los más extrovertidos de primero.

Es una victoria que se merecen todos y cada uno de ellos. Por fin hemos conseguido los suficientes puntos como para no tener que preocuparnos mucho antes del partido del próximo fin de semana contra Cornell. Harvard, uno de nuestros rivales más potentes esta temporada, sigue acechando a lo lejos, pero hoy nos quedamos con esta victoria.

—¡El jefazo de Reiner no ha dejado que le metiesen ni un puto gol! —grita Freddy, y los demás miembros del equipo se ponen a silbar por el vestuario mientras nuestro ala izquierdo coge el nudo de sangre, hecho con cuerdas de las porterías de los partidos que hemos ganado, y se lo pasa a Bennett para nombrarlo MVP del partido. Todo el mundo aplaude a Bennett, que sigue con las espinilleras puestas, pero solo lleva una camiseta de compresión de

manga larga en la parte de arriba. Se levanta y acepta el objeto con un gesto de asentimiento.

Como lo conozco, no espero que nos dé un discurso. Simplemente, se limita a decir:

—No lo habría conseguido sin mis defensas ni sin todo el equipo. Vivan los Wolves. Levanta ese montón de cuerda un segundo y vuelve a sentarse en su sitio.

El entrenador Harris sonríe porque conoce a su portero estrella tanto como yo y aprecia sus peculiaridades y costumbres. Ha reforzado la confianza con todos nosotros, pero sé de buena tinta que ha trabajado codo con codo con Bennett.

El entrenador asiente una única vez para todo el equipo, vuelve la cabeza por encima del hombro para mirarnos y dice con rapidez, antes de marcharse:

—Disfrutad de la noche, chavales. Y no hagáis tonterías.

Sin embargo, al irse le da una palmada en el hombro a Toren Kane, que está sentado de brazos cruzados en una esquina, desanimado, con el pelo negro goteándole por el sudor.

Al ver el gesto, siento una especie de punzada en el pecho.

Freddy ya está anunciando que hay juerga en la Hockey-resi, y será un fiestón descomunal, como todas las fiestas de Halloween que organizamos. A juzgar por las grandes bolsas de pintura de cara que tenemos esperando en la encimera de la cocina, acabaremos obligando a un montón de alumnos de primero poco preparados a que se pongan el disfraz que se les ha asignado.

Solemos salir todos juntos, como equipo.

No obstante, teniendo en cuenta que mi novia me ha escrito un mensaje justo antes del segundo tiempo para decirme que no

vendría a la fiesta, tengo otros planes en mente.

«Mi novia». Ya han pasado dos semanas y estas dos palabras siguen sabiéndome jodidamente dulces.

Anoche, con la cara hundida entre sus piernas, conseguí que aceptara venir a una de las galas de mis padres, esas donde es fácil hacer contactos.

Me ducho en un santiamén y me pongo unos pantalones de chándal gris y una camiseta de color naranja chillón donde se lee BUUUsco alcohol y hay dibujado un fantasma con ojos de corazón, regalo de Freddy cuando íbamos a primero, y le dije que estaba demasiado ocupado como para disfrazarme antes de ir al centro de la ciudad. Sin duda, fue uno de los motivos por los que se ganó mi corazón y acabó convirtiéndose en uno de mis mejores amigos. Desde entonces, estas cursiladas de camiseta se han convertido en una extraña tradición para nosotros dos siempre que hay alguna fiesta importante.

Me piro antes de que Freddy me detenga; a la única persona a la que le digo adónde voy es a Bennett. A estas alturas, conozco el camino como la palma de mi mano; paso el poco tiempo libre del que dispongo con Sadie, y estar con ella suele ser sinónimo de llevar a sus hermanos de un lado a otro, sacarlos a cenar o recogerlos del entrenamiento.

De todos modos, aún no me he cruzado con su padre. Estoy convencido de que lo ha planeado ella estratégicamente.

Cuando me incluye en sus planes, nunca acabamos durmiendo en su casa. Lo evita, aunque eso signifique que luego termino ayudándola a acostar a los niños, adormilados, en unos colchones hinchables en el suelo de su cuarto de la resi. A veces logro

convencerla de que los traiga a pasar la noche a la Hockey-morada, donde Liam y Oliver reciben una infinidad de atenciones por parte de los jugadores que hay por ahí y que juegan con ellos hasta que Sadie se pone seria y obliga a todo el mundo a irse a la cama.

Camas que les compré un día de forma impulsiva y las coloqué en el cuarto que tenemos al final del pasillo, ese que no ocupa nadie.

Sé que hoy está en casa; tampoco tendría otro motivo para no venir a la fiesta. Ro, nuestra nueva y leal fan, ha venido al partido; sin embargo, ha sacudido rápidamente la cabeza para informarme de que Sadie no vendría.

La calle en la que viven los Brown está a oscuras y desprovista de decoración; a diferencia de las otras casas, la suya tiene las luces del porche encendidas. Llamo a la puerta y doy un paso hacia atrás para que Sadie pueda verme por la mirilla antes de responder.

—Hostia puta —musito cuando abre, y sonrío con franqueza mientras la estudio.

Lleva un mono peludo de color marrón, con capucha y todo, y un enorme bol de plástico en forma de calabaza lleno de golosinas atado a la cintura. Un Darth Vader diminuto le cuelga de la pierna.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta, aunque su expresión es pura alegría oculta con sutileza bajo esa arruguita de la frente que tanto me gusta.

—¿Qué se supones que eres? —respondo haciendo caso omiso de su pregunta, porque es absurda. ¿Dónde iba a estar yo si no es con ella?

Sadie sonríe socarrona, pero el que responde con un fuerte grito mientras salta hacia mí es Liam.

—¡Un *wookiee*!

Lo cojo en brazos y entro después de Sadie; acto seguido, cierro la puerta y paso el pestillo. Nunca había estado en su casa: es pequeña y hace frío. Es como si no estuviera encendida la calefacción… Aunque igual no tienen.

Hay unas escaleras un tanto desgastadas y, justo a la derecha, una cocinita con azulejos azules y una sartén llena de galletas en el fuego, lo cual explica por qué huele a azúcar. A mi izquierda, veo a Oliver apoyado en un sofá de flores bastante manchado. La única luz procede de una lámpara que descansa sobre la mesa auxiliar y del parpadeo del televisor.

—Hola, colega.

—Koteskiy. —Me saluda con un gesto con la cabeza antes de volver a centrar la atención en la pantalla.

Arqueo las cejas a más no poder. Sadie se tapa la boca para evitar que se le escape la risa y vuelve a la cocina. La sigo con Liam abrazado a la cintura mientras el niño me cuenta que ha ido a hacer truco o trato al «barrio de los ricos» y que Sadie ya no le deja comer más chuches esta noche.

Cojo una galleta de la bandeja, pero Liam me da un golpe en la mano y grita:

—¡Primero tienes que cantar!

—¿Cantar qué?

—¡El cumpleaños feliz!

—¿Es tu cumple, compi? —Alterno la mirada entre el crío y Sadie, que se sonroja.

Liam se ríe con todas sus fuerzas, como si acabase de soltar la broma más buena del mundo y responde:

—No, es el de la tata. Cumple… Eh… —Se inclina hacia su hermana y, en un fuerte susurro, le pregunta—: ¿Cuántos has dicho que cumplías?

—Veintidós.

—¡Veintidós! —me dice gritando de inmediato.

Me da un vuelco el corazón y frunzo el ceño mientras la miro de nuevo.

—No… No tenía ni idea.

Sadie sacude la cabeza y se cruza de brazos.

—Claro, porque no te lo había dicho, fiera. —Se lleva una galleta de azúcar a la boca antes de que Liam pueda detenerla y sonríe pícara a su hermano pequeño mientras mastica.

Puede parecer tonto, pero me duele que no me lo haya dicho.

Liam se baja de mis brazos y me dice que vaya a buscar a su hermano para que le cantemos el cumpleaños feliz a Sadie y así ella pueda pedir un deseo. Cojo una galleta con el dibujo de una calabaza y me dirijo al salón.

Me inclino por encima del sofá. En la tele echan *Halloween III*, con la misma maldita canción que se convirtió en la banda sonora de todas mis pesadillas cuando era pequeño.

—¿Qué tal el partido? —le pregunto a Oliver al acordarme de que ha jugado uno esta tarde.

Responde sin mirarme:

—Hemos ganado.

—¿Has marcado algún gol? —Sonrío socarrón y le doy un golpe en el hombro.

Él se levanta, viene detrás del sofá y se detiene delante de mí, más cerca de lo que lo he tenido jamás. Joder, si es que está más

cerca de lo que lo he visto con nadie que no fuesen Sadie o Liam.

Se frota la nuca antes de bajar la voz y decirme en un susurro:

—Mi psicóloga me ha dicho que, seguramente, Sadie tenga un trauma con su cumpleaños porque, cuando tenía más o menos mi edad, no sé qué pasó con nuestra madre. —Se encoge de hombros —. Siempre he pensado que era porque papá se emborracha mucho, pero muchíííísimo, durante las vacaciones. En Navidad, está triste; en Halloween, suele estar enfadado. Pero no sé…

Me lo quedo mirando petrificado, con un nudo inmenso en el estómago, y el sabor que me queda de la galleta empieza a amargar.

—Aunque supongo que no te lo contó por eso. Y… No quiero que te enfades con ella.

Intento tragar saliva para deshacerme del nudo que se me está formando en la garganta.

—No estoy enfadado con Sadie —le explico en voz baja. Mantiene una postura vacilante, y le atisbo una pizca de duda en el rostro, como si quisiera decirme algo, pero no supiera cómo, así que me aventuro a añadir—: No voy a romper con ella, Oliver. Nunca. ¿Vale? Puede que ella me pida algún día que me marche, pero yo nunca la dejaré. Ni a ella, ni a tu hermano, ni a ti. Prométeme que lo has entendido.

Se sonroja y baja la mirada al suelo antes de contestar:

—Lo he entendido.

—Bien —respondo y, por un segundo, creo que voy a llorar.

Quiero abrazar a este niño porque parece que le pesen los hombros por todo lo que cargan. Sin embargo, sé que se parece un poco a Bennett y que no le gusta que lo toquen.

Así pues, le doy una palmada en el hombro y lo sigo hasta la cocina.

Le cantamos el cumpleaños feliz a Sadie a pleno pulmón y aplaudimos mientras Liam le añade un verso inventado al terminar, diría que lo ha improvisado, y hace un montón de ruiditos con la boca hasta que termina riéndose de su propia broma con tanto ímpetu que al final ya no puede ni seguir.

Cuando Sadie alarga el brazo para coger otra galleta, le doy un beso en la sien y ella se apoya en mí un segundo.

Estoy perdidamente enamorado de ella.

39

Rhys

Estamos tumbados en su cama, inhalando el aroma que desprende el cuerpo del otro, y sé que intenta descifrar qué pienso.

Yo estoy haciendo lo mismo con ella.

En esta casa hace un frío que pela. Sadie me ha dicho que es porque es bastante vieja y que el año pasado les llegó una factura del gas astronómica, de modo que este invierno tienen previsto seguir así hasta que no les quede más remedio que poner la calefacción.

Y yo tengo previsto solucionar este problema lo antes posible.

Después de arropar a Liam en su cama con dos mantas más y leerle tres cuentos, y tras hacerle jurar a Oliver que se iría a dormir en una hora, cuando terminase de ver otra peli de terror, Sadie me ha llevado a su habitación.

Al ver estas bonitas sábanas azules y sus trofeos y medallas de patinaje artístico junto con fotos de competiciones y de Liam y Oliver de bebés, me ha costado fingir que no me la he imaginado en este cuarto cada vez que la he llamado desde la carretera. Que mis fantasías en la ducha o en la cama de un hotel los días que hemos jugado fuera de casa no han tenido nada que ver conmigo satisfaciéndola durante horas, haciéndoselo lento a cuatro mientras

ella me mira con sus grises ojos de gata por encima de su delicado y pecoso hombro.

Pero ahora no quiero nada de esto.

Le paso la mano por el pelo, justo donde tiene la cabeza apoyada en mi pecho, mientras la envuelvo con el otro brazo y le dibujo círculos en la espalda bajo su raída camiseta *oversize*.

—¿Por qué no me habías dicho que era tu cumpleaños?

Se encoge sutilmente de hombros.

—Nunca ha salido el tema.

«Mentira». Le doy otro beso en la frente.

—Oliver cree que tiene algo que ver con tu madre.

Silencio.

—Nunca hablas de ella.

Tampoco es que me esperara otra respuesta, pero, a pesar de que supiera lo que vendría a continuación, me sigue doliendo igual que se siente, se separe de mí y me espete:

—No hay nada de qué hablar. —Sus palabras van cargadas de un veneno que resuena por la oscura habitación de su infancia.

—Sadie…

—Rhys, déjalo.

Si lo que espera es que me tumbe y deje que se baste de mi cuerpo para deshacerse de lo que quiera que esté sintiendo ahora, al igual que estoy seguro de que ha ocurrido con muchos tíos antes que yo, está a punto de descubrir algo distinto.

Me siento, apoyo la espalda en el cabezal y me relajo.

—No voy a dejarlo. ¿Qué pasó en Halloween? —Al ver que no dice nada, sigo—: No me he metido en esto solo por la Sadie que disfruta

en mi cama. Me he metido en esto por mi Grisi cabreada y frustrada. Por mi asustada *kotyonok*.

—Ya estamos con esa puta palabra otra vez —resopla en voz baja. Como no para de preguntarme qué significa, intuyo que todavía no ha buscado su significado en internet. Si supiera cuál es la traducción, me pegaría una bofetada—. No te tengo miedo, Rhys.

Me pregunto si se ha dado cuenta de que se ha colocado casi en posición fetal, abrazándose de forma protectora con los brazos.

—¿Qué pasó en tu cumpleaños? —insisto con un tono igual de dulce y cariñoso.

Sadie me observa como si fuese un desconocido que ha terminado en su cama y, a pesar de que me abrasa con la mirada, resisto el envite.

—Mi madre se marchó cuando yo debía de tener la edad de Liam, más o menos. Y luego volvió. Se quedó embarazada de Oliver y la cosa fue genial durante… un año, más o menos. Luego empezó a desaparecer y ya.

—¿Qué quieres decir?

Se encoge de hombros.

—Que empezó a tener una especie de, eh…, crisis maníacas. De repente, se despertaba una mañana y decidía que se iba de viaje. Daba igual que yo tuviera competición, entreno o clases; simplemente… se iba. Desaparecía, vaya. A veces, se marchaba unas semanas; otras, un día o dos. De vez en cuando, nos llevaba a Oliver o a mí con ella. Hasta que un día mi padre llegó a casa y se encontró a Oliver solo en la cuna. Lo llevó al hospital, aterrado. Cuando llamó al colegio, se enteró de que yo llevaba tres días sin ir a clase.

Frunzo el ceño y contengo las inmensas ganas que tengo de abrazarla.

—¿Por qué tardó tanto en darse cuenta?

—Porque, en esa época, jugaba al hockey. Nada que ver con tu padre, pero estaba en una liga secundaria y, cuando tenían partido fuera, tenía que viajar.

—¿Y… Oliver? —No quiero soltar esa implicación en voz alta.

Aun así, Sadie aborda el tema.

—Se había pasado días enteros solo en la cuna. Mi madre lo dejó con un biberón y algunos trozos de comida, pero ya está. —Le caen lágrimas de los ojos, pero en ningún momento aparta la mirada del agujero que hay en las sábanas que nos separan—. Hospitalizaron a Oliver unos días; los médicos estaban preocupados por si eso le afectaría. No tengo ni idea de cómo sigue vivo. Llamaron a los de protección de menores, pero, entre mi padre y su entrenador, consiguieron apaciguar un poco la situación. Además, como yo no quería perder a Oliver, les dije lo que se suponía que tenía que decir. Aunque obligaron a mi madre a ir a terapia. Y, durante un tiempo, yo también tuve que ir. Y la cosa mejoró… ¿un mes? No me acuerdo. Solo recuerdo que un día me desperté y me encontré a mi padre en el sofá, llorando abrazado a Oliver y diciéndome que mamá no iba a volver. Y que, a partir de entonces, tendríamos que cuidarnos entre nosotros.

Inhalo tembloroso porque siento que la situación con su madre no ha mejorado. Y apuesto lo que sea a que este no es el peor recuerdo que atormenta a Sadie y que tiene oculto en su increíble mente.

Me pregunto si alguna vez habrá hablado del tema en voz alta. ¿Notará acaso que, mientras me cuenta todo esto, está temblando tanto que hasta se mueve la cama?

—Luego, cuando yo tenía…, doce años creo, volvió. Fue… El mejor día de mi vida. Vino a buscarme al colegio con un brillante descapotable rojo y me llevó al centro comercial para que me probase disfraces para Halloween. Quería que fuésemos iguales y que montáramos una fiesta; solo nosotras dos. Compramos un pastel, globos… De todo. Al llegar a casa, le dijo a la niñera que podía irse; le puso un disfraz a Oliver y me dijo que subiese a cambiarme a mi cuarto, que ella iba a por unas velas para el pastel. —Un sollozo se abre paso en su voz, pero veo que traga saliva para deshacerse de él antes de levantar sus ahumados y ardientes ojos para mirarme y terminar la historia—: Me quedé esperando sentada en la acera con Oliver, que tenía tres años, hasta que los vecinos llamaron a mi padre.

—Grisi… —balbuceo.

Deseo abrazarla con todas mis fuerzas. Joder, si hasta levanto los brazos como si fuese a hacerlo, pero veo que se encoge.

Creo que, llegados a este punto, me dolería menos que me pegase una bofetada.

—La última vez que mi madre abandonó a Oliver, algo en mí supo que no iba a volver.

Y lo dice así, sin más, como si esos acontecimientos no le hubiesen cambiado la vida.

—Grisi, no solo abandonó a Ollie —susurro con un tono delicado y suplicante a la vez—. También te abandonó a ti.

Pero Sadie niega con la cabeza y responde:

—A mí me abandonó cuando era mucho más pequeña. Luego volvió para tener a Oliver y a él también lo abandonó.

Su madre la abandonó dos veces. Dos veces.

—¿Y tu padre?

—Empezó a beber mucho más que antes. Se presentó a un partido o dos borracho y, al final, lo echaron. Pero ahí fue más o menos cuando el entrenador Kelley comenzó a ayudarnos y buscó un programa de becas para que yo pudiese seguir patinando. Oliver empezó a jugar al hockey porque la pista de patinaje era mi sitio seguro, y a él le ocurrió lo mismo.

No quiero formular la siguiente pregunta en voz alta, pero tengo que hacerlo:

—¿Y Liam?

—Pfff… —Resopla, exhala y se muerde el labio—. Sí. Tampoco sé demasiado. Pero una mañana bajé para irme a clase y me encontré un bebé en el suelo, al lado de mi padre, que estaba tan borracho que había perdido el conocimiento.

Trago saliva.

—¿Cuántos años tenías?

—Dieciséis. Fue… aterrador. Durante un tiempo. Aunque luego comencé a trabajar y mi madre empezó a pagarnos la manutención después de que mi padre la llevase a juicio. Al menos estuvo lo suficientemente sobrio como para hacer algo. —Al decir esto se ríe, aunque sin humor en la voz.

Me imagino a una chica de dieciséis años menos enfadada que la de ahora, ocupándose de dos niños, preparando presupuestos y limpiando los fregados de su padre a pesar de que el hombre no se lo mereciera. Protegiendo a sus hermanos. Asegurándose de estar

siempre cerca de los niños porque en su vida no había ningún adulto en el que pudiese confiar.

Y nadie la cuidaba.

Nadie la cuidó durante años. Y eso, para ella, era lo normal.

Se me encoge el corazón de nuevo a más no poder.

«Hasta aquí».

—¿Puedo abrazarte? —le pregunto de inmediato—. Por favor.

Espero a que me diga que no y a que vuelva a erguir ese muro de frustración. Incluso estoy preparado para hacerla cambiar de opinión. Siempre lo estaré.

Pero Sadie solo asiente, se me acerca exhausta y vuelve a acurrucarse a mi lado.

Y, cuando por fin está profundamente dormida, agotada pero preciosa, le susurro:

—Nunca te dejaré. Feliz cumpleaños, Sadie.

Juraría que sonríe al dormir, pero es que esta chica me tiene al borde de la locura.

—Te quiero —murmuro con los labios pegados a su frente, con la esperanza de que, de algún modo, me haya oído; de que, sea como sea, lo sepa.

Me despierto de golpe.

El reloj que tiene en la mesita de noche indica, con una potente luz roja, que son las 3:47 de la madrugada. Frunzo el ceño y me froto los ojos un segundo en un intento por descubrir qué me ha despertado. ¿He tenido otra pesadilla? Hace meses que no tengo ninguna, pero quizá sea porque no estoy durmiendo en mi…

Oigo un ruido. Sadie se mueve y vuelve a aferrarse a mí casi sin abrir los ojos.

Consigo que vuelva a tumbarse en el colchón.

—Sigue durmiendo, cariño. Voy a ver cómo están los niños. Creo que Oliver se ha quedado despierto más rato del que nos había prometido.

Obediente, se da la vuelta hacia el otro lado de la cama. Me pongo los pantalones de chándal antes de salir del cuarto.

Liam está durmiendo como un tronco y, cuando cierro la puerta de su habitación, no se mueve. Sin embargo, Oliver está despierto, de pie en lo alto de las escaleras, atento.

—Hey, colega —susurro preocupado al verlo enfadado—. ¿Qué pasa? ¿No puedes dormir?

Frunce el ceño.

—¿No lo has oído?

—Sí. ¿Te ha despertado el ruido?

Resopla.

—Papá siempre nos despierta; a Sadie y mí. Liam tiene un sueño muy profundo. —Vuelve a mirarme de los pies a la cabeza—. Me sorprende que Sadie siga dormida.

—He intentado que no se despertara. —Ahora me siento estúpido. Nunca he tenido que lidiar con un alcohólico, a no ser que hablemos de mis amigos del insti o de la uni, pero no con un adulto—. ¿Se… Se pone violento?

—Por lo general no. Pero en Halloween siempre se enfada. —Oliver se encoge de hombros y se cruza de brazos—. Suele romper algunas cosas y luego se queda frito en el sofá. Pero…

—¿Qué?

Vuelvo a atisbarle esa mirada, como si no estuviese seguro de si puede o debería decirme algo. Como si alguien se fuese a enfadar con él. Es una mirada llena de confusión y enfado.

—Puedes contarme lo que quieras, ¿recuerdas? —intentando repetirle lo que le he dicho antes, «No te dejaré».

—El bolso de Sadie. Sé que está abajo. Normalmente se acuerda de esconderlo, pero…

—La he distraído.

Asiente.

«Mierda».

—¿Le roba dinero?

—Siempre. Y… Sé que estaba ahorrando para la competición que tiene en diciembre. Me da miedo que mi padre vaya a…

Levanto la mano para frenar el pánico que oigo que se le va amontonando en la voz y le digo:

—Voy a buscarlo, ¿de acuerdo?

—¿Y si se te encara?

Sonrío con un encanto apabullante y le digo:

—Venga, Ollie, mírame.

—Es que no quiero que nos dejes por eso…

Otra patada en el estómago. Otra razón por la que no pienso perder a estos niños de vista nunca más. Me casaría con Sadie mañana mismo si así consiguiera sacarlos de esta maldita casa.

«¿A quién quiero engañar? Me casaría con Sadie mañana mismo. Punto. Sin condiciones».

—Yo me ocupo, ¿vale?

40

Sadie

Me despiertan unos gritos.

Pego tal salto que parece que me hayan electrocutado. Uno de mis mayores miedos de estar en esta casa es que el enfado lleve a Oliver a la confrontación. Que me despierten los gritos de un borracho que está peleándose con un niño.

«Tengo que sacarlos de aquí».

Bajo las escaleras a toda prisa, saltando los escalones de dos en dos, y veo a Oliver abajo, arrinconado en la cocina. Intenta detenerme, pero lo empujo y me encuentro con mi padre con el brazo levantado, empuñando un botellín de cerveza como si de un arma se tratase. Y a Rhys con las manos en alto y los brazos separados, intentando tranquilizarlo.

Mi padre desvía la mirada hacia mí y baja la mano.

—Sadie —gime, y rompe a llorar en el acto.

No quiero que Rhys vea lo que viene a continuación. A mi padre disculpándose, llorando y suplicándome que lo ayude. No quiero que Rhys sepa que, a veces, mi padre me dice que me odia porque me parezco a ella. No quiero que Rhys vea que, cuando me acerco a mi padre lo suficiente como para ayudarlo, o me da unas palmaditas en la cabeza con dulzura o me pega una bofetada tan fuerte que, una vez, casi me rompí la mandíbula contra el armario.

«Cuánto odio todo esto».

—Tienes que irte —le espeto interponiéndome entre ellos.

—Sadie, para —dice Rhys casi desesperado.

—Puedo ocuparme. Siempre lo hago, y nunca con tu ayuda. Vete, venga.

Oliver parece consternado por un segundo antes de marcharse enfadado mientras cojo a mi padre e intento arrancarle el botellín de la mano. Él echa el brazo hacia atrás y arroja la cerveza contra la pared al tiempo que grita algo sobre que todo esto es mi culpa y se echa a llorar de nuevo.

Hay cristales por todas partes y Rhys sigue. Sin. Irse.

—Sadie, ten cuidado —me suplica.

—Vete, Rhys. Por favor. ¡No necesito tu ayuda!

—Cariño, por favor… Hay cristales por todas partes. Deja… Déjame ayudarte.

Me vuelvo hacia él.

—¡Para ya! No necesito que me ayudes, Rhys. No necesito ayuda en nada. Lo tengo todo controlado. Oliver va a entrenar y yo me aseguro de que tenga equipación y patines nuevos cuando los necesita. ¡Yo! Liam aprendió a leer porque le enseñé antes de que fuese al maldito colegio porque yo tenía diecinueve años y, sinceramente, no tenía ni idea de lo que se suponía que debía saber hacer un niño de su edad. Ni necesité tu ayuda entonces ni la necesito ahora.

Espero a que se marche. A que me diga que sabía que yo era así: inútil y una persona horrible. Una zorra demasiado malhumorada e imposible de querer.

Pero él solo se queda ahí de pie, en silencio, solemne.

Se me entrecorta la respiración. Seguro que estoy llorando, lo cual es bochornoso, pero mantengo los brazos cruzados y una expresión furiosa. Quiero que se vaya, necesito que se…

Rhys agarra la diminuta escoba y el recogedor que tenemos colgados en la pared y se pone a barrer los cristales, arrodillado frente a mí.

—¡Rhys! —lo llamo casi gritando porque la ira que siento es cada vez mayor.

Niega con la cabeza antes de levantar la mirada y fijar en mí unos ojos oscuros como el chocolate y una expresión inflexible en el rostro, una que no le he visto antes.

—No. No me voy a ninguna parte, joder. Ni ahora ni nunca. Cuando todo esto se haya arreglado, ya hablaremos del tema. De momento… —Exhala tembloroso y mueve sus enormes y musculados hombros—. Voy a limpiar esto porque, como te cortes el pie con un puto trozo de cristal, por pequeño que sea, dudo que pueda contenerme y no estamparle el puño en la cara. ¿Vale?

Lo dice todo con calma, casi sereno, pero veo que, bajo la superficie, la ira también se ha apoderado de él. Y es como si estuviese conteniéndola porque sabe que yo no puedo con esto.

—Vale —respondo sorprendiéndome a mí misma.

Mi padre casi ha perdido el conocimiento. Tiene el cuerpo, cada vez más delgado, apoyado contra la pared que queda detrás de mí, y está en silencio, a excepción de los ronquidos que se le escapan. Lo cojo y lo guio hacia el salón, vigilando de no pisar ningún trozo de cristal, antes de dejarlo en la butaca reclinable con la esperanza de que siga inconsciente.

—Rhys…

Levanta una mano y vuelve la cara hacia atrás para mirarme por encima del hombro antes de decir:

—Vete arriba, Sadie. Espérame ahí. Dame un minuto.

Cuando Rhys por fin vuelve a subir, me puede la vergüenza, y diría que estoy al borde de un brote psicótico.

Al entrar en mi habitación, cierra la puerta y se vuelve por completo para apoyar la frente en la madera. Toma unas profundas bocanadas de aire y, acto seguido, se pone a andar por el cuarto, evitando mis ojos. Deja algo en el escritorio, mi bolso, por lo que veo, y se me encoge el estómago.

—¿Te vas?

Al oír mis palabras, levanta la mirada y luego la aparta otra vez. Noto que empiezo a respirar como si estuviese entrando en pánico; como si estuviera ahogándome y no parase de patalear para subir a la superficie. Quiero agarrarlo de la muñeca y suplicarle que se quede, así que, para evitarlo, me cruzo de brazos.

—No sé qué voy a tener que hacer para demostraros a ti y a Oliver que no pienso dejaros. Y, sinceramente, me da igual, porque haré lo que sea con tal de que lo entendáis.

—Pero… —Me quedo paralizada, atónita, sin saber qué decir—. Entonces… ¿Por qué no me miras?

Autodesprecio, aversión. Si los alimentas lo suficiente, crecen como enredaderas inamovibles. A las mías les salieron espinas cuando era pequeña, y se aferraron a mí como las que más, pero nunca nadie ha intentado atravesarlas para llegar a mí. Hasta ahora.

—Porque… —empieza a decir entre dientes, más serio de lo que lo he oído jamás, sobre todo conmigo—, como te mire, Sadie, veré el miedo que he observado en tus ojos cuando has entrado en la cocina. No puedo sacarme de la cabeza la cara de Oliver, y ahora me pasa lo mismo con la tuya. Si te veo esa expresión, dudo que vaya a poder contenerme y no enfrentarme a él.

No digo nada. Apenas respiro. Es como si cualquier tipo de ruido pudiera cargarse este momento.

«Quien se lo carga todo eres tú. Míralo: el chico perfecto que nunca ha estado cabreado y que, de repente, está furioso. La que coge todo lo bueno y se lo carga eres tú. El siguiente será Oliver, que ya está saturadísimo. Y a Liam no le faltará mucho, tampoco».

Cierro los ojos.

—Mírame —me ordena.

Le hago caso al instante. Está acercándose a los pies de la cama, iluminado por la tenue luz que emite la lámpara que tengo en la mesita de noche. Rhys parece todopoderoso, como siempre. Es justo como me imagino que debían de ser los hijos de los dioses antiguos: como si tuviesen algo que los hiciera increíbles, distintos a los simples mortales.

—Pensaba que estabas tan roto como yo —las palabras me salen solas, en un susurro—. Pero no. Tú… Rhys, eres increíble. Lo eres todo para la gente que te rodea, incluso para aquellos que ni te conocen. ¿Ahí? ¿En la pista del campus? Eres una estrella. Brillas, joder. Y puede que lo estuvieras pasando mal cuando me conociste, pero… ya estás mejor. Y mi vida seguirá siendo así durante muchísimo tiempo. Estoy… intentando conseguir la custodia de mis hermanos y graduarme antes de este trimestre para conseguir un

trabajo y demostrarle a un montón de adultos que puedo ocuparme de Oliver y de Liam, tal y como lo he estado haciendo hasta ahora. Y me… —Se me atascan las palabras porque me doy cuenta de que puede que esté a punto de decir algo descabellado—. Me importas lo suficiente como para ver que estás a punto de conseguir una vida increíble, algo enorme y espectacular. Y…

Rhys levanta la mano para detenerme y guardo silencio. En parte porque no quiero decir lo que estoy a punto de decir. Porque lo que quiero es tenerlo siempre, por egoísta que sea y por más que frene o impida que alcance su máximo potencial.

—Voy a decirte algo, Grisi. Y necesito que me escuches. Pero que me escuches de verdad, ¿vale?

Asiento.

—Te quiero —confiesa sonriente con sus dos hoyuelos centelleantes.

Y lo dice como si yo no acabase de contarle lo catastrófica que es mi vida, empezando por lo de mi madre, pasando por el borracho de mi padre intentando atacarlo y acabando por el discurso que le he soltado hace un instante sobre la malísima idea que es tenerme en su vida.

El enfado que me corroe por dentro nunca me ha servido con Rhys. Como tampoco han servido de nada mis intentos por alejarlo de mí.

Así que lo escucho con el corazón latiéndome con fuerza y tan deprisa que hasta estoy convencida de que le han crecido alas y que me va a salir volando del pecho, literalmente.

—Te quiero. Me encantas de los pies a la cabeza. Me encanta cuando te enfadas y me encantan tus comentarios mordaces. Me

encanta cómo patinas, como si tuvieras fuego en las venas; me hace pensar en la época en la que me enamoré del hockey. Me encanta que cuides de tus hermanos y que protejas y quieras tanto a Ro. Me encanta esa expresión confundida y frustrada que se te queda a veces, que es la misma que tienes ahora, y me encanta cuando te aparece esa arruga entre las cejas.

Nos reímos los dos. No dejo de mirarlo en ningún momento por más que él eche la cabeza hacia atrás y vuelva a sonreír.

—Y no hay nada, por más oscura que pueda ser alguna parte de ti o de tu vida, que vaya a cambiar eso. Así que, como ya le he dicho a Oliver, si ya no me quieres en tu vida, tendré que apechugar con ello. Pero no habrá un solo día en el que no te quiera en la mía. Jamás.

Ahora está de pie en el lado de la cama donde estoy sentada, jugueteando con las sábanas. Se inclina y me coge la barbilla con delicadeza antes de añadir:

—Prométeme que lo has entendido.

—Sí.

Rhys asiente y contesta:

—Bien.

Hago ademán de responder, pero me quedo con la boca abierta sin decir nada, boqueando como si fuese un pez fuera del agua.

Rhys aprovecha la ocasión para besarme el labio inferior y arrastrármelo con delicadeza entre los dientes y los labios. Se sienta en la cama, apoyamos la frente en la del otro y me abraza con su reconfortante calidez.

—No hace falta que digas nada ahora, ¿vale? Puedo quererte por los dos.

—De momento —suelto.

Sonrío, y le veo un cálido centelleo en la mirada. Uno que me dice que se ha tomado mis palabras como una promesa.

—De momento, *kotyonok*.

—¿Vas a contarme algún día qué significa esta palabra?

—Algún día —responde antes de empujarme contra el colchón y besarme toda la piel mientras me va repitiendo «Te quiero» y me hace el amor lento, con dulzura y delicadeza.

Después, me pide que le deje el pequeño altavoz *bluetooth* y lo coloca entre nosotros. La luz de la luna se cuela por la gran ventana que tengo justo encima de la cama y tiñe el cuerpo desnudo de Rhys, envolviéndolo con su brillo.

Mientras él busca su móvil a tientas, me inclino para besarle y mordisquearle el cuello otra vez.

Tras dos clics, empieza a sonar la música. Es una canción que conozco bien, pero no la tengo en las *playlists*.

Brandi Carlile canta con una voz suave; el punteo de las cuerdas de la guitarra es lento y delicado. Tumbados en mi cuarto, escuchamos cómo suena «Heaven» por los altavoces.

—Es tu canción —dice.

Mi respuesta automática es frenarlo, convencerlo de que no debería dedicarme una canción. Y menos esta.

Pero su expresión lo dice todo. Tiene los músculos de la cara relajados. Y creo lo que me ha dicho de verdad. Que me quiere.

Su rostro es pura inocencia, como si fuera un niño, no el chico que acaba de follarme lento en este mismo colchón, tapándome la boca con la mano para que no gritara. Y entonces me pregunta:

—¿Se te ocurre alguna que sea nuestra?

«Miles», quiero responder.

Rhys Koteskiy jamás podría encontrarse en una sola canción. Este chico es una sinfonía; una *playlist* eterna que quiero escuchar sin parar toda la vida.

—Ya se me ocurrirá alguna —respondo, y me acurruco contra su piel.

Rhys me ha calado tan hondo que creo que ya es como si fuese suya.

Después de él, no habrá quien se recupere.

41

Sadie

Estoy guapísima.

La que encontró este vestido, aunque se ha negado a decirme dónde, fue Ro, y me queda como un guante. Es de seda negra, me cae hasta los tobillos y tiene una única raja que llega hasta medio muslo. Lo suficiente como para que me dé un toque sexy sin que parezca indecente.

Mientras me maquillaba, mi mejor amiga me ha peinado: me ha recogido el pelo en un moño y me ha dejado un par de mechones sueltos en la frente para enmarcarme el rostro. Me he puesto el pintalabios de color rojo cereza oscuro y me he difuminado la sombra de ojos como siempre, pero con algo más de elegancia. No tanto como la «Sadie de competición», sino más como la Grisi de Rhys.

«De Rhys». Suya.

Nunca he sido de nadie. Ni tampoco he encajado en ningún sitio.

Pensaba que sería una sensación sofocante, pero me gusta.

Ro se ha ofrecido a recoger a los chicos cuando los dejen en casa después del entreno, algo que, estoy segura, han organizado los padres de Rhys. De momento, como estamos en la Hockey-morada, me siento como si fuese el día de la graduación al bajar las escaleras y encontrarme a un montón de chicos trajeados.

Rhys, Freddy y Bennett, estos dos últimos sin pareja, van tan elegantes que a cualquiera se le haría la boca agua.

Vestido así, Bennett aún se parece más a su padre. Con lo alto que es y lo musculado que está, resulta igual de imponente que él, pero lleva un traje negro impecable sin corbata. Se ha medio peinado sus rebeldes rizos castaños; sin embargo, como se ha afeitado, aún parece más intimidante.

Freddy lleva un traje negro, el pelo peinado hacia atrás y la camisa sutilmente abierta, lo justo para dejar entrever la cadena de metal que suele llevar al cuello.

Igual es porque no soy imparcial, pero Rhys parece un modelo sacado de la portada de una revista o un famoso en la alfombra roja. Se ha cortado un poco el pelo, que no tiene tan enmarañado como de costumbre, y se ha puesto algo para que no se le despeine. Lleva un traje negro y una pajarita impecable.

Una pajarita que decido arreglarle porque sí, a pesar de que no tengo ni idea de cómo va esto. Solo la muevo un poquito porque, ahora mismo, me da le sensación de estar en un sueño del que no quiero despertar.

Rhys me agarra las muñecas para detenerme y me da un delicado beso en los labios. Cuando se separa para estudiarme, le arde la mirada.

—Eres jodidamente perfecta, Grisi. —Sonríe—. Y yo soy afortunado de cojones.

Casi lo digo. Casi le digo las palabras que hace cinco días que tengo en la punta de la lengua, desde Halloween. Sin embargo, nuestros amigos están al lado y, como ya conozco a Rhys, sé que, si salen de mi boca, nos quedaremos mucho rato en su cuarto.

Así pues, en lugar de decir nada, le beso la mano. Lo hago con más dulzura de lo normal, y veo que se le sonrojan las mejillas.

Puede que, con los patines puestos, sea un capitán frío como el hielo; el impávido líder de los Waterfell Wolves. Conmigo, en cambio, siempre será tierno.

Los padres de Rhys tenían pensado esperarnos en la entrada; sin embargo, cuando llegamos, ya están en una esquina, rodeados de gente. Estamos en un evento benéfico para la Fundación Primera Línea que, hace poco, descubrí que no solo es una organización benéfica en la que Max Koteskiy hace de voluntario, sino que es suya. Él la creó, la financia y se encarga de todo para que todos los niños tengan la posibilidad de aprender a patinar.

Anna, la madre de Rhys, está deslumbrante con su vestido verde oscuro. He oído a miembros del equipo bromear sobre lo atractiva que es, y no se equivocan. Es preciosa, está en forma y siempre tiene una viva mirada en el rostro. Aun así, resulta fácil estar cerca de ella: hace sonreír a la gente, y por eso creo que todo el mundo se siente atraído por ella.

Hasta la fecha, solo he estado con los padres de Rhys en tres o cuatro ocasiones y, ahora que no están Oliver y Liam para acaparar su atención, me he puesto nerviosa. Estoy aprendiendo a confiar en Anna. Poco a poco. Y en Max, también.

Al cabo de un rato, después de dar algunas vueltas por esta pista de baile ajedrezada, en la que Rhys me ha sorprendido gratamente con su capacidad para bailar el vals, nos dirigimos hacia ellos.

Los fotógrafos, en cuanto ven la oportunidad de sacar una foto al gran Maximillian Koteskiy con su hijo, Rhys Maximillian Koteskiy, no pierden ni un segundo: está claro que es una prometedora estrella

del hockey. Pasan de Anna hasta que Max monta un escándalo y empieza a enumerar, alto y claro, los logros arquitectónicos de su esposa que, según él, son más importantes que un jugador de la NHL retirado.

Y entonces lo veo. Veo por qué Rhys me ama con tanta intensidad. Por qué se preocupa por los chicos y quiere estar cerca de nosotros. Es porque ha vivido esto desde siempre. Ha estado rodeado de amor.

Quererme y querer a mis hermanos le resulta fácil.

Se me encoge el corazón hasta que estoy casi convencida de que me voy a morir.

Así que, cuando terminan, arrastro a Rhys hacia el pasillo enmoquetado de este palacio de congresos y lo guio hasta la zona por donde entra el personal. Lo empujo y lo meto en una sala de conferencias grande, oscura y llena de mesas y sillas sin orden ni concierto.

Lo inmovilizo contra la pared, débilmente, y él se ríe. Baja la mirada hacía mí con los ojos entrecerrados y cálidos como el chocolate fundido y me enciende con su ardiente mirada.

—No puedes aguantar ni un par de horas, ¿eh? ¿Tanto me necesitas, *kotyonok*?

No es que recurra muchísimo a esa palabra pero, cuando habla ruso, consigue llegar a mí.

—Te quiero.

No es como lo había planeado. Ni rastro de un discurso bonito como el que pronunció él y que repito en mi mente casi a todas horas. Así que sigo:

—Y siento que no…

Me calla con un beso, agarrándome por las caderas con las manos, que casi me cubren toda la cintura, y levantándome hasta que le envuelvo la suya con las piernas. Al hacerlo, la seda del vestido se me arruga por encima de las piernas y se me amontona en la cintura, aunque parece que esta era su intención.

—Nada de disculpas, Grisi. —Me besa el cuello—. Nunca tienes que disculparte. Te quiero muchísimo. Te amo.

Rhys no deja de pronunciar esas palabras mientras me tumba en una de esas mesas cubiertas con manteles, donde la luz de la luna me ilumina la piel. Desaparecen la pajarita y la americana justo antes de que me acerque la boca a la clavícula y me baje los finos tirantes del vestido por los brazos hasta desnudarme los pechos.

Acerca la mano a mi sexo y se me entrecorta la respiración. Al encontrarse con mi piel al descubierto, silba.

—¿Toda la noche? —pregunta, ejerciéndome una suave presión en el clítoris antes de acariciarme los labios con los dedos siguiendo un patrón que es hasta doloroso.

—Así no se me marca la ropa interior —consigo decir con esfuerzo antes de que se me escape un fuerte y desesperado gemido mientras él me mete los dedos.

Intento calmarme para no correrme, porque sé que Rhys está a punto de arrodillarse y comérmelo hasta dejarme temblando y hecha un desastre. Sin embargo, no me sirve nada de lo que hago.

Me basta mirarlo entre las sombras de esta sala para que me lleve al borde del precipicio. El Rhys Koteskiy perfecto ha desaparecido, reemplazado por esa oscuridad que sé que le corre por las venas. Puede que antes lo asustara, pero esta versión desatada de él me gusta tanto como su versión estelar.

Me mira provocador, con un oscuro centelleo en los ojos, como si supiera que estoy a puntísimo de correrme.

—Dímelo otra vez —me ordena.

—Te quiero.

—Buena chica —responde arrodillándose.

Me provoca recorriéndome entera con la lengua sin preocuparse por quitarme los dos dedos que tiene quietos dentro de mí. Me pasa los labios por el clítoris, succionándome y lamiéndomelo rápidamente, y yo estallo cual bomba en menos de dos minutos.

Me contraigo alrededor de sus dedos a pesar de que haya apartado la boca de ahí. Vuelve a inclinarse encima de mí para besarme, y noto mi propio sabor en sus labios. Es tan erótico que se me vuelve a contraer el sexo.

Rhys se desabrocha el cinturón y los pantalones, y se saca la polla antes de pillar un condón del bolsillo y colocárselo. Y yo aquí, tumbada cual masa sin huesos, mirándolo.

Creo que, ahora mismo, haría lo que él quisiera.

—Dios —suelta entre dientes, metiéndomela muy despacio mientras mi coño palpitante se contrae alrededor de él.

Da igual que haya acabado de volver en mí tras el orgasmo. La vagina me late con fuerza, como si pidiera más a gritos.

—La primera vez que te vi así, pensé que lo tenías demasiado estrecho para mí, joder.

Gimo, con fuerza y agudeza, mientras él me sigue llenando despacio.

—Pero me queda como un maldito guante, cariño —murmura antes de metérmela hasta el fondo.

Arqueo la espalda y se me mueven las tetas en cuanto él empieza a follarme con fuerza e insistencia.

Con Rhys siempre es como si fuera la primera vez, y me pregunto si, dentro de unos años, cuando tengamos hijos, una casa con jardín y un perro, seguiré sintiéndome igual.

No afloja ni se detiene. Sigue embistiéndome hasta que llego a otro orgasmo antes de pellizcarme el pezón con una mano y agarrarme la barbilla con la otra.

—Otra vez, *kotyonok*. —Ahora tiene la voz rasposa y le brilla la frente con una suave pátina de sudor.

—Rhys, no… No puedo —gimo.

—Claro que puedes. Vuelve a decirlo y córrete para mí.

Juguetea con los dedos sobre el clítoris, aguarda hasta que se me escapa un «Te quiero» y ejerce presión contra mí. Y vuelvo a estallar de golpe, con la misma fuerza con la que se prende una cerilla.

A continuación, se corre mientras me dice que me ama y me susurra un montón de cumplidos mientras se quita el preservativo, me limpia, vuelve a subirme los tirantes del vestido y me ayuda a levantarme. Todo esto sin dejar de besarme. Me aliso la ropa mientras él coge el mantel que hemos utilizado y lo tira en la basura que hay en una esquina.

No puedo dejar de sonreírle, aunque al final me vuelvo para coger el móvil mientras Rhys se viste.

Tengo cinco llamadas perdidas de un número desconocido con prefijo local.

En cuanto desbloqueo el móvil, vuelven a llamarme.

—¿Diga?

—¿Estoy hablando con Sadie Brown?

Rhys desvía la mirada hacia mí algo preocupado y sé que, en esta sala donde reina el silencio, puede oírlo absolutamente todo.

—Sí. ¿Quién es?

—Soy Samantha, enfermera en Greenwood General. —Al oír el nombre del hospital que hay en una ciudad vecina de Waterfell me da un vuelco el corazón—. Intentábamos encontrarla. Han traído a su padre hará más o menos una hora. Estaba conduciendo bajo los efectos del alcohol y ha tenido un accidente.

Me arden los ojos, pero intento mantener la calma hasta que ella termine:

—Pero, eh…, sus hermanos, supongo, ¿Liam y Oliver? Ellos también iban en el coche. Y usted aparece como el pariente más cercano después de su padre.

—¡Dios mío…! —grito, y cruzo la puerta corriendo descalza hasta llegar al pasillo, ruidoso y lleno de luz—. ¿Están bien? ¿Están…?

No puedo respirar, a duras penas oigo lo que dice. Se me nubla la vista un segundo y tropiezo en el pasillo.

Rhys está aquí, como siempre. Me agarra la mano y me coge el teléfono con delicadeza para hablar él.

Y yo sigo sin poder respirar.

En esta sala hace frío. Lo sé porque la madre de Rhys se pone la chaqueta de su marido por los hombros mientras escuchamos lo que nos cuenta el médico sobre mi padre. Aun así, no siento nada, solo un vacío.

Y vergüenza.

La madre y el padre de Rhys me han traído enseguida, pero no sé dónde se ha metido él. Puede que me lo haya dicho, pero no me acuerdo. Me da la sensación de estar viéndolo todo desde fuera.

Mi padre está inmovilizado por los brazos. He oído que la enfermera advertía a los Koteskiy antes de que entrásemos, pero verlo en persona es peor de lo que me había imaginado. Sigue sacudiéndose con fuerza y gritando a la enfermera, que lo ignora y acaba de darle las dosis correspondientes, además de anotar algo antes de irse con una empática sonrisa en los labios.

No, empática no. Compasiva.

—Sadie —dice mi padre con el pecho agitado. Parece que sus grises ojos, ahora enrojecidos, se burlen de los míos—. Dios, Sade, sácame de aquí, por favor. Intentan quedarse con los chicos. Venga, cielo.

No puedo mirarlo. En parte, tengo la impresión de que me voy a morir.

Cambia de golpe y porrazo y me suelta:

—No seas una mocosa de mierda, Sadie. Te necesito.

De repente, Anna Koteskiy se coloca delante de mí de brazos cruzados. Es bajita, pero sigue siendo más alta que yo, de modo que me oculta por completo. Lo hace a propósito.

—Si quieres hablar con ella, tranquilízate —le ordena manteniendo un tono de voz más bien bajo, aunque firme—. De hecho, tranquilízate y punto.

—Vosotros sois los que intentáis quedaros con mis hijos.

Le está entrando la paranoia, pero no digo nada. Aquí nadie intenta quedarse con nadie. ¿Es que no se da cuenta de que ya nos

ha jodido lo suficiente? ¿Que una familia como los Koteskiy no querría a unos niños como nosotros?

—Alejaos de mis putos hijos —grita tirando de las correas que lo tienen inmovilizado y pateando contra la cama—. Sade y yo nos las apañamos bien.

Parece que la rabia se apodere de Anna, como si estuviese a punto de estallar en la habitación. Sigue de pie delante de mí, con su precioso vestido de gala rozando el suelo de este horrible hospital.

—Tu hija es la que se las está apañando con ellos. Sadie no debería tener que cargar con la responsabilidad de cuidar de esos pobres niños y hacer malabares con eso, la universidad, el trabajo y, encima, ocuparse del alcohólico de su padre.

Me quedo en shock, anonada por una abrumadora oleada de emociones que me azota por completo. Miedo, enfado y confusión, todas mezcladas bajo el peso de la pena y la vergüenza. No me viene a la mente ni una sola ocasión en la que alguien me haya defendido de esta manera; y ya no solo alguien cualquiera, sino una madre.

—Puta zorra —grita mi padre.

Escupe a Anna y me da un vuelco el estómago.

—Ya basta.

Max Koteskiy da un abrupto paso al frente. Emana enfado por todos los poros de la piel. Se parece muchísimo a Rhys; a excepción de esas sutiles arrugas y de los mechones grises que le han salido en el pelo, un tanto más oscuro que el de su hijo, podrían pasar por gemelos.

Coge a su mujer con delicadeza para moverla ligeramente hacia atrás. Ella protesta para decirle que está bien, pero Max le acaricia la mejilla y le susurra:

—Ya lo sé, lianta. Pero deja que me ocupe yo, ¿vale? Por mi estúpido orgullo masculino.

A juzgar por cómo se relaja Anna, resulta evidente que es una especie de broma entre ellos.

—¿Por qué no llevas a Sadie con sus hermanos para que los vea? —sugiere el padre de Rhys sin quitarle los ojos de encima al mío.

Su mujer asiente, aunque un poco a regañadientes, y él se vuelve para dedicarle una íntima sonrisa.

—Te quiero tantísimo que me duele, *rybochka*.

Lo dice con un tono de voz dulce, aunque la intención es clara. Protección.

Sus palabras me retumban en la mente. Afecto claro, sincero y profundo. Así sería Rhys como padre o marido. Si yo pudiera tener algo así… Pero lo desconozco, es algo que no había visto nunca antes de conocer a sus padres.

De pequeña, no tuve tiempo de tener amigos.

Las chicas con las que patinaba eran mis rivales y, según el entrenador Kelley, no podía patinar y jugar con ellas al mismo tiempo. En el colegio, estaba demasiado preocupada por guardar mi secreto. Así que nunca supe lo que era tener unos padres normales ni conocí el amor de verdad.

—Venga, Sadie, cielo —dice Anna en un tono dulce que contrasta con la firmeza que se aprecia en sus bonitas facciones redondas mientras tira de mi casi catatónico cuerpo hacia el pasillo—. Rhys y Freddy están en la sala de espera, con tus hermanos.

«¿Freddy?».

—¿Freddy está aquí?

Otra oleada de bochorno se apodera de mí y un escalofrío me recorre la columna vertebral. Uno del que sé que no podré deshacerme.

Lo han visto. Ahora lo saben. Lo sabe todo el mundo. Mi padre ha llamado «zorra» a Anna. Le ha escupido. Sé que no querrán que su familia tenga nada que ver con la mía, y menos Rhys.

Intento repetirme mentalmente las palabras que me dijo Rhys en Halloween, pero lo único que oigo son los gritos de mi padre. La sinceridad de mi entrenador. Nunca seré como estas personas, nunca patinaré como ninguna de las chicas a las que he admirado. Estoy destinada a ser solo esto.

Tormento.

No me gusta tener que resistir la apremiante necesidad de llamar a Kelley para pedirle ayuda. Porque Rhys me quiere, pero piensa que puedo estar mejor, que aún tengo remedio.

¿Seguirá queriéndome cuando se dé cuenta de que continuaré siendo lo que soy ahora?

Giramos en una esquina para entrar en lo que parece una sala de conferencias. Sin embargo, cuando Anna me guía por allí, yo no digo nada.

Lo que veo me sienta como una patada en el estómago.

Freddy tiene a Liam sentado en el regazo mientras este se ríe y juega con un iPad que, por supuestísimo, no es nuestro. Y Rhys…

Rhys está abrazando fuerte a mi hermano de doce años. Está sentado en el alféizar de la ventana del hospital para que Oliver quede de pie entre sus rodillas y pueda apoyarle la cabeza en el

pecho. Rhys le susurra algo al oído sin parar, y la forma en que mi hermano va asintiendo con la cabeza sin apartarse de su abrazo y agarrándole la americana con los puños me lo dice todo.

Oliver odia que lo toquen. Aun así, está envuelto por los brazos de Rhys.

La puerta se cierra suavemente detrás de nosotras, pero los chicos se dan cuenta enseguida. El primero en verme es Liam, que grita un «¡Tata!» y se aparta de forma tan brusca de Freddy que el chico se retuerce de dolor.

Lo levanto en brazos de inmediato y, en cuanto mis dos hermanos me miran, dibujo una expresión de serenidad en el rostro porque la he practicado hasta la saciedad. Liam sigue con su viva mirada y parece que está bien; Oliver, en cambio, tiene los ojos rojos y las mejillas hinchadas, y se vuelve para mirarme sin salir de la burbuja de seguridad que le ofrece Rhys.

Y no lo culpo. Yo también he estado allí. Sé la calidez que transmite y lo reconfortante que es.

—Hola, bichito. —Sonrío y le doy un sonoro beso en la mejilla—. ¿Ya te han mirado de arriba abajo?

Liam sonríe y levanta el codo, donde le han puesto una tirita naranja de Bluey. Siento una punzada en el corazón.

—Está bien; solo tiene un rasguño en el codo. ¿A que sí, chavalín? —dice Freddy, levantándose y despeinando a Liam.

El playboy de los Waterfell sigue yendo de punta en blanco y, por sus pintas, debería estar en la portada de la *GQ* más que en la sala de espera de un hospital. Sin embargo, a pesar de la sonrisa que le dedica a mi hermano, su mirada está llena de empatía.

—Freddy dice que él empezó a jugar al hockey cuando tenía mi edad —me cuenta Liam cambiando de tema como si nada, como de costumbre—. Y dice que algún día seré mejor que él.

—¡Mentiiira! —responde Freddy.

Mi hermano suelta una buena carcajada, pero yo no aparto los ojos de la ventana; sigo mirando a Oliver y a Rhys con un lacerante dolor en el pecho.

42

Rhys

Cuido al máximo todos mis movimientos; camino muy despacio hacia Sadie, a pesar de que el miedo me carcome. Al verla así, se me forma un nudo en el estómago y, por más que trague saliva, no consigo deshacerlo.

Hace unas horas la tenía entre mis brazos. ¿Por qué de repente siento que está fuera de mi alcance?

Mantengo la calma y alargo la mano porque lo único que quiero es abrazarla.

Su padre la ha asustado, casi ha herido a sus hermanos y, desde la otra punta de la sala, me doy cuenta de que la cabeza le va a mil por hora. Si puedo hablar con ella, tranquilizarla y hacerle saber que estoy aquí, no se irá; no entrará en pánico ni cogerá su sonrisa, sus comentarios mordaces, a sus hermanos y todo lo que tanto me encanta de ella y me lo arrebatará.

Dios, si es que intento controlar hasta mis pensamientos, como si fuera un puto maníaco.

Sadie no hace ademán de acercárseme en ningún momento, pero tampoco se aleja.

Mi madre y Freddy se han llevado a Oliver y Liam a buscar algo para comer de lo que quede en la cafetería, tanto para distraer a los

chicos, que parecían hechos polvo, como para darnos un momento a solas a Sadie y a mí.

—Rhys —empieza a decir ella con una mirada vacía que, a decir verdad, no le había visto desde el verano, cuando patinaba al son de «Fast Car» cada mañana y sus movimientos mostraban el desespero que sentía.

Ojalá en ese momento hubiese sabido todo lo que sé ahora.

—Sadie —digo, a pesar de que me cruzo de brazos para prepararme por lo que pueda venir.

«Vuelve a apartarme, amor. Venga, intenta hacerme creer que estarías mejor sin mí».

Da igual lo que me diga. No pienso soltarla.

—Tenemos que parar. Tengo que dejarte en paz y tú tienes que…

—No —la detengo—. Dejaré que me digas lo que tengas que decirme para que lo saques todo. Pero voy a decirte lo que necesito, para que no te confundas: te necesito a ti. Ahora decide qué necesitas tú.

Veo que el enfado la arropa mientras echa mano de su coraza habitual. Y me preparo para que me dispare con su mejor arma.

—Eres un puto jugador de hockey que bastante liada tiene la vida como para tener que lidiar con una familia de tres que está jodida de cojones. Es lo más estúpido que se me puede ocurrir. Por Dios, Rhys, si hasta hace unos meses te daba pánico patinar, hostia. ¿Cómo crees que puedes ayudarnos, si apenas puedes ayudarte a ti mismo?

Escuece, pero aguanto. Porque sé que no lo dice en serio. Veo que los sollozos empiezan a apoderarse de ella, las lágrimas corren por sus mejillas y se lleva la mano a la boca para cubrírsela.

Como si se hubiese quedado en shock por lo que acaba de decir.

—¿Has acabado? —le pregunto respirando despacio, manteniendo la calma a pesar de que siento que debería entrar en pánico urgentemente.

—N-no…

—Ya lo sé. No deberías haberlo dicho. Da igual, Sadie. Sé que estás asustada, enfadada y dolida. Pero ya te lo he dicho. No pienso dejar…

—Lo sé —me corta, y siento una pizca de temor en el pecho. Es por su miedo, pero puedo aguantarlo. Estoy preparado. Esto… Sea lo que sea, me asusta—. Pero creo que… Que tenemos que frenar.

—Grisi…

—Escúchame, por favor. —Asiento y me muerdo la lengua con tanta fuerza que noto el sabor de la sangre—. Tus padres y tú sois increíbles. Pero tengo que asegurarme de que Liam y Oliver están a salvo. Y tú se supone que eres mi novio de la uni, el fiera del hockey de Waterfell al que, ahora mismo, intentan fichar, como mínimo, tres equipos de la NHL.

Sonrío a pesar de lo que me está diciendo porque esta chica puede quejarse todo lo que quiera de que los jugadores de hockey les jodemos el hielo, pero yo sé que me tiene bien vigilado.

Estoy seguro de que podría enumerar esos equipos.

—Y esa es justo la persona que deberías ser ahora. No deberías estar cuidando ni de mí ni de mis hermanos, ni tampoco preocupándote por mí. Deberías estar ilusionadísimo y demostrar a esos cazatalentos por qué deberían elegirte. ¿O no?

No quiero darle la razón, pero escucharé lo que tenga que decirme. Así que me encojo de hombros.

Pone los ojos en blanco, pero sé que todo esto cada vez le cuesta más.

—Rhys, por favor.

—¿Qué quieres que te diga? No te daré la razón. Puedo hacer las dos cosas a la vez.

—No deberías tener que hacerlo.

—¡Y tú tampoco! —suelto porque, al final, reviento—. Deberías estar disfrutando de la vida, no preocupándote por si puedes dar de comer a dos niños que están creciendo ni por cómo vas a pagar las facturas de una casa en la que casi ni vives. No deberías tener que estar haciéndolo todo y, menos aún, sola.

Suspira, pero veo que va interiorizando mis palabras, repitiéndoselas en ese increíble cerebro que tiene en su preciosa cabeza.

«Por favor», quiero suplicarle, pero no me gustaría que se sintiera manipulada. Si quiere estar conmigo, que sea porque quiere de verdad.

—No sé qué hacer, Rhys. Solo… Necesito que frenemos un poco, ¿vale?

—No vamos a romper.

Ni siquiera intento que suene a pregunta. De todos modos, Sadie niega con la cabeza.

—N-No quiero que lo dejemos. Solo… No lo sé. Ahora mismo no puedo darte el amor que tú me das. Me siento totalmente vacía.

—Vale —contesto porque, ¿qué otra cosa puedo hacer? Doy un paso hacia ella, le envuelvo la cara con las manos y dejo que se acurruque en mis palmas con los ojos cerrados—. Pero haremos un trato, Grisi. Vas a dejar que mis padres te echen una mano, ¿de

acuerdo? Mi padre te ayudará con el tema de la custodia y con los abogados. Mis padres y Bennett y Freddy y Ro y yo. Todos te ayudaremos, ¿sí? Si necesitas tiempo y espacio, o si quieres que vayamos un poco más lentos, lo haremos. Eso te lo compro. Pero no estarás sola. ¿Me oyes?

—Vale —responde, y las lágrimas empiezan a brotar de sus hermosos ojos.

Le acaricio con el pulgar las tres pecas que tiene justo debajo de uno de esos ojos de gata antes de darle un firme beso en la sien.

—Estaré a tu lado para todo lo que necesites —le digo y, mentalmente, añado: «Aunque no me necesites a mí».

43

Rhys

Cuando llego con el coche, Liam está sonriendo con la cara pegada a la mosquitera. Exactamente igual que cada vez que vengo.

A Sadie se le estropeó su Jeep anoche, mientras volvía a casa, así que Ro llamó a Freddy para que hablase conmigo y fuera a buscarla. Porque Sadie no quería pedirme ayuda.

La encontré caminando por el arcén, rumbo a su casa. Tardé un minuto largo en reprimir el mosqueo y respirar para no cabrearla más, aunque ella disimulase su miedo con enfado.

Detuve el coche a un lado de la carretera y caminé a su lado un rato, solo para vigilarla, hasta que al final cedió. Habría recorrido con ella los kilómetros que hubiese hecho falta, pero me alegró que al final decidiera dejar de ponerse a la defensiva.

Sadie no dijo nada. Solo agachó la cabeza como una niña a la que acaban de echarle la bronca y me siguió, silenciosa, hasta el coche. Como no me gustaba verla temblar, pillé una manta del maletero (la que había pensado bautizar como «nuestra manta de autocine» y que era lo bastante grande como para que cupiéramos los dos y sus hermanos) y la envolví con ella.

A pesar de que no hablamos, puse una de sus *playlists* y dejé que el relajante sonido de Damien Rice inundara el espacio que nos separaba. Un espacio que detestaba.

Sin embargo, cuando le puse la mano en el regazo, no me la apartó. Se quedó sentada en silencio en el coche hasta que la *playlist* llegó a su fin y me dejó que fuera acariciándole el muslo mientras ella miraba la casa donde se había criado, desprovista de luz, como si fuese su suplicio diario. Como si quisiera prenderle fuego.

A final, bajó del BMW y la acompañé hasta la puerta, incluso entré a la fuerza para asegurarme de que tenía la calefacción puesta antes de ofrecerme a recoger a los niños en casa de su vecina, la señora B. En parte, lo hice para que Sadie pudiera descansar y entrar en calor, pero sobre todo para que Liam y Oliver me contasen cómo iban realmente las cosas.

A pesar de que no hemos hablado desde anoche, en este instante Sadie está justo detrás de su hermano, que lleva un gorro de los Waterfell Wolves puesto y una bufanda gruesa de color gris alrededor del cuello que casi le cubre hasta los ojos. Me mira con dulzura. Como si supiera que iba a aparecer. Como si estuviera demostrándome que confía en mí.

Y eso me basta.

Oliver parece más enfadado de lo que lo he visto jamás, y sale pitando por detrás de su hermana con la bolsa de hockey colgándole del hombro, rebotándole con fuerza. No me queda claro con quién está más enfadado.

Liam vuelve a llevar un disfraz de *Star Wars*, pero se ha puesto un grueso abrigo encima y parece un gigante algodón de azúcar azul. Viene corriendo, pero Sadie lo tira hacia atrás mientras el niño me aúlla. Su hermana le cubre los rizos con un gorro de lana antes de

dejar que salga pitando por la nieve, y el crío se me empotra en la pierna para abrazarme.

—Te echaba de menos —musita.

—Yo también, bichito.

Le muevo un poco el gorro antes de agacharme para colocársela bien. Vuelvo a levantarme, me aliso el abrigo de color azul marino y sonrío a Sadie.

A pesar de que va vestida de negro de los pies a la cabeza, es lo que más ilumina mi vida. La adoro, haría lo que fuera por ella.

Y, ahora mismo, esto significa apoyarla, pero también dejarle espacio para que vea cómo se siente de verdad.

Quería que se pusiera en contacto con mi terapeuta, pero la doctora Bard me dijo que era Sadie la que tenía que tomar la decisión.

Espero que lo haga. Solo quiero que vuelva a sentirse bien.

Que sea feliz.

—Hey, Grisi —la saludo, y me froto la nuca con la mano para distraerme y no alargar el brazo para tocarla.

—Fiera. —Me sonríe, y me fallan las rodillas. Hoy está de buen humor. Viene hacia mí y juguetea con el cuello del abrigo—. Qué guapo estás.

Sonrío y me sonrojo al ver que se ha fijado en mí y al oír ese apodo familiar.

—Sí… Hoy, eh… Tenemos partido en casa. Y solemos arreglarnos.

Frunce el ceño, se separa de mí y agacha un poco la cabeza al decir:

—Ah. Eh… No puedo ir. Tengo que hacer un trabajo en grupo para el examen final y hemos quedado con los demás cerca de la pista

donde entrena Oliver. Y Liam…

El niño saca la cabeza del coche donde ya se ha abrochado el cinturón de la sillita que, por supuesto, no compré antes de la gala, cuando me di cuenta de que estar con Sadie significaba ser lo bastante responsable como para ocuparme de sus hermanos. Mi padre y yo nos pasamos toda la mañana intentando ponerla en el coche. La cosa esta es como una puñetera nave espacial.

—¡Yo quiero ir a ver a Rhys!

Sadie está agotada. Se le ve en los ojos y la postura, y sé que esto le vendrá bien. Aunque no le salga pedirlo.

—Mis padres tienen asientos, y querían invitar a Liam de todos modos, por si necesitabas ayuda.

Se muerde el labio.

—¿No les importará?

—No. —Le dedico una triste sonrisa—. Les encantará. Adoran a tus hermanos.

—Ya… —Asiente.

«Y a ti también. Solo tienes que quitarte esta coraza», quiero decirle. Aun así, guardo silencio.

—¿Qué haces después del partido?

Vuelvo a sonreír porque sé que está alargando la conversación. Y, sinceramente, estaré encantado de llegar tarde al partido con tal de disfrutar de unos minutos más con ella.

—¿A qué hora acabas? —le pregunto con algo más de atrevimiento del habitual, quitándole el gorro para liberar su brillante melena, echándole unos mechones hacia atrás y acariciárselos antes de volver a tapárselos—. Vendré a recogeros.

—Rhys…

—Silencio. No es negociable.

Vuelve a asentir con las mejillas sonrosadas. No sé si ha sido por el tiempo que hace o por mí, nunca lo sabré.

Subimos todos al monovolumen de mi madre.

Desde aquí hasta la pista local hay veinte minutos, durante los cuales escuchamos ABBA, y Liam canta gritando a pleno pulmón. Es exagerado y canta muy alto, pero no me cabe duda de que relaja tanto a Oliver como a Sadie.

Al llegar, aparco y, antes de que Oliver se baje del coche y pegue un portazo, me detengo y miro a Sadie.

—Solo quiero que sepas que cuidar tú sola de tus hermanos es muy valiente por tu parte. Eres fuerte e inteligente, y espero que algún día llegue a ser la mitad de increíble que tú.

Se lo digo delante de los chicos porque necesito que entiendan lo maravillosa que es su hermana mayor y que nada de lo que venga cambiará esto. Nadie quiere arrebatárselos ni alejarla de los niños.

—Me tenéis aquí para lo que haga falta, ¿de acuerdo? Os quiero. —Miro por el retrovisor y clavo los ojos en Liam—. A los tres.

Liam se ríe alegre y responde:

—Yo también te quiero, Rhys.

Desbloqueo las puertas y Oliver aguarda un segundo antes de empezar a salir del coche. Saca la cabeza entre los dos asientos delanteros, asiente y dice:

—Te quiero.

Se me encoge el corazón: sé que estas palabras son muy poco habituales en él. Casi ni se las dice a los miembros de su familia.

Cierra la puerta y echa a andar hacia la entrada del complejo.

Sadie titubea, pero al final se da la vuelta y me da un beso en la mejilla. Por un segundo me planteo la posibilidad de besarle los labios, pero permanezco inmóvil mientras ella me acerca la boca a la oreja.

—Te quiero —repite—. Gracias, fiera. Venga, pateadles el trasero.

Y lo hacemos.

Fuimos a la prórroga y, teniendo en cuenta el calendario, no jugamos tan bien como deberíamos haberlo hecho. Aun así, mientras me ducho al acabar, lo hago con una sonrisa de oreja a oreja porque el gol de la victoria lo he marcado yo.

Por eso y porque sé que mi chica lo ha visto. Ro estaba pegada al cristal, vestida con nuestros colores, y lo ha grabado casi todo con el móvil. Y después, cuando hemos ido a celebrar la victoria al vestuario, lo primero que he visto ha sido el mensaje de Sadie:

Eres espectacular, fiera. Qué ganas de verte pronto en la tele

Cuando los recojo a los tres, Liam está durmiendo como un tronco en la sillita; de hecho, se ha pasado la mitad del partido durmiendo en brazos de mi padre. Conduzco de vuelta a su casa prácticamente en silencio.

Llevo a Liam dentro en brazos y lo tumbo en el sofá. No me gusta que haga tanto frío aquí. De todos modos, como sé que Sadie piensa que estoy haciendo tiempo, voy hacia la puerta de entrada de nuevo y rezo para que me siga.

Y lo hace.

Se queda de pie frente a su casa, con la mochila colgándole del hombro. Quiero preguntarle si puedo quedarme a pasar la noche para asegurarme de que están bien, pero me contengo. Solo lo haré si ella quiere.

—La, eh… La semana que viene tengo competición. —Su mano juguetea con un mechón de pelo. Parece más nerviosa de lo que creo que la he visto hasta la fecha—. Son tres días, en New Hampshire. A la última no pude ir porque era en Colorado. E iba a saltarme esta para cuidar de los chicos, pero…

Se me encoge el corazón. Me está pidiendo ayuda.

—A mis padres les encantaría quedarse con los niños unos días, Sadie.

—¿En serio? —pregunta, y ya estoy caminando hacia ella.

Le cojo la cara con las manos y le planto un beso en la frente antes de acercarla a mí y abrazarla con fuerza porque lo necesito tantísimo como ella, aunque no me lo pida. Se deja caer en mis brazos y la tensión desaparece.

—Estoy orgullosísimo de ti —le susurro—. Sé que te cuesta pedir ayuda. Estoy tan orgulloso de ti…

44

Rhys

Me basta una frase para convencer a mis padres de que me dejen llevar a los niños a la competición de Sadie. Es más: ellos también quieren venir.

Sobre todo, mi madre. Sadie tiene algo que hace que se convierta en una mujer ferozmente protectora; más que cuando yo era pequeño. Mamá no me dice nada, pero entre su expresión y las preguntas que suele hacerme sobre mi novia, muchísimas más de lo que se consideraría normal, sé cómo se siente.

Así pues, el jueves, el día que Sadie tiene que competir con el programa largo, nos vamos antes de que salga el sol. Mi padre ha alquilado un coche y, como los chicos duermen, me pongo a hablar con mis padres en voz baja.

Hay algo de gente en la pista, aunque no demasiada; sin embargo, la mayoría de los presentes son entrenadores y miembros de equipos de patinaje. También hay algunos periodistas y reporteros que están preparándose para retransmitir la competición, así como un público más bien escaso.

De modo que conseguimos buenos asientos.

—Nunca había hecho esto —dice Liam agitando los pies sentado a mi lado; al otro tiene a mi madre, pues Oliver ha preferido sentarse entre mi padre y yo.

—¿El qué?

—Se refiere a ver patinar a Sadie —me cuenta Oliver estudiando las vallas que quedan en la otra punta de la pista buscando a su hermana. Yo hago lo mismo, pero ninguno de los dos la ha visto todavía—. Nunca podemos. No así, vaya.

De nuevo, se me forma un nudo en la garganta. Mi madre se da cuenta enseguida porque suelta:

—Hala, pues así será la primera vez para todos. Y tenemos que animarla bien fuerte, ¿vale?

Liam aúlla y me da un codazo en el costado.

—Gritaré más alto que nadie, así la tata sabrá que soy yo.

La competición avanza despacio y van pasando los distintos grupos. Sin embargo, al cabo de más o menos una hora, Sadie aparece para calentar con el suyo.

Lleva una chaqueta de Waterfell con cremallera por encima del vestido, o sea, que solo atisbo un poco de tela negra debajo. Se ha puesto unas medias de rejilla negras en vez de las de color carne que llevan el resto de las patinadoras. Se ha trenzado el pelo hacia atrás y se ha hecho un moño bien prieto y brillante, de modo que no le cae ni un mechón por ninguna parte.

No sonríe; de hecho, cuando salen a la pista para patinar y calentar, nadie lo hace. Sadie practica unos saltos y algunas piruetas; sin embargo, se le tensan las piernas. Sé que se está reservando. Ahora mismo, está guardándoselo todo.

Veo que Victoria también está patinando por ahí; parece igual de concentrada y decidida que Sadie. Reparo en su entrenador, que está junto a las vallas, de brazos cruzados y con la mirada en el

hielo. Lo observo durante un rato y me doy cuenta de que se centra única y exclusivamente en Sadie.

A juzgar por las chaquetas, la mitad de sus patinadores están en el hielo; no obstante, él solo la mira a ella. La corrige y la llama en varias ocasiones.

Espero. Aun así, él no desvía la atención hacia nadie más. Las palabras de Luc vuelven a atormentarme: «Lo de Kelley no es normal. Y, si no sabes lo que pasa en esa puta pista…».

Me cruzo de brazos y siento que una oleada de calor me va envolviendo la nuca mientras el entrenador Kelley riñe a Sadie con dureza. Ella pone los ojos en blanco y casi me entran ganas de sonreír hasta que veo que el hombre le agarra la manga de la chaqueta y se la retuerce hasta dejársela como si fuese una correa.

«¿Qué cojones…?».

Me levanto antes de pensármelo dos veces, me disculpo diciendo que tengo que ir al baño y, en lugar de eso, voy directo a la entrada lateral donde están los equipos. Espero a que alguien me detenga, pero entonces me doy cuenta de que la suerte juega a mi favor porque me he puesto la chaqueta de Waterfell.

Sadie me ve antes de que me dé tiempo a llegar a las vallas. Abre los ojos como platos a la vez que se separa del entrenador Kelley y patina con energía hacia la puerta.

Su rostro es una mezcla de aprensión e ilusión a partes iguales. Es como si quisiera pegarme una bofetada pero, por otro lado, no pudiera creerse que esté aquí.

Porque nunca nadie ha estado ahí antes.

Espero a que su entrenador me vea y me eche, pero otra de sus patinadoras está demasiado ocupada discutiendo con él en la

puerta. O a lo mejor solo están hablando, aunque el hombre escupe las palabras con fuerza.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta Sadie. Tiene las mejillas sonrojadas y tira de mí para llevarme contra la pared, lejos del ruido de los patinadores y el olor a hielo limpio y a laca para el pelo—. ¿Y mis hermanos?

Sonrío, le pongo las manos en los hombros y le doy la vuelta antes de señalar al grupito formado por mi familia y la suya. Lejos, a la derecha.

—Querían ver patinar a la tata. —Guardo silencio un segundo y bajo la cabeza hasta su cuello para olerle el perfume—. Y yo también.

—Me has visto patinar miles de veces —responde, a pesar de que se relaja sutilmente bajo mi tacto.

—Así no.

—¿Quién sabe? Igual me sale como el culo —rechista. Se vuelve y levanta la mirada hacia mí.

Se ha maquillado con una sombra de ojos oscura y purpurina, lo cual le aporta intensidad a la mirada. Sigue llevando su pintalabios habitual de color rojo cereza oscuro, pero el tono más mate de hoy le da un aire feroz que contrasta con la clara palidez de su piel.

Levanto la mano casi sin darme cuenta hacia la constelación de pecas que tiene debajo del ojo, que tanto me gusta, y, con dulzura, le acaricio la cara con la mano.

—Serás la mejor —le susurro—. ¿Vale?

—No puedes estar aquí —me riñe su entrenador mientras se acerca por detrás de Sadie y se coloca tan cerca que, si ella diese un

paso hacia atrás, le daría en todo el pectoral—. Sales tercera, tormento.

Suelta el apodo de mala gana y, al oírlo, una candente y aterradora ira se apodera de mí. Por lo que supone. Le envuelve el cuello a Sadie con la mano antes de írsela bajando por la columna vertebral, ejerciendo presión justo en medio, hasta que Sadie se endereza y echa los hombros hacia atrás.

A pesar de que intenta disimular, veo que dibuja una mueca. Desvío la mirada de inmediato hacia su entrenador y una amenaza empieza a coger forma en mi boca. Acerco a Sadie a mí pero, antes de que pueda decirle nada, su entrenador se marcha cabreado. Una legión de patinadores sale del hielo y lo sigue; supongo que ya han terminado de calentar.

—Para —me susurra y, por un segundo, creo que igual la he abrazado demasiado fuerte, que a lo mejor le he hecho daño.

La suelto de inmediato, como si acabase de quemarme los brazos.

Tardo un segundo en darme cuenta de que está ahorrándome una bronca por parte de su entrenador.

—No puede tocarte así, Grisi —susurro, a pesar de hacerlo un tanto brusco.

Vuelve a estar molesta, y le ha vuelto a aparecer esa arruguita que me encanta entre los ojos, pero ahora me provoca mientras ella se cruza de brazos y responde:

—No lo conoces. Se preocupa por mí. Quiere que lo haga bien, que me esfuerce.

—Te esfuerzas más que la mayoría de los atletas que conozco, Grisi. Y conozco a un montón, joder.

—Es que no quiere que me distraiga. Se toma las cosas en serio.

— Tú te tomas las cosas en serio. No existe persona en el mundo con mayor determinación que tú.

Lo que quiero decir es que, si lo que su entrenador ha tenido los cojones de hacer delante de mí no es más que la punta del iceberg, significa que, a puerta cerrada, debe tratarla aún peor. Y sí, vale, yo nunca he hecho patinaje artístico, pero he crecido en una pista de hielo. Fui a una maldita academia privada de hockey con algunos de los entrenadores más estrictos que he visto en la vida.

Y ni uno solo me manoseó de esa manera.

Pero Sadie está a punto de salir a competir, y lo último que quiero es desanimarla. Nunca más.

De modo que me trago las palabras para decírselas en otro momento y la beso con firmeza en la frente antes de levantarle la barbilla.

—Eres una campeona, Grisi. Dilo.

—Soy una campeona —musita, y pone los ojos en blanco mientras tomo una foto mental de la sonrisa que se le escapa de los labios.

—Buena chica. —Sonrío con satisfacción—. Te besaría, pero no quiero cargarme el maquillaje. —Acto seguido, me besa la palma de la mano, dejándomela marcada con el pintalabios, para que la tenga conmigo—. Estoy orgulloso de ti. Y tus hermanos también. Venga, sal a demostrarles que la tata es la mejor.

Cuando vuelvo a mi asiento con chocolate caliente para los chicos, Sadie está a punto de salir.

Se ha quitado la chaqueta. Lleva un vestido de malla negro con tiras, a conjunto con las medias, y unas mangas largas de rejilla que le caen por los hombros. Unas tiras de gruesa tela negra estratégicamente colocadas le cubren parte del torso mientras que

otras zonas más transparentes dejan entrever las marcadas líneas de su vientre y de la cintura.

Se sitúa en medio del hielo, preciosa y lista para empezar el programa antes de que comience a sonar por los altavoces «Enter Sandman», de Metallica, a todo volumen. Al oír la música, mi padre y yo nos reímos con fuerza.

Y así, igual que la primera vez que la vi oculto en el pasillo, Sadie Brown patina como si estuviera en llamas. Es pura pasión, pura fuerza implacable. Sus movimientos son fuertes y rápidos, y gira tan deprisa que su figura se vuelve borrosa. Entra en todos los saltos a una velocidad espectacular, y los clava todos. Todos.

Y, con cada uno, me entran tantas ganas de saltar y gritar «¡Esa es mi chica!» a pleno pulmón que tengo que agarrarme al asiento. De hecho, me agarro con tanta fuerza que me da la sensación de que me voy a partir los dedos.

Liam la anima con el mismo ímpetu con el que me ha prometido que lo haría y Oliver sonríe alegre mientras mira a su hermana maravillado. «Ya somos dos, colega».

Cuando termina el programa, me duelen las mejillas de la incontrolable y anchísima sonrisa que tengo en la cara. Estoy jodidamente orgulloso de ella y me siento afortunado por poder decir que es mía.

Y porque ella me considere suyo.

Sadie saluda, nos mira, les guiña un ojo a sus hermanos y lanza un beso algo mordaz al aire que sé que es para mí. Cierro el puño, cuya palma sigo teniendo marcada con su pintalabios.

Da igual la distancia que nos separe; mientras ella quiera estar conmigo, seguiré a su lado. Esperándola y animándola desde las

gradas, si es lo que necesita.

Otra motivo de ansiedad desaparece de la noche a la mañana.

No es que Kane haya decidido no jugar contra Harvard. Por lo visto, Freddy ha estado indagando un poco y se apresura a contármelo nada más pisar la Hockey-morada.

Toren Kane tiene prohibido jugar en Harvard.

Tuvimos que buscar largo y tendido por internet para encontrar el vídeo; era como si alguien hubiese intentado ocultarlo. Aun así, descubrimos un clip corto sobre el incidente que grabó alguien con manos temblorosas.

Un jugador del equipo rival dice algo provocador y le escupe en la cara. Kane agarra al crío por la rejilla del casco y lo empuja lejos cual molesto insecto antes de entrar en una especie de trance que se le distingue a la perfección porque no lleva el casco. Hay una chica, una pelirroja que, a juzgar por su sudadera, debe de estudiar en Harvard; está sentada a dos filas del cristal y lo mira asombrada.

El compañero de equipo de Kane le tira del cuello de la camiseta y lo saca de esa especie de duelo de miradas. Y, de repente, se inclina hacia delante y, sin quitarse el guante siquiera, estampa el puño contra el cristal y grita:

—¡Largo de aquí, joder!

Y la chica, pálida de por sí, se queda lívida. Se levanta y sube las escaleras a trompicones. El chico que tenía al lado la sigue sin pestañear.

No obstante, Kane sigue golpeando el cristal de protección un segundo antes de que empiece a hacerse añicos bajo su puño y el

vídeo llegue a su fin.

—Al menos, mañana no tendremos que aguantarlo —comenta Freddy.

No es gran cosa, pero yo lo aceptaré encantado.

45

Sadie

Da igual la de veces que haya estado aquí en las últimas semanas. La casa de los Koteskiy siempre parece de ensueño.

Y últimamente he venido muchísimo. Incluso sin que estuviera Rhys.

Hoy me han dejado el despacho de Anna porque tengo una reunión con mi abogado, que parece algo más motivado ahora que Max Koteskiy y Adam Reiner se han implicado en el tema. Por lo visto, el padre de Bennett se ofreció para ayudar de forma más directa, aunque reconoció que no era su especialidad.

Una hora después de la reunión tengo que ir a entrenar. Aun así, mi idea es llegar a la pista temprano, sobre todo para no quedarme a solas con Anna en casa de los Koteskiy porque, como mis hermanos se han ido con Max a un evento de la Fundación Primera Línea, sería raro. Y Rhys está de camino al partido contra Harvard.

Sin embargo, justo cuando me estoy poniendo el chaquetón, Anna baja las escaleras.

—Sadie. —Sonríe—. ¿Cómo ha ido?

—Genial. Creo que ya está todo en orden hasta que llegue el juicio en enero. Gracias por dejarme usar el despacho. Me voy a…

—Cielo, ¿tienes un minuto?

Sí, pero ojalá no fuera el caso. Anna me da miedo. Y, si investigara un poco más, o si fuera a terapia, que falta me hace, tal vez sabría descifrar por qué.

Se sienta en uno de los taburetes que hay junto a la barra de la cocina y da unos golpecitos en el que tiene al lado para que me siente yo también.

—¿Sabes que cuando conocí a Max yo tenía treinta y tres años y estaba embarazada?

No me muevo; me limito a quedarme sentada en silencio. Me basta mirarla para que me superen las emociones.

—¿De Rhys? —pregunto.

—No. —Sonríe, sacude la cabeza y mueve su taburete para acercarse más a mi jorobada figura—. Fue antes de Rhys. El padre de la criatura era mi exmarido, del que yo intentaba huir. Estaba aterrada. Y, cuando te escondes de alguien, correr a los brazos de una prometedora estrella del hockey de veinticuatro años no es el mejor comienzo.

—No sabía que era más joven que tú. —Las palabras me salen solas y, al pensar en lo maleducada que debo de haber sonado, me sonrojo—. Lo siento. Solo quería decir que…

—Nada, Sadie, cielo, me lo tomo como un cumplido. —Suspira—. Max era muy maduro para su edad, pero debería haber estado correteando por ahí y haciendo el loco en sus primeros años como jugador profesional, no cuidando de una mujer embarazada del bebé de otro. Pero me cuidó. Porque… Bueno, porque Maximillian es así. Era atractivo como el que más, muy seguro de sí mismo, y tenía ese acento que le asomaba cada vez que me llamaba *rybochka*, ¡que yo

pensaba que era algo tierno hasta que el día de nuestra boda me dijo que significaba «pececillo»!

No puedo evitar reírme.

—No puede ser…

—Uy, no lo sabes tú bien… ¡Y lo peor es que se había pasado años llamándome *rybochka* en la cama! —Ríe, y yo me sonrojo al recordar que Rhys me ha dicho en varias ocasiones que su madre no tiene filtro.

—Estuvo ahí para mí durante muchísimo tiempo: cuando perdí al bebé por aborto natural, cuando el embarazo de Rhys se complicó… Él era un jugador de hockey profesional y siempre, pero siempre, me daba prioridad. —Cierra los ojos un segundo antes de que una evidente paz le envuelva el rostro—. Pero lo que quiero contarte es que yo estaba huyendo de alguien que me hacía daño y, por más que le suplicara a Max que me dejara en paz porque sabía que mi vida no hacía sino salpicar de mierda la suya, que era de dominio muy público, él nunca me dejó. Me mantuvo en secreto durante mucho tiempo, aunque solo porque se lo pedí: seguía escondiéndome de mi ex, y me negué a contarle nada a Max por más que él quisiera resolver mis problemas. Rhys se parece muchísimo a su padre. Físicamente, di a luz a un miniMax, pero también son como dos gotas de agua en su forma de ser. Es fuerte y capaz y, cuando ama, lo hace con toda el alma.

—Pero yo…

Anna levanta una mano para cortarme y sigue:

—Mi hijo tiene un sentido de la protección tan grande que no le cabe en el pecho. Y eso lo convierte en un buen jugador de hockey,

en un buen amigo y en un buen hijo, pero ¿contigo? A ti sé que… Que quiere protegerte por encima de todo.

—¿Por qué me estás contando todo esto?

Anna suspira y me acaricia la mejilla con dulzura antes de colocarme el pelo detrás de la oreja.

—Porque me gustaría haber tenido a alguien que me dijera que no pasa nada por pedir ayuda. Y que aceptarla no nos hace ni débiles ni nos convierte en una carga.

Está a punto de levantarse para despedirse de mí y dejarme ir a entrenar, pero la detengo.

—¿Sabes algo de ruso?

—Muy poquito. Rhys y Max saben más que yo. Las lenguas nunca han sido lo mío.

—¿Tienes idea de lo que significa *kotyonok*?

Ríe y se le dibuja una sonrisa más ancha de lo que le he visto jamás.

—Significa «gatita», cariño.

Me sonrojo. De repente, siento la imperiosa necesidad de llamar a Rhys y amenazarlo y decirle que lo amo a partes iguales.

Pero la llamada puede esperar. Además, ya estoy harta de tanto espacio. En cuanto vuelva, se lo diré.

El entrenamiento es brutal.

Siento que me palpita el tobillo, estoy casi segura de que me he hecho un esguince, pero el entrenador Kelley no afloja ni un puto segundo. Intento ejercer presión de nuevo en el mismo punto y la cabeza me da vueltas. Miro el reloj que hay en la pista y veo que ya

nos hemos pasado bastante más de las dos horas que tengo que entrenar.

No me ha dejado parar ni para beber agua en ninguna de las ocasiones se lo he pedido, ha ignorado mis quejas, y ahora estoy bastante segura de que ha hecho que me lesione.

—No puedo.

—Sí que puedes. Repite el puñetero salto.

Patino coja hasta donde está él, bloqueándome la salida hacia los túneles. Cuando estoy lo suficientemente cerca como para ver la ira que desprende su mirada, intento pasar de largo otra vez.

Y él me agarra por la muñeca. Otra vez.

—¿Es por el chico? ¿Por ese penoso jugador de hockey?

—Es porque me estás haciendo daño. El tobillo me está matando. Solo necesito unos minutos, por favor.

La voz que me sale no es la de una Sadie cabreada. Es la de una Sadie que parece que vaya a romper a llorar.

—No seas niña, tormento. Deja de hacer el vago y repite el salto. Lo practicaremos hasta que te salga perfecto.

—Al final conseguirás que me haga daño de verdad.

Me agarra la muñeca con más fuerza, me levanta el brazo para retorcérmelo y me mira lascivo.

—Si lo haces bien, no. Venga.

No lo aguanto más. No necesito esto.

—No.

—Respuesta incorrecta.

No sé cómo lo hace, pero me agarra el brazo con más fuerza todavía y me lo retuerce tantísimo que siento una fuerte punzada de dolor; tanto que, de golpe, hasta temo que me lo haya roto.

Consciente de que podría estar en peligro, me da un vuelco el estómago. Llevo años confiando en él. Y ahora…

Se me escapa un sonido aterrador antes de poder respirar lo suficiente como para echarme a gritar.

Pero no hace falta.

Alguien agarra a Kelley por detrás, lo aparta de mí de un tirón y le empotra el puño en la cara. Mi entrenador cae al suelo, inconsciente.

Toren Kane.

Sus ojos son unas centelleantes brasas doradas, tan perturbadoras y embriagantes como la última vez que lo vi.

—¿Q-Qué haces aquí?

—Este tipo de entrenadores nunca tienen suficiente, joder.

Me abrazo el cuerpo porque aún estoy agitada y asustada.

—Gracias —consigo decir entre dientes.

Él se ríe por la nariz y responde:

—Sí, bueno… Para devolverme el favor, podrías ir y contarle a alguien que tu entrenador ha estado haciéndote practicar horas extra hasta que te has lesionado.

—Es… Solo es tan duro conmigo porque cree en m…

Una inquietante risa se le escapa de los labios y me corta.

—Claro. La típica excusa.

Baja la mirada hacia mi entrenador, que sigue inconsciente, antes de volver los ojos hacia mí con una sonrisa de medio lado tan falsa que seguro que podría arrancársela de la cara.

—Ah, y dile a tu novio de pacotilla que estamos en paz, joder.

No queda nada en mí que no sea un sollozo o un grito, así que me limito a asentir de forma brusca. Me apresuro a salir corriendo con los patines puestos y casi tropiezo con las colchonetas.

46

Rhys

No tengo claro por qué me alejo de la carretera que lleva a la Hockey-morada. Seguramente sea por el peso de haber perdido contra Harvard o el deseo de evitar la pena y la frustración de mis compañeros de equipo.

Sea como sea, media hora después de que el bus nos deje en el complejo universitario, me encuentro aparcando en la entrada de casa de mis padres.

Se me encoge un poco el pecho y la derrota deja de pesarme tanto porque sé que Sadie está aquí.

Cuando entro en el garaje, oigo las carcajadas de los niños a lo lejos: Liam y Oliver.

Sin embargo, en el salón, solo me encuentro a Adam Reiner jugando a la Xbox con los hermanos de Sadie. De ella o de mis padres, ni rastro.

En cuanto abro la boca para preguntar por qué no están, alguien baja por las escaleras y se vuelve para salir por la puerta principal. Alguien alto a quien reconozco.

—¡Kane! —escupo.

Mi voz llama la atención de los chicos, y Liam enseguida me llama a gritos. Oliver mira con desconfianza al altísimo jugador de hockey que hay en la entrada.

—Habla con tu novia, Koteskiy, no conmigo —dice Kane sin moverse.

Se me acelera el corazón a más no poder, y el miedo le echa un pulso a mi enfado, por irracional que sea, en cuanto veo a Toren Kane en mi casa, hablando de mi chica.

Oliver se sitúa a mi lado y me pregunta:

—¿Y este quién es? ¿Sadie estaba llorando por su culpa?

Bajo la mirada hacia el crío y se me cierra la garganta.

—¿Sadie estaba llorando? ¿Está bien?

Oliver se cruza de brazos y fulmina a Kane con la mirada. Su ira es casi palpable.

—Tu madre la ha llevado arriba y luego tu padre ha entrado con este imbécil. —Ni siquiera me molesto en echarle la bronca por hablar mal. Se le pasa un poco el enfado y se le cuela una pizca de impotencia en la voz—. ¿Puedes ir a ver si está bien, si nos necesita? —Su tono ansioso me hace sentir un tanto mareado.

Exhalo y asiento con la mirada puesta en Oliver.

—Eres muy buen hermano. Voy a ver qué pasa.

Cruzo el recibidor con los puños apretados, a punto de empezar una puta pelea con este cabrón, pero el tío mira justo por detrás de mí.

—Rhys —me llama mi padre.

A Kane se le dibuja una discreta y malvada sonrisa en los labios y se ríe por lo bajo.

—Mejor habla con tu papi, capitán. —Me da una palmada en el pecho con condescendencia y me empuja de forma brusca—. Y dile a tu novia que patinaré con ella cuando quiera.

—Hijo de la gran pu…

—¡Basta! —suelta mi padre, agarrándome por el hombro.

Kane sale por la puerta principal sin terciar ni una sola palabra más, y oigo el sonido de lo que parece una moto al arrancar y alejarse.

—¿Qué cojones? ¿Qué hacía Toren Kane en nuestra casa? —le espeto a mi padre.

Levanta las manos en señal de rendición, pero noto los latidos del corazón en los oídos y la ansiedad y la frustración son cada vez mayores.

—Tranquilízate, Rhys. Por favor. Ahora mismo, Sadie te necesita de verdad. Haz tus ejercicios.

Me pongo a contar de inmediato, desesperado por tranquilizarme y evitar que me dé un inminente ataque de pánico. En cuanto vuelvo a respirar con normalidad, mi padre me guía al piso de arriba, hasta mi cuarto.

Se abre la puerta y sale mi madre, que la deja entreabierta.

—Rhys —me susurra con los ojos rojos, como si hubiese estado llorando.

Intenta evitar que entre en el cuarto, pero paso por su lado.

Abro con cuidado y entro en silencio, fijándome en la adormilada figura de Sadie.

Pero llevo meses durmiendo al lado de esta chica y sé cómo duerme. Y no es así. Está fingiendo.

Cierra los ojos con fuerza, tiene la cara rosa y el pie levantado, con hielo y una tobillera.

Salgo sin hacer ruido en un desesperado intento por agarrarme a mi deshilachado temperamento.

—Lo mato —espeto.

Me escuecen los ojos, llenos de lágrimas, mientras abrazo a mi madre.

—Rhys, cariño… —Me envuelve con los brazos—. No pasa nada. Se ha torcido el tobillo patinando y no podía volver a casa. Toren la ha seguido hasta aquí para asegurarse de que no tuviera un accidente. Sadie estaba… molesta.

—¿Por qué? Como el tío le haya hecho…

—No nos lo ha dicho —me corta mi madre, desviando la mirada hacia mi padre; llevan haciendo lo mismo casi desde que he llegado.

Mi padre da un paso al frente y me pregunta:

—¿Qué sabes sobre su entrenador de patinaje?

Me encojo de hombros, algo incómodo. ¿Debería haberle prestado atención a eso? ¿Por qué me lo pregunta?

—Sadie nunca se ha quejado, ni nada por el estilo. Pero… Lo vi ponerse violento con ella durante la competición.

Mi padre asiente, como si ya se lo hubiese imaginado, y luego comparte una mirada cómplice con mi madre. Me peino y vuelvo a tirar de algunos mechones porque siguen temblándome las manos y, como no logre mantenerlas ocupadas, me temo que empezará a temblarme el cuerpo entero.

—¿Y sabes algo sobre él como patinador? ¿Alexan Kelchevsky?

—¿Kelchevsky? Se hace llamar Kelley. ¿Es ruso? —Mi padre asiente, y yo niego con la cabeza. Empiezo a encontrarme mal—. ¿Qué pasa? Me estáis asustando. Los dos.

—Pues tienes que ver esto.

47

Sadie

No sé en qué momento me quedé dormida de verdad, pero sucedió después de que Rhys viniera a ver cómo estaba. Así que, cuando me despierto, no tengo ni idea de qué hora es.

—Hey.

Vuelvo la cabeza.

Rhys está aquí, sentado en el acolchado sillón de dos plazas que hay colocado en diagonal frente a la cama. Tiene el pelo enmarañado, como si llevase horas toqueteándoselo, y va vestido con unos pantalones de chándal grises y su camiseta del equipo de hockey de Waterfell.

—¿Qué hora es? —pregunto con voz adormilada, muy distinta a la mía habitual.

Me pasa una botella de agua y la abre para que beba.

—Las seis de la madrugada. Has conseguido dormir del tirón.

Sin embargo, él no parece haber pegado ojo… Tiene pinta de agotado, como si hubiese vuelto cansado del partido y, aun así, no hubiera dormido. Como si se hubiese pasado la noche aquí sentado, vigilándome.

—¿Qué tal el partido?

Por alguna razón que desconozco, parece que le moleste mi pregunta.

—No quiero hablar del tema. ¿Qué te ha pasado en el pie?

Ay…

—Creo que me he hecho un esguince. Patinando.

Se levanta y se cruza de brazos con esa expresión tan seria que no suelo verle nunca. Al estar así, queda más alto que yo. Es tan fuerte y atractivo… Casi me distraigo tanto con su belleza que apenas caigo en por qué está enfadado.

—Haciendo horas extra, dirás. Tienes un esguince porque has entrenado más de la cuenta.

«Mierda. Mierda. Mierda».

El corazón me late con fuerza detrás de la caja torácica.

—No. ¿Por qué piensas…?

—Sadie, por favor —susurra, y entonces me observa con algo distinto en la mirada. Exhala y se acomoda sus despeinados mechones detrás de la oreja—. Tómate tu tiempo. Tienes mi baño aquí mismo, por si quieres ducharte. Pero, cuando estés, te estaré esperando en el despacho de mi madre.

Se agacha para darme un fuerte beso en la frente antes de irse.

El despacho de Anna Koteskiy está en silencio.

Cuando entro, me encuentro a Rhys y a su padre de pie, hablando en voz baja. Anna está sentada y ha colocado una silla al lado del ordenador para que me siente.

—¿Qué pasa? —pregunto antes de pensármelo dos veces—. ¿He hecho algo…?

—Sadie, cielo, no te has metido en un lío —me susurra Anna haciéndome señas de nuevo.

Me siento con la espalda recta y tiesa, y la miro única y exclusivamente a ella.

—Solo queremos hacerte unas preguntas sobre tu entrenador.

—¿El entrenador Kelley? —me intereso, y Anna asiente—. Ah, bueno, es mi entrenador desde que tenía… No sé, ¿once años? Cuando vine a la uni, siguió entrenándome. Eh… Me ha ayudado con mis hermanos hasta ahora, pero… —Tomo aire otra vez porque no sé qué esperan que les cuente.

Aunque es evidente que quieren saber más.

Rhys es el primero en intervenir.

—¿Te ha hecho daño alguna vez? ¿Te ha hecho entrenar más de la cuenta?

Escojo mis palabras con sumo cuidado.

—Lo hace porque cree en mí. Puede que sea duro, pero es porque me quiere.

Al oír mis palabras, Rhys resopla enfadado otra vez y me pasa los brazos alrededor del cuerpo para mover el cursor y que se ilumine la pantalla. Aparece un vídeo de una competición de hace años. A pesar de que dura cuatro horas, está pausado más o menos por la mitad.

Sabía que la grabación estaba por ahí, en alguna parte, pero no es de una competición importante. Jamás pensé que Rhys la encontrase.

Aun así, aquí está, y la visualizo mentalmente cual pesadilla en un bucle infinito. Hasta que Rhys le da al *play* y vuelvo a verla, pero de verdad, una vez más. Salgo yo, con quince años. Llevo un dorsal rojo y negro, y casi estoy al final de una rutina que, a día de hoy, aún recuerdo. Me había caído durante la combinación que iba a

asegurarme el primer puesto y la posibilidad de clasificarme para los Juegos Olímpicos, pero la ansiedad pudo conmigo, así que el resto de mis movimientos y piruetas fueron bruscos, robóticos y faltos de sentimiento.

Cuando patino hacia mi entrenador, que está hecho una fiera, se me notan los nervios en la cara, roja a más no poder, y en los ojos, llenos de lágrimas. El entrenador me agarra con fuerza por la nuca y se aprecia cómo me riñe, susurrándome al oído, a través de la cámara.

Ahora que lo veo desde fuera, lo detesto. Espero que mi yo del pasado se aparte, que le pegue un guantazo, que lo empuje o que monte una pataleta. Sin embargo, en lugar de eso, me dejo caer contra él y lo abrazo con todas mis fuerzas, como si fuera mi ancla a pesar de que me esté agarrando con tanta fuerza que se le quedan los nudillos blancos por debajo de la chaqueta de calentamiento que me ha colocado por encima de los hombros. A estas alturas, sigo oyendo las palabras que me susurró:

«Se te ve pesada, has perdido el giro. No puedo hacer nada para arreglar unos tobillos débiles, tormento. Tienes que entrenar más».

Lo hacía para ayudarme, para que diera más de mí… O eso pensaba. A diferencia de las demás chicas del equipo, yo no tenía a mis padre entre el público; no venían a verme ni a animarme, y tampoco tenía expatinadores en la familia que pudieran entrenarme. Estuve sola hasta que el entrenador Kelley me encontró.

—¿Esto te parece normal? —me pregunta Rhys de brazos cruzados con una clara expresión de enfado en el rostro.

Abro la boca, pero no sé qué decir. Lo que hago es estudiar las reacciones de sus padres mientras espero a que me salgan las

palabras.

—Lleva siendo mi entrenador desde que tengo once años. —No es lo mejor, pero es lo único que me sale—. Es… Me quiere, pero me presiona. Eso no es malo.

«Mentira, mentira, mentira».

Alguien me pone la mano en el hombro tan de repente que me estremezco. Veo que el señor Koteskiy se separa con una expresión sombría en la cara y una disculpa en los ojos. Aun así, la que me envuelve por detrás es Anna, que me apoya la barbilla en la cabeza mientras me abraza con fuerza.

—No has hecho nada malo —me susurra con la boca pegada al pelo—. Nada, ¿me oyes? Pero te mereces algo mejor que esto.

—Yo no…

—Sadie —me suplica Rhys. Aún está furioso, pero, cuando me mira, se le relaja esa feroz expresión—. Tienes que denunciarlo.

No puedo hablar. Siento que me pesa la lengua. Quiero tranquilizarlos y decirle a Rhys que estoy bien. Pero no encuentro las palabras.

Empiezan a resbalarme lágrimas por las mejillas, y Anna Koteskiy me abraza hasta que dejo de llorar.

Rhys me sigue escaleras arriba después de que yo haya arropado a mis hermanos en sus habitaciones temporales.

—No sé muy bien adónde tengo que ir… —admito, y la sensación de estar perdida y sentirme desamparada me va subiendo por el estómago hasta que se me forma un nudo en la garganta—. No sé…

—Ven aquí, Grisi —me susurra Rhys abriendo los brazos para que pueda cobijarme en la calidez y seguridad que me aporta su cuerpo.

Me sujeta y me musita cosas tiernas con la boca pegada al pelo, antes de llenarme de besos la cabeza y la frente.

—Siento haberte alejado —balbuceo, y le rozo la camiseta con los labios.

—No importa. Total, no iba a irme a ningún lado. —Ríe por lo bajo porque intenta hacerme sonreír, a pesar del serio tono de su voz.

Y lo consigue, como siempre.

Me separo un poco sin dejar de agarrarme con fuerza a su camiseta, a la altura de la cadera. Es como si estuviese sujetándome a él con todas mis fuerzas por si acaso. Aunque, si algo me ha demostrado este hombre, es que no me va a abandonar.

La culpa intenta enraizarse en mi interior. Rhys debe de notármelo en el rostro porque me agarra la barbilla y me vuelve la cara para que lo mire a los ojos antes de que se me escape la primera lágrima.

—Me pasaré el resto de mis días recordándote lo increíble y especial que eres. Y la suerte que tengo de que me quiera alguien tan valiente, tan lista, tan preciosa y con tanto talento como tú. Veo cómo cuidas de tus hermanos. Y sé lo especial que es tu amor por ellos. —Me coloca el pelo detrás de las orejas y me coge la cara con sus enormes manos—. Vales muchísimo. Y si tengo que pasarme toda la vida peleándome con los demonios que te inundan la mente e intentan convencerte de lo contrario, lo haré encantado. ¿Entendido?

Espera que le conteste.

—Te quiero —respondo—. Confío en ti. Y siento no habértelo demostrado antes.

Me besa con dulzura y suavidad.

—Tenemos todo el tiempo del mundo para que me lo compenses —dice Rhys, y sonríe con satisfacción.

Su pueril sonrisa hace que me dé un vuelco el estómago y que me derrita por completo en sus brazos.

Amo a Rhys Koteskiy. Y estoy empezando a creer que me merezco estar con él.

No voy a soltarlo nunca más.

48

Sadie

Es la última clase de «Aprende a patinar» de la temporada, y yo no debería estar aquí ni de broma.

De hecho, el atractivo entrenador que ahora está colocando los conos en el hielo me ha ordenado que no viniera para que no me quedase sin energía antes de mi último entreno previo a la Gala de Navidad. Sin embargo, le prometí a los niños que estaría aquí y que no me lo perdería por nada del mundo, aunque él no me deje ni pisar el hielo.

Pensando con lógica, debería quedarme callada donde estoy, esperando para escabullirme mientras los niños acaban de atarse los patines y se ponen los guantes en la zona de la cafetería, donde hace menos frío, antes de bajar por la rampa. Aun así, mientras Rhys se inclina para coger un minicono que se ha quedado suelto del entrenamiento de hockey del grupo de niños anterior, no puedo evitar silbar todo lo fuerte que puedo. Solo quiero chincharlo.

Con todo lo que ha ocurrido, Rhys me ha tratado como si fuese de porcelana. Quiero irritarlo un poco.

Se levanta de pronto y vuelve la cabeza hacia atrás para mirarme con los ojos entrecerrados y el ceño fruncido. De no ser por lo sonrojadas que tiene las mejillas, parecería intimidante.

A pesar de ser el fiera del hockey y el chico perfecto, Rhys Koteskiy se sonroja más de lo que pensé que sería posible. Y, cuando la causante soy yo, me parece estar volando.

Me ve enseguida y, en cuanto me inclino por encima de la zona del banquillo con una sonrisa socarrona en los labios y los ojos centelleantes ante su aturdida expresión, arquea las cejas.

—Hola, fiera.

No tarda ni un segundo en dejar todo lo que está haciendo, patinar rápidamente hacia mí, salir del hielo enseguida, cogerme por la cintura y levantarme del suelo.

—Estoy bastante convencido de que te he dicho que no lo hicieras.

—¿Que no hiciera el qué? —le pregunto, acomodándome mientras él me lleva en brazos hasta el vestuario del que acabo de salir.

Me observa con una oscura mirada en señal de desaprobación.

—Sadie…

—¿Llamándome por mi nombre de pila? —lo cuestiono colándole las manos por debajo de los rizos que le cubren la base de la nuca —. Guau, en menudo lío debo de haberme metido.

Mi voz no denota tristeza por haberme metido en un lío con Rhys. Sobre todo porque sé cómo suelen acabar este tipo de líos.

Y porque sé que me han mirado el tobillo esta mañana y me han dado el visto bueno para que vuelva a patinar en la pista de la universidad durante el entrenamiento de primera hora.

—Tómatelo en serio, por favor —me suplica bajándome al suelo y acercándome a la pared para que pueda apoyarme—. He visto lo hinchado que lo tenías. Casi te lo rompió, joder…

Le apoyo las manos en el pecho y me fijo en que lo que esconden los ojos de Rhys no es enfado ni determinación, sino una pizca de dolor. De dolor y de miedo.

—Rhys, escucha —le digo con cariño—. No pasa nada. Fue un esguince de nada. El médico del equipo me ha dado el visto bueno y puedo volver al hielo.

La tensión que lo envuelve cual abrigo empieza a disiparse y, en su lugar, mientras él alarga el brazo para volver a tocarme, solo queda cierto titubeo. Esta vez me acaricia el pelo y me lo coloca detrás de la oreja. Cierro los ojos ante este íntimo y dulce gesto, y él me baja un poco la mano hasta la barbilla y me levanta la cara para que lo mire a los ojos.

—¿De verdad? —me pregunta con un hilo de voz—. ¿Estás bien?

—Te lo prometo.

Se le dibuja una preciosa sonrisa, y no puedo evitar acercarme a él y besarlo en los labios. Una vez. Dos. Y la segunda dura más, como si fuese una caricia.

Cuando veo mi bolsa de entrenamiento en una esquina, con los patines apoyados, una pizca de ansiedad amenaza con hacer explotar la maravillosa burbuja que me envuelve en este instante. Y no es ansiedad por patinar; es el temor que me genera pensar que a lo mejor solo era buena porque me entrenaba Kelley. ¿Y si resulta que, sin él, no soy nada?

«¿Y si Kelley tenía razón?».

—Estoy orgullosísimo de ti —me susurra Rhys al oído con expresión de felicidad y satisfacción en el rostro.

Tiene los ojos del marrón más cálido que he visto en mi vida, y la sonrisa que se le dibuja en los labios hace que sus dos hoyuelos

hagan acto de presencia. Rhys es guapísimo, sí, pero también superafectuoso, superbueno, y tiene un corazón enorme; y no quiero soltarlo nunca.

—Te quiero.

Creo que nunca superaré la forma en que se relaja y se derrite en mis manos cuando se lo digo yo antes de que pueda decírmelo él a mí. Es como si le desaparecieran todas las arrugas de estrés y ansiedad. Y sé que Rhys ha oído un sinfín de veces las palabras «te amo» en boca de sus padres. Sé que lo aman, que se lo demuestran los dos y que se lo dicen.

Y, por eso, en cierto modo, el valor que le da a mis palabras me parece aún más maravilloso.

Porque me trago cada migaja de afecto cual animal hambriento y, a pesar de que intento que no interfiera en mi relación con él, a veces trato de echar mano del sexo con Rhys para ahogar mis peores sentimientos, los que más me abruman.

Pero estoy mejorando día a día. De verdad.

Así que, en lugar de hundirme en su cuerpo el poco rato que tenemos para tranquilizar mis nervios de forma egoísta, me impulso para separarme de él con una amable sonrisa en los labios.

—Ven conmigo —le digo.

Me mira confundido mientras echo a andar y cojo la bolsa y los patines con una mano.

—Tenemos la última clase —responde.

Sonrío.

—Ya lo sé. He preparado una sorpresa para los niños.

No ha sido fácil organizarlo porque es el último viernes oficial de finales. Sin embargo, cuando volvemos a la fría pista de hielo, veo

que ha venido casi todo el equipo de los Waterfell Wolves; los jugadores van con los patines y las chaquetas deportivas con el logo estampado en los bolsillos.

Rhys mira a su alrededor con los ojos como platos mientras Freddy pasa por nuestro lado con un par de niños que se ríen agarrados a su *stick* mientras tira de ellos con cuidado. Bennett, que a pesar de que no va de portero sigue siendo descomunalmente alto, se agacha en silencio para ayudar a una niña a volver a atarse uno de los patines mientras la criatura se sujeta a su hombro para no perder el equilibrio.

Incluso ha venido Toren, aunque no me lo esperaba porque se ha mantenido a distancia. Una vez intenté darle las gracias de pasada, pero el tío le quitó hierro al asunto e hizo como si nunca hubiese ocurrido.

Lo intento, pero no consigo pillar por dónde va a salir. Toren es hostil, no se lleva bien con ninguno de sus compañeros… pero ese día me salvó. No solo eso, sino que advirtió que yo estaba entrenando de más mucho antes de que ocurriese nada, como si hubiese reconocido las señales. Como si él hubiera pasado por algo similar.

Ahora está de pie en el hielo, en una esquina, vestido de negro de los pies a la cabeza y con los brazos cruzados. Holden patina en círculos a su alrededor mientras espera a uno de nuestros alumnos habituales: un niño que patina más bien como Liam, un poco rezagado en comparación con el resto de la clase.

—¿Esto lo has organizado tú?

Asiento y, con el hombro, señalo a su entrenador, que está hablando con algunos padres justo en la entrada abierta de las

vallas.

—Me ha ayudado él. Dijiste… —Se me apaga la voz, siento un nudo en la garganta—. Dijiste que no te habías sentido cerca de ellos; al menos, no como el año pasado. Y creo que trabajar en la Fundación Primera Línea y estar en el hielo mientras no juegas al hockey te ha ido bien para recuperarte. Así que pensé que sería bueno para el equipo y para que pudieras echar un rato con ellos sin estar entrenando. Además —añado encogiéndome de hombros—, a ti te ayudó. Igual a ellos también les viene bien. Así se acordarán de cómo eran a esta edad.

Me abraza fuerte a su lado y me da un sonoro beso en el pelo antes de casi empujarme contra el banco por lo ilusionado que está y arrodillarse para ayudarme mientras me calzo los patines. Me río porque la imagen es absurda; seguramente tendré que volver a atármelos como a mí me gusta antes de patinar de una forma decente y, sobre todo, antes de enseñarle mi rutina.

Pero, por ahora, servirá.

Rhys me coge la mano y entramos juntos en el hielo.

Desde ahora… Y para siempre.

49

Sadie

Tres semanas después

—Hoy ha ido genial, Sadie —me dice la mujer desde el otro lado de la pantalla.

Asiento educadamente y me hundo un poco más en la manta antes de responder:

—Sí, yo también lo creo.

Sonríe con dulzura.

—Vale. Bien. Esta es la última sesión que tenemos programada antes de las vacaciones, y no tienes otra hasta enero. ¿Te gustaría que hablásemos de algo más antes de colgar?

—Diría que no.

—Si se te ocurre algo, recuerda que tienes mi teléfono, ¿de acuerdo?

—Vale.

—Ah y… Sadie —añade antes de que ninguna de las dos cuelgue la videollamada—. Esta noche lo harás genial, ¿vale?

Le doy las gracias antes de finalizarla. A continuación, me tumbo en el gran sofá que tiene Anna Koteskiy en su despacho y me relajo.

Empecé a ir a terapia dos días después de denunciar al entrenador Kelley ante el director deportivo. Cuando me presenté al

entrenamiento de la Gala de Navidad me lo encontré en su coche, en el aparcamiento, listo para tenderme una emboscada y hablar.

Por suerte, yo llevaba refuerzos.

Max Koteskiy me acompañó desde su coche a la entrada de la pista de hielo; sin embargo, a medio camino, empezó a discutir con mi entrenador, que nos siguió. Tardé un minuto en darme cuenta de que no estaban peleándose en inglés, sino en ruso. Sabía que Kelley había nacido en Rusia y que alguien lo adoptó y lo trajo a los Estados Unidos, pero nunca lo había oído hablar en ese idioma.

Lo que quiera que le soltara el señor Koteskiy lo hizo palidecer y, desde entonces, no he vuelto a oír nada de él ni a verlo.

Le hice broma al padre de Rhys al decirle que tenía complejo de redentor. No lo negó ni una sola vez.

La que me puso en contacto con mi nueva psicóloga, que me gusta mucho, fue Anna Koteskiy. Tenemos mucho trabajo por delante. Hay sesiones que me gustan y otras que odio, durante las cuales me quedo sentada, cabreada, en vez de esforzarme por intentarlo, pero la psicóloga dice que es normal. Y que no pasa nada.

Que da igual cómo me sienta ahora mismo, pues todas las emociones son válidas.

Hoy hemos hablado, sobre todo, de las vacaciones y de la Navidad. De modo que, inevitablemente, hemos hablado de mi padre.

Mi padre está en rehabilitación, pero no por eso he dejado de luchar por la custodia de los niños. Sobre todo porque ya hemos pasado antes por esto, en todas las ocasiones que ha tenido que

asistir a rehabilitación por orden judicial. Y nunca ha servido de nada.

Alguien llama a la puerta. Me incorporo despacio mientras Rhys asoma la cabeza y me observa con una cálida y dulce mirada.

—Hey —me saluda mientras entra y cierra la puerta tras de sí—. ¿Todo bien?

—Sí. Hoy ha ido bien.

Se sienta a mi lado y me acurruco en su regazo, como si fuera un gato. Empieza a acariciarme el pelo y luego sigue con la espalda. Se ha convertido en nuestra rutina posterapia, tanto para sus sesiones como para las mías: yo los jueves y él cada dos miércoles.

Unas veces las comentamos, otras no.

Pero siempre que nos damos cuenta de un cambio positivo nos aseguramos de decírselo al otro. Para alabarnos.

Gracias a los Koteskiy, mis hermanos también han empezado a ir a terapia. Quiero decirles que se lo debo todo, pero estoy aprendiendo que no pasa nada por pedir ayuda y aceptarla sin tener que preocuparme constantemente por cómo devolver los favores a la gente.

Hemos pasado las vacaciones de invierno con ellos. Al principio vinimos por necesidad, ya que hubo una tormenta de nieve, pero luego insistieron en que nos quedáramos. Y eso hicimos. Los chicos están contentos, cada día se enamoran un poquito más de Anna y Max. Cuando veo que Oliver deja que Anna lo abrace o decide tumbarse un poco más cerca de Max en el sofá mientras ven un partido de hockey en «la televisión más grande del mundo», según Liam, se me va curando una herida muy profunda.

Liam también está encantado. Se adaptó a este lugar como si fuese su nueva casa. Rhys y sus padres los miman, pero es que se lo merecen.

—¿A qué hora tienes que estar en la pista? —me pregunta Rhys, y me besa en la frente y en las mejillas.

Sonrío y bostezo. Estoy algo cansada, tanto a nivel físico como emocional.

—¿En dos horas?

—Genial. —Sonríe, me coge en brazos como hacen los recién casados, y me saca del despacho—. Vamos a echarnos una siesta.

A los patinadores individuales nos pusieron un nuevo entrenador de la noche a la mañana, y sospecho que el financiamiento de la familia Koteskiy tuvo bastante que ver con que fuese todo tan rápido. Aunque ninguno de los tres quiere reconocerlo.

La entrenadora Amber es maja aunque estricta, pero de forma sana, como los entrenadores de verdad. Nada de manipulación, aislamiento o brutalidad. Estoy aprendiendo que no fue culpa mía: yo era muy joven y no tenía a ningún adulto a mi alrededor que pudiese evitar que ocurriera todo eso o que se diera cuenta de que aquello no estaba bien.

Además, me deja montar mi programa entero para la Gala de Navidad, que es esta noche. He escogido patinar al son de «Wish You Were Here», de Pink Floyd. El entrenador Kelley nunca me habría dejado elegir algo tan lírico porque él juraba y perjuraba que mi fuerza provenía de mi ira. Sin embargo, la entrenadora Amber siempre me anima a probar cosas nuevas, incluso cuando me salen mal.

A pesar de que estoy cansada, no duermo; Rhys, en cambio, se queda dormido nada más apoyar la cabeza en la almohada. Los rayos de sol se cuelan a través de las persianas de su cuarto, que están medio bajadas, y le acarician su preciosa cara mientras lo observo asombrada.

Desde el día en que me lo encontré en el hielo el verano pasado, lo he visto crecer y transformarse. He visto cómo le cambiaba el cuerpo y cómo volvía a llenársele ahora que la ansiedad ya no reprime su ingente apetito.

Rhys es guapísimo.

Adoro la facilidad que tiene para ofrecer amor a mis hermanos, lo mucho que me apoya. Lo cuidadoso que es con mi corazón, pero lo tozudo que se pone para que deje de estar enfadada. Rhys cortó las ramas de mi ira y autodesprecio como si fuese lo único a lo que estaba destinado.

No me he dado cuenta hasta ahora, pero por fin sé quién es.

Rhys Koteskiy es oro puro. Lo sé. Y, pronto, lo sabrá todo el mundo.

Así que aprovecho para empaparme de estos momentos en los que estamos a solas, envueltos por las sábanas de color azul marino de su cama. Y me quedo dormida al son del constante y fuerte latir de su corazón bajo la luz del sol al ponerse, envuelta por el cálido y seguro confort que me ofrecen sus brazos.

Epílogo

Rhys

Tres años después

Si pensaba que lidiar con la prensa sería complicado cuando me incorporé oficialmente a la NHL, no tiene ni punto de comparación con que mi padre y yo estemos en la misma situación.

La fama lo acompañará allá donde vaya. Sigue siendo el jugador con más victorias de la Copa Stanley de la historia. Y aunque este es ya mi tercer año con los New York Rangers, los rumores sobre si me va a fichar otro equipo son infinitos, así que los locutores deportivos nunca me dejan en paz.

Aun así, y a pesar de que no sé muy bien cómo, mi padre ha conseguido que la pista local de Waterfell y la Fundación Primera Línea, que entrena ahí, sigan sin permitir el acceso a la prensa.

Entrar en la pista de mi ciudad natal es como disfrutar de un poco de privacidad.

Privacidad y felicidad pura gracias a la chica que lleva mi antigua sudadera de la universidad de Waterfell y unos leggins. Parece más una universitaria somnolienta que la actual entrenadora del nuevo equipo de patinaje artístico de la organización benéfica de mi familia.

Sadie Brown siempre será lo único que quiero ver, porque es candente y brillante como una llamarada en el hielo. Siempre ha sido preciosa, pero creo que mi atracción por ella crece día a día.

Hace poco se cortó el pelo sin avisarme; se presentó en mi apartamento con sus oscuros y brillantes mechones cortados a la altura de los hombros y con la piel sonrosada a causa del viento invernal de Nueva York. Casi la ataco en el pasillo.

Cuando algo tiene que ver con ella, me convierto en un animal. Y la cosa no parece que vaya a menos.

A pesar de que debería estar en mi apartamento durmiendo tanto como me fuera posible antes de los tres partidos que tengo seguidos fuera de casa, que esta vez son en Montreal y Florida en una misma semana, he pillado el tren para venir directo hasta aquí. Porque, a pesar de que vaya a estar agotado durante unos días, haré lo que haga falta con tal de disfrutar de una hora con Sadie.

Me quedo mirándola, rezagado, cerca del grupo de padres que están esperando a que sus hijos acaben la clase.

Podría pasarme todos los minutos del día mirándola y seguirían sabiéndome a poco.

—¿Me ha salido bien? —le pregunta una vocecita a regañadientes.

—Muy bien, Tiff. —Sadie asiente a la esbelta jovencita vestida de rosa y dorado—. Dentro de nada, te saldrán los giros muchísimo más rápido.

Al oír estas palabras, a la niña se le ilumina la expresión como a la que más y se dispone a patinar para dar otra vuelta a la pista.

Un fuerte golpe seguido de un pequeño grito de frustración hace que todos los que estamos en la pista desviemos la atención hacia otra pequeña más bajita que lleva unos patines más viejos y oscuros

y una camiseta que le queda grande. Es la niña de la que habla Sadie, de la que se queja y a la que defiende, todo a la vez. Para ser sincero, me parece una miniyo de Sadie, pero mejor me callo.

La chiquilla se queja mucho de las correcciones de su entrenadora, pero se viste como ella y, por más que lo haga a regañadientes, hace todo cuanto le pide. Tengo clarísimo que es una copia exacta de la preciosa de mi novia. Un tanto malhumorada, aunque tierna por dentro; lo único que necesita es que le presten atención y la cuiden como es debido. Y que la guíen bien.

Y, por más que ella tal vez no lo vea, Sadie sabe hacerlo.

—Everly —llama Sadie a la pequeña fiera—. No hace falta que montes un numerito cada vez que no hagas lo que te digo. —Se cruza de brazos y patina para acercarse a la chica—. Venga, inténtalo otra vez. Ya casi te sale.

—Joder, esto es una mierda.

—Esa boquita —la reprime Sadie, como si ella no soltase tacos a punta de pala casi siempre. Una sonrisa socarrona amenaza con dibujársele en los labios—. Por favor.

—Tsss…

Al final, Sadie suspira, se lleva las manos alrededor de la boca y grita:

—¡Venga, venid aquí! —Los alumnos forman un círculo y Sadie da la clase por terminada sin darse cuenta de que, para no variar, sus pequeños discípulos la miran maravillados. Los niños salen corriendo y ella empieza a recoger los miniconos y a borrar las marcas de rotulador del hielo.

Sonrío con pintas de enamorado perdido, seguro, me apoyo en la entrada de la valla que está abierta y espero a que repare en mí.

Cuando lo hace, abre los ojos como platos y sonríe al instante mientras se pone a patinar muy rápido hacia mí. Lo lanza todo por encima de la valla antes de agarrarme por la chaqueta y tirar de mí hasta que casi me caigo en el hielo. Me agarro con fuerza al metacrilato del lateral y dejo que Sadie me devore la boca un segundo antes de colocarle las manos en la cintura y levantarla.

—Te echaba de menos —me dice con los labios pegada al cuello mientras la llevo hacia las gradas.

—Yo sí que te echaba de menos, Grisi. —Le doy un beso en el pelo —. ¿Y tu bolsa?

La señala con la mano y la cojo. Le desato los patines y le masajeo los pies antes de ponerle las zapatillas. Todo mientras ella sigue mirándome como si fuese a desaparecer.

La distancia no es mucha, pero sí la suficiente como para que sea un tanto difícil. Sobre todo, durante mi primer año.

Cuando me ficharon los Rangers, quise que Sadie viniese conmigo a Nueva York, pero sabía que no dejaría a Oliver y a Liam aquí. Y también sabía que quería cuidarlos y que le daba miedo depender total y exclusivamente de mis padres.

El primer año fue duro, un gran proceso de aprendizaje; sobre todo, porque no iba a tener mucho tiempo libre durante la temporada, aunque el año estuvo lleno de recompensas. No solo llegamos a los *playoffs* a pesar de que nos tumbaron en la primera ronda, sino que también hice amigos. Y uno se abrió conmigo y me contó su lucha con una lesión y cuestiones de salud mental.

Hasta escribimos juntos un artículo para *Sports Illustrated* sobre la salud mental en los hombres y cómo pedir ayuda si la necesitas. Casi diría que eso fue un logro más grande que cualquiera de los

partidos que jugué el primer año, con lo que obtuve atención mediática a nivel internacional, entrevistas e incluso aparecieron cuentas de fans en TikTok… De todo.

Incluso desperté tanto el interés de la gente como para acabar con una Sadie celosa y dispuesta a saltar a mis brazos y devorarme cada vez que la recogía de la estación de tren, cuando quedaba con ella después de los partidos a los que podía venir a verme o cuando yo regresaba a casa de mis padres, donde se había mudado y dormía en mi antiguo cuarto.

Se había despertado algo primitivo en mí y, al no estar lo bastante cerca de ella, saber que descansaba en mi cama cada noche me ayudó a apaciguar mi instinto protector.

Al final, se graduó más tarde. Terminó los estudios en otoño, mientras que el resto de los alumnos de último curso se graduaron la primavera anterior. Esto la ayudó a acabar la carrera sintiéndose más orgullosa tanto de sí misma como del trabajo que había hecho, y así pudo disfrutar de otra tanda de patinaje de competición sin sentirse presionada por el maltrato de su antiguo entrenador.

—No puedo creer que estés aquí. Pensaba que solo tenías dos días antes de salir de viaje.

Hago una mueca y le dibujo círculos en las piernas, por encima de los leggins.

—Sí. Pero prefería estar aquí que pasarlos allí.

Sadie aceptó el trabajo que le ofreció mi padre al graduarse porque quería que lo ayudase a abrir un departamento de la Fundación Primera Línea dedicado a patinadores artísticos que pudiesen necesitarlo.

A pesar de que me gustaría tenerla más cerca y que trabajase en un lugar que nos permitiera vivir juntos, ahora Sadie es feliz porque ayuda a la gente y sigue haciendo lo que le apasiona.

Y esto es más importante que nada.

—¿Has venido en coche?

Sadie niega con la cabeza.

—Tu padre me ha recogido esta mañana antes de que nos reuniéramos con los directivos. Así que soy toda tuya.

Regresamos en coche a su nuevo apartamento, que se encuentra en una bonita urbanización a las afueras de Waterfell, cerca de la carretera que lleva a Boston. Desde aquí, la estación de tren queda solo a unos minutos a pie; nuestra pequeña ciudad universitaria está empezando a crecer.

Ni siquiera tenemos tiempo de entrar. Sadie salta por encima del salpicadero del coche alquilado, se me sienta en el regazo, me hunde las manos en el pelo y me besa con pasión en los labios. Afuera hace un frío glacial, pero yo estoy sudando. Cuando termina conmigo, me quedo jadeando bajo su cuerpo.

—Vamos dentro, fiera —musita apoyándome la cabeza en el pecho, justo debajo de la barbilla. La aprieto un poco más contra mí y sonrío—. Necesito más de ti.

—Muy bien, Grisi.

Sadie

Me despierta un estruendo. Me doy la vuelta en la cama y me encuentro unas sábanas frías.

Ambas cosas me ponen de mala leche. Aunque, sobre todo, me molesta el hecho de que la musculada figura de más de metro noventa que debería estar acurrucada y durmiendo desnuda a mi lado no esté.

En lugar de llamar a Rhys, salto de la cama y me meto en mi minúsculo baño para ponerme una de sus camisetas viejas, que a estas alturas ya se ha convertido en mi atuendo habitual, y unos pantalones largos de pijama porque hace un frío que pela.

A pesar de que nací y crecí en el noreste del país, nunca me acostumbraré al frío que puede llegar a hacer aquí.

Después de lavarme los dientes y peinarme el pelo corto, subo un poco la calefacción y camino despacio hasta la cocina. Oigo una risa que me resulta familiar y me detengo.

Asomo la cabeza por la esquina y veo a Rhys en pantalones de chándal y con una sudadera azul marino de los Rangers lo suficientemente grande para la anchura de sus hombros. Está colocando platos en mi mesita de desayuno, que queda justo fuera de esa cocina de azulejos verdes, y que fue lo que me convenció para comprar el apartamento.

Este hombre es increíble, tal y como siempre he pensado que sería. Al entrar en la NHL, aún ha ganado más músculo, tiene un cuerpo espectacular, y se me hace la boca agua, a pesar de que sigo dolorida por todas las veces que repetimos anoche.

Pero, con él, nunca será suficiente. Siempre anhelaré todas las partes de su cuerpo, tanto por fuera como por dentro.

Oliver, que ya tiene quince años y ha crecido tanto que es más alto que yo, está sentado en una de las sillas, diciéndole que no a Liam con la cabeza porque este, de nueve años, está agarrando

tortitas con las manos y se las está zampando como si fuese un perro con un filete.

Liam se ríe y levanta la mirada hacia Rhys para asegurarse de que el chico al que más idolatra en todo el mundo sigue mirándolo. Mi hombre se ríe con ganas y despeina los rizos castaños del menor de mis hermanos con ademán juguetón.

Da igual que Liam ya no juegue al hockey (ahora está obsesionado con los cómics de Marvel y se le ha despertado la vena artística: se pasa gran parte del tiempo plasmando sus propias historias de superhéroes en un sinfín de cuadernos de dibujo que le proporciona Anna Koteskiy); sigue mirando a Rhys con admiración.

La psicóloga cree que el motivo por el que lo venera como si fuese un héroe es por cómo me trata delante de los chicos y por cómo se preocupa por mí. Es el primer modelo que ha tenido Liam; el primer hombre adulto que lo ha cuidado. El primero que le ha dicho «Te quiero».

Para Oliver, es distinto. Adora a Rhys y, como sigue jugando al hockey, lo ve como a alguien digno de admirar; aspira a ser como él. Sin embargo, el que lo ha hecho sentir seguro por primera vez en su vida es el mayor de los Koteskiy.

Y a mí me ha tocado aprender que nada de esto significa que yo no lo haya hecho bien con ellos. Lo hice tan bien como pude, los protegí. Sin embargo, como Oliver ya era lo bastante mayor como para entenderlo todo, él también quería protegerme. Así que el mayor de mis hermanos siempre vivió en tensión, listo para saltar y defenderme.

Mi padre acabó entre rejas a causa de otro accidente por conducir bajo los efectos del alcohol y por un montón de órdenes de arresto

de las que no tenía ni idea, y me entregó fácilmente los derechos de custodia que aún mantenía. Quedé como tutora legal principal de mis hermanos, junto con Anna y Max.

A partir de ese momento, tras discutirlo durante meses y que después que me prometieran que, pasase lo que pasase, yo siempre sería su tutora de verdad, Anna y Max Koteskiy adoptaron a mis hermanos.

Ha sido todo un proceso para los tres, e ir a terapia nos ha ayudado.

Sin embargo, ahora por fin puedo hacer de hermana mayor. Los quiero, los animo y los veo crecer sin preocuparme por cómo alimentarlos o pagar el alquiler.

Ahora, si quiere, Oliver puede ir a academias de hockey privadas y campamentos de tecnificación. Ahora, Liam ve sus notas y dibujos colgados en una nevera que no está llena de botellines de cerveza y promesas vacías.

Ahora puedo ver crecer a mis hermanos y sé que, cuando me quedo dormida por la noche, son felices.

Lo he conseguido. Los he sacado de allí.

Me apoyo en el arco de la entrada, tranquila, mientras veo cómo los niños bombardean a Rhys a preguntas sobre sus partidos, esos que no se pierden nunca en la tele mientras llevan su camiseta, top ventas en todas partes. Ven los partidos en el sofá, y le ponen tanta energía que casi le hacen la competencia al padre de Rhys cuando no va a ver a su hijo jugar en directo.

—Conque hoy tocan tortitas, ¿eh? —pregunto sonriendo mientras me acerco a Oliver por detrás y le paso las manos por su enmarañado y oscuro pelo.

—Eso significa que será un buen día —responde Rhys inclinándose para darme un beso en la mejilla—. ¿Verdad, chicos?

—Sip —canturrea Liam, que se mete en la boca un bocado inmenso de tortitas bañadas en sirope y pega saltos en el sofá como si estuviese bailando al ritmo de la música—. Será un buen día porque Rhys te va a pedir que te cases…

Rhys le tapa la boca a Liam de un manotazo y oigo el ruido de la patada que le pega Oliver a nuestro hermano pequeño por debajo de la mesa. Se le ve avergonzado y arrepentido mientras traga y agacha la cabeza.

—Perdón —se disculpa.

Se me dibuja una sonrisa en los labios y la felicidad me inunda el estómago. Casi se me escapa una risita. Veo que Rhys se frota la nuca nervioso en un intento por reírse él también.

—Espera, que te traigo las tortitas —musita mientras vuelve hacia mi pequeña cocina.

Lo sigo y le envuelvo la cintura con los brazos en un movimiento rápido y sigiloso. Apoyo la cara en medio de su espalda e inhalo su aroma, que huele a tormenta de verano.

—¿Que Rhys qué…? —le pregunto dejándole besos por la espalda entre palabra y palabra.

Estoy prácticamente convencida de que sé por dónde van los tiros, pero me puede la necesidad de que me lo diga ya. No quiero esperar. Quiero ser su Grisi para siempre.

Suspira, se vuelve sin separarse de mi abrazo y me levanta la barbilla con delicadeza.

—Cásate conmigo —me dice con las mejillas sonrosadas y la mano algo temblorosa.

Está nervioso.

Al verlo así, la calidez que me envuelve es tan potente que estoy segura de que me he sonrojado más yo que él. Aun así, le cojo la mano, me la acerco a los labios y le beso la palma.

—Sí, fiera —digo pegada a su piel, como si fuera un secreto—. Un millón de veces sí.

—¡Ha dicho que sí! —grita Rhys a pleno pulmón antes de levantarme del suelo con un gruñido.

Y mientras Oliver sonríe y aplaude y Liam aúlla cual lobezno, miro fijamente a mi maravilloso chico a los ojos. Unos que ya no son tristes.

Y, si de mí depende, nunca volverán a serlo.

Agradecimientos

Siempre que empiezo a escribir pienso en la de millones de personas que hay ahí fuera que tienen un libro favorito en la mesita de noche; uno que les encanta y está lleno de marcas. O tal vez se mantiene en perfecto estado y cuenta con lugar especial en una estantería donde pueden admirarlo.

Cuando el miedo de coger el boli, metafóricamente hablando, y de seguir escribiendo se apoderaba de mí, siempre oía las mismas palabras: «Todo libro acaba siendo el favorito de alguien». Y si este libro ofrece consuelo a alguien o se convierte en su favorito, entonces el miedo merece la pena, ¿no?

Jolín, me alegra y me sorprende que esto, que empezó siendo poco más que unas ideas sobre un chico que está en proceso de sanación y una chica desesperada por sentirse mejor aunque no sepa cómo, haya adquirido forma más allá de mi app de notas.

A mi padre, el mejor hombre al que he conocido jamás. Dudo que vuelva a conocer a alguien como tú. Puede que un día esta herida deje de dolerme tanto y sea capaz de hablar de ti sin que se me cierre la garganta. Pero, por ahora, te quiero. Te echo de menos. Veo pequeños rasgos de ti en Max Koteskiy y, solo por eso, este libro es especial para mí.

A mi familia, que me ha visto pasar por trabajos como catadora de helados mientras escribía breves manuscritos en mi tiempo libre. Gracias por no dudar nunca de mí. Si he podido dar este salto ha sido por vuestra infinita fe en mi capacidad para escribir desde que era una adolescente, cuando escribía *fanfiction* como si me fuera la vida en ello.

Isabella, podría escribirte libros y más libros, y nunca serían suficientes. Gracias por sufrir conmigo y por estar a mi lado en los días difíciles, cuando el dolor quiere apoderarse de mí. Por ser mi compañera de lecturas eterna y por las sesiones de FaceTime a altas horas de la noche; esos ratitos me mantienen cuerda, a pesar de estar tan lejos de ti.

A Austin, que creyó en mí cuando ni yo lo hacía, me sacó a pasear o me llevó a lugares bonitos cuando era incapaz de ver más allá de mi dolor o del miedo a la creatividad. Tu amor constante me ha arropado con la misma calidez que mi suéter favorito. Te quiero, eterna e incondicionalmente.

A Caitlin, que ha pasado de escribirme como fan a convertirse en mi caballero andante, guardaespaldas y la mejor agente que podía pedir. Cada día doy las gracias porque cogieras mi libro e hicieras que todo esto fuese posible. Me has cambiado la vida y te estaré siempre agradecida por ello. Por muchos años más de momentos a lo *Crepúsculo*.

A Suzannah. Gracias por ser mi mejor guerrera del Reino Unido. Tienes una sonrisa contagiosa. Contigo y con Caitlin a mi lado, me siento invencible.

A Jenna, por ser mi amiga por correspondencia, asistenta personal, animadora y domadora de leones secreta, y, literalmente,

cualquier cosa que te pueda pedir. Gracias por existir. Conoces *Unsteady* mejor que yo. Este libro no existiría si no fuera por ti. Mi cordura y mi salud mental también te dan las gracias.

A todas las personas que han leído la versión alternativa de *Unsteady*, que han subido vídeos a TikTok, *reels* y posts para decirles a sus amigos y a los amigos de sus amigos que lo lean: gracias. Todo esto es gracias a vosotros. Habéis apoyado a *Unsteady* desde el primer día y no lo olvidaré jamás.

A todas las lectoras beta de *Unsteady*. No tengo palabras para describir lo mucho que me ha servido vuestro *feedback* y vuestra colaboración. Me habéis ayudado a dar forma a este libro para que se convirtiera en lo que es hoy. Por más veces que os dé las gracias, nunca será suficiente. Gracias infinitas.

A vosotros, lectores, que, con el simple hecho de existir y dedicarle tiempo a historias preciosas, hacéis que el mundo sea un lugar más mágico. Leed lo que os guste, no dejéis de hacerlo nunca.

Por último, a mí. Por fin lo he logrado. He escrito un libro de pe a pa y lo he publicado. Y, por eso, me siento tan orgullosa.

* Singular de *wolves* («lobos»), término que forma parte del nombre oficial del equipo de hockey hielo en el que juega Rhys. (*N. de la t.*)

* Insulto ruso, de carácter genérico, usado para describir a alguien como algo extremadamente desagradable. Se podría traducir por «gilipollas» o «imbécil», por ejemplo. (*N. de la t.*)

* Término ruso-ucraniano, se podría traducir por preciosa. (*N. de la t.*)

* En ruso, «calma, tranquila, no te aceleres». (*N. de la t.*)

* «Gatito» en ruso. (*N. de la t.*)

* «Santuario de las bebidas». (*N. de la t.*)

CONSULTE OTROS TÍTULOS DEL CATÁLOGO EN:
www.rbalibros.com